

Jorge M. Reverte
Libre te quiero



Índice

Portada

Sinopsis

Libre te quiero

Dedicatoria

Primera parte

1. Don Manuel
2. La Apacha
3. Gijón
4. La escoba de los Llamedo
5. Entre sábanas limpias
6. El viaje a la libertad
7. La capital
8. La Gran Vía
9. En lo alto de un coche
10. Gijón entre rejas
11. La universidad de El Coto
12. El juego al descubierto
13. Un empleo
14. Una biblioteca en la cárcel
15. La fuga
16. La venganza de Avelino
17. La cuenca se arma
18. París
19. De Barcelona a La Coruña
20. La insurrección
21. El comunismo libertario
22. La huida
23. Madrid de nuevo
24. León, qué lejos
25. Hay que intervenir
26. Dos hombres malos
27. El pacto de la cabaña vacía

28. Bonnie & Clyde
29. Haciendo negocios

Segunda parte

30. Encerrado
31. Yolanda, en la clandestinidad
32. Don Manuel conspira
33. Un tal Amós Acero
34. La virtud de la paciencia
35. Don Manuel y don Emilio
36. Carmen, mártir
37. Yolanda, de manual
38. Diez minutos de Carmen
39. Madrid, el objetivo
40. Vallecas en ebullición
41. La guerra revienta en La Coruña
42. Badajoz
43. El tren de la muerte
44. Un médico canadiense
45. Una noche con los fígaros
46. La suerte de don Manuel
47. El reencuentro
48. Primera brigada mixta
49. De Málaga a Motril
50. La muerte de don Emilio
51. Gerda Taro
52. Brunete
53. L'Ametlla
54. Bautismo en la catedral
55. La oferta de Montse

Tercera parte

56. La soledad de Yolanda
57. El seso de don Manuel
58. Yolanda, la número quince
59. El desembarco
60. Nueva York
61. Las rosas perdidas
62. La propiedad de don Manuel

63. El año del hambre

64. El destino de Manuel Emilio

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Manolo y Yolanda, dos jóvenes humildes en busca de su lugar en el mundo, se conocen unos meses antes del estallido de la Guerra Civil. Las ansias de libertad y de justicia que comparten no serán suficientes para mantenerse unidos en un tiempo tan convulso, y sus vidas tomarán rumbos diferentes: Madrid, Galicia, París, Asturias, Barcelona, Nueva York...

Hasta que llega el Día D (6 de junio de 1944), que permitirá a Manolo retomar la vida que el horror de la guerra y las injusticias le impidieron. Por su parte, Yolanda, que ha sido testigo del dolor y de la desesperanza, también hallará el modo de saldar cuentas con el pasado.

Los dos, cada uno a su manera, asistirán a algunos de los episodios más importantes de la historia de la Europa del siglo xx, y hallarán las fuerzas necesarias para adueñarse de sus propios destinos.

JORGE M. REVERTE

LIBRE TE QUIERO



*A Carmen, Soren, Sara, María y Olivia, mis sobrinos
nietos que llenan la vida de risas.
A la doctora María Ángeles Pérez Saenz, que curó a
Mercedes, mi mujer, de un cáncer linfático.
A la doctora Nuria Sanz Álvarez y el doctor Javier
Luna, que me curan a mí casi todos los días.
A Isabel Torrent, porque sí.*

1944

Cuando se estaba procediendo a su entierro en la playa de Omaha, en Normandía, Manolito iba ya camino de Nueva York en un barco hospital, el *USAHS John L. Clem*, con las manos vendadas, flotando en una masa de crema contra las quemaduras, y con el nombre de Miguel Orlando Martínez, o sea, Miguel O. Martínez, apuntado en una hoja de papel al pie de su cama.

Tenía tiempo de sobra para recapitular sobre los últimos años de su vida y para urdir una buena trama que le permitiera volver alguna vez a España, provisto de una nueva identidad, y conocer, por fin, a su hijo, salido del vientre de Carmen.

Carmen y el tío Manuel. Dos personas que le habían marcado y habían hecho que su vida hubiera tomado ese derrotero, el que le conduciría a ser enterrado al lado de una playa de nombre absurdo situada en Normandía, en la costa oeste de Francia.

Y, por supuesto, Yolanda, el amor de su vida.

De Carmen tenía poco que contar. Fueron diez minutos, si es que llegó a tanto. No le fue muy difícil convencerla, porque ya lo habían hecho otros. Ella tenía tantas ganas como él, porque la naturaleza se lo pedía, y tenía la ilusión, forjada por su madre y por Montse, de que él se quedara prendido para siempre de su enagua si la dejaba preñada. De eso la habían intentado convencer Matías y su mujer. A Manolo, sin embargo, le seguían asaltando dudas sobre si todo aquello no había sido casi una violación. O, al menos, un repugnante montaje del que Carmen y él habían sido víctimas fáciles.

Lo del amor, lo de la feliz relación... Eso le habían contado a la pobre disminuida mental. Pero la chica fue capaz de tener un hijo, y de hacer que llegara con vida hasta los nueve o diez años que debía de tener ya la criatura.

PRIMERA PARTE

1

DON MANUEL

Lo de su padrino, el tío Manuel, hermano mayor de su madre, sí que tuvo miga. De Manuel, a quien en el pueblo casi todo el mundo llamaba «don Manuel», tuvo noticia cercana un día de cumpleaños. Una presencia física que se había producido solo dos veces en su vida, pero que fueron cruciales, como se espera siempre de las comparecencias de un padrino. El resto del tiempo, Manolito, que no tenía padre reconocido en su reducida sociedad, aunque llevara el apellido Olmos en sus escasos papeles, estaba siempre pendiente de los designios remotos de don Manuel, interpretados de forma que se suponía muy fiel por la madre del chico, Casilda Martínez, así llamada con el nombre de la doncella mártir porque el día de su nacimiento era el dedicado a la santa en el calendario. Casilda había nacido un 9 de abril, en La Bureba, en León, por casualidad, porque su familia era gallega por ambas partes.

Las veces en que don Manuel apareció en la existencia de su ahijado estuvieron acompañadas de la solemnidad debida, con la seriedad y el empaque que deben envolver siempre los momentos trascendentales de una vida.

El padrino no se cruzó en la vida de Manolito hasta que el chaval cumplió los catorce años, el 30 de abril de 1930. Bueno, apareció en el bautizo, pero de eso no se acordaba el chico, claro.

Y esta vez coincidió —y no por casualidad, como se encargó de informarle su madre a Manolito— con la teórica llegada de la pubertad.

—Vístete de guapo, que va a venir tu padrino.

La ropa de «guapo» se le había quedado pequeña, por algún desajuste en las fechas de la anunciada pubertad entre la madre y su hermano. Manolito estaba ya a esa edad tan temprana completamente crecido. Tenía unos brazos y unas piernas poderosos. Su torso, ya muy cubierto por un pelo crespo y oscuro, se encontraba a tono con sus extremidades, y la cabeza estaba coronada por una densa melena negra que su madre intentaba gobernar a base de tijera. Tenía los ojos claros, herederos de algún vikingo saqueador o de algún celta de los que

luego parecerían autóctonos, vaya usted a saber. Medía un metro setenta de alto, lo que era mucho para su hábitat campesino y normalito para la capital. Y de peso no andaba ni mal ni bien, porque su alimentación era sana y hacía mucho ejercicio.

Manolito, ayudado por la voluntariosa Casilda, logró con esfuerzo embutirse en los pantalones y la chaqueta comprados un año antes, cuando estaba en pleno momento de crecimiento, con alguna generosa aportación de su padrino. Las costuras amenazaban con reventar por todas partes, y la chaqueta, mejor que nadie intentara abrocharla. Manolito —ya se veía venir— iba a ser un buen mozo, al menos a lo ancho. Los zapatos no hubo manera de que le entraran en los pies, así que le dejaron seguir llevando unas abarcas, eso sí, adornadas por unos calcetines de topos.

Entonces, a sus catorce años cumplidos, Manolito vio por primera vez a su padrino, al don Manuel del que todo el pueblo hablaba con indisimulado miedo y una dosis parecida de respeto. Se presentó a desayunar. A la entrada de la casa, la madre del niño llenó una mesa de panes de maíz y de chorizos, además de unas botellas de vino del Condado, que fueron muy jaleadas por el visitante.

Manolito le recordaría siempre como un hombre de enorme circunferencia y muy bajo de estatura. Al niño su padrino le recordó a un tonel de los que se usaban para enviar a La Coruña las sardinas arenques. Pero su gran tamaño corporal no ocultaba una aparentemente absurda agilidad, la que tienen algunos gordos y no se sabe de dónde brota. Sus brazos estaban dotados de una fuerza descomunal que se trasmitía a sus manos, con las que agarró sin piedad las mejillas del zagal mientras exclamaba en voz alta para que todo el mundo le oyera:

—¡Este es mi Manolito, sí, señor! —Y le estampó dos sonoros besos en las mejillas, antes de volverse a su hermana Casilda—. Prepara algo de equipaje para el chico, Casilda, que me lo llevo a Gijón. Va a ser mecánico de barcos. Este Martínez no va a perseguir un arado detrás de dos bueyes. Va a ir siempre por delante. —Y luego levantó las dos manos regordetas hacia el cielo para lanzar una advertencia que pudiera ser oída por el creciente número de los congregados allí para ver al cacique de cuerpo presente—. ¡Y que sepa todo el mundo que desde hoy Manolito se va a llamar Manolo, y que sepan todas las mujeres, casadas, solteras o viudas, que Manolo va hoy al mejor local de La Coruña para aprender la vida, todo por cuenta de su tío Manuel!

La parrafada fue coronada por un guiño y un codazo dirigido a la prominente barriga del párroco, notorio cómplice de las barrabasadas del cacique. Y a eso le

siguió una ovación espontánea de los presentes, deseosos de mostrar a don Manuel el cariño que le profesaban, al que él correspondía con generosas aportaciones, monetarias las más de las veces.

El párroco era también un agradecido receptor de las dádivas de don Manuel, pues a su intervención, calificada a veces de casi divina por el benefactor, se debía el que Manolito fuera un diestro ejecutor de cualquier tarea que necesitara alguna de las cuatro reglas. Gracias también a su supervisión, el hasta ese momento niño tenía una primorosa caligrafía, quizá algo femenina, por su excesivo cuidado, y una muy reducida cantidad de faltas de ortografía, lo que le convertía en un prematuro sabio a los ojos de sus paisanos.

—Este niño sabe mucho más que Lepe —era lo menos que se podía escuchar en la aldea cuando se hablaba de él.

—Sí, más que Lepe, Lepijo y el pijo que los bendijo —terciaba el párroco cuando oía una valoración semejante, temeroso de que un exceso de elogios malograra la vida de éxitos que ansiaba para su discípulo. Quería que llegara a ser contable de alguna gran empresa de El Ferrol, para lo cual tenía que preterir su probada competencia en la mecánica de cualquier tipo de artefactos. En ello se juntaban la vocación y la capacidad. El chaval quería ser mecánico, y de qué le daba lo mismo.

Casilda asentía, arrobada, al discurso de su hermano. Por encima del desgarró que le producía el inminente alejamiento de su único vástago, estaba la seguridad que le daba la protección que Manolito, ya convertido en Manolo, recibiría de don Manuel. Esa protección había quedado ya extendida a Casilda por una confidencia anterior de su hermano.

—A ti no te va a faltar de nada, Casildiña. Y para cuando yo no esté en este mundo, ya lo tengo todo arreglado para ti.

El tío Manuel le mandó subir a su coche. A Manolito le costó hacerlo, no porque pusiera en cuestión la autoridad del padrino, sino porque las costuras de la ropa le dificultaban el movimiento. Cuando consiguió entrar, le envolvió un intenso olor a piel curtida y se dejó llevar por la caricia de los mullidos asientos que le esperaban.

Manolito apenas tuvo tiempo para darle un beso fugaz a su madre cuando ella entregó al mecánico el escueto equipaje para el chaval que había reunido en pocos minutos y que el conductor, sin muchos miramientos, metió en lo que al chico le pareció un enorme maletero.

Don Manuel volvió a hacer gala de su extraña agilidad y entró en el vehículo por la puerta trasera izquierda, se aseguró de que todo estaba en orden dentro del

habitáculo, le soltó un par de cariñosos cachetes a Manolito, convertido por la voluntad de su padrino en Manolo, y le dio una sucinta instrucción al chófer.

—Ya sabes, Ramón.

El aludido, que vestía uniforme de gala con librea de doble fila de botones, pantalones inflados en los muslos y gorra blanda con visera, se caló las gafas, que debían proteger sus ojos del polvo del camino, y emprendió la marcha, metiendo la primera tras responder con un marcial «sí, señor» a su jefe.

El coche, un Peugeot 172 Torpedo de escandaloso color rojo, daba tumbos por los caminos que unían la aldea con el mundo exterior. El conductor dio pruebas de su pericia durante el viaje de dos horas largas de duración hasta La Coruña.

Por el camino dejaron atrás, entre los densos bosques de carballos y de pinos gallegos, esquivándolas con habilidad notable, varias yuntas de bueyes de esas que Manolito jamás conduciría gracias a la decisión de su padrino.

Don Manuel no perdió la ocasión de hablarle de ello a su ahijado.

—Ningún Martínez va a volver a ese oficio, Manolo. Y te emplazo a que mantengas ese compromiso.

Manolito tardó en darse cuenta de que él era Manolo, pero reaccionó a tiempo, aunque no sabía qué significaba «emplazo». Pero intuyó que la respuesta que su tío esperaba de él era una afirmación.

—Claro que sí, don Manuel. Me emplazo.

Y el otro dejó ver una sonrisa burlona, consciente de las dificultades de su sobrino para seguir su perorata.

—Lo mejor será que te estrenes con la Apache. Ha venido de París hace nada y va a revolucionar la ciudad.

—¿Y yo qué tengo que hacer? —se atrevió a preguntar el chico, cada vez más preocupado con su futuro inmediato, que ya parecía no depender de él.

—Obedecer.

La frase tenía una sola palabra y un solo sentido. Manolito se dijo a sí mismo que, a ese paso, nunca sería el Manolo que su padrino había decretado, sino un Manolo muy devaluado. Y esa cuita no le abandonaría durante el tiempo que don Manuel tardó en dejarle en paz.

2

LA APACHA

El coche, conducido con habilidad por el mecánico, se adentró en La Coruña por un itinerario desconocido para Manolito, porque apenas había visitado la ciudad. Pero incluso un bisoño como él era capaz de advertir el cambio que se producía en el paisaje humano según avanzaba el Torpedo entre la muchedumbre que abría paso al automóvil según Ramón iba tocando el claxon para advertir a los peatones de su presencia.

Dejaron atrás el paseo marítimo y la playa de Riazaor, las casas con galerías acristaladas y el mar, que les recibió embravecido, golpeando los bordes del paseo con la fuerza de un gigante encabronado. El día era de un gris invernal, aunque el calendario anunciaba ya la primavera.

El llamado barrio chino de la ciudad aparecía en su esplendor, a juzgar por la cantidad de público que allí se congregaba. Eran hombres casi todos los visitantes, y se les veía pasear sin un objetivo definido, remoloneando y entreteniéndose solo en la contemplación de las muchas mujeres que intentaban provocar su deseo desde todas las direcciones.

La actitud de esas mujeres resultaba tan provocativa que el chaval no sabía dónde dejar la vista fija. Había abundante oferta de fragmentos de pechos o de nalgas, ¡en medio de la calle! Tanta que Manolito, cuya experiencia sexual se reducía a frecuentes masturbaciones, vio en apenas unos segundos más trozos de mujer que en toda su vida. Eso sí, literalmente trozos. Tenía que usar su imaginación para juntarlos y llegar al fin tan deseado como lógico: la imagen de una mujer desnuda.

—Déjanos antes de llegar a la casa de don Santiago. En la calle del Papagayo.

Ramón obedeció sin rechistar. Y Manolo, que todavía se sentía cohibido ante la poderosa presencia de su padrino, le hizo una pregunta, distraído por lo que contemplaba, sin medir la posible impertinencia de su intervención, tan impensada como impensable.

—¿Y quién es don Santiago, padrino?

—Un canalla, un revolucionario, uno de esos hombres que presumen de que van a acabar con Bugallal, con Riestra o conmigo. ¡Ilusos! La gente nos quiere porque quiere a Galicia, y la quiere dentro de España, donde siempre estuvo, desde el principio de los tiempos, ¿no?

Y Manolito supo enseguida lo que debía decir para complacerle.

—¡Sí, señor!

Don Manuel casi echaba espumarajos por la boca al evocar —a su parcial juicio— la en otros ámbitos muy respetada figura de un político gallego llamado a triunfar ni más ni menos que en Madrid, Santiago Casares Quiroga. Era un republicano galleguista y de izquierdas, enemigo por voluntad propia de los caciques que se venían repartiendo el electorado gallego desde que se produjera la restauración monárquica, como el conde de Bugallal, el marqués de Riestra o don Manuel Martínez, quien hacía gala algo excesiva del «don» porque carecía de título nobiliario, ese que hacían relumbrar los otros caciques, a los que él consideraba sus iguales.

—Pero tú ahora no te preocupes de eso, porque vienes, y nunca se te olvide que te he traído yo, a estrenarte, a entrar en el mundo de los hombres. Eso es lo que importa hoy. Para lo otro, ya tendrás tiempo. Ya te diré yo lo que tienes que pensar de esa cuadrilla de sinvergüenzas republicanos.

Y Manolito supo desde ese momento que lo que tenía que pensar era que se trataba de unos corruptos, aunque su escasa cultura no daba por entonces para más que imaginarlos comidos por los gusanos, reducidos a unos pocos restos de huesos. Corruptos, eso eran.

Ramón detuvo el automóvil a la puerta de una casa muy principal, apta para que aparcaran en su interior coches de caballos. Y Manolito obedeció la orden muda de su padrino para que descendiera del coche.

Lo hizo a su pesar, porque el ajustado pantalón de tela gruesa no resultaba lo bastante fuerte como para ocultar la gran erección que sufría más que gozaba el chico desde que había empezado a ver el mujerío despelotado en el barrio.

Si la erección resultaba escandalosa, mucho más lo fue la forma en que se resolvió, porque al bajarse del coche siguiendo las órdenes de su tío, el chico fue abordado, sin que nadie pudiera remediarlo, por una de las muchas meretrices que todavía, dado lo temprano de la hora, estaban desocupadas.

La mujer se fue impetuosa hacia el joven y le echó mano directamente al «paquete». Manolito intentó salvarse del ataque cruzando las dos manos por delante, pero la mujer, emitiendo un aullido victorioso, que se sobrepuso al «no, eso no» horrorizado de don Manuel, consiguió llegar a su objetivo, que estaba

tan a punto que entró de inmediato en erupción, dejando una mancha creciente en el pantalón gris claro que se fue extendiendo hasta formar un rosetón enorme en los bajos del chaval.

Don Manuel asistió espantado al acto, y se imaginó que todo su plan iniciático se había ido al traste.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Ramón le tranquilizó haciendo buenos sus servicios de mecánico, aunque ampliados en esta ocasión a los conflictos del alma, que eran los que atribulaban, y de qué manera, a su patrón.

—La Apacha tendrá una solución, don Manuel. Esa mujer sabe lo que no está escrito.

Que alguien sepa «lo que no está escrito» es una aseveración muy fuerte, capaz de dejar fuera de juego incluso a alguien como don Manuel, que debía de tener sobre las capacidades intelectuales de la mentada Apacha una alta opinión, porque se quedó meditando solo un momento antes de que le entraran de nuevo las urgencias, impelido por la creciente mancha delatora en el pantalón del sobrino.

—Eso era al final, Manolito —le dijo.

Pero, como Ramón había anunciado, la Apacha tenía remedio para todo, o sea, que sabía lo que no estaba escrito. Y de eso dio fe en cuanto vio al muchacho, desolado por su catástrofe íntima, que se había convertido en una pública exhibición lúbrica.

—Lo de los pantalones lo arreglamos luego. Ahora, don Manuel, conviene que todos nos tranquilicemos, empezando por usted y por el chico.

La Apacha no tenía aspecto de india, como una interpretación directa de su apodo podía sugerir, sino —como sabría más adelante Manolito— el de una mujer salvaje y urbanita que pusiera en cuestión las normas de una civilización avanzada. La Apacha era la más depurada representante de un movimiento desmadrado que escandalizaba a Europa, el de los llamados «apaches» en París. Su aspecto era chulesco, y su cabeza estaba coronada por una tela que sujetaba a la vez su pelo y una pluma que provenía del ala de algún pájaro grande. Su cuello estaba ceñido por un pañuelo rojo anudado hacia el lado izquierdo, y sus ropas eran un conjunto de aparentes andrajos mezclados con un también aparente sinsentido que respondía a dos leyes: la primera, la de dar una gran libertad de movimientos a la mujer; la segunda, la de mostrar mucho sin enseñar demasiado. Las piernas se le veían enteras, ¿o no? Los pechos desbordaban el sujetador de filigrana y perlas, ¿o no?

Manolito no tenía respuesta para ninguna de esas preguntas, pero no podía quitarle ojo a la espectacular mujer que se ofrecía en la sala de la recepción del burdel, pese a la conmoción que el suceso de la quiebra de su intimidad le había provocado.

Don Manuel permanecía bastante sereno, dada la situación. Y Manolito, ayudado por su ejemplo, pudo recomponerse, al menos en parte.

Se encontraban ya, pues, en lo que debía de ser la sala de recepción de la casa de la Apacha. Se trataba de una amplia estancia donde cabían con holgura una docena de sofás de todo tipo, cubiertos todos ellos con fundas de tela que podían ser repuestas con facilidad cuando hubieran cumplido su imaginable función. Aunque todavía lucía fuera una impertinente luz de primavera recién empezada, la estancia se iluminaba con fuentes eléctricas que ofrecían luz en sitios escogidos y penumbra en otros.

Todavía debía de ser hora temprana para la clientela. Eso explicaba que la sala estuviera llena de mujeres esperando a ser alquiladas. Y Manolito, en ese momento, era el único cliente, si se descontaba a su tío.

La Apacha jugaba de manera evidente a favor del chico, se supone que por la influencia aplastante de don Manuel y su dinero. Y una parte importante de ese favoritismo quedó clara enseguida.

—Chantal —le dijo a una de las señoras presentes, que iba vestida de mujer desnuda—, tráele a Manolito unos pantalones de buena talla para que pueda estar cómodo.

La aludida obedeció la orden como un autómatas, y se marchó por una de las seis puertas que daban a lugares ignotos y tan sugerentes como misteriosos para cualquier visitante.

Don Manuel aprobó con gesto que denotaba su acuerdo completo con la primera decisión de la mujer, y dejó clara su voluntad para lo que viniera a continuación.

—Tienes que ser tú la que se encargue de Manolito —dijo, señalando, sin que pudiera haber error, a la jefa.

—¿Y usted?

—Hoy me quedo en ayunas.

Manolito fue el único de los presentes que no le rio la gracia a don Manuel. Pero no por hostilidad, por supuesto, sino porque no supo encontrar el sentido a lo que decía. Manolito no sabía aún relacionar lo de quedarse sin comer con privarse de otras cosas.

El caso fue que don Manuel se quedó en ayunas como había anunciado, y

Manolito aprendió la vida ese día bajo su recta supervisión y con el sabio concurso de la Apacha, que sabía muy bien que a esas edades tener un episodio de eyaculación como el sucedido no significaba, ni mucho menos, el agotamiento de sus posibilidades amorosas.

Cuando la Apacha acabó su trabajo, Manolito yacía en un lecho con dosel y recibió la visita de su tío.

—Ya te puedo llamar Manolo.

Fue como si le hubiera puesto una condecoración. Y a continuación vino el momento de los consejos y las prevenciones.

Manolo tendría que bastarse a sí mismo en adelante, aunque don Manuel estaría algunos años encima, sin que le viera, hasta que le considerara encauzado. Para eso están los padrinos.

A partir del día siguiente, el 1 de mayo, su padrino le había conseguido un puesto de aprendiz en una empresa de Gijón, la de los hermanos Llamedo, donde aprendería un oficio y, si aprovechaba bien el tiempo, se podría ganar la vida para siempre.

—Ningún Martínez volverá a conducir una yunta de bueyes. ¿Estás conmigo?
—le reiteró el cacique por si no habían bastado las anteriores advertencias.

Y Manolo, ya convertido en un hombre, estuvo de acuerdo. Más si cabía, porque don Manuel le dio cien duros que acompañaban a la conjura.

Manolo quedaría en las manos de Ramón, el mecánico, hasta que se hicieran cargo de él los hermanos Llamedo. En manos de Ramón y con una fortuna en los bolsillos de los resistentes y amplios pantalones que Chantal había encontrado para él en algún escondrijo del burdel.

Manolo, que ya se llamaba así, se sentía distinto. No solo sabía ya lo que era tener en los brazos a una mujer desnuda, sino que los adultos que le rodeaban habían empezado a tratarle como a un hombre. Eso le provocaba una sensación placentera.

Le esperaba una dura y larga travesía por largas y pésimas carreteras hasta llegar a Asturias. Pero Ramón parecía inmune a la fatiga. Condujo lo mucho que quedaba de día y lo muchísimo que quedaba de noche sin inmutarse, parando lo justo en los escasos puntos en que se podía repostar gasolina, y lo imprescindible para saciar el hambre y la sed de Manolo.

Cuando amaneció, ya estaban en Asturias.

3

GIJÓN

Manolo llegó a Xixón, o Gijón, como prefería decir don Manuel, el 1 de mayo de 1930. Debía de haber sonado ya el carrillón de las doce, el del ángelus.

Ni su tío, ni Ramón, ni por supuesto él, el recién bautizado Manolo, habían previsto que la ciudad iba a estar como se la encontraron.

El toque de queda impuesto por las autoridades le daba a la urbe un aspecto fantasmal. Un denso silencio le confería al aire neblinoso propio de un día asturiano una extraña consistencia. Al espesor de las nubes bajas se unían las hilachas del humo procedente de las hogueras que por decenas anunciaban que la ciudad vivía un día muy especial, nada menos que el 1 de mayo.

Ramón no era muy hablador, pero enmudeció de forma absoluta al contemplar las calles desiertas. Y el sonido del primer estampido, unido a la visión de la primera barricada que cortaba el acceso al coche, fue suficiente argumento para que le anunciara a Manolo sus intenciones.

—Don Manolo, yo no debo seguir. Este coche es como un regalo para los revolucionarios. Y mi uniforme les hará pensar que están ante el mismísimo ministro de la Guerra. Yo le dejo aquí. Si sigue esa calle todo recto, llegará al puerto del Musel. Y allí todo el mundo conoce a los hermanos Llamedo. Pero es posible que hoy no sea el mejor día para preguntar por ellos. Pregunte por la empresa y después se las arregla.

Ramón le entregó su escueto equipaje y le deseó suerte antes de darle la vuelta al coche y escapar a toda velocidad de Gijón.

Y Manolo hizo lo que habría hecho cualquiera en su lugar: se despidió con un leve gesto que no esperaba ser devuelto y echó a andar en la dirección aconsejada por Ramón. A pesar del intenso olor del humo de las hogueras, se percibía el del mar. El puerto se adivinaba por detrás de los edificios de baja altura que lo precedían, una tupida maraña de callejuelas que albergaban talleres y almacenes para el servicio de las actividades comerciales.

Un tipo malencarado se le puso delante con actitud de tener mando en plaza.

—¿Y tú adónde te crees que vas, guaje?

Manolo tenía una envergadura considerable para su edad, pero no dejaba de ser un crío. El otro era delgaducho como una pierna flaca de una cabra enferma, pero tenía una gran determinación en la mirada y, detrás de sí, a toda una tropa de individuos armados con palos y alguna que otra navaja que hacían relucir a la luz de una gran hoguera que habían prendido en medio de la calle.

Manolo consiguió dominar el temblor de su voz para darle una respuesta firme al inquisidor.

—Voy al Musel, a la empresa de los hermanos Llamedo.

—Pues has escogido un mal día, guajín, porque hoy toca *facere* la revolución. ¿Tú con quién estás, con *eyus* o con *nosotrus*?

—Con *nosotrus* —respondió Manolo, aliándose de nuevo con el oportunismo, pero enredándose con el uso de la lengua, que se hacía más arduo para un vecino gallego que para un mesetario recién llegado.

La respuesta del chaval tuvo la virtud de provocar un ataque de hilaridad colectiva entre los que guardaban la barricada, y aflojó sus exigencias.

—Anda, pasa, pero date prisa, que ya vienen los sicarios de su majestad.

Los hombres de la barricada le abrieron paso, siguiendo las instrucciones del delgaducho. Casi todos llevaban gorrilla de tela y visera, y portaban una gran cantidad de banderas rojas con la inscripción de la CNT en letras negras.

La barricada empezó a arder con mayor brío, azuzado el fuego por sus constructores. Los hombres tomaron de los montones que se apilaban ante ellos algunos adoquines con los que iban, suponía Manolo, a obsequiar a los sicarios de su majestad.

Manolo no sabía qué quería decir «sicarios», pero la visión de los caballistas que se acercaban amenazadores, con los sables desenvainados, le hizo pensar que había acertado al escoger bando diciendo lo de «*nosotrus*», aunque hubiese sido por casualidad. Se sentía más cercano a los tiznados hombres de la bandera roja que a los uniformados guardias armados con sables. Manolo tenía, como todos los chicos que crecen en el campo, un rechazo casi visceral hacia la autoridad uniformada. Y los que venían a caballo se parecían mucho a los que patrullaban por su pueblo.

Sin saber por qué, se situó junto a los de la barricada y tomó una decisión que tendría importantes consecuencias en su vida: se agachó y cogió con fuerza un adoquín de los que se apilaban delante de él, y se acercó corriendo hasta la cabeza de los que se aproximaban al trote. Sin mediar más pensamiento, le estampó en la cabeza al sargento que mandaba la tropa un adoquinazo que le

hizo caer desmayado sobre el caballo que montaba.

El acierto del tiro no le sorprendió a Manolo, acostumbrado a los estragos que causaba su puntería en sus ocasionales víctimas, casi siempre aves salvajes, como alcotanes o palomas torcaces. Pero sí al resto de los contendientes que asistían al combate.

La batalla se detuvo antes de comenzar, y por un segundo que se hizo eterno los protagonistas se quedaron con sus movimientos congelados.

Una voz profunda y algo desentonada surgió de detrás de la barricada y empezó un himno.

—«Negras tormentas agitan los aires...».

Como si se tratara de un coro bien entrenado, decenas de hombres siguieron cantando los versos que algún poeta anónimo le había puesto a la música de *La Varsovia* para darle un himno poderoso a la sección española de la Primera Internacional:

—«... Nubes oscuras nos impiden ver...».

Los caballistas detuvieron su carga, momentáneamente confundidos por la acción del chaval. Uno de ellos tomó de las riendas el caballo del herido y lo condujo hacia la retaguardia de la fuerza.

Y entonces alguien entre los revoltosos tuvo la ocurrencia de gritar:

—¡Adelante, a por ellos...!

Todos al unísono abandonaron la protección de la barricada en llamas y una auténtica lluvia de adoquines cayó sobre la sección de guardias, que se batió en retirada sin conservar ninguna gallardía.

El coro le había resultado a Manolo casi tan impresionante como el enfrentamiento con los guardias.

Y el combate se acabó por el momento. Los más arrojados persiguieron a los guardias unos cuantos metros, castigando las espaldas de alguno y, sobre todo, los cuartos traseros de sus monturas.

Manolo ingresó en la CNT así, sin tener que realizar más trámites burocráticos que los descritos.

El individuo flacucho que le había cortado el paso al principio fue el encargado de darle la bienvenida a la organización:

—¡Viva el Galleguín!

Y todos los presentes respondieron con un «¡viva!» que llenó la calle desierta y sirvió como principio al lanzamiento de consignas que no estaban en el diccionario privado de Manolo:

—¡Viva el comunismo libertario!

Manolo, que tenía muy reciente el regusto de que su nombre se pronunciara como el de un adulto, comenzó así una larga etapa en que las terminaciones en «in» o en «on», según le diera «por la gana» al interlocutor que tuviera, se le tenían que hacer normales. Desde luego, los compañeros de la barricada pasaron a nombrarle el Galleguín, fijando su esencia en su acento inconfundible de ignorante campesino gallego antes que en su nombre de revolucionario.

En apenas veinticuatro horas había pasado de ser un crío a ser un hombre, y de pequeño propietario campesino a precoz militante revolucionario. ¡Vaya cambios! Doña Casilda no podría reconocerle.

¿Y don Manuel? ¿Aprobaría su transformación? Manolo no estaba muy versado en política, pero intuía que no, que eso del comunismo libertario no iba con su tío. Aunque, por fortuna, los cien duros seguían ahí, en el bolsillo de los pantalones de franela que le había regalado Chantal. ¡Qué lejos le parecía ahora todo lo sucedido en el Papagayo! Habían pasado solo unas horas y ya pertenecía a otra época.

La victoria conseguida por las huestes libertarias en una de las entradas al fortín en que los trabajadores habían convertido el Musel no se había producido en otros lugares. Al menos, no con la misma rotundidad. Y el Galleguín pasó a ser casi una leyenda entre las filas proletarias gijonesas.

—Nuestro tambor del Bruch —explicó un viejo anarquista que había vivido en Cataluña un tiempo.

Pero Manolo tenía que resolver otras urgencias antes de entregarse al disfrute de la fama, que intuía que podía ser efímera.

—Si los hermanos Llamedo no están, no tendré donde dormir —le dijo a quien suponía, con razón, que era el líder del grupo al que la casualidad le había llevado; o sea, al flacucho, al que todos llamaban Tinín.

—Tú en Xixón siempre tendrás donde dormir después de lo que acabas de hacer. Esta noche la pasas en mi casa. Mañana, ya veremos. Pero ahora vamos al ateneo, que habrá mucha gente esperando.

Y la había. Tinín no exageraba. Unas cincuenta personas se agolpaban en lo que debía de haber sido un almacén de aceite. El olor rezumaba de las vacías paredes, seguramente impregnadas todavía por restos del líquido untuoso que guardaron.

Los congregados estaban ansiosos por recibir buenas noticias en una jornada que, según alguno de los oradores, había sido mala desde el punto de vista táctico, porque se había saldado con muchos heridos y detenidos. Sin embargo, Manolo pudo escuchar cómo otro orador afirmaba a continuación que el

proletariado en su conjunto había conseguido un gran avance.

—Hoy los lacayos de la monarquía han quedado de nuevo como lo que son. El pueblo les ha visto sin máscara, porque nosotros se la hemos quitado. La UGT se ha inclinado de nuevo ante la reacción.

Una enorme salva de aplausos siguió a la intervención. Pero eso no fue nada al lado de la ovación con que los militantes recibieron a Tinín, que describió con una prosa algo exagerada la acción del Galleguín y que, para acabar, sentenció:

—Hoy, compañeras y compañeros, estamos mucho más cerca de nuestra meta: ¡el comunismo libertario!

Y alguien comenzó de nuevo a cantar lo de las tormentas que tanto había impresionado a Manolo por la mañana.

Como si algún mago hubiera dirigido la función, el muchacho se encontró con un gigantesco bocadillo de chorizo entre las manos que le hizo sentir que era verdad eso de que se acercaba el comunismo libertario.

Tinín aprovechó el largo trayecto que había hasta su casa para instruirle en algunos aspectos de su nueva vida. Sobre todo, los relacionados con la seguridad.

—Ya te estarán buscando. Has dejado malherido a un sargento de la Guardia Civil. De momento, puedes estar tranquilo, porque no han tenido tiempo para nada, pero la poli tiene muchos confidentes y tu cabeza seguro que vale un dinero. Por si acaso, no te fíes de nadie.

—De ti sí, me imagino.

—Te he dicho que de nadie.

La casa de Tinín era tan mísera y desangelada que a Manolo le pareció que la suya, la que había dejado atrás en el pueblo, era un palacio. Tenía dos habitaciones. La mejor de ellas, supuso Manolo acertadamente, era la de Tinín. Además de una cama con armadura metálica, había en ella un aguamanil y una estantería en la que se amontonaban una gran cantidad de novelas que Tinín le ofreció generosamente.

—Supongo que sabrás leer. Aquí tienes material sobre cualquier asunto que te importe. Hay historias políticas y guarras, para que te hagas pajas.

Las novelas recibían mejor trato que la ropa, que yacía amontonada sobre un par de sillas de mimbre desvencijadas. Todo allí tenía un aspecto cutre, que iba muy bien con ese personaje tan desaseado que era Tinín. Manolo estaba acostumbrado a bañarse todos los sábados. Su madre no le pasaba ni una en eso. Aunque el agua estuviera fría —cosa que no solía ocurrir, porque Casilda siempre tenía un caldero en el fuego—, él tenía que lavarse a fondo, y una vez al

mes, incluso el pelo.

El cuarto que iba a ocupar debía de haber servido antes para estabular animales. Manolo sabía mucho de eso, como sabía que la convivencia con bichos no traía más que enfermedades. Pero allí no había otros bichos que arañas y otros insectos menores, así que se ahorró todos los «peros» que se le ocurrían.

Se dejó caer sobre un jergón maloliente que ocupaba casi toda la superficie de la estancia, se tapó lo que pudo con unas mantas finas y repletas del mismo aroma mezcla de humano y animal, y el sueño le venció en pocos segundos, los necesarios para comprender el último mensaje del jefe libertario:

—Mañana te llamaré antes de las seis, para que puedas ir a ver a los Llamedo.

Durmió con una mano apretada en torno a los cien duros que le había dado don Manuel. Por la mañana buscaría un sitio para esconderlos y no tener que llevar esa fuente de preocupación encima.

Manolo se sentía «otro» con razón. Ahora era miembro de una comunidad, que era más que pertenecer a una familia. Ya tendría tiempo de aprender lo que significaba el comunismo libertario, pero de momento sabía lo que significaba la fraternidad: un hombre te podía dejar su casa.

Eso era hermoso.

LA ESCOBA DE LOS LLAMEDO

Los hermanos Llamedo eran tan madrugadores como los campesinos de la aldea de donde venía Manolo, que no había tenido problemas para llegar hasta su empresa, porque se encontraba muy próxima al puerto y relativamente cerca del cochambroso galpón que habitaba Tinín. Antes de salir, palpó debajo del miserable colchón donde había dormido. Pensó que en su casa ni los animales reposaban sobre un suelo tan sucio. Allí no se atrevería a rebuscar ni el jefe de las ratas del puerto.

A Manolo le recibió el que se presentó como Colo, así llamado porque su nombre completo era Nicolás, no porque fuera pelirrojo. Tendría unos cuarenta años, era delgado y nervudo, con unos brazos capaces de despedazar un ternero, pensó Manolo. No se anduvo por las ramas.

—Tu tío quiere que aprendas un oficio con nosotros. Y nosotros le debemos mucho a don Manuel. Así que vas a aprender todo lo que sabemos sobre motores de barco. ¿Quieres?

Manolo dijo que sí con un hilo de voz. La oferta parecía muy tentadora. Y se quedó esperando los detalles, como el sueldo que cobraría, el horario...

—Pues hala, empieza por coger esa escoba y limpia la nave, que falta le hace.

Así empezó Manolo a trabajar para la empresa de los hermanos Llamedo.

Lo malo no fue eso, sino que durante varios días todo siguió igual. Manolo recibía siempre la misma instrucción: barrer la nave vacía, en la que nunca llegaba a ver el rastro de un motor, ni de barco ni de ninguna otra cosa, aunque sí se producía el milagro de que la porquería se multiplicara. Porque, contra toda razón aparente, los residuos reaparecían cada mañana y obligaban a limpiar la nave de nuevo. En todo caso, la pregunta que se hacía Manolo tenía una lógica aplastante, aunque no la pudiera contrastar con nadie: ¿cómo iba a aprender de motores donde no había ninguno?

Al menos una vez al día recibía el rancho. Con los vigilantes de la nave se sentaba en torno a una mesa de tijera y daba cuenta de una buena ración de fabes

con morcilla o chorizo, según. Era la única comida que hacía en todo el día, así que fue adaptando su cuerpo a las circunstancias. Y los días fueron pasando. Con una lentitud y, sobre todo, con una monotonía exasperante. Todo era tan gris de sol a sol que ni siquiera tenía la posibilidad de hacer que su fortuna oculta menguara.

Los vigilantes de la nave eran tres tipos que rivalizaban entre sí para ver quién era capaz de hablar menos. Manolo intentaba comunicarse con ellos de distintas maneras, pero no había logrado ni saber sus nombres. Al menos, no por su boca, porque sí dedujo, por las inscripciones en las empuñaduras de sus cachiporras, que uno se llamaba Xulio y otro Óscar. El tercero no tenía el nombre escrito en ningún lado; al menos, que Manolo supiera.

Manolo probó de todo, usando su astucia, por ejemplo, al preguntar:

—¿Y para qué vigiláis una nave vacía?

Le respondió el tal Óscar con otra pregunta:

—Y tú, ¿para qué barres una nave en la que no hay nada, Galleguín?

—Me lo han mandado.

—Pues haz lo que te mandan y calla.

Y pudo sacar un par de conclusiones de tan rica conversación. Una, que no estaba solo en la desgracia de no saber a qué tenía que dedicarse. La otra le resultaba algo inquietante, aunque no sabía muy bien por qué, y era que lo de Galleguín se había corrido.

¿Sabrían los hermanos Llamedo lo del adoquín? ¿Y lo sabría, en consecuencia, don Manuel? Quizá le tuvieran en la nave como si fuera una prisión, esperando a que su padrino tomara alguna determinación sobre él.

Manolo, cada vez más inquieto por llevar el peso de tan grave cuita a solas, se sinceró con Tinín cuando llegó esa noche a la casa.

—Mira, Galleguín, lo de los Llamedo no solo te tiene escamado a ti. Realmente nadie sabe a qué se dedican.

—A arreglar motores, ¿no?

Tinín no se molestó en contestar a tal obviedad. Hizo un ademán de rechazo con la mano izquierda y siguió liando con la derecha el *truja* que iba a fumarse.

—Hay quien dice que por las noches hay trasiegos importantes en la nave. ¿Sabes tú algo de eso, Galleguín?

—No sé nada —respondió con el ansia propia de un acusado de algún grave delito.

—Si te enteras de alguna cosa, házmelo saber. La organización te quedaría muy agradecida. En pocos días se va a acabar el dique norte. Eso va a dejar sin

trabajo a muchos hombres, o sea, sin alimento a muchas familias. La bronca está garantizada. Lo que viste el otro día te va a parecer nada en comparación.

—¿Y qué puede tener que ver la nave de los Llamedo con todo eso?

—Pues puede que mucho. La nave podría ser un centro de distribución de armas.

Y de esa manera tan sencilla un asunto que a él le parecía casi íntimo se convirtió en algo con carácter universal. La organización, la CNT, estaba interesada en conocer un secreto que solo él podría desvelar. ¡Un centro de distribución de armas!

Con una información tan relevante en su cerebro, Manolo encontró nuevos incentivos para hacer de un trabajo tan rutinario como barrer una fuente de información con unas posibilidades que antes no habría podido ni imaginar.

Por ejemplo, la existencia de limaduras de metal, o de astillas de madera pulida entre el polvo de la posible descarga clandestina ya no era irrelevante, sino todo lo contrario. Ahora barría como si fuera un cirujano, a la busca de cualquier indicio, por despreciable que fuera en apariencia, de que por su reino privado de barrendero hubiera pasado algún resto de mercancía ilícita.

Con la emoción de su nueva y trascendente misión se había olvidado, sin embargo, de preguntarle a Tinín para quién eran las armas. Pero se dijo que eso le daba igual y que quienes confiaban en él sabrían de sobra qué hacer con la información.

Manolo empezó por prolongar su jornada, fingiendo que se le acumulaba el trabajo. Pero no coló. Los tres vigilantes no hablaban, pero se entendían muy bien sin necesidad de cruzar palabra.

El primer día fue Óscar quien le quitó la escoba de las manos y le hizo un gesto amenazador. El segundo fue el que no tenía nombre: cuando sonó en la lejanía la campana de una iglesia dando las seis, le miró con cara de pocos, poquísimos, amigos, y Manolo supo de inmediato lo que tenía que hacer, o sea, irse.

Los días fueron pasando y el chico no sabía cómo avanzar, hasta que el 20 de mayo se le acercó el único Llamedo que conocía, Colo, o sea, Nicolás, y le dio una orden.

—Galleguín, como estamos muy contentos con tu trabajo, hemos pensado mi hermano y yo en pagarte este mes por adelantado y en darte dos días libres. No vengas ni mañana ni pasado, ¿vale?

Y le dio sesenta pesetas. Una cantidad exorbitante, sobre todo para el trabajo que hacía. A Manolo, que estaba acostumbrado más al trueque del mercado del

pueblo que a la compra-venta propia del mercado capitalista, cualquier cantidad en efectivo le parecía mucho dinero, y no sabía cómo reaccionar.

—Pero... —empezó a decir.

—No hay peros que valgan. Y no se te ocurra aparecer por aquí hasta el día 22, ¿entendístelu?

—Sí, don Colo, *entendilu*.

Y el otro le dio la espalda sin decir más.

Manolo reunió valor suficiente para detener su marcha.

—Y los motores..., ¿cuándo empiezo?

Colo se dio la vuelta, evidentemente molesto, y le contestó malhumorado:

—¿Los motores? ¡Ah, sí, los motores! Pasado mañana te digo algo.

Pasó lo que quedaba de día inquieto, barriendo con saña cada rincón de la nave y memorizando lugares para reconstruir después lo que por ellos hubiera pasado. Era como un forense del polvo. Se estaba obsesionando con el oficio de la escoba.

Ansiaba que llegara el momento de encontrarse con Tinín para hacerle partícipe de la información. Durante las dos noches siguientes, la nave de los Llamedo iba a ser un lugar en el que sucedería algo importante. La información le quemaba, tenía que compartirla con alguien, y nadie mejor que Tinín para eso.

A las seis dejó la escoba. Una lluvia espesa le obligó a refugiarse bajo un par de sacos de arpillera que tenía ya dispuestos con antelación, aunque esta vez caía mucha más agua que otras y los sacos no le servían de mucha protección. Lo peor estaba abajo. Los pies se metían en un charco tras otro, y andaba más mojado que el Cristo de las aguas. Ya había jubilado hacía unos días los calcetines de topos. Las abarcas de labrador tenían la ventaja de que se secaban con facilidad.

Tinín le tenía una sorpresa para dársela antes de que él pudiera contarle nada.

—Una compañera se ha empeñado en lavarte la ropa que tenías al pie del jergón. Y te ha desinfectado la cama.

Efectivamente, Manolo vio sus escasas pertenencias textiles estiradas sobre el jergón, en medio de un poderoso aroma a zotal que ocupaba todo el cuarto. El jergón estaba doblado por la mitad, y el suelo, limpio a su alrededor.

Empujado por un violento instinto de propiedad, Manolo se arrojó contra el jergón para buscar su tesoro escondido. Y se llevó un tremendo disgusto: no estaba allí. Con un sentimiento en el que se mezclaban la vergüenza y la indignación, se volvió hacia Tinín, que lucía una expresión burlona en el rostro.

—¿Buscas esto?

Y movía de un lado a otro, con una expresión irónica en la cara, el hatillo con los duros de su padrino.

—Es un dineral, Galleguín, seguro que podías poner una parte para el sostenimiento de la organización y pagar algo a la compañera por lavarte la ropa y desinfectarte el cuarto.

Tenía razón, así que Manolo no discutió ninguna de las propuestas de su anfitrión. A la «compañera» le apartó un duro por las molestias y una peseta por el zotal. Y para la aportación voluntaria a la CNT, aceptó la sugerencia de veinte duros. Manolo volvió a dejar el dinero donde había estado. Se fiaba de Tinín, y no solo porque fuera su anfitrión, sino porque había demostrado de sobra su honradez.

Llegó entonces el gran momento, para el que Manolo, que solo tenía catorce años, no regateó ninguna solemnidad. Tosió un poco de más para darle importancia al asunto, aunque, pese a su corta edad, sabía que el lugar en el que se encontraban no reunía los mínimos requisitos para hacer nada solemne.

Manolo ni siquiera tenía la cultura propia de la adolescencia sobre los espías en la Gran Guerra. No sabía quién había sido Mata Hari, ni tampoco, en realidad, qué guerra fue esa. Él era un pequeño campesino gallego que sabía leer, pero que no había ojeado ningún periódico todavía. Al menos entero. Porque, eso sí, guardaba en su casa, como un tesoro de verdad, el recorte de *La Voz de Galicia* en el que se daba cuenta de la muerte a cuchilladas, sucedida en un penal llamado El Dueso, en Santander, de un tal Emilio Olmos, el hombre que su madre aseguraba que era su padre. Se sabía la noticia de memoria de tantas veces que la había leído.

Aun así, a pesar de su incultura, Manolo se sabía poseedor de una información valiosa. Y un instinto grosero de mercachifle le llevaba a hacer con ello una comedia de enredo que enseguida le resultó fatigosa a Tinín, harto ya de haberle dado tanta correa al chico.

—A lo que estamos, Galleguín, ¿qué quieres decirme con tantas vueltas que le das a la nave?

—Pues que los vigilantes...

—Sin adornos.

Tinín sabía ponerse serio. Usó un tono de voz que le impresionó, y el chico se dejó de historias menores.

—Esta noche, o mañana, va a pasar algo en la nave. El Llamedo mayor me ha dicho que no pise por allí en los próximos dos días.

—¿Estás seguro?

—Claro.

—Pues coge algo para la lluvia y vente conmigo.

Manolo salió de la casucha con una chaqueta impermeable de bacaladero propiedad de Tinín y unas botas que le hacían daño. Estaba bien —pensó— eso de ir bajo la lluvia sin mojarse.

Tinín le llevó a través de tantas calles que no habría sabido deshacer el camino solo. Media hora después de haber abandonado la pestilente, a pesar del zotal, casa, llegaron a un portal de la zona de descarga del carbón que estaba presidido por una bandera de la CNT.

Dos tipos que daban miedo con su sola mirada les franquearon el paso cuando reconocieron a Tinín. Y le indicaron dónde podía encontrar a un tal Pacu.

Este estaba en una reunión con siete u ocho hombrones más. Pero la interrumpió sin más al percibir la agitación que poseía a Tinín, que hizo algunos aspavientos y señaló hacia Manolo. Pacu se quedó mirándole fijamente y el chico asintió porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Así que ese renacuajo es el Galleguín... —Luego, Pacu se acercó a Tinín y este siguió hablándole, pero ahora al oído. Pacu se puso primero lívido y luego rojo. Se recompuso y se dirigió a todos los presentes—. Necesitamos movernos rápidamente. Hay que preparar la huelga general. Porque nos van a comer el terreno. Por el momento, Julio, tú prepara un grupo de gente dispuesta a todo.

—Ahora mismo —dijo el aludido, levantándose de la silla y marchándose sin despedirse.

—Y tú —dijo señalando a Tinín—, ya sabes lo que tienes que hacer. Quiero que el espigón entero sea una hoguera cuando recibas la orden. Y luego tenéis que aguantar por lo menos un par de horas, os echen lo que os echen encima. ¿Cuento contigo, Tinín?

—¡Viva el comunismo libertario!

A Manolo lo despachó haciendo volar la mano izquierda en una dirección incierta. Tinín lo interpretó de inmediato y le tomó del brazo para sacarle de la sala, pero tuvo el detalle de informarle.

—No puedes saber nada de lo que se decida ahí. Imagino que lo entenderás.

—Claro.

Manolo se sentía casi un adulto, porque le habían apartado de la reunión como a un hombre y no como a un niño. Se sentía orgulloso de sí mismo y de la organización que le cobijaba, aunque no supiera nada del comunismo libertario ni de lo que quería decir confederación. Huelga general sí: era una bronca enorme. Y él había contribuido ya a esa huelga con el certero adoquinazo que le

había endosado al sargento el pasado 1 de mayo.

Ahora su contribución parecía más decisiva. Hasta un ignorante como él era capaz de calibrar que Pacu mandaba mucho y que había cambiado los planes que tuviera por la importancia de su información.

A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron, aunque eso tardaría aún veinticuatro horas en hacerse evidente para la población de Gijón, o incluso para los militantes de los partidos y los sindicatos que estaban planeando la insurrección.

—Ven conmigo, Galleguín.

Tinín le llevó a paso ligero hacia las obras, ya muy próximas a su final, del espigón del norte.

Había mucha gente esperándole allí. Manolo calculó que más de un millar. Tinín llamó a dos de ellos, que tenían pinta de ser líderes del movimiento.

—Esta noche vamos a necesitar ruido. Nos lo vamos a jugar a una carta.

—Pues vas a tener que calentarles, Tinín, porque si dejamos que se vayan a casa, no vuelven. Échales un discurso de los tuyos.

Tinín se subió a lo más alto de la obra, a una de las piedras de hormigón talladas como cubos que se echaban al agua para ganarles metros a las olas, y pidió a su auditorio que le escuchara.

—¡Compañeros...! Hoy más que eso: hermanos... Tenemos que ser la avanzada del movimiento obrero. Y esta misma noche, otros cientos de compañeros van a enfrentarse a la reacción...

Tinín sabía lo que se hacía y cómo conducir a aquellos hombres, que le escuchaban en un silencio respetuoso. Manolo le miraba arrobado. Y mientras le oía, sentía que sería capaz de hacer cualquier cosa que el otro le pidiera.

Estaba tan concentrado escuchándole que no se apercibió del despliegue de los guardias hasta que las hogueras comenzaron a iluminar todo el puerto.

Luego le pareció que en torno a él se desencadenaba el apocalipsis. Que de eso sí le habían hablado en la iglesia. Un montón de veces.

Los guardias cargaron armados de sables y de largas cachiporras. Y, a cambio, recibieron una buena ración de piedras. Esta vez los dos ejércitos en liza estaban bien preparados para la batalla.

Los hombres a los que mandaba Tinín comenzaron a usar antorchas contra los bien entrenados caballos, que hasta entonces parecían no asustarse de nada.

Sonó un disparo y todo pareció aplacarse por un instante. Pero inmediatamente se oyeron muchos más. Manolo no tuvo casi tiempo para ver a uno de los guardias apuntando a la masa insurrecta con su carabina. Le pareció

que el orificio del cañón apuntaba directamente hacia él.
Un latigazo ardiente le atravesó la cabeza.

ENTRE SÁBANAS LIMPIAS

Manolo se enteró de todo por el «enemigo»: las monjas.

Cuando despertó, apenas podía moverse. El lado derecho del cuerpo se negaba a obedecerle y era incapaz de articular palabra.

Pero hizo algunas comprobaciones y concluyó que estaba vivo. No sabía el tiempo que había estado inconsciente, pero debía de ser mucho, a juzgar por lo que estaba tardando en volver en sí. Hizo con un enorme esfuerzo varios intentos para llamar la atención de quien fuera que estuviese a cargo de la gran sala en la que se encontraba, que era, evidentemente, una dependencia de hospital. Poco a poco consiguió que alguno de sus miembros comenzara a obedecerle.

Una monja acudió al observar que movía la mano izquierda y le dio la bienvenida al mundo.

—¡Hombre, has vuelto! A ver, mueve de nuevo la mano.

Y se giró manteniendo en alto la mano izquierda de Manolo como si se tratara de un trofeo.

—¡Doctor! ¡Martínez ha vuelto!

Manolo sentía desde crío una intensa aversión hacia las monjas, contagiada por su madre, que había sido víctima cuando era niña de los discutibles métodos pedagógicos que usaban las «hermanas» con las «gratuitas». La madre de Manolo guardaba, eso sí, un agradecimiento casi eterno a la que le había enseñado a leer, pero la diferenciaba del resto, a las que calificaba de «cuadrilla de brujas». Manolo luchó con éxito para deshacerse de la tenaza que sujetaba su mano en alto.

La monja volvió a usar el término «vuelto» como si Manolo hubiera estado de viaje sin saberlo. Y algo de eso había, porque poco después se enteraría de que estaba en Barcelona, en un hospital llamado Sant Pau, en las, al parecer, inmejorables manos de un, por lo visto, muy famoso neurólogo llamado Lluís Pujol. Don Luis, le llamaban las monjas en su ausencia, y casi se arrodillaban al mentar su nombre. Era un hombre reverenciado en su trabajo.

Manolo tardó algo más en enterarse de las circunstancias que habían envuelto su largo viaje, sumido en la inconsciencia, desde Gijón hasta Barcelona. Algo que resultaba casi inverosímil y que debía de haber consumido semanas de tiempo de mucha gente.

La primera etapa de su evacuación no había sido fácil. Era obligado sacarlo de Gijón, porque su cabeza había sido puesta a precio después de la hazaña del Galleguín. Tinín y sus más fieles seguidores se ocuparon de apartarlo del espigón norte, y luego los vigilantes de la nave de los hermanos Llamedo, acompañados por un médico, se hicieron cargo del chaval herido.

Pero el responsable último del traslado casi prodigioso había sido su padrino, don Manuel Martínez. La monja le informó de que su tío no había reparado en gastos para ello. Lo decía con admiración, no solo por la hazaña que había supuesto el transporte, sino por el dinero invertido en el traslado de un chaval que parecía de clase tan baja.

—Las apariencias engañan —decía la monja, y dejaba después la boca fruncida con un deje de suficiencia—, porque tú, que apareciste hecho un pordiosero, debes de estar podrido de dinero para haber llegado hasta aquí.

Manolo no quiso sacarla de su error, no fuera eso a significar un empeoramiento de su estatus y le llevara a acabar donde le correspondía en realidad: en algún camastro de la caridad en Galicia.

Al cabo de tres días de estar despierto, en los que Manolo aprovechó para reconstruir de manera aproximada lo ocurrido en Gijón, el doctor Pujol en persona fue a visitarle escoltado por un nutrido grupo de médicos y estudiantes. Muchos tomaban nota de sus palabras, que echaba a su alrededor como si Manolo no estuviera presente.

—Manuel recibió un disparo en la cabeza que, por suerte, no alcanzó ninguna zona vital. Para ese tipo de incidentes aún no tenemos remedio —dijo, y su público le dedicó un buen coro de risas—... Pero ha estado dos semanas con pérdida completa del conocimiento y padece una persistente atrofia muscular en la mitad derecha del cuerpo.

—Una hemiplejía —dijo un listillo, interrumpiendo el discurso del eminente doctor, quien fulminó con la mirada al atrevido, haciéndole callar y bajar los ojos compungido.

—La importancia de la kinesiterapia temprana ha vuelto a quedar de manifiesto —continuó el doctor—. Incluso aplicada a un paciente pasivo, como es el caso. A partir de mañana le haremos practicar un programa intensivo de recuperación muscular y le administraremos, además, nuestro revolucionario

método experimental de electroestimulación. El doctor Grau, jefe del servicio de otorrino, y yo tenemos grandes esperanzas puestas en la recuperación completa de Manuel.

Manolo no sabía muy bien qué quería decir el doctor Pujol con lo de experimental, pero no acababa de convencerle un tratamiento que se llamara así. Aunque lo de «revolucionario» tendía a ponerle a favor, después de su experiencia asturiana, tan corta pero tan intensa. ¿Qué habría sido de sus compañeros? ¿Habrían conseguido implantar el comunismo libertario en Gijón? Manolo seguía sin saber qué era eso del comunismo libertario, pero le sonaba bien, y ver cómo se ponían los guardias ante sus zarrapastrosos defensores hacía que le sonara aún mejor.

Tampoco tenía ninguna manera de enterarse de cómo habría salido librado Tinín de la bronca en el Musel. Y hasta él, que apenas estaba ducho en las artes de leer y escribir, sabía que ninguna novicia le informaría de nada de lo acontecido, porque, además, las monjas se movían en un terreno de voluntaria ignorancia sobre gran parte de lo que sucedía en el mundo exterior al suyo. Pero Manolo se sentía abocado, a su pesar, a agradecerles que le tuvieran más cuidado y limpio de lo que había estado nunca. Tuvo que reconocerse a sí mismo que eso de ir impoluto reunía facetas muy placenteras.

La madre de Manolo, Casilda, apareció un día sin previo aviso, aunque una monja intentó que su llegada fuera percibida por Manolo como fruto de las oraciones del chaval. Sin embargo, a él le constaba que no había rezado ni un avemaría, y mucho menos para rogar que viniera su madre. Como era lógico, el viaje de Casilda había sido planificado y financiado por don Manuel.

Casilda no fue muy bien recibida por su idolatrado hijo. Sin embargo, su llegada tendría una trascendencia enorme para el futuro de Manolo, porque, además de una empanada de chorizo que las monjas tuvieron que tirar para evitar que se corrompiera del todo en el hospital, vino acompañada de un cargamento de libros futuristas. Ni más ni menos que media docena de historias escritas por un autor francés, Julio Verne.

La monja que le hacía la kinesiterapia, sor Yolanda, era una joven gallega como Manolo, aunque de tierra adentro. Tenía una cultura campesina, pero llevaba muchos años en Cataluña tratando a todo tipo de gente, algo a lo que estaba obligada por su pertenencia a la orden de las hermanas hospitalarias de la Santa Creu. Eso la distinguía de sus compañeras y la situaba más cerca de un joven sediento de conocimientos y libertad como Manolo.

Pese a ser monja, Yolanda era una librepensadora. Esto al menos es lo que

concluyó Manolo cuando ella aplaudió sin reservas la entrada en el hospital de los libros de Verne. Y, sobre todo, cuando sustituyó las deterioradas ediciones que provenían de alguna tienducha de La Coruña por las muy cuidadas de la editorial Sopena.

Yolanda echaba todos los días un buen rato leyendo, con el acento gallego que a él tanto le gustaba, las aventuras surgidas de la mente prodigiosa del fecundo escritor francés. Junto a ella, Manolo se convirtió en un lector empedernido de Verne, y, poco después, en un lector empedernido de casi cualquier cosa. Al principio necesitaba el concurso de Yolanda, pero según fue recuperando la normalidad visual, comenzó a leer a solas. Aunque hacerlo con la monja le reportaba un placer mayor que el de la propia lectura.

Sor Yolanda sabía interpretar los deseos del muchacho y le llevaba para su lectura todo aquello que le recomendaban en el ateneo libertario de Poble Nou, donde, tras vencer la natural vergüenza, encontró no solo una gozosa bienvenida, sino también una fuente inagotable de lecturas para Manolo y una fuente no menos inagotable de razones para colgar los hábitos. Un escritor manchego, natural de Hellín, Artemio Precioso, autor de innumerables novelas sicalípticas, o galantes, tuvo mucha culpa en esa reconversión a lo terrenal.

Aunque quien tuvo realmente que ver fue Manolo. Yolanda despertó por primera vez a la llamada del sexo con él. Lo hizo de la manera más natural, es decir, por la exigencia del organismo, que se topaba todos los días con otro cuerpo juvenil lleno de exigencias.

Yolanda no sintió la necesidad de confesar con ningún cura los deseos sobrevenidos, porque estimaba —contra la costumbre de su orden— que las urgencias que su cuerpo iba revelando estaban mandadas por la naturaleza. Y comenzó a entretenerse con la kinesiterapia en partes concretas del físico de su paciente. Hasta que un día llegó a la más concreta de las partes, lo que asustó a Manolo tanto como a ella. Y eso que él era ya un hombre experimentado que había sido introducido en el mundo del sexo nada menos que por la Apacha.

Yolanda tenía cinco años más que Manolo, o sea, diecinueve, aunque su experiencia en esos territorios sexuales era mucho menor: cero veces contra una en relaciones completas. Pero supo encarar las novedades con la misma entereza que una profesional. Al primer encuentro casual le siguió otro calculado. Y ya no hubo límites para lo que vendría después. Todos los días Manolo esperaba pacientemente a que Yolanda le obligara a deshacerse entre sus manos, cada vez más expertas.

La relación entre Manolo y Yolanda se fue desarrollando de una manera

compleja. Cada día, tras el desayuno, ella le leía un buen rato. Aunque él no necesitara apoyo alguno en la lectura, fingía que sí, porque temía que le alejaran de sor Yolanda. Luego, a las once de la mañana, hora que marcaba su bien pautado plan de rehabilitación, recibía las descargas científicas ideadas por los doctores Pujol y Grau. Esta parte del tratamiento tenía lugar en un sótano del edificio, al abrigo de miradas indiscretas y bajo la supervisión directa de don Lluís Pujol. Manolo lo recibía en una camilla rodeada de cables y ventosas por todas partes. Las descargas eléctricas seguían un orden misterioso para él, pero se decía a sí mismo con mucha lógica que ya sabría por qué el hombre del invento. A él le tocaba hacer lo que le mandaran. Y a eso se limitaba con gran mansedumbre.

A las doce le suministraban lo que las enfermeras llamaban una nueva aportación de calorías, o sea, que le volvían a dar de comer. Y a la una caía en las dulces y experimentadas manos de Yolanda. ¡Toda una hora para sentir los placeres y los dolores provocados por la kinesiterapia, enfocada a una rehabilitación no solo física, sino también espiritual!

No es posible distinguir con precisión la parte de responsabilidad que cada uno de los tratamientos tuvo en la evolución de la enfermedad de Manolo. Pero la monja responsable de la planta habló de «milagro» y Pujol calificó la recuperación de «hito científico», apropiándose así, para gloria de él y de Grau, del «*procés*», que fue como bautizaron los ilustres doctores a la increíble recuperación de Manolo. Pocos meses después de su llegada al hospital de Sant Pau, Manolo andaba apoyando las dos piernas por igual. Tan solo le quedó una levísima lesión que hacía que el dedo meñique de su mano derecha no se estirara del todo, pero con el paso del tiempo aprendería a disimular esa rémora.

El socorro monetario que su padrino aportaba llegaba puntual a las arcas del hospital, motivo por el cual las monjas de la congregación no tenían ninguna prisa por darle el alta. Sin que hubiera ningún pacto explícito al respecto, el interés del doctor Pujol coincidía con ese fin, porque Manolo fue utilizado en algunos congresos de medicina para demostrar las excelencias de su máquina.

Yolanda, que todavía conservaba intactas su fe en el Señor y su confianza en la congregación, pensaba en una de las máximas favoritas de su todavía viva, y muy viva, cofundadora, Teresa Albá: «Id a los hospitales y socorred a los necesitados, que no les falte de nada». Con esa orden por todo equipaje acudía la monja a su diario encuentro con Manolo.

Pero en el mes de septiembre la situación llegó a su límite.

Yolanda estaba ya harta de mirar su cuerpo, que le parecía escandalosamente

bello, en el espejo, y de hacerlo de forma clandestina. Quería, de una vez por todas, conocer en carne propia la que era ya una imperiosa llamada de su naturaleza para pasar la frontera de los hechos.

Manolo se encontraba feliz por su acomodada vida de enfermo convaleciente, pero le urgían las mismas necesidades físicas que acosaban a Yolanda. Aunque a sus grandes cuitas había que sumar la económica: ¿de qué viviría cuando le dieran de alta? A pesar de su tierna edad, Manolo sabía que practicar el sexo con Yolanda no le daría de comer. Y, aun así, a pesar de todas las dificultades, y de las evidentes diferencias de edad, se declararon un amor mutuo y eterno.

Las rectoras de la congregación, por su parte, ya no podían mantener por más tiempo tanto disimulo en torno a Manolo. Estaba curado y había que asumirlo, aunque eso suponía dejar de disponer de una sustanciosa cifra de ingresos. Por su parte, los doctores Pujol y Grau perderían al principal patrocinador de su invento.

O sea, que había demasiados intereses afectados por la solución como para que esta fuera sencilla. Pero Yolanda la encontró con una facilidad sorprendente después de uno de sus encuentros con Manolo.

—Si yo pudiera ganarme la vida, te sacaría de aquí —le dijo él, empujado por la pasión después de acabar de leer un capítulo de *Los miserables*.

—¿Y adónde me llevarías?

—Al único lugar donde no hay pecado. A Gijón, donde ya debe de reinar el comunismo libertario.

Y se abrazaron, claro.

Yolanda no dio apenas detalles de su negociación posterior, que incluía su vuelta a la sociedad civil. Unos días después de que Manolo le comunicara su destino soñado, ella quiso asegurarse de algunos detalles.

—¿Y tu padrino no querrá verte alguna vez?

—No quiere verme ni en pintura. Le basta con saber que, mientras siga vivo, no me falten socorros en caso de apuro. Se siente obligado porque es mi padrino. Por lo demás, cuanto menos le dé la lata, mejor.

Yolanda habló directamente con la superiora de la congregación, Teresa Albá, que le advirtió que deshacer los votos llevaría su tiempo.

—A mí no —le contestó Yolanda—. Yo ya estoy fuera y, además, en pecado.

Con el doctor Pujol las cosas no fueron más amables: podría irse con Manolo, y cuanto más lejos mejor. A cambio, el hospital se quedaría con la mitad de la generosa asignación que don Manuel enviaba puntualmente cada mes. Y nadie informaría al donante del cambio de estatus de Manolo, porque, en esencia, se

mantendría la dependencia entre él y el doctor Pujol a través de un puntilloso acuerdo. Según lo pactado, Manolo y Yolanda estarían obligados a contactar una vez al mes con el hospital, y Manolo se comprometía a acudir, por cuenta del doctor Pujol, a un mínimo de dos congresos médicos internacionales al año para mostrar las bondades del «*procés*».

Era un buen acuerdo, que Manolo y Yolanda pusieron en vigor de inmediato. Ella se encargó de hacerle un mínimo ajuar, para lo cual el hospital contaba con recursos de sobra gracias al vestuario que los fallecidos y los dados de alta dejaban atrás. Y fue ella también la que se dejó unos cuantos duros de su recuperada dote en alquilar por dos noches una habitación de hotel muy cerca del Liceo, lo que les pareció a los dos el colmo de la elegancia.

No acabaron ahí los gastos. Se fueron hasta el hotel en un coche de punto y se inscribieron en la recepción. Después subieron a su habitación, donde les fue servida la cena.

Era la primera vez que vivían algo semejante. Estuvieron sonrojados todo el tiempo que la muchacha encargada de servir tardó en hacerlo. Luego prorrumpieron en una risa inacabable. Y se comieron todo excepto los papelillos que envolvían los dulces, eso sí, después de probarlos. Por si acaso, lavaron platos, cubiertos y vasos, y dejaron todo reluciente a la puerta de la habitación.

De madrugada, Manolo salió a la calle a dar un paseo y a respirar aire fresco, el de la libertad.

Barcelona estaba repleta de personas que dormían al raso. Los pocos periódicos que Manolo había leído en el hospital hablaban de la gran crisis económica que afectaba al mundo, y las calles parecían darles la razón, con todos esos hombres y mujeres que pedían, sin ninguna esperanza de ser escuchados, alguna limosna. Por ellos iban a luchar, desde Gijón, Manolo y Yolanda. Manolo sabía lo que tendría que hacer junto a sus hermanos anarquistas; ahora faltaba convencer a Yolanda para ponerla de su parte.

La joven esperaba impaciente en la habitación la vuelta de su amante. Sentía en sus entrañas la necesidad de recuperar tantos años perdidos, y el sexo mantenido con Manolo la noche anterior no había sido más que el aperitivo del enorme banquete que tenía proyectado.

Manolo volvió al hotel cansado tras el largo paseo que había dado por aquella ciudad inmensa, repleta de automóviles y transeúntes. Le esperaba en la habitación una joven insaciable. Pero también un viaje lleno de incertidumbres.

Con tan solo catorce años, Manolo se sentía indestructible. A esa edad, y acompañado de una mujer sana y fuerte, deseosa de conocer cuanto antes todos

los recovecos de la vida, no le parecía que pudiera existir ningún obstáculo que se interpusiera entre él y el infinito, que era el lugar al que Manolo pensaba llegar.

Con Yolanda.

6

EL VIAJE A LA LIBERTAD

El viaje a Gijón era complicado. La mejor opción era, claramente, pasar por Madrid. Y para eso, Yolanda, que se había convertido en una militante intelectual del futurismo, consiguió dos billetes de tren para ir a la capital, desde donde organizarían el ansiado, al menos por Manolo, viaje a Gijón.

Llegaron a la estación de Francia dos horas antes de que el tren anunciara su salida. Y ocuparon, en cuanto les fue posible, los dos asientos que habían comprado para un viaje que les resultaba excitante. Manolo había madurado, se había convertido en un adulto de verdad, como pretendía su padrino cuando le llevó al Papagayo a conocer la vida. Le faltaba mundo, eso era cierto, porque apenas había podido pisarlo. Pero su cultura iba creciendo a pasos agigantados gracias a todos esos libros que, más que leer, engullía con voracidad.

Con una determinación digna de una buena causa, Manolo había fijado, a sus catorce años, la base ideológica que cimentaría toda su vida: era un militante del anarquismo. Su amor por la libertad era superior a cualquier otra pasión intelectual. No necesitaba muchas lecturas para asentar esa elección, porque estaba basada en una selección visceral de propuestas vitales. Desde que salió de la aldea, se había fijado en los ojos de quienes profesaban el anarquismo como elección política, y le parecía una dosis de sinceridad superior.

Así que Manolo se hizo anarquista para siempre.

Yolanda era un catalizador importante para ese crecimiento, poseída como estaba, al igual que él, por un ansia inagotable de conocer una vida que, a su manera, desconocía tanto como el que ya se podía llamar con propiedad su amante. Eso sí, ella tenía una forma de ver la vida muy distinta, menos radicalizada. Su historia con las monjas había sido envolvente, había ocupado toda su existencia, pero, al mismo tiempo, había sido muy liviana. Para dejar de lado la vida religiosa no había tenido que pasar por ninguna revolución. El simple trato con el mundo exterior a través de los pacientes del hospital bastaba para que las religiosas de la orden hospitalaria fueran menos fanáticas que otras

monjas, así que Yolanda no sufrió ningún cambio drástico en su visión del mundo cuando sintió la necesidad de abandonar sus votos. Su revolución intelectual era más sencilla que la de Manolo, aunque probablemente más profunda.

Ella había visto en Manolo la sinceridad y la capacidad de entregarse a los demás. Aunque no compartiera su credo político, encontraba en él una decencia esencial. Y, de hecho, la tenía, al margen de su militancia.

Por su parte, Yolanda se conformaba con propuestas políticas que le parecieran viables para hacer de España un lugar habitable, sin tener que usar la violencia, en el que bastara con la existencia de la ley. Había leído en *La Vanguardia Española* un discurso de Manuel Azaña y había decidido que ese hombre la representaba. Pero debía enfrentarse a un acto reprobable que no era menor, pues para su liberación había diseñado con Manolo un entramado que era, se mirara como se mirase, una estafa.

¿Cabía esa estafa en la organización de su nueva vida? La respuesta era siempre la misma: no, por mucho que las monjas, los médicos y el hospital fueran cómplices del fraude. Aunque Manolo sí lo tenía claro: su padrino era muy rico, por lo que el desfalco formaba parte de la expropiación a la que habrían de someterle algún día.

Manolo y Yolanda eran dos jóvenes ignorantes dispuestos a comerse el mundo.

LA CAPITAL

El otoño ya se hizo notar durante el viaje. Casi todo el recorrido de más de seiscientos kilómetros lo hicieron escoltados por una lluvia, a veces suave y a veces violenta, pero siempre pertinaz, que entorpecía la visión del paisaje velando las ventanillas del vagón.

Hacía mucho tiempo que los segadores habían dejado mochos los trigales y aún no habían sido roturadas las tierras para hacer la nueva siembra. La vida se adivinaba en los campesinos que recogían las uvas. Pero el campo iba, poco a poco, preparándose para adoptar el agreste e inhóspito aspecto del invierno.

Manolo miraba, con ojos de campesino gallego, lo que el paisaje le brindaba. Y se asombraba al ver que la vida era posible sin que la tierra estuviera cubierta por un manto verde que diera sustento al ganado y paz al espíritu del propietario.

Yolanda no echaba de menos su tierra. Su madre había estado sirviendo en Pontevedra hasta que se fueron las dos a Barcelona. Había nacido en As Neves, pero no recordaba nada del campo. Quizá había unas viñas ancladas en el fondo de su memoria. Pero nada más. Era una mujer de ciudad. Y eso, además, le gustaba.

Hicieron el viaje casi sin hablar y con las manos entrelazadas, mirando por la ventanilla mientras hubo algo de luz. Luego comieron con fruición los bocadillos que Yolanda había preparado, con abundante tomate en el pan para poder combatir la sed, y acabaron dormidos el uno contra el otro, sintiendo muy cerca el cuerpo del amante, los cuellos de ambos irremediabilmente torcidos.

El origen debió de influir en la manera en que cada uno asumió la llegada a la capital. Yolanda se sentía eufórica: ¡estaban en Madrid! La capital, la sede de la corte. Manolo parecía mucho más sosegado, aunque le abrumara la idea de pasar algunos días en la urbe. No estaba seguro de que un paleta como él fuera a dar la talla en la primera ciudad de España. ¿Se le notaría la falta de mundo? No tenía, de repente, la seguridad en sí mismo que le había permitido tomar decisiones tan trascendentes como la de abandonar con Yolanda, que ya era toda una mujer, el

hospital de Barcelona. Era, de nuevo, un pardillo suelto entre alimañas que podían devorarlo sin que nadie hiciera un gesto para evitarlo.

Yolanda se encargó de borrar de los rostros de ambos las secuelas de la mala noche que habían pasado en el tren y le repeinó a Manolo el pelo crespo con modales de madre. Remató la faena con un sonoro beso, pero él la rectificó a tiempo con un beso que tenía todos los sabores del viaje, especialmente el de la pasión que, incluso en esos momentos siempre desoladores del amanecer en un tren, daba sentido a sus vidas. Manolo sintió que amaba a Yolanda. Y ella que le amaba a él más que a nada en el mundo.

La estación de Atocha tenía muchas semejanzas con la de Francia en Barcelona. Se parecían, ante todo, en el empleo desmedido del hierro, un material que había desplazado en ciertos usos a la madera y en muchos más al ladrillo.

No sabían los amantes que llegaban a una ciudad sometida a furiosas convulsiones políticas, aunque, una vez desembarcados del vagón, les pareció estar pisando el paraíso de la simpatía. Mientras eran identificados como viajeros del tren, todo fueron cortejos y bienvenidas. Luego, su evidente condición de viajeros se fue diluyendo, debido a lo escueto de su equipaje, entre los cientos de personas que iban y venían al recinto de la estación para los más diversos quehaceres, empezando por el deporte favorito de los madrileños: mirar a los que hacen algo.

Al salir de la estación se encontraron con una riada humana como no habían visto jamás. Ya no eran cientos, sino miles las personas que se desplazaban hacia arriba o hacia abajo cargadas con bultos de tela o con cestos de esparto, ese tejido vegetal cuya utilidad Manolo no entendió durante muchos meses, hasta que la sequedad y el campo de la meseta le explicaron su utilidad.

Yolanda emprendió con una decisión imparable la marcha «hacia arriba» que parecía contrariar la voluntad de la mayoría de los que concurrían en torno a la que los carteles callejeros definían como «glorieta» de Atocha.

—La avenida esa es muy principal, no puede haber sitios baratos por ahí. Mejor vamos por esta calle.

Y, mientras señalaba la calle que se llamaba con el mismo nombre, tironeó de Manolo para llevarle en la dirección que a ella le parecía la correcta. Así, sin saberlo, se encaminaron hacia las inmediaciones de la Plaza Mayor.

Yolanda buscaba con la mirada ansiosa alguna señal que le permitiera decidirse por cualquier lugar que fuera adecuado a su estatus de pobres pero no miserables. Superada ya la cuesta que llevaba desde Atocha hasta la plaza de

Santa Cruz, siguió tirando de un Manolo cuyas aptitudes físicas estaban todavía limitadas tras varios meses de convalecencia. El joven jadeaba más que respiraba, remolcado por la que a él le parecía un prodigio físico.

En un momento dado, el instinto hizo que Yolanda cambiase el rumbo y girara a la izquierda, hacia la plaza de Tirso de Molina, hasta dar con lo que le pareció el lugar adecuado en una calle estrecha, la del Olivar. Un cartel montado sobre una chapa metálica anunciaba que allí estaba la pensión La Asturiana.

—No se hable más —dijo Manolo, más convencido por el cansancio que por los argumentos de ella—. Vamos a La Asturiana y que Dios reparta suerte.

Lo último lo dijo a tontas y a locas, pero pareció que colaba, porque ella no le pidió explicaciones y reemprendió la marcha con parecidas energías, tirando de nuevo de él. La subida por la empinada escalera hasta la tercera planta fue muy fatigosa, pero había una meta marcada que ayudó a Manolo a subir mejor esos peldaños empinados de madera muy vieja que crujían a cada paso y emitían un lamento propio de algún cante muy profundo.

La dueña de la pensión era una mujer abundante, al menos desde el punto de vista físico, pero no por ello dejaba de ser atractiva, porque guardaba una buena proporción entre unos y otros lugares de su anatomía. Y se correspondía a la perfección con el tipo de mujer que podría esperarse de una madrileña que regentara una pensión llamada La Asturiana. En pocas palabras, se consideraba madrileña, pero era originaria de Asturias. La señora tenía la edad indefinida que muchas veces tienen las mujeres de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años.

A los que proceden de Asturias, como les pasa a los oriundos de todas partes, pero a los asturianos más, encontrarse con un paisano les produce una enorme confianza. Aunque Manolo no era originario de Asturias, se había enamorado de Gijón, que para él era la patria del comunismo libertario. ¿Y qué era eso? No sabía bien. Solo sabía que era algo muy deseable por todos «los de abajo». En resumidas cuentas, estaba encantado con la elección de Yolanda. Aunque un remoto recuerdo del sentido de la discreción que Casilda le había intentado meter en las meninges le impidió preguntar a Eduardina —que así se llamaba la señora— por el grado de cumplimiento del ideal utópico en la ciudad, se juró a sí mismo que lo averiguaría al día siguiente.

Eduardina fue muy discreta y no les pidió más papeles que los de curso legal equivalentes a diez duros. Y Manolo y Yolanda pudieron considerarse «como en casa» ya antes de dar el primer paseo por la corte.

Yolanda quiso lavarse bien antes de salir y pidió a Eduardina —esta les rogó que la llamaran Dina— una toalla. En la habitación tenían una instalación

higiénica completa. Manolo dejó sola, caballerosamente, a Yolanda y aceptó la oferta que le hizo Dina de un café con leche y unas madalenas de La Bañeza que de vez en cuando le traía una cuñada. Luego, de vuelta en la intimidad de su cuarto, él se lavó sus partes y los sobacos, y se re peinó ante el espejo, deteniéndose a observar la cicatriz que le había dejado la trayectoria del tiro. Esta vez no maldijo al guardia de la carabina, porque gracias a él había conocido a Yolanda.

Dina se prestó a ayudar a Yolanda a planchar la poca ropa limpia que llevaba en su escueto equipaje. Aprovechó ese tiempo para explicarle que no tenía pareja, aunque eso no significaba que no tuviera «relaciones». La cosa se quedó ahí.

Y, tras las incursiones en los lavatorios, quedaron los dos limpios y peinados, listos para su estreno en la ciudad.

¿Adónde irían primero? ¿A la Plaza Mayor o a visitar el famoso «kilómetro cero», desde donde se medían todas las distancias que hay entre la capital y los distintos lugares de España? Uno de esos lugares era Gijón, la presunta capital del comunismo libertario. Pero ¿cómo ir hasta allí? Eduardina, que era asturiana, tenía que saberlo...

—¡Huy, yo soy de Grado! ¿Cómo voy a saberlo?

Y si no sabía eso, mucho menos sabría lo de la instauración del comunismo libertario, así que Manolo se ahorró esa parte del interrogatorio. Desde que tenía uso de razón, Dina no había vuelto a su tierra natal, aunque conservaba el acento asturiano que le habían legado sus padres.

Yolanda no se arredraba ante nada, y mucho menos ante la ignorancia perezosa que exhibía Dina. Hasta el más desinformado conocía las andanzas de los equipos de fútbol y sus desplazamientos en tren... Aunque Yolanda tenía otros planes, que no coincidían exactamente con los de Manolo y que no quería hacer públicos delante de Dina.

—Vamos, Manolo, que lo del viaje lo resolvemos en un visto y no visto.

Y él volvió a dejarse arrastrar a la calle, donde tomaron la dirección de la Plaza Mayor, que, esta vez sí, Dina les indicó sin vacilar.

Para entrar en el recinto atravesaron algunos bares con tal olor a fritanga que con solo pasar por delante dejaba las ropas impregnadas. Manolo tuvo un brusco acceso de autoridad cuando ella, que llevaba como él un tiempo muy prolongado sin hacer una comida en condiciones, tuvo la tentación de tomarse un bocadillo de calamares.

—¿Pero no hueles, Yoli? Están malos, seguro.

—No me vuelvas a llamar Yoli —dijo ella con una sequedad para él desconocida.

—Vale. Pero tú no te comes esos calamares podridos —sentenció él.

El acuerdo quedó sellado con un apretón de manos bastante teatral.

No tenían problemas inmediatos de dinero, así que fueron a saciar su apetito a una taberna donde acompañaron el inevitable cocido de los campesinos madrileños con un vino peleón de Navalcarnero que alcanzaba los quince grados y que, según les informó el tabernero sin que le preguntaran, «se vende muy bien en Bilbao». El hombre esperó a que Manolo bebiera un buche y carraspeará para limpiarse la garganta antes de soltar un satisfecho «ya te lo decía yo» y marcharse a buscar las dos raciones de cocido que le habían pedido.

Yolanda y Manolo comieron con ganas los estupendos garbanzos que escoltaban al tocino blanco y a otras succulentas piezas del cerdo. Ella se deshizo en alabanzas sobre el pan candeal que acompañaba a los manjares, y después de, discretamente, pasarle a él dinero para que se hiciera cargo de la cuenta, le planteó su propuesta de cambio de planes, considerando, no sin razón, que la opípara comida tendría un beneficioso efecto sobre su humor.

—Manolo, yo quiero quedarme en Madrid un tiempo. El comunismo libertario puede esperar.

La discusión que siguió fue larga y tan intensa en algunos momentos que el tabernero se vio obligado a intervenir, precipitando su conclusión. La bronca se zanjó con un nuevo apretón de manos para sellar su acuerdo. Se quedarían en Madrid diez días y luego tomarían el tren de Gijón para reunirse con la Historia y para que Manolo pudiera recuperar lo que quedara de los cien duros que su padrino le había dado y que estaban en las seguras manos de Tinín.

Juntos patearon el centro de Madrid. Cerca de la plaza de Tirso de Molina, ya en el barrio de Lavapiés, encontraron un cartel que identificaba un vetusto edificio como la sede del ateneo popular de la zona, aunque parecía llevar muchos años abandonado. La dictadura de Primo de Rivera había tenido mucho que ver con ello, pero la joven pareja no sabía nada al respecto.

Manolo apuntó la dirección del edificio vacío, por si acaso, y siguieron deambulando con una nueva armonía reinando en sus enamorados corazones. Él le perdonó a ella la imprevista prórroga de la estancia en Madrid, y lo hizo sin darse cuenta, como suelen hacer los enamorados. Yolanda, a su vez, le perdonó a Manolo su falta de flexibilidad a la hora de cambiar un mínimo lo planificado. Y lo hizo también sin pensar en ello.

La Puerta del Sol supuso un choque para ambos. Tenía un carácter popular

que les llegó al alma y que les hizo sentir como en su casa, porque formaban parte de esa legión de personas sin patria, y, por tanto, sin objetivo ni rumbo fijo, que bajaban y subían por las calles que iban a dar a la extraña plaza.

Manolo se detuvo delante del quiosco de periódicos que estaba al lado de la calle de la Montera; compró un ejemplar, atrasado un par de días, de *El Comercio* de Gijón, y ojeó sus páginas con urgencia. Luego se acercó al dueño del establecimiento y le preguntó con voz queda:

—¿Sabe usted si se ha instaurado el comunismo libertario en Gijón?

El hombre no pudo contestar, sofocado por la risa incontenible que le asaltó.

El proceso de maduración de Manolo era tan desigual que provocaba reacciones de ese tipo. Su cuerpo era decididamente el de un adulto, y era capaz de saciar la sed de una mujer como Yolanda, que tenía un gran déficit en el terreno del sexo. También era un hombre a la hora de afrontar los quebraderos de cabeza que la vida da a los aventureros. Manolo no le tenía miedo a la vida, es decir, al frío, al hambre o a la escasez. Podía vivir no ya al día, sino al minuto. Pero seguía siendo un desastre en el terreno de las emociones, donde mostraba un primitivismo exagerado. Yolanda hacía grandes esfuerzos para soportarle cuando montaba —sin pretenderlo, eso sí— numeritos como el del quiosco de la calle Montera.

—¡Comunismo te daba yo a ti, chaval! —exclamó el hombre del quiosco, armado con un periódico enrollado que enarboló contra el muchacho con intenciones humillantes.

Yolanda no tuvo tiempo de contener a Manolo, que le dio al de los periódicos un par de guantazos aptos para desmayar a una mula. Porque el chico, una vez recuperado del balazo, había vuelto a tener esos «brazos como muslos» de los que tanto presumía su madre.

El revuelo que se armó fue considerable. El hombre del quiosco quedó tirado en el suelo, sangrando por la boca y la nariz, y a su alrededor se fue arremolinando una pequeña multitud sedienta de emociones, mientras alguno llamaba a un médico.

Yolanda volvió a demostrar su entereza y su sangre fría llevándose a Manolo de allí a buen paso pero con el aire de los que van de paseo. Incluso tuvo el cuajo de pararse ante un escaparate de una ortopedia mientras pasaba una pareja de policías y aún se oían, aunque muy tenues, los gritos de «¡deténganlo!» que lanzan siempre los que no se atreven a actuar.

—Menos mal que a Barcelona llegaste en camilla, porque esa costumbre tuya de pegar a alguien según llegas a una ciudad es algo exagerada...

Manolo agachó las orejas, dispuesto a soportar la regañina.

—Perdona, pero no aguanto que se tomen a broma algunas cosas...

Estuvo a punto de decir «Yoli» para acabar la frase con algo que la hiciera reaccionar, pero se contuvo a tiempo, ahorrándose con ello un buen chorro.

Yolanda no dijo ni una palabra más hasta que llegaron a la Gran Vía. Y allí todo fueron interjecciones. La avenida era, sin duda, la calle más espectacular que había visto en su vida.

—¡Es como Nueva York! —exclamó.

Manolo sabía que no debía hablar en ese momento, porque todavía estaba en peligro. Así que no pudo preguntarle cómo sabía lo de Nueva York si no había estado nunca. ¿O sí había estado? Mejor dejarlo...

Por su parte, ella supo de inmediato que diez días en aquella ciudad iban a ser muy pocos y que Gijón no le corría prisa a nadie.

—¿Sabes? Me vas a llevar a ver una zarzuela...

Se arrimó a él al decirlo y Manolo se conmovió con lo que suponía el uso del verbo «llevar» en esa circunstancia. Era un hombre que iba a *llevar* a su pareja a ver una zarzuela... O sea, un hombre.

—Me vas a llevar a ver *La Gran Vía*.

No había más que decir.

8

LA GRAN VÍA

Este fue el prólogo a una estancia que se prolongó sin ningún proyecto concreto, salvo el de la puesta en marcha de un sistema eficaz que asegurara el flujo financiero que venía de Barcelona y que tanta tranquilidad aportaba a una pareja que, al menos en apariencia, no la buscaba.

El dinero de don Manuel —mejor dicho, la mitad de ese dinero— llegaba a Madrid, a la sede de Correos, a través de un giro postal a nombre de Manolo, que tuvo que poner al día sus papeles. Lo logró gracias a la diligencia de Casilda, con quien Manolo inició una correspondencia en la que siempre procuraba tranquilizarla.

La viva inteligencia de Yolanda mantuvo a Casilda en la creencia de que su hijo seguía en el hospital Sant Pau de Barcelona, alterando torpemente los remites, para evitar que el padrino se enterara de que había recibido el alta. Para Manolo la mejor aliada era la ignorancia de su madre, mucho mejor que su complicidad. Eso complicaba enormemente el ya de por sí difícil proceso de la correspondencia postal con un lugar tan remoto como la aldea de La Coruña en la que Casilda residía, pero Yolanda decía, y con razón, que valía la pena. Y estaba claro que la valía, porque vivían de ello.

Manolo se fue acostumbrando a vivir en Madrid sin haber tomado nunca esa decisión. Yolanda tejía para él una complicada red de quehaceres diarios que les mantenía ocupados, como si en lugar de para conocer la ciudad estuvieran allí para edificarla.

Un día visitaron el Café Gijón, atraídos por el nombre de la ciudad que obsesionaba a Manolo, y allí se juramentaron leer las obras de Ramón María del Valle-Inclán, impresionados por su imponente figura, su poblada barba y su brazo ausente.

Pero el local que más visitaban era el del circo Price, que tenía unas instalaciones magníficas y cuya sonoridad, según los expertos que hacían la crítica musical en los periódicos, era sorprendente. Manolo no fue consciente de

que habían ido allí a ver *La Gran Vía* más veces de las que la pieza merecía, hasta que, recontándolas una noche en que el sueño se le resistía, se dio cuenta de que iban por la séptima.

Yolanda, en sus frecuentes paseos por la Gran Vía, se divertía identificando los lugares que tomaban protagonismo en la pieza. En algunos casos recordaba la música y la entonaba acompañada por su letra, con voz algo impostada: «Caballero de Gracia me llaman, y efectivamente soy así...».

—Yo no quiero vivir más que en una gran capital —suspiró Yolanda una mañana, poniendo en guardia a Manolo.

—Pues yo quiero ir a Gijón, y ya sabes por qué.

Ese día no se volvieron a dirigir la palabra.

Aunque eran forasteros, podían percibir que el clima social de la ciudad estaba más que caliente, y cada día se iba complicando. De cuando en cuando se topaban en pleno centro de la ciudad con alguna manifestación que la fuerza pública solía disolver con prontitud y pocos miramientos. Los manifestantes gritaban a favor de la democracia y la República, que era un asunto sobre el que los amantes apenas habían discutido. Pero estuvieron enseguida de acuerdo cuando Dina, que resultó ser muy ilustrada, además de librepensadora y asturiana, les resumió la situación que vivía España.

—Hay que elegir entre una vida miserable bajo una monarquía corrupta o una República en la que prevalezca la razón.

Entre esas dos opciones, se quedaron con la de la República. Lo cierto era que el terreno estaba abonado, pero también era verdad que Eduardina planteó las cosas con alguna parcialidad.

Manolo dejó de oponer resistencia a Yolanda y su terca decisión de permanecer en Madrid, fortalecida ahora por su creciente interés por la política, mientras que él se entregaba a la prensa anarquista, en la que se acusaba a los partidos republicanos de burgueses y de no poner en cuestión el nefasto orden social existente.

—Yo prefiero la República a la monarquía, pero no veo a nadie de la política tradicional que cuestione el nefasto orden social existente —decía citando textualmente una nota de la CNT del ramo de la construcción de Madrid, que lideraba un anarcosindicalista, tildado de «pactista» por algunos de sus compañeros, llamado Cipriano Mera.

Manolo intentaba alcanzar un mínimo nivel intelectual para poder discutir con Yolanda, pero enseguida pensó que eso no era lo suyo y pasó a concentrarse en recuperar la fuerza física que tenía antes de recibir el disparo. Yolanda le enseñó

algunos ejercicios de gimnasia estática que pronto comenzaron a tener resultados visibles. Lo cierto era que la musculatura de Manolo imponía.

Aun así, cuando discutían sobre política Yolanda se mostraba más realista, más cercana a la vida. Hurgaba en los periódicos las biografías de los políticos más famosos, además de las propuestas de los partidos, y así llegó a la conclusión, que ya tenía sus fundamentos, de que quien mejor interpretaba sus anhelos de cambios sin violencia era Manuel Azaña.

—Además, tiene de socio a un gallego. A Santiago Casares Quiroga.

—¡Ese es el enemigo de mi padrino! ¡El que vive al lado del Papagayo!

No tenía claro Manolo cuál debía ser su actitud ante la figura, de golpe protagonista, de Santiago Casares. Por un lado, su tío estaba voluntariamente adscrito al bando de los caciques, y eso le resultaba muy negativo a su ahijado. Por otro, su pensión, ligada a la ignorancia y a la simulación culposa del hospital de Sant Pau, dependía —o eso imaginaba él— del mantenimiento de don Manuel en el machito de la política. ¡Qué contradicción tan flagrante entre la opción ideológica y el interés material sacudía la cabeza de Manolo! En este caso, Yolanda no le era de mucha ayuda, porque ella tenía muy clara su decisión: pensaba que la República ayudaría a acabar con los caciques, y eso era bastante.

Manolo nunca se había ganado la vida, salvo los pocos días que estuvo barriendo la nave de los Llamedo. Una experiencia laboral más bien pobre. Así que, a pesar del atrevimiento que su juventud le daba, empezó a sentir cierto vértigo, algo nuevo para él y posiblemente ligado a su crecimiento como hombre adulto.

Yolanda no parecía temerle a nada. Antes de ser monja, había trabajado como chica para todo en una casa particular y había sido costurera en una gran empresa de Sabadell. Y mientras fue monja, también trabajó. Aprendió kinesiterapia en el Sant Pau cuando la mayor parte de sus hermanas de congregación rechazaban ese oficio porque obligaba a tener contacto físico con los enfermos. A ella eso nunca le importó.

El ambiente de la ciudad conducía a que el interés por la política creciera, y tanto el uno como la otra, cada uno a su manera, transitaron hacia una participación cada vez más intensa. Las diferencias por culpa de la política afloraron pronto en la pareja, y con ellas llegaron las primeras broncas, que ya no abandonarían nunca su vida en común.

Yolanda fue poco a poco profundizando y afianzando su compromiso republicano. Estudiaba el alma de los discursos de Azaña y leía con dedicación las promesas programáticas. Por su parte, Manolo entendía la política con la

misma actitud desenfrenada que le había puesto a la cosa en su breve estancia en Gijón. Discutía cada propuesta pública como si se tratara del fin del mundo, y casi siempre llegaba a la conclusión de que, fuera cual fuese el asunto en litigio, su resolución no servía para hacer más próxima la llegada de su ansiado comunismo libertario. Si Yolanda, que estaba ya más que harta de la expresión, le volvía a preguntar por el contenido del arcano, él se limitaba a contestar, siempre enigmático:

—Ya lo verás.

Porque, en realidad, Manolo lo ignoraba casi todo al respecto y no estaba por la labor de emprender aventuras intelectuales que solo servirían para complicarle la vida. Eso pensaba él.

Un día se vieron abocados a tomar decisiones importantes. Fue después de que la pareja tomara las uvas en compañía de unos cuantos miles de madrileños para despedir 1930 ante el reloj de la Puerta del Sol.

—¿Qué le has pedido al nuevo año? —le preguntó Yolanda a Manolo, que estaba momentáneamente enternecido.

—Ya lo sabes. ¿Y tú?

—La República, Manolo.

Y se besaron con pasión. Con tanta que los celebrantes que estaban alrededor les aplaudieron.

Lo que siguió fue un paréntesis, porque la vida en común de la pareja había cambiado irremediablemente. Todas, o casi todas, las circunstancias que antes hacían que su vida pareciera tender a un estado cercano al de la perfección estaban a punto de desvanecerse.

Esa noche fue toda de pasión. Pero la mañana, que empezó gris y fría, acompañada por una llovizna sucia de barro rojo, les sorprendió desolados. Normalmente era ella quien hacía los apuntes o las preguntas adecuadas, como pasa en casi todas las parejas, pero esta vez fue él.

—¿Qué vamos a hacer en 1931?

No valía evadirse pidiendo formas de gobierno revolucionarias ni utopías indescriptibles. Los dos sabían que Manolo hablaba de ellos, de cómo iban a orientar sus vidas sin tener que depender de la asignación tramposa del hospital, de qué harían para trabajar y ganar un sueldo que les permitiera vivir pobre pero no miserablemente, de cómo iban a estudiar para tener opiniones fundadas... Tenían una tarea ingente por delante. Y no era el trabajo menor hacer que una pareja de edades y procedencias tan distintas pudiera sustentarse en algo más que la pasión.

—Yo voy a buscar trabajo —dijo Yolanda.

—Y yo —contestó Manolo con énfasis—. Pero si no lo consigo en Madrid, nos vamos a Gijón.

—Yo no me voy a ninguna parte.

Él no tuvo nada que añadir a la cortante respuesta.

A partir de ese momento sus relaciones cambiaron. No dejaron de quererse, ni siquiera se querían menos, pero la armonía y el mutuo consentimiento dieron paso a una atención crítica vigilante que, en ocasiones, provocaba el sofoco de alguno de los dos.

Y había que resolver el asunto en el que se concentraban casi todos los desencuentros: el destino físico en que la pareja se movería durante los próximos meses.

Por el momento, Yolanda se encargó de llegar a un arreglo económico con Dina para que la habitación y la pensión completa entraran en su presupuesto mensual. A cambio de una rebaja sustanciosa en los pagos, Yolanda tendría que hacer una limpieza a fondo del piso, que la espalda lesionada de Dina agradecería, y darle unos masajes terapéuticos que agradecería aún más. Dina creía que el arreglo era justo y estaba convencida de que de ellos no podía esperar ni engaños ni abusos, tan frecuentes en la época.

Yolanda, además, comenzó a buscar algún empleo extra, aunque no sabía por dónde empezar. Por su parte, Manolo seguía pensando que el dinero que todos los meses llegaba de Barcelona era algo así como una justa pensión vitalicia y le parecía que de ese modo ya hacía una buena aportación a la vida en común. Procuraba no darle más vueltas al asunto. Las cosas eran así. Si su padrino supiera la verdad, todo sería muy diferente, mucho peor para los dos, porque no era de esperar que don Manuel se mostrara a favor de que su hacienda fuera saqueada por un anarquista y una joven escapada de los votos religiosos.

Pero entre Yolanda y Manolo empezaba a crecer, sin que fuera apenas perceptible, un grave enfrentamiento, que acabaría por pasarles factura.

En cuanto a don Manuel, no tenía la menor idea de lo que pasaba, así que... No, no la tenía, pero algo empezaba a olerle mal. A decir verdad, no sentía por Manolo el menor cariño. Veía en su sobrino, eso sí, la única manera de prolongar su estirpe. Y para que eso fuera posible, el chico tendría que alejarse de las compañías que había frecuentado en Gijón.

Las informaciones que recibía del doctor Pujol parecían ir en la buena dirección. Cuando Manolo estuviera curado del todo, el cacique lo traería a La Coruña, donde podría aprender, por ejemplo, a ser pasante de notario y, con el

tiempo, casarse con alguna joven de buena familia.

Entonces sí, el muchacho estaría listo para heredarlo todo.

EN LO ALTO DE UN COCHE

Para algunos, la República llegó a España como un vendaval que se lo llevaba todo por delante. Según otros, llegó de forma inesperada, a pesar de que hubiera tantos signos de que se iba «a montar la mundial», según la muy gráfica expresión de Eduardina.

Al menos fue inesperada, o casi, para Manolo y para Alfonso XIII, aunque el primero lo tuvo mejor que el segundo, ya que dispondría de más tiempo para dejar Madrid.

Y eso que Manolo no tenía esos días ganas de marcharse. Había vivido la salida de Alcalá-Zamora al balcón de la Casa de Correos con la sensación de estar en otro planeta. Y hasta se subió a lo alto de un coche enarbolando una bandera republicana, agitándola en todas las direcciones para saludar al Gobierno provisional.

Yolanda, que no había ido con él a la Puerta del Sol, se lo reprochó al día siguiente, mientras empuñaba el *ABC* como si fuera un arma en su mano derecha.

—Pero si ni siquiera pensabas ir porque la República te parecía un invento de la burguesía...

—Bueno, al menos servirá para acortar el tiempo hasta que llegue el momento de la revolución.

Tenía que decir algo, sobre todo porque la fotografía que aparecía en el periódico denotaba en el hombre de la bandera un entusiasmo que no podía ser fingido. Y Yolanda le conocía lo suficiente como para saber que esa especie de danzarín era él.

Todo había empezado por la mañana temprano. Eduardina les avisó de que alguna emisora de radio había hablado de Eibar, y de que el resultado de las elecciones municipales del domingo significaba que la monarquía había muerto y había que dar la bienvenida a la República. Desde el balcón del ayuntamiento de la ciudad, lo habían hecho. Luego se siguieron las noticias y los rumores sin

parar. Se llegó a decir que Cataluña se había separado de España bajo la protección de Francia.

La gente empezó a concentrarse, por millares, en la Puerta del Sol. Se decía que el rey se había escapado por un túnel, y el rumor se acercaba a la verdad. Y se empezó a hablar de que había un Gobierno provisional que se dirigiría al pueblo desde la Casa de Postas.

Yolanda se lo contó a un Manolo que parecía ausente.

—Me voy a la Puerta del Sol con los míos.

No había ninguna invitación en la frase. Así que se marchó sola, para encontrarse y dejarse engullir por la multitud que inundaba el centro de la ciudad.

Manolo dejó que se fuera y esperó media hora antes de ponerse en marcha. No se sentía próximo al Partido Socialista ni a los republicanos, pero había algo que le conmovía en todo aquel movimiento tan cercano al motín, tan enfrentado a la autoridad. Aquello se parecía a una revolución, al menos a lo que él se figuraba por lo que había leído sobre el asunto. Si iban a rodar cabezas, quería verlo, y más si eran cabezas reales.

Fue de los primeros en llegar al Palacio Real, donde había tropas desplegadas para evitar un asalto. No encontró ningún grupo —de los que consideraba «los nuestros»— al que unirse. Y, harto de deambular sin objetivo, se mezcló entre una gran muchedumbre que, encabezada por las banderas rojas socialistas y por las tricolores de la República, se dirigía a la Puerta del Sol. Poco a poco se fue dejando llevar por el entusiasmo de la multitud y se escuchó a sí mismo cantar la letra apócrifa del himno de Riego: «Si los curas y monjas supieran...».

Uno de los que portaban banderas tricolores tropezó con un adoquín salido de su cuerda y Manolo aprovechó el lance para convertirse en abanderado. Y su entusiasmo creció tanto como su protagonismo.

Así fue cómo Manolo acabó encima de un coche, aplastando la chapa con sus febriles saltos, los que daba para otorgar a su bandera republicana el aire que la situación demandaba. Estaba eufórico, narcotizado por la emoción que empapaba todo lo que había a su alrededor.

Cuando acabó su particular baile sobre el vehículo, Manolo tuvo una experiencia que no supo bien cómo digerir: una mujer joven se arrojó sobre él y le besó. Le besó en la boca, sin ningún recato, como solo le había besado Yolanda. Y él se sorprendió devolviéndole el beso. Era la primera vez que engañaba a Yolanda, porque no pensó en contárselo, y eso le hizo sentirse mal, aunque también más cerca de la edad adulta, porque se daba cuenta de que su

dependencia de ella era, probablemente, excesiva. Pero la cosa no dio más de sí, porque la desvergonzada mujer que le había besado se esfumó, arrastrada por una multitud que, del mismo modo que había parecido adorarle mientras él agitaba la bandera sobre el coche, ahora pasaba a ignorarle. De nada sirvieron los numerosos aspavientos que hizo para recuperar el favor de las masas.

Eran demasiadas sensaciones nuevas para un solo día. Y en todo lo que hacía, llevado por un entusiasmo que nunca en su vida había sentido, estaba presente el engaño. No llegaba a entender su repentino compromiso con la causa republicana, cuando apenas unos días antes la había menospreciado.

Manolo se sacudió los turbios pensamientos que le acosaban y emprendió, sin ninguna prisa, porque ignoraba si al llegar encontraría a Yolanda en la pensión, el camino hacia la calle del Olivar.

En efecto, Yolanda no estaba, y su ausencia le hizo sentir una mezcla de liberación y de inquietud. Aun así, no pudo recrearse en pensamientos oscuros, porque Eduardina le obligó a sentarse a la mesa de la cocina a tomar una sopa bien caliente y, entre cucharada y cucharada, le contó al detalle todo lo acontecido en la plaza. Manolo, por supuesto, evitó mencionar el beso con la desconocida y, por el contrario, adornó su narración con todo tipo de pormenores inventados, como la presencia de Casares Quiroga en el balcón. Casares no era asturiano, pero Yolanda le había contagiado a Dina el entusiasmo por él.

Ella había vivido una experiencia física bastante similar a la de Manolo, igualmente sin consecuencias. Se había abrazado a un desconocido y había dejado que sus manos se entretuvieran en los senos y en la cintura durante unos segundos. Fue una sensación muy placentera, acompañada de las caricias que ella le prodigó con alguna urgencia a ese cuerpo fibroso de adulto. Pero, como suelen hacer las gentes que aman pero viven situaciones inestables, se perdonó a sí misma el desliz.

Yolanda había disfrutado enormemente de la celebración. No solo se sentía ganadora porque formaba parte del pueblo español, sino que el partido que había elegido como su favorito aparecía como el gran vencedor. Azaña era su ídolo, aunque no conocía de verdad sus grandes cualidades, como, por ejemplo, la de ser un excelente orador. Ella nunca le había escuchado, y tan solo lo había leído de forma fragmentaria. Aquella tarde tampoco lo hizo, así que tuvo que imaginarse lo que decía.

Se dejó llevar por el entusiasmo callejero hasta pasadas las once de la noche, cuando ya llevaba aprendidas media docena de coplas sobre la monarquía en fuga y cuando el número de moscones que había venteado una mujer sola

empezó a ser excesivo.

Entonces se acordó de Manolo y de la cena que Eduardina tendría preparada. Y se fue hacia la pensión, agotada pero feliz, pues le parecía que había recibido el premio que le había pedido al nuevo año 1931.

La sopa estaba esperándola. Igual que Manolo y Eduardina, que se retiró enseguida alegando que el día había sido agotador: «Una no cambia un régimen todos los días», dijo.

Por una vez fue Manolo el que tomó la iniciativa.

—Creo que tenemos que hablar.

Y por una vez fue ella la que evitó entrar de inmediato en el asunto.

—Si no te importa, lo dejamos para mañana, que estaremos más despejados.

Él asintió y aguardó cortésmente a que ella acabara su cena. Luego, se fueron juntos al cuarto, se cambiaron sin mirarse y se acostaron sin probar el abrazo que tantas veces les había servido para solucionar crisis pasajeras.

Y fue al día siguiente cuando Yolanda le enseñó la foto de la plaza en la que se le veía subido encima de un coche y agitando la bandera republicana.

—Menos mal que tu padrino no habrá podido reconocerte, porque nos quedaríamos sin pensión...

Manolo pensó que, una vez más, Yolanda tenía razón. Por suerte, salvo ella y su madre, no había nadie en el mundo que fuera capaz de reconocerle en la fotografía del periódico. Ya no había ningún motivo para aplazar el asunto que le había tenido despierto toda la noche.

—Ya tienes tu República. Yo me voy a Asturias en cuanto pueda, si te parece bien.

—De acuerdo. Pero tenemos que dejar algunas cosas arregladas. Por ejemplo, cómo vas a recibir tu dinero a partir de ahora.

Estaba claro que ella tampoco había pegado ojo. Manolo tuvo un gesto que la conmovió.

—La mitad del dinero es tuyo.

Yolanda no discutió. No solo porque sabía que él no daría su brazo a torcer, sino porque el arreglo le parecía justo. Al fin y al cabo, había sido ella quien había inventado el fraude. Pero el dinero era cada vez menos, después de tanto repartir. Claro. La mitad se quedaba en Barcelona, y ahora tendrían que repartir la otra mitad entre dos.

Yolanda volvió a cuestionarse la decencia de la situación y llegó a pensar en la necesidad de redimir su pecado. Eso sí, había algo urgente que resolver: tenía que encontrar un empleo que le permitiera cubrir sus necesidades. El dinero de

«lo de Manolo» apenas le daba para pagar la pensión, sin hablar de la comida. O sea, la habitación y punto. Así que se aprestó a pensar de forma ordenada sobre el asunto. La primera pregunta a la que debía responder no era sencilla: ¿qué sabía hacer?

Manolo ya era un hombre adulto. Al menos para algunas cosas. Por ejemplo, no se preguntaba si sabía hacer algo o no. Su experiencia se limitaba a algunas tareas del campo y al uso de la escoba de los Llamedo, y, sin embargo, a las primeras de cambio afirmaba tener experiencia en una empresa especializada en motores de barcos. No era del todo falso, o al menos eso se decía cuando se interrogaba ante el espejo. Era cierto que tenía una capacidad innata para todo lo que tuviera relación con la mecánica, pero...

Su historia de amor, que había alcanzado cotas de pasión difícilmente igualables, se había ido extinguiendo sin que ninguno de los dos pareciera advertirlo. El deseo físico, que comenzó siendo el motor de la relación, se había ido atemperando sin que hubiera nada que lo sustituyera. Ya no se deseaban, ni siquiera jugaban en el fértil terreno de la coquetería. Pero ¿se seguían amando? Manolo no se lo preguntaba. Porque hay preguntas que los hombres prefieren no hacerse nunca.

Decidió que esperaría en Madrid el tiempo necesario para arreglar sus cosas, y Yolanda se encargaría de organizar el operativo para que él recibiera su parte del dinero. En realidad, una vez que él le dijera a Yolanda dónde debía enviárselo, todo sería bastante sencillo. No había duda de que con tanto envío de un lado para otro, los réditos que se acabaría llevando la empresa de Correos serían sustanciosos, pero los dos convinieron en que era mejor no liar más el asunto. Las cuentas eran sencillas: doscientas cincuenta pesetas para el hospital de Sant Pau y las otras doscientas cincuenta para repartir.

GIJÓN ENTRE REJAS

Manolo se marchó a Gijón en un tren nocturno en el que fue un luminoso 15 de mayo. Bueno, luminoso en Madrid y lluvioso en la ciudad asturiana. Llevaba sus escasas propiedades metidas en una maleta de cartón forrada de tela, donde Yolanda había guardado un par de camisas nuevas y un pantalón de paño para que tuviera un buen recambio, y una bolsa de mano de cuero en la que podía transportar, porque tenía varios compartimentos, los billetes, su documentación y algunos libros por los que Manolo sentía un especial aprecio. Como una traducción de *La vuelta al mundo en ochenta días*, de su admirado Julio Verne, editada en 1875, muy bien ilustrada con grabados que mostraban al detalle todas y cada una de las paradas de Phileas Fogg antes de ganar su apuesta. El libro había sido el regalo de cumpleaños de Yolanda. Seguramente había gastado un buen dinero en él, pero Manolo jamás supo cuánto. Entre el libro y el billete de tren, que costaba más de cincuenta pesetas, porque Yolanda decidió comprar un billete de segunda clase en lugar de uno de tercera, las reservas de la muchacha debían de haber quedado muy menguadas.

Llegó a la estación solo, y se acomodó con tiempo en su asiento, dejando a mano los dos buenos bocadillos de queso manchego y jamón serrano con los que Eduardina se había despedido de él. La bolsa de cuero le permitía llevar, sin ningún riesgo, una bota bien repleta de un vino espeso de Méntrida.

El reloj del andén marcaba las ocho y cuarto de la noche cuando el tren expreso con destino a Gijón, y parada en infinidad de estaciones, comenzó a moverse. De ese modo la vida de Manolo abría un nuevo capítulo, que él amenizó mirando alternativamente la inquietante oscuridad del exterior y, a la luz de la tenue iluminación del vagón, las ilustraciones del libro de Verne.

Aquella primera noche en el tren, Manolo comenzó a añorar el cuerpo de Yolanda, su tono de voz pausado, su presencia casi siempre discreta pero de cuando en cuando volcánica. Toda la dulzura de sus palabras se volvía desdicha en su ausencia. Y no le quedó más remedio que sacudirse esos pensamientos

recurriendo a toda su fuerza de voluntad.

A cada vez más kilómetros de distancia, Yolanda temía pasar otra noche más en blanco. Dormir sin el calor de Manolo, que la ayudaba a encontrar ese estado intermedio entre la consciencia y el sueño —eso que es, en realidad, la felicidad—, le resultaba enormemente difícil, tanto que se preguntaba si alguna vez volvería a experimentar esas sensaciones tan sensuales y gratificantes sin tenerle cerca.

Los dos amantes se echaban de menos, como si fueran chiquillos. A decir verdad, Manolo lo era. Tenía solo quince años, a pesar de que su exagerado cambio hormonal lograra encubrirlo. Una capa de vello cubría sus mejillas y su pecho. Pero nadie parecía sorprenderse cuando, por ejemplo, le veían caminando al lado de Yolanda. Manolo no tenía el porte de un adolescente, sino el de un joven plenamente desarrollado.

Manolo apenas logró conciliar el sueño durante el viaje. Se planteó muy en serio, como si fuera otra persona quien lo hiciera, el por qué de su empeño en ir a Gijón, y que el comunismo libertario le pareciera, sin conocer su significado exacto, tan sugestivo como para dejar atrás todo lo demás e ir en su busca. No encontraba ninguna respuesta. Si acaso, hallaba una lejana coincidencia entre su llegada al mundo de los adultos y su decisión de abrazar el credo anarquista. Era verdad que hablar de la libertad y ponerla en primer plano significaba mucho. Pero, además, Manolo había percibido, por primera vez en su vida, el confortable sentimiento de la solidaridad. En la compañía de los ácratas se había sentido como en una familia de verdad, no biológica sino elegida.

Llegó a la estación del Norte a las nueve y diez de la mañana, ya embocado el Musel. Por fin estaba en Gijón, la ciudad que tanto había añorado desde la cama del hospital de Sant Pau o desde la pensión de la calle del Olivar. Las grandes ciudades no le convencían. Eso solía decir, aunque su juicio era muy aventurado en lo que a Barcelona se refería, porque prácticamente no había pisado la ciudad. De la orgullosa capital de Cataluña conservaba apenas unas imágenes de las Ramblas desiertas, fruto de su paseo de madrugada.

Gijón parecía haberse engalanado para él. Una espesa niebla cubrió la ciudad hasta que las iglesias celebraron al unísono la hora del ángelus. Con la llegada del mediodía, las nubes se fueron levantando velozmente, y un sol franco, casi inédito en esos lares en primavera, se abrió paso haciendo que el pavimento de las calles, el adoquín que tan a menudo servía de munición en las algaradas callejeras, brillara con fuerza y cegara, cuando el ángulo era el adecuado, a los viandantes.

Manolo se entretuvo primero en los servicios recién desinfectados de la estación. Se había aguantado las ganas de ir en el tren para ahorrarse los malos olores causados por sus insolidarios compañeros de viaje. Se detuvo, ya con las entrañas en paz, en un chigre y logró, sin tener que pelearlo, que le pusieran unos tortos de maíz acompañados por un par de huevos de corral que habrían sido capaces de reanimar a un muerto, o a un vivo después de un viaje tan largo.

Despachado el generoso almuerzo, dejó su maleta a la servicial dueña del chigre y se fue a buscar a su antiguo amigo Tinín. No halló rastro de él, y el galpón que le había servido de vivienda era ahora un solar convertido en una *caleya* habitada por algunas gallinas encerradas por un entramado de alambre. Preguntó por su amigo a los vecinos, que fueron poco precisos, quizá por desconfianza, pero consiguió averiguar que hacía unos meses, después de los disturbios con los que la CNT había saludado la inauguración del espigón norte del puerto del Musel, unos guardias habían venido a buscarle.

No logró que aquellos hombres y mujeres, cuyas caras estaban tomadas por el pavor, le dieran más detalles. Y se fue en busca de algún local del sindicato. Allí Manolo descubrió que Tinín había sido arrestado bajo una acusación inconcreta, lo que, según sus informantes, era bastante corriente en esos días. Ahora, él y sus huesos se pasaban los días en una celda de El Coto, esperando a que algún juez decidiera condenarle de una vez o ponerle en libertad.

Manolo consiguió esta vez toda la información que buscaba porque un hombre le reconoció vagamente como uno de los destacados en las broncas del puerto, y la cicatriz de su cuero cabelludo confirmó sus recuerdos. También supo que los piquetes anarquistas habían quemado la nave de los Llamedo, y que el cargamento de armas, si es que existió alguna vez, se había volatilizado.

El Galleguín se movía con lógica torpeza por la ciudad, ya que, en realidad, apenas la conocía. Lo único que se había llevado de allí eran contusiones diversas y un tiro en la cabeza. No llegó a averiguar por qué a Gijón se la conocía como el «Londres chiquirritín», ni tampoco había asomado la nariz por el recinto de la Feria de Muestras, que, al parecer, era famosa en el mundo entero. Él tan solo conocía la zona del puerto.

Se acercó al lugar donde antes estaba la nave de los Llamedo y vio que, efectivamente, de la grosera construcción sin alma no quedaban más que unos pilares de madera casi consumidos por algún fuego lejano en el tiempo. En la imaginación de Manolo unas llamas gigantescas engullían las vigas, cuyos extremos eran ahora irregulares desmoches tiznados. No valdrían ni para el más tirado de los muchos convoyes de chatarreros ambulantes que había en todas las

ciudades españolas.

Manolo estaba tan absorto en la contemplación de los escombros que no advirtió la presencia de los guardias hasta que fue demasiado tarde, o sea, hasta que le trincaron.

—¡Este es el Galleguín! —exclamó triunfal una voz que le resultó familiar.

—Pues el alférez se va a poner como una carraca de contento —contestó otra voz, esta desconocida, pero con la misma entonación de haber conseguido una buena presa.

Manolo se puso en lo peor, y con razón. Únicamente le habían llamado «Galleguín» cuando formó parte de los piquetes que se enfrentaron a los guardias el año anterior. Para su desgracia, su actuación había dejado huella.

Lo comprobó al momento. Sus captores, entre los que figuraba Óscar, el vigilante nocturno de los Llamedo, que ahora se destapaba como un guardia infiltrado, se emplearon con más fuerza de la necesaria para llevarle preso hasta el cuartelillo. Eran cuatro, y le transportaron en un furgón motorizado que conducía un quinto soldado.

Dentro del espacioso camión, diseñado para albergar a una veintena de detenidos, aquellos hombres le dieron una buena tunda a modo de bienvenida, y eso que Manolo, con buen juicio, apenas se había resistido. Le dieron todo tipo de golpes, abundantes y certeros. Sin duda, esos tipos sabían pegar. Al cabo de unos tres o cuatro minutos que a Manolo se le hicieron eternos, el tal Óscar, que lucía unos galones rojos en las hombreras de su casaca, ordenó parar la paliza.

—Hay que dejarle algo al alférez.

Con una mansedumbre impropia de su carácter tempestuoso, Manolo respondió, ya pasado el trance del traslado, a todas las preguntas que le hizo otro uniformado, resguardado tras una mesa alta que tenía colocada en el centro una escribanía que debía de llevar, por su aspecto, poco tiempo en uso. Lo que más pareció preocupar a aquel hombre fue la ausencia de un domicilio fijo. Manolo intentó explicarle que acababa de llegar a la ciudad, pero la inquietud del guardia fue en aumento cuando Manolo no le dio ninguna referencia de a quién habría que dirigirse «en caso de necesidad».

El alférez tardó poco en comparecer. No llevaba puesto el tricornio, y eso hacía que destacara en su frente un dibujo escarlata, en forma de «uve», cuyo vértice apuntaba a la nariz.

—Me acuerdo bien de tu cara, hijo de la grandísima, y estaba seguro de que te encontraría alguna vez. Has tenido suerte de que te hayan traído aquí con muchos testigos y vivo... Pero nadie sabe cómo tenías el cuerpo. ¿Te acuerdas

del adoquinazo?

Claro que se acordaba, y la cara del alférez —Manolo creía que era sargento — se le fue viniendo a la memoria mientras el otro hablaba con una voz cada vez más sibilante. Por si acaso servía de algo, empezó por negar la mayor.

—No sé de qué me habla, señor coronel.

Y eso le valió el primer guantazo en la cara. Sin saberlo, Manolo había aplicado un truco fundamental para relacionarse con los uniformados: en caso de duda, utilizar la graduación más alta, y coronel era de las mayores. Aun así, nada podía aplacar la ira del alférez, que, a pesar de que Manolo no podía reconocerle, le debía su estrella al adoquín que le había lanzado un año antes.

El militar sí sabía de qué le hablaba, mientras se señalaba la herida de la frente para demostrárselo. Aunque no paró ahí la cosa, pues el alférez aún guardaba más información.

—Veo que quedaste bien del tiro en la cabeza... —dijo. Manolo se llevó una mano a la cicatriz en un gesto automático que de todas formas no valía para incriminarle—. Tienes buenos amigos, y alguno muy influyente, que no sé si estará informado de que has vuelto por aquí... Yo me encargaré de que se entere. —Era un anuncio de catástrofe. Si el alférez le contaba a don Manuel lo que sabía, sus finanzas, y las de Yolanda, se irían a pique. Se quedó hundido, mientras el guardia seguía hablando—. Tu amigo Tinín sí que tuvo mala suerte...

—Tinín... ¿Qué le pasó?

El tono de angustia de la pregunta de Manolo provocó un gran placer al alférez, que tardó un rato en iniciar la respuesta, regodeándose en el sufrimiento de su víctima.

—Luego te daré los detalles para que los disfrutes, pero te avanzo el final. Cuando le llevaban preso por la carretera se intentó fugar. Y uno de los guardias le acertó en la espalda. Yo le había interrogado en persona y no conseguí que confesara dónde te habían llevado.

En ese momento Manolo supo que algún día mataría al alférez. Lo supo incluso antes de que este empezara a golpearle con saña, armado de un vergajo de «un toro muy serio». Los golpes le dolían como si fuera desnudo.

El alférez le pegó hasta quedar exhausto, y dejó a Manolo tirado en el suelo, acurrucado en posición fetal, pero dispuesto a matar a su torturador en cuanto se presentara la ocasión.

A Manolo le recogieron del suelo dos guardias, que mostraron su lástima en voz baja.

—Hay que hacer algo con este hombre...

—Sí. Hay que pararle.

—Ya, pero primero hay que curar a este.

—Llama al médico, anda. Pero que no se entere el alférez Arjona. Si por él fuera, le dejaría aquí desangrándose.

El médico tuvo la amabilidad de dejar un momento su partida de cartas con el sargento y mandó llamar a un ayudante, a quien describió el sencillo trabajo que le esperaba.

—Ha pasado por las manos del alférez. Haz que quede limpio, porque mañana va al juez y, luego, directo a la cárcel de El Coto para una buena temporada.

Dejar a Manolo medio presentable no era tarea fácil. El ayudante se pasó con él una hora larga, gastando vinagre y yodo en cantidades industriales. El dolor de las curas era insoportable, pero el muchacho logró aguantarlo bastante bien.

El juez no perdió mucho tiempo en su caso. No había testigos y no le acompañaba ningún abogado. Y aunque se declaró anarquista, Manolo no tenía ninguna documentación que le ligara a algún sindicato. O sea, que no tenía quien le defendiera ni quien hiciera pública su desdicha.

Muchos jueces se disputaban en la época el título extraoficial de estar a la cabeza de la represión. La República y su defensa de los oprimidos todavía no habían llegado a ocupar un lugar relevante en la vida pública.

LA UNIVERSIDAD DE EL COTO

Manolo seguramente batió algún récord por el escaso tiempo que transcurrió entre su entrada al cuartelillo de la Guardia Civil y su llegada a la cárcel de El Coto, situada en la misma ciudad de Gijón. Era una prisión pensada para reclusos que todavía no tenían una pena en firme que acabara llevándoles, por ejemplo, al penal de El Dueso, en Santoña.

No era ni un privilegio ni un castigo pasar por el periodo de aislamiento que finalmente le llevaría a la celda que le esperaba en la cárcel. Le vino bien para lamerse las heridas o, mejor dicho, para que unos funcionarios que no estaban llenos de rencor, lo que le pareció una magnífica novedad, le curaran las heridas, le lavaran, le desinfectaran con un producto de olor penetrante y le raparan la cabeza al cero. Echó de menos su maleta entelada de cartón, que aún debía contener su ropa limpia y planchada, pero ya era irrecuperable. Pero lo que más le dolía era la pérdida del libro de Verne que le había regalado Yolanda.

A cambio de su ropa rota y manchada de sangre, le dieron un mono azul. Manolo sintió cierto alivio al comprobar que no tendría que vestir el uniforme de barras horizontales que lucían los presos en las novelas gráficas. Tampoco tendría que arrastrar una bola negra atada a la pierna con una cadena, aunque eso ya lo sabía.

Uno de los funcionarios que le recibieron para pasar a las celdas de aislamiento comentó con voz neutra al ver su cuerpo desnudo:

—El alférez Arjona se esmera cada vez más.

Y Manolo se reafirmó en silencio en su intención de acabar con la vida de aquel hombre si algún día conseguía tenerlo a su alcance.

Le bastaron dos días en el limbo del aislamiento. Los pasó durmiendo, lo que facilitó a su prodigiosa naturaleza una casi completa recuperación. De hecho, subió a la galería sin necesitar ayuda.

Compartía celda con otros ocho prisioneros, que resultaron ser todos inocentes, según le dijeron, igual que él. El más antiguo y que demostró ser el

más locuaz y generoso se llamaba Avelino García, y debía de tener unos sesenta años, aunque parecía diez años mayor, porque estaba desdentado y sus mejillas se pegaban a las mandíbulas sin encontrar ninguna resistencia. Aunque también parecía diez años menor, si se atendía a su admirable estado físico, porque guardaba en sus músculos nervudos una energía desmesurada. Atribuía su poderío muscular a la tabla de gimnasia que todos los días realizaba religiosamente. Le faltaba el dedo pulgar de la mano derecha y decía, sin ninguna gracia, que ya no podía ser carpintero, porque le faltaba el dedo que todos los de ese oficio perdían primero y a él no le gustaba jugar con ventaja.

Avelino era muy hablador y se confesó pronto al recién llegado, tras ofrecerle todo lo que estuviera en su mano para que se sintiera cómodo en la que sería su casa durante algún tiempo.

—Dicen que maté a mi mujer y a mis cuatro hijos. Pero mienten, porque solo maté a los dos mayores.

Y soltó una carcajada que parecía el relincho de un caballo.

—Y tú, ¿por qué estás aquí?

Manolo le contestó con las palabras justas, ni una más de las necesarias.

—Por abrirle la cabeza al alférez Arjona.

—¿Fuiste tú? ¿Eres tú el Galleguín?

No pudo tener mejor entrada en la cárcel. Hasta allí habían llegado los ecos de su hazaña, posiblemente algo exagerados, porque en las preguntas que siguieron a la primera versión de lo sucedido había caballos destripados, barricadas en llamas y mujeres embarazadas que huían despavoridas de los abrazos lúbricos que les ofrecían los guardias, poseídos por la sed de venganza que había despertado la acción del Galleguín.

A Manolo no le daba miedo Avelino, y este lo percibió enseguida, porque desde el principio le trató de manera muy distinta de como lo hacía con los demás habitantes de la celda. Mucho mejor, de hecho. Eso le vino muy bien a Manolo, que de ese modo pudo ahorrarse los engorrosos trámites que suelen ser necesarios para ser admitido en una comunidad tan exclusiva como una celda colectiva en una cárcel. No tuvo que soportar los golpes de nadie ni humillarse ante ningún compañero.

Pero no se acabaron ahí los beneficios penitenciarios debidos a la amistad, aparentemente espontánea, con Avelino. Por ejemplo, pudo comer «bien» enseguida, porque, una vez conocida su identidad, su protector le incluyó en su particular «comuna de alimentos».

Manolo no se apercibió de que el recibimiento de que estaba siendo objeto era

un truco para controlarle mejor. Era muy joven, y su ingenuidad le llevó a confiar en Avelino antes de saber cuáles eran sus verdaderas relaciones con el alférez Arjona.

La prisión de El Coto estaba pensada para albergar reclusos de la zona. Eso garantizaba a los internos una buena dieta, porque las familias se encargaban de que sus deudos no pasaran más penalidades de las debidas. Las raciones de carne guisada, de fabes con chorizo o de callos bien picantes corrían en sus potes de barro, envueltos en manteles de cuadros, que amortiguaban los golpes con buenos tortos de maíz. En ocasiones, comían mejor los presos que los familiares que les llevaban las provisiones. Y en la galería de Manolo todo se calentaba, se repartía y se consumía bajo el profesional cuidado de los funcionarios y la estricta supervisión de Avelino, que, como le ocurría a Manolo, era de los pocos reclusos que no recibía nada del exterior.

Avelino ya ni se acordaba del tiempo que llevaba en la cárcel. Había empezado a «vivir del ayuntamiento», como él decía, ocupando en 1908 un sitio debajo de la Torre del Reloj, en Cimadevilla, donde antes estaba ubicada la cárcel. Su familia, si es que dejó a alguien vivo detrás de él, o le había olvidado o no debía guardarle mucho afecto. Sea como fuere, él y Manolo formaban un buen equipo de marginados dentro de ese gran grupo de parias que eran los presidiarios.

A decir verdad, el resultado de su peripecia no era del todo malo, dadas las circunstancias. Eso pensaba Manolo, pero se guardó de decirlo en voz alta.

Y es que con los asesinos nunca se sabe.

EL JUEGO AL DESCUBIERTO

A más de seiscientos kilómetros de distancia, en la pensión de Eduardina, Yolanda comenzaba a añorar a Manolo. Y a maldecirle, porque los días pasaban y no había ningún mensaje que la informara de que estaba vivo. Ella no era rencorosa y le deseaba no solo salud, sino también una buena dosis de felicidad.

Pronto, sin embargo, tuvo noticias de que se había producido alguna catástrofe: el dinero de Barcelona correspondiente al mes de junio no había llegado.

Yolanda no lo sabía, pero el alférez Arjona había consumado la parte de su venganza que consistía en informar a don Manuel de la reaparición de Manolo. El padrino del chico no había necesitado gastar muchas neuronas para deducir que el afamado doctor Pujol le estaba tomando el pelo, lo que en dinero significaba ni más ni menos que quinientas pesetas mensuales que él pagaba con puntualidad todos los días 21 por la teórica hospitalización y tratamiento de su discípulo sobrino.

Don Manuel montó un número completo de iracundia al enterarse del fraude. Los criados de su casa coruñesa tardarían tiempo en olvidar la forma en que se empleó contra la vajilla de Limoges y cómo rasgó con un sable las cortinas del salón. Llamó después a su abogado y le encargó que preparara una demanda contra el hospital de Sant Pau y, en concreto, contra el departamento de Pujol.

Luego, ya más calmado, y después de haber tirado al suelo el último plato de postre de la vajilla, decidió que el destino de su sobrino debía pasar, en primer lugar, por un periodo de tiempo especialmente incómodo en la prisión de Gijón. Él mismo haría lo que hiciera falta para que se convirtiera en una estancia muy desagradable. Decidió que, mientras el muchacho cumplía su caprichosa condena, él pensaría en la mejor manera de hacer daño de verdad a ese desagradecido. Lo primero era saber si había tenido algún cómplice que le hubiera ayudado a fugarse del hospital, lo que dio por hecho, porque, tal y como razonaba el cacique, el chico era un tarugo que apenas había salido de la aldea

antes de lo de Gijón.

A Casilda era mejor no decirle nada. Estaba seguro, y no se equivocaba, de que Manolo no le contaría a su madre que estaba encarcelado, y si la mujer llegaba a enterarse, lo más probable es que no recurriera a la ayuda de Manuel, porque conocía de sobra el carácter inflexible de su hermano y estaba convencida de que jamás intentaría cambiar sin un motivo bien fundado, es decir, sin que le reportara un beneficio directo, una decisión judicial.

Respecto al doctor Pujol, decidió no hacer sangre: le puso una multa mensual de treinta duros hasta que acabara de pagar el monto completo del fraude. El médico aceptó mansamente el benévolo castigo.

Ajena a las intrigas de don Manuel, Yolanda tenía que hacer frente a problemas de trascendencia menos universal, pero quizá más angustiosos. La venganza, por ejemplo, no procedía en su caso, porque no era mujer de odios ni de revanchas, y la desgracia que se abatía sobre ella la consideraba fruto de sus propias decisiones, no de los malos sentimientos o acciones de otros.

Había sido ella quien ideara la estafa con el dinero de don Manuel, y aunque no se sentía culpable, puesto que sabía que el cacique era un hombre sin escrúpulos, sí se sentía protagonista de una acción reprobable desde un punto de vista legal y moral. Yolanda se daba cuenta de que, por mucho que se hubiera alejado de la Iglesia católica, los cánones que regían su vida seguían siendo los mismos. No, por supuesto, en lo que a la moral sexual se refería; pero sí en otros muchos aspectos, entre los que se encontraban la mentira o la apropiación de los bienes de otros.

Manolo no daba señales de vida y no le había dicho adónde debía enviarle su parte del botín. A Yolanda le parecía urgente avisarle de la tormenta que se había desatado, ya que una antigua hermana del hospital le había confesado que otra monja la había delatado como cómplice en la fuga de Manolo.

Eduardina, cuando supo lo que estaba sucediendo, se mostró muy comprensiva y dispuesta a ayudar a Yolanda a buscarse la vida en un Madrid poco proclive a sentir piedad por las mujeres solas. Por el momento, le dijo que no se sintiera presionada por pagarle el siguiente mes. Eso sí, le cambió, con muy buenas maneras, la habitación doble por una individual, que no tenía, como la otra, vistas al exterior, sino a un patio de ladrillo donde se desgañitaba un loro, o un animal parecido, que solo sabía imitar el sonido de una garrucha sin engrasar de un tendedero doméstico.

Pero Eduardina, aunque era asturiana, no conocía a nadie en Gijón que pudiera indagar sobre el paradero de Manolo.

Mientras tanto, Manolo consiguió que Avelino le diera algo de crédito para adquirir un sobre, cuartillas, un lapicero y los sellos bastantes para poder escribir a Yolanda. No era mucho fiar en cualquier otra situación, pero sí lo era en la cárcel, donde cualquier mercancía de uso común en la calle podía alcanzar un precio desmesurado.

A Manolo le parecía que la amistad gratuita de Avelino era una de las mejores cosas que le habían podido suceder. El hombre tenía, desde luego, un currículum como para hacerse respetar: matar a una mujer y dos hijos no está al alcance de cualquiera. Y se decía que Avelino mandaba sobre los jueces que decidían a qué prisión debía ir cada preso. Al parecer, le bastaba con enviar un simple recado a través de un funcionario para cambiar el destino de un recluso. Incluso se decía que llevaba más años en prisión de los que le tocaban... Pero él aseguraba que allí estaba bien.

—Lo único que me falta es una mujer, pero ahí afuera me sobran. Y cuando quiero tener sexo, pues ya me apaño con lo que hay.

Y señalaba con gesto pícaro a un tal Florín, un desdentado que se reía hasta reventar al escucharle. Florín se llamaba Floro, claro, y estaba en la cárcel por haber abusado de su abuela primero y por matarla a puñaladas después. O quizá fue al revés la secuencia. No le valió de mucho que su abogado, que lo tuvo gracias a un pariente con escrúpulos y posibles, exhibiera ante el tribunal su condición de retrasado mental.

—Está buena, está buena —decía Florín de cuando en cuando, bien aleccionado por sus compañeros de celda, contestando como un perro pauloviano a la pregunta trampa de «¿Cómo está tu abuela, Florín?».

Todos los miembros de la «hermandad», o lo que fuera eso, se reían con la broma sobre Florín. Todos menos uno, al que llamaban el Querubo, un chico de cara angelical de quien todos los demás sabían que no tenía pelos ni en las partes pudendas. El Querubo había envenenado a toda su familia por puro placer. No era hombre dado a la violencia física y, al parecer, era el favorito de Avelino para saciar sus instintos.

Toñón era otro de los destacados segundones de Avelino. Era de Sama de Langreo y militaba en el Partido Socialista, pero estaba encarcelado por razones que no tenían que ver con la política: había matado con las manos desnudas a dos hermanos gemelos que le reclamaban un ternero. También había matado al ternero, a golpes, pues le echó la culpa de haber perdido la cabeza con los

hermanos. Las manos de Toñón daban credibilidad a la historia, pues hasta que entró en la cárcel las había usado, y con mucha habilidad, en la mina de carbón en la que trabajaba como picador. Llevaba cinco años encerrado y decía que tenía un plan de fuga infalible. Nunca lo había probado, así que nadie podía llevarle la contraria.

Desde luego, Avelino no iba de farol cuando hacía gala de su poderío, y demostró su enorme influencia, tanto dentro como fuera de la cárcel, cuando logró recuperar la bolsa con el libro de Julio Verne que Manolo se había dejado en el chigre en el que desayunó la mañana que llegó a Gijón.

Cuando Manolo recobró el ejemplar, que apareció una mañana debajo de su almohada, como si fuera un regalo de cumpleaños, no paró de dar saltos de gozo y, llevado por la alegría, le dijo a Avelino:

—Pídeme lo que quieras..., que te pueda dar, claro. —Y le mostró su dentadura completa y sana entre grandes risotadas de todos los presentes.

Avelino, tras dar por terminada la hilarante intervención de Manolo, miró a su alrededor y se aseguró de que nadie oyera su inesperada propuesta.

—Enséñame a leer, Galleguín.

Nadie en la cárcel sabía que Avelino era analfabeto, y Manolo tuvo que jurar por lo más sagrado, es decir, por la memoria de su madre, aunque estuviera viva, que ningún otro recluso se enteraría por él de la circunstancia. Avelino temía que, si se corría la voz, los demás le perderían el respeto.

Manolo escribió a Yolanda a la dirección en la que suponía que seguiría viviendo, o sea, la pensión de Eduardina. Le contó, aunque sin dar detalles, su situación, y le pidió algún socorro en forma de dinero, que debería enviar a nombre de Avelino, a quien ningún funcionario de la prisión se atrevería a «distraerle» ni un céntimo.

Era el mes de julio cuando Yolanda recibió la carta. El tono era íntimo, como si entre ellos siguiera existiendo algo más que la simple complicidad en un fraude organizado. Eso la llenó de placer, aunque entre sus planes no se incluyera recuperar a Manolo. Leyó la carta varias veces, hasta que le lloraron los ojos, y no solo por la dificultad para entender unos renglones de caligrafía picuda, sino porque su vista estaba sufriendo un gran desgaste debido al trabajo de costurera que le había encontrado Eduardina.

En la congregación hospitalaria, además de la innovadora técnica de la kinesiterapia, Yolanda también aprendió a coser. Esto le permitía manejarse tanto

en el mundo tradicional como en el más moderno, que era el que ella habría preferido, aunque sabía bien que rara vez puede una mujer sola escoger el mundo en el que ha de vivir.

Aunque lo intentara, no encontró la forma de hacer valer sus conocimientos de kinesiterapia en ningún hospital. Madrid estaba muy retrasada en ese sentido en comparación con Barcelona, donde los conocimientos de los médicos, en concreto alemanes, que habían revolucionado en Europa central el tratamiento para dolencias musculares y óseas resultaban ya familiares en la mayoría de los hospitales. En Madrid, por el contrario, la simple mención de estos métodos provocaba una actitud de recelo, y si, además, quien hablaba de ellos era una mujer, el escándalo estaba prácticamente garantizado.

Así que Yolanda tuvo que centrarse en la costura, que tanto mal le hacía a sus ojos. Pero lo necesitaba para vivir. Y menos mal que Eduardina estaba dispuesta a ayudarla, porque si no... Yolanda no quería imaginar lo que sería de ella sin el apoyo de su patrona, porque una vez descontados los cincuenta duros que envió a Manolo para que pudiera salir de sus apuros carcelarios, a Yolanda le quedaban trescientas pesetas para reorganizar su vida en la capital.

Pero la patrona guardaba una sorpresa que alteraría la vida de Yolanda de forma radical. Una mañana, cuando estaba a punto de salir por la puerta de la pensión para su paseo diario en busca de trabajo, la besó, a modo de despedida, más cerca de los labios de lo que era habitual, mientras su mano derecha se entretenía, también más de lo normal, en su cintura, deslizándose con delicadeza hacia sus nalgas.

A Yolanda aquel gesto no le resultó desagradable, pero sí chocante, y en un primer momento no pensó que pudiera deberse a otro sentimiento que no fuera el simple afecto que las dos mujeres se tenían. Pero unos días después se repitió la escena, más directa esta vez, ya que Eduardina puso sus labios sobre los de Yolanda, mientras apretaba sus nalgas sin disimulo.

Yolanda se quedó sin palabras. Se puso tiesa como el palo de una escoba y tan solo acertó a decir:

—Eduardina, yo...

Aunque hubiera querido explicar muchas cosas, las palabras se le agolparon en la garganta y no atinaron a salir de su boca.

Eduardina se limitó a colocar dos dedos en los labios de Yolanda para pedirle que guardara silencio y dar por terminada la conversación.

—No tienes que decir nada ahora, mi querida Yoli...

Eso la despertó.

—¡Yoli no! ¡Odio que me llamen Yoli!

13

UN EMPLEO

Yolanda consiguió que su patrona no la volviera a llamar «Yoli» nunca más, pero no que dejara de acosarla. Tampoco iba mucho más allá, pero cada avance que lograba se hacía irreversible. Ya se había acostumbrado a que la despidiera con un leve azotito en las nalgas, o que sus labios se entretuvieran un segundo más de lo necesario en la comisura de los suyos.

Aunque no iba más allá. Eduardina demostró ser comprensiva y no forzó demasiado la máquina, lo que la convertía en una mujer con mucha clase. Para demostrar que tenía la sartén por el mango, decidió que Yolanda ya no tendría que pagar ni por la habitación ni por la comida. La patrona le reservaba también algunas pesetas para «gastos» que Yolanda administraba con un celo enorme. Y todo eso pasó a recibirlo a cambio de nada.

Aun así, Yolanda iba apuntando el dinero que debía a Dina, y lo descontaba del poco sueldo que sacaba como costurera. Un día la patrona tuvo una súbita inspiración y le preguntó a Yolanda si estaría dispuesta a ayudar en su rehabilitación a una mujer que había sufrido un accidente de trabajo. La joven aceptó con reservas, que desaparecieron cuando Dina le dio más detalles.

—Es una caballista del circo. Se llama Jeannette Parish y es la nieta del dueño. Debe de tener mucho dinero... Se cayó del caballo hace unos meses y no encuentra a nadie que la ayude a rehabilitarse. ¿Te atreverías a tratarla?

—Tendría que verla. ¿Qué tiene?

—Se rompió un brazo y una pierna. Ya se los han arreglado, pero ahora tiene que recuperar masa muscular... ¿Es así como se dice?

—Lo has dicho muy bien. Y eso es lo que mejor sé hacer.

Jeannette Parish resultó tener algo menos del glamur que su nombre anunciaba. Hablaba con un acento madrileño castizo que no permitía abrigar ninguna sospecha sobre su procedencia, aunque, cuando era preciso, sabía envolver sus palabras en un aire exótico que ella misma se tomaba a broma.

—Se *tgrata* de *saberg* dónde pones las «ges» y las «erres». Los del sur de

Madrid dicen *egque* en lugar de es que... Pues yo hago también lo que quiero con la *ege*.

En realidad, Jeannette era nieta del heredero del domador de caballos irlandés Thomas Price, fundador del circo, el también caballista monsieur Parish, que comenzó sus andanzas por Madrid a mediados del siglo XIX en el paseo de Recoletos, en la esquina con la calle de Bárbara de Braganza, antes de que el circo Price tuviera una sede estable en la plaza del Príncipe.

Para Yolanda el circo era un lujo al que nunca había estado cerca de acceder, así que no era raro que no hubiera oído hablar de su futura paciente. A Dina eso le llamaba la atención, porque, como buena madrileña de adopción, sentía auténtica pasión por el espectáculo. Hasta cuatro o cinco instalaciones distintas llegó a haber en la capital, y todas con fieras, con payasos tontos y listos, y con caballistas vestidos con trajes refulgentes de lentejuelas.

De modo que, casi sin comerlo ni beberlo, estaba ante una de las estrellas del Price, Jeannette Parish, por la que bebía los vientos la mayor parte de la población masculina de Madrid y a la que gran parte de la femenina deseaba parecerse, envidiando en secreto sus atrevidos vestidos.

A juzgar por el *hall* al que les hizo pasar una criada con cofia, la casa de Jeannette debía de ser enorme. Sin guardar más ceremonias, Dina y Yolanda siguieron a la doncella por un interminable pasillo al que daban varias habitaciones cuyo uso Yolanda no tuvo tiempo de adivinar. Hasta que por fin llegaron a un saloncito en el que el impertinente sol de poniente penetraba peleándose con las persianas medio bajadas. Sobre una *chaise longue* reposaba la artista, con gesto algo aburrido, que trazó el ademán que se espera de un inválido cuando no puede levantarse a hacer los honores a una visita. Entonces Dina presentó a Yolanda.

—Gracias por venir, querida —dijo Jeannette. Y, sin dar tiempo a que ninguna de las otras dos mujeres contestara, añadió—. A ver si puedes hacer algo por este pobre cuerpo.

Sin ningún rastro de pudor, se quitó la bata llena de pompones que llevaba puesta. Yolanda pudo comprobar que tenía un tipo magnífico, muy bien escoltado por la lencería más majestuosa que jamás hubiera visto, ni siquiera en las revistas. Con una actitud «profesional» exagerada, y tras palpar con cuidado los miembros afectados de la artista, certificó con alivio que no había nada grave y que bastaría con hacer algunas tablas sencillas de gimnasia para que el brazo y la pierna recuperaran su fuerza y elasticidad.

Jeannette hizo un elogio de su habilidad, dirigido a Dina, como si Yolanda no

estuviera delante.

—Tenías razón, qué delicada es.

Yolanda, algo avergonzada, intentó que la conversación tomara un rumbo profesional.

—Vas a tener que ser muy constante... y obediente.

—Ser obediente me va a costar. ¿No crees tú, Eduardina?

La aludida asintió con un movimiento de cabeza y una risita cómplice cuyo significado se le escapó a Yolanda, aunque no dejara de llamarle la atención.

La doncella trajo un té de Darjeeling para las tres, servido en un precioso juego de porcelana de Bidasoa. Contra lo que solía ocurrirle cuando bebía esa infusión, Yolanda empezó a sentir una somnolencia muy placentera. Sus músculos parecían dominados por una pereza incontenible y su cerebro quedó progresivamente preso de un suave adormecimiento. Se echó hacia atrás para reposar la cabeza en uno de los almohadones que escoltaban los apoyabrazos del sofá y cerró los ojos mientras escuchaba la voz monocorde de Jeannette contando su historia.

Unos dedos, que le parecieron los de Eduardina, comenzaron a moverse por su cuero cabelludo y a jugar con su pelo. Yolanda se dejó llevar, en un estado semiinconsciente, hasta un lecho donde le esperaban más dedos que se entretuvieron, juguetones, por toda la geografía de su cuerpo. Anulada su voluntad, Yolanda se abandonó a los deseos de Dina y Jeannette, sintiéndose un juguete entre sus manos. Y eso le gustó. No quería salir del sopor al que la habían conducido las caricias y las drogas.

Pasado un tiempo, cuya duración Yolanda fue incapaz de determinar, las caricias íntimas fueron sustituidas por un prolongado baño de agua caliente aromatizada con esencia de violetas y por el paso por todo su cuerpo de esponjas que acababan su recorrido dejando un reguero de placer en forma de agua templada.

—No quiero irme nunca...

Las dos mujeres redoblaron entonces sus sabias caricias. Y Yolanda se vio envuelta en un tiovivo de placeres, de arriba abajo, de abajo arriba, de babor a estribor y de proa a popa... hasta que se desmayó.

Despertarse llevó su tiempo. Eduardina la acompañó a casa, aunque el chófer de Jeannette se habría valido por sí solo, ya que Yolanda era capaz de andar, por mucho que se encontrara en un estado próximo a la catatonia. Lo más laborioso fue subir los tres pisos que llevaban a la pensión.

Dina condujo a Yolanda directamente a la cama y le dijo en voz baja:

—Enhorabuena. Ya tienes trabajo.

—¿Dónde? —logró articular Yolanda.

—En el circo. Vas a dar masajes a todos los que lo necesiten. Y tratarás las lesiones musculares, que allí se dan a menudo. ¡No pensarás decir que no!

Desde luego, Yolanda no encontró ninguna razón para negarse. Casi sin enterarse, había encontrado un empleo. Y, además, había descubierto muchas cosas sobre su cuerpo... y las drogas. Aunque sobre eso era mejor no pensar.

Todavía con el rastro reciente de las caricias sobre su piel, cayó en un profundo sueño.

UNA BIBLIOTECA EN LA CÁRCEL

Sin imaginar ni de lejos lo que le estaría aconteciendo a Yolanda, Manolo dedicaba una buena parte de su tiempo en prisión a pensar en ella. Más tiempo del que, por ejemplo, invertía en darle vueltas al comunismo libertario, y eso que este último le parecía mucho más importante para el destino de la humanidad. Pero Yolanda tenía una enorme ventaja respecto al ideal socialista: la de ser una persona concreta y tangible, un ser de carne y hueso que Manolo aspiraba a poder tocar de nuevo.

En sus pensamientos, ella aparecía como alguien indestructible y capaz de superar cualquier obstáculo. Pero después de irse él, se había quedado sola. Yolanda era, en realidad, su único motivo de preocupación, puesto que la cárcel es un lugar donde, si así se desea, se puede vivir sin problemas. Los presos tienen comida y techo asegurados, así que, ¿se puede pedir más?

Sí. Se puede, y Manolo lo hacía, aprovechando su amistad con Avelino, el rey sin corona de la galería. Al amparo de su influencia, Manolo fue creando una biblioteca propia, que pronto se convertiría en la mejor, quizá por ser la única, de todas las prisiones asturianas, hasta el punto de que, al parecer, su existencia llegó a oídos de la mismísima Victoria Kent. Pronto hubo allí libros de Alejandro Dumas, de Julio Verne, de Honorato de Balzac, de Fiodor Dostoievski, de Emilio Zola, de Óscar Wilde, de Erich María Remarque y de H. G. Wells. Y no faltaban las obras galantes de Artemio Precioso ni los trabajos siempre actuales de El Caballero Audaz, que había llegado a entrevistar al mismísimo León Trotsky cuando estaba en la cima de su poder.

La dirección de la cárcel instaló unas estanterías para que los volúmenes reposaran tras pasar y ser devueltos por las manos de violadores, asesinos, pederastas, parricidas, secuestradores o estafadores de poca monta. Según las doctrinas más en boga en la época, todos ellos eran mejores personas cuando devolvían un libro que cuando lo habían cogido.

Manolo había expresado su deseo de construir una biblioteca cuando Avelino

le sorprendió leyendo por undécima vez su libro ilustrado de Julio Verne. El más que astuto «rey de la galería» encargó a sus agentes en el exterior de la cárcel que adquirieran los libros que más pudieran gustar a quien se había convertido en su maestro particular. Y los encontraron donde era lógico que estuvieran: en el ateneo libertario de Gijón.

Aparte de sus lecturas, Manolo llevaba una vida sana en la cárcel. Se alimentaba mal con el rancho oficial, pero Avelino conseguía que su dieta se completara con algunos extras procedentes de la cooperativa en la que el muchacho empezó a ingresar el dinero que Yolanda le enviaba gracias a su nuevo trabajo en el circo.

Después del desayuno, Manolo hacía una tabla de gimnasia que combinaba los ejercicios rutinarios de la prisión, la gimnasia «pasiva» que le había enseñado Yolanda, y diversas técnicas respiratorias que les indicaba un parricida segoviano que, además, daba clases gratis de esperanto a quien quisiera aprenderlo.

Manolo, animado por Avelino, se concentraba en la gimnasia para conseguir un cuerpo perfecto que su protector dibujaba con un carboncillo en grandes hojas de papel que nunca le dejaba ver.

Por las tardes era cuando Manolo impartía las clases de lectura al rey de la galería. Este daba dos palmadas para ahuyentar a quienes hubiera en la celda, y profesor y alumno se quedaban solos, enfrentados a la lectura, la escritura y las cuatro reglas. Avelino era un alumno muy listo que avanzaba de manera notable en unas circunstancias propicias para el aprendizaje. Servir de cuando en cuando de modelo para Avelino y su ignoto arte no le parecía a Manolo un precio muy alto para lo que recibía a cambio. Al menos eso fue lo que pensó durante varios meses, sin llegar a sospechar que las cosas tomarían un rumbo bien distinto.

Una tarde, Avelino le enseñó una planilla escrita con una caligrafía muy parecida a la de Manolo. Estaban presentes casi todos los miembros de su reducida guardia personal, encabezada por el retrasado y fiel Florín.

—Ya sé leer y escribir solo.

—No, Avelino, aún te falta alguna cosa —replicó Manolo.

—Me falta follarte, Manolo. Tú verás si por las buenas o por las malas.

Y fue por las malas. Los secuaces de Avelino le inmovilizaron, colocándole de bruces sobre un camastro, y le separaron las piernas para que Avelino revisara a fondo su presa.

—Bueno, tienes pelos en el culo, qué le vamos a hacer...

Manolo intentó resistirse en vano y sus gritos fueron ahogados por un trozo de

tela grasienta que el Querubo le introdujo en la boca mientras soltaba una sonora carcajada.

Un funcionario permaneció junto a la puerta mientras duró el rito de la violación, que fue lenta y muy dolorosa. Y, en ese momento, Manolo incluyó otro nombre en la lista de hombres a los que algún día quitaría la vida. El alférez Arjona y, ahora, Avelino.

Se le iba acumulando el trabajo de matar a plazos...

Después de aquello, los tratos de favor acabaron y Manolo se vio sometido al único principio que rige en un sitio como aquel: la ley del más fuerte. Avelino le recordó que privilegios como el de la biblioteca podían acabar en cualquier momento si él lo decidía, una enseñanza que el muchacho no debía olvidar.

Al día siguiente del violento episodio, mientras Avelino intentaba aprender de memoria la tabla de multiplicar del siete, se detuvo delante de Manolo.

—Imagino que ayer pensaste en matarme, ¿no?

Manolo tardó en responder.

—Hoy también lo pienso —dijo al fin.

Avelino le dio una palmada en la espalda. Por fortuna, estaba de buen humor.

—Me gusta que seas sincero. Ya sabemos los dos que es mejor no fiarse del otro. Pero te voy a dar un consejo: anda con pies de plomo conmigo. Pienso vivir muchos años, y todos en esta cárcel. En ningún lugar de fuera me dejarían ser lo que soy aquí. Y soy el que pone las reglas, el que dice a todos los demás por dónde tienen que ir. Tú ya lo has entendido, ¿verdad?

—Sí, Avelino —respondió el muchacho.

Desde aquel día Manolo empezó a contar el tiempo de otra manera. Sus compañeros de celda ya le habían advertido de que los días, las semanas y los meses podían volar sin oler la posibilidad de un juicio. De que la espera fuera larga también se encargaba su padrino, aunque Manolo eso no lo sabía. Y, por supuesto, Avelino, que aunque no volvió a abusar de él, se comportaba como un tirano.

El «rey de la galería» siguió haciendo progresos en la lectura y, apenas unos meses después de comenzar sus clases con Manolo, ya era capaz de leer un texto completo y entenderlo. Tras caer en sus manos un ejemplar de *El Comercio* de Gijón, se enganchó a la prensa diaria. Leía muy despacio los titulares, e iba recorriendo las distintas secciones, devorando con auténtico deleite sobre todo lo que ocurría en el extranjero. Que hubiera un mundo más allá de Asturias, y, además, mucho más grande, le dejaba anonadado. ¡Había ciudades veinte veces más grandes que Gijón!

De esta forma, entre las tareas de su nutrido grupo de servidores se impuso una sobre las demás: traer al recinto carcelario la prensa del día, y sin que pasara por las manos de la severa censura que dirigía a su arbitrio el director de la prisión, a quien le bastaba con prohibirla, evitándose así tener que pensar si un artículo debía o no ser leído por los reclusos.

A Avelino le traía sin cuidado la opinión del director y pensaba seguir recibiendo la prensa con o sin su permiso. Además, pronto amplió sus lecturas y comenzó a formarse una opinión propia. Se encariñó con el *ABC* de Madrid, que aunque le llegaba con retraso, contenía las ideas más afines a su pensamiento. Se convirtió en un reaccionario autosuficiente, furibundo defensor de la Iglesia, el orden público y la propiedad privada. A Manolo, que creía a pies juntillas en la redención del hombre por la cultura, se le llevaban los demonios. Había enseñado a leer a un monstruo.

Esta transformación era del agrado del director de la prisión, que convirtió a Avelino en su aliado. Era un recluso que no daba quebraderos de cabeza, siempre y cuando se respetara su parcela de poder.

Espantado con la situación, y por una vez en su vida, Manolo tomó una decisión sensata: tenía que pasar desapercibido. El principal obstáculo eran las clases que Avelino le obligaba a seguir impartiendo. No solo la ortografía se le complicaba a menudo, sino que, además, desconocía el significado de muchas palabras. Por ejemplo, ¿qué demonios quería decir «obsolescencia»? Urgía conseguir un diccionario, y los «agentes» externos de Avelino encontraron uno de la RAE.

Apoyándose en su «maestro», en la prensa y en el diccionario, el rey de la galería se convirtió en un líder intelectual. Desde luego, había gente que leía y escribía mejor que él, así como quien manejaba mejor las cuatro reglas. Pero, como él mismo decía, las sumas y las restas son lo que son hasta que alguien da un puñetazo sobre la mesa. Y no digamos las divisiones.

A Manolo, sin darse cuenta, se le había ido la situación de las manos. Él, que había cambiado el rumbo de su vida por el comunismo libertario, veía ahora cómo el caos amenazaba España por la acción de esa República en la que tanta gente había puesto sus esperanzas, incluida Yolanda.

—Los periódicos no pueden mentir. ¡Aquí están los hechos! ¿Hay alguien que se atreva a desmentirlos?

Avelino hacía ese tipo de preguntas en voz alta. Y, por supuesto, nadie le llevaba la contraria. ¿Cómo iban a mentir el *ABC* y *El Comercio* sobre la huelga de la construcción en Madrid? El razonamiento que seguía era impecable.

—Si los salarios crecen, los capitalistas dejan de ganar dinero, y entonces ya no hacen casas. La gente se queda sin tener dónde vivir y los obreros de la construcción se van al paro. Eso quiere decir que se van al hambre y la miseria.

Manolo tenía argumentos de sobra para ponerle en un brete, pero prefería callarse. Aunque las noticias del exterior eran muy limitadas, y Avelino, además, se encargaba de «censurar» lo que los presos podían leer o escuchar, se había dado cuenta de que el movimiento anarcosindicalista era cada vez más fuerte, pese a esos pequeñoburgueses, como Azaña y Casares Quiroga, que estaban dispuestos a permitir que los reaccionarios de la CEDA llegaran al poder.

Los meses pasaban con una monotonía exasperante, rota solamente por la llegada de alguna carta de Yolanda, que le demostraba una impresionante fidelidad como amiga, o lo que sea que fuera para él. De hecho, Manolo solo sabía que se seguían queriendo.

En Madrid, la joven pasaba por una etapa dorada gracias a su empleo en el circo y a su nueva habitación, orientada a mediodía, en la pensión de Dina. Nadie volvió a hablar de lo sucedido aquella tarde en casa de Jeannette, algo que Yolanda agradecía, porque le evitaba alguna pregunta incómoda sobre su sexualidad. Aunque se acordaba mucho de Manolo, la joven seguía sintiéndose ávida de conocimientos y de ganas de vivir.

Decidió ampliar su interés por el higienismo, hasta llegar a la más espectacular de sus manifestaciones, el desnudismo, práctica que obedecía las consignas filosóficas de Antonia Rufina Maymón, una cincuentona muy sabia cuyos desnudos no podían provocar a casi nadie excepto a la derecha biempensante, precisamente porque ponían de manifiesto que solo las mentes enfermas de los meapilas podían unir de forma tan necia la sexualidad y el desnudo natural.

Yolanda se levantaba todos los días a las siete de la mañana, y se lavaba con esmero en el aguamanil con espejo que tenía en su elegante —eso le parecía a ella— habitación, que estaba vestida con las telas más refinadas que podían encontrarse en las tiendas de textiles de la plaza del Progreso y sus alrededores. Después del desayuno, consistente en un café con leche y tostadas aliñadas con un estupendo aceite virgen de Córdoba, caminaba en un agradable paseo, incluso en los días lluviosos, hasta la sede del circo, junto a la calle del Barquillo. A las nueve de la mañana abría la «consulta», y entonces daba comienzo un desfile de lesiones características del mundo circense: dolores de hombro por el uso del

látigo de los domadores, esguinces y distensiones musculares en las pantorrillas de las trapecistas, golpes en distintas partes del cuerpo de los payasos... Muchas de esas dolencias habrían pasado desapercibidas en la vida «civil», pero en el circo podían hacer que alguien tuviera que dejar su trabajo y echarse en brazos del hambre o de la solidaridad para subsistir.

La joven, además, se puso al día en lo que tocaba a las relaciones con el otro sexo. Había pasado en muy poco tiempo de ser una esclava virginal del Señor a una pecadora arrejuntada con un menor de edad. Su episódico paso por el baño y el lecho de Jeannette le habían permitido abrir la espita de sus emociones sensuales a nuevos mundos. Y a conocer el sexo adulto, que falta le hacía a la pobre mujer. En orden no estrictamente cronológico, Yolanda conoció en el mejor sentido de la palabra, es decir, en el bíblico, a dos domadores de fieras, un taquillero de ventanilla, dos acróbatas, tres caballistas, un acomodador, un cronista de circo, un payaso listo y dos payasos tontos. Estos tres últimos fueron quienes le dieron más quebraderos de cabeza para conseguir que la relación no fuera conflictiva. A ninguno le dio ilusiones, y salvo uno de los domadores y el payaso listo, todos esos hombres supieron respetar su independencia.

Sin embargo, Yolanda no dejaba de pensar en Manolo, a quien consideraba el hombre de su vida. Ninguno de sus amantes era capaz de hacerle sombra. De vez en cuando le escribía, le enviaba algo de dinero y le declaraba su renovado amor. Él estaba encantado con que Yolanda volviera a quererle, aunque fuera de una manera tan alejada de la impetuosidad de los primeros tiempos. Además, la correspondía, y se dejaba llevar por los planes de futuro cuando Yolanda le aseguraba en sus misivas que, dada su fuerza física, no sería difícil encontrarle un empleo en el circo.

Las cartas que Manolo recibía en la cárcel debían pasar por el «visto bueno» de Avelino, lo que le obligaba a tener que aguantar sus comentarios.

—Está claro que la hembra esa te quiere, pero no te fíes del todo. Una mujer a su edad... te debe estar poniendo unos cuernos como de aquí a Lima.

Mientras tanto, lo que sucedía en el exterior de las vidas de Yolanda y Manolo no tenía ninguna influencia en ellos, hasta que el general José Sanjurjo dio un golpe de Estado en agosto de 1932. Manolo se vio súbitamente metido en un buen berenjenal, porque Avelino quiso encontrar adhesiones en la cárcel a un golpe reaccionario que vivía como si lo hubiera dado él.

La galería gobernada por Avelino se declaró en rebeldía. Bien es verdad que

los carcelarios sublevados no tenían mucho que hacer allí dentro y que tampoco se jugaban la libertad, porque carecían de ella, pero el «rey de la prisión» quiso que su posición política se hiciera notoria, lo que significaba actuar contra los disidentes. Y Manolo y Toñón lo eran.

Toñón se decidió al fin a poner en marcha su plan de fuga, para el que necesitaba un acompañante. Manolo aceptó de inmediato, entre otras razones porque no tenía que consultar su decisión con ninguna dirección política, como, sin embargo, sí debía hacer Toñón, que era militante del PSOE.

Su situación era cada vez más insostenible, y había llegado el momento de actuar. Avelino extremaba cada vez más sus posiciones ultraderechistas.

—¡Esto se tiene que acabar! —exclamaba—. Tiene que volver un rey con poderes. Y hay que dejar de hablar de reforma agraria y esas zarandajas. En España, el que quería trabajar tenía un hueco, y ahora, con la República, todo lo tienen que pagar los propietarios... ¡Sinvergüenzas! Os vamos a sacar las tripas a todos... ¡Sanjurjo es el único que tiene cojones en este país!

Manolo y Toñón sabían que Avelino hablaba en serio, así que no tuvieron problema en prefigurar la alianza que tendría lugar dos años más tarde entre anarquistas y socialistas. Cuando Manolo se enteró del plan de huida, quedó pasmado por su sencillez. Tenía que ser un domingo, día de visitas en la cárcel, cuando hasta los funcionarios más sádicos mostraban su mejor cara ante los familiares de los presos. Una circunstancia que ya había sido aprovechada por Toñón para conseguir las piezas de vestuario y de atrezo necesarias para llevar a buen puerto su plan.

Manolo sintió los preparativos como si se hubiera tomado algún mejunje capaz de alterar el ritmo de sus tripas. La noche anterior a la fuga tuvo que ir a la letrina una quincena de veces, circunstancia que, por suerte, no levantó las sospechas de Avelino.

Y, por fin, llegó el día.

LA FUGA

Fue en el mes de septiembre de 1932 cuando el general Sanjurjo dio por perdida su insensata aventura.

Toñón llamó a Manolo para que fuera a los servicios comunales de la galería cuando se acababa la hora de la visita. Actuaron con gran rapidez. Sus cómplices, dos viudas extremeñas que habían acudido como familiares de otros presos, se dejaron amordazar y atar a las patas metálicas de una de las camas. Toñón enseñó a Manolo cómo ponerse las medias negras y ajustarse la falda del mismo color, y ambos se colocaron un velo para cubrir sus rostros sin afeitar. Las navajas para ese apaño solo las controlaba Avelino, así que se enfrentaban a la prueba hechos un desastre.

Cuando cruzaron el control de seguridad, Manolo comprobó con sorpresa que los funcionarios, pese a mirarles de arriba abajo, les dejaban pasar. De pronto, uno de ellos exclamó:

—¡Las de la cuenca minera mueven el cuerpo con la misma gracia que los *xatus*!

El hecho de que el funcionario les comparara con un ternero estuvo a punto de echarlo todo a perder, porque Manolo preguntó a Toñón qué significaba lo de *xatu*, y, al saberlo, sufrió un indignado e inoportuno ataque de orgullo femenino.

—¡Me cago en mi madre, le abro la crisma!

Manolo ya se había acostumbrado a los *cagamentos* asturianos y metía a su propia madre en ellos. Toñón, al que los años en el talego habían templado más que al Galleguín, impidió que completara la estupidez haciéndole una amistosa y delicada recomendación.

—¡Como montes un lío ahora, te saco los cojones por la boca!

Por suerte para él, Manolo le creía capaz de completar la hazaña, así que, llevado por el consejo de Toñón, dejó pasar el comentario del guardia, que, por otro lado, se ajustaba mucho a la realidad, teniendo en cuenta los poco aiosos movimientos de los dos presidiarios en fuga.

Subidos a las madreñas, que montaban tanto escándalo como para nublar el juicio de los guardias, los dos fugados fueron introducidos en el maletero de un enorme coche, de marca Peugeot, cuyo dueño se había prestado a participar en el rescate, pensando seguramente que eso ayudaría a mantener sus propiedades en el caso de que algún día triunfara el comunismo libertario. En Sama no era impensable semejante hipótesis.

Encerrado en el maletero, acompañado por la gran humanidad de su compañero, a Manolo no se le ocurrió otra cosa que exclamar sin ningún amago de ironía:

—¡Qué bien se respira la libertad!

A lo que Toñón respondió con una ventosidad preñada de fabes. Sin ningún comentario al margen.

Manolo no dijo nada más hasta que sus libertadores les dejaron salir en una cuneta al lado de un *prau*. Eso ya era la libertad: el aire puro sin tasa, las lindes plantadas de avellanos, y no de alambre de espino, que separaban unos *praus* de otros, y la visión, en ese día regalado de cielos altos y sin lluvias, de las cordilleras, desde los Picos de Europa hasta el macizo de El Suevo, aunque él no supiera ponerles nombre.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Entre l’Infiestu y Nava. El *conceyu* de Piloña —respondió Toñón—. Pero a ti no te dirá mucho *esu*, ¿no?

No le decía ni mucho ni poco, pero su cuerpo reaccionó a la visión de la naturaleza. Se quitó las madreñas, la falda y las medias y echó a correr, descalzo, por la hierba recién segada, empapada de agua y del perfume profundo, invasor, de los campos recién apañados.

Toñón le imitó, y parecían dos locos sueltos, dando gritos sin ningún sentido, que se acabaron mezclando con las vacas rubias, asustando a los *xatus*, que buscaban a sus madres al huir de aquellos dos lunáticos que a saber de dónde vendrían.

El chófer del taxi y el acompañante les dejaron retozar un buen rato hasta que los dos se dejaron caer al suelo, respirando el aire libre a bocanadas histéricas, y con los pies rebozados de barro y cucho.

Cuando comprobaron que los dos hombres se habían desfogado por completo, les dieron unos trapos sucios para que se limpiaran y unos monos azules usados pero recién lavados y planchados. Eso sí, les hicieron devolver las madreñas y se volvieron a poner los zapatos que llevaban antes de la fuga.

Cuando llegaron a Sama, hacía ya tiempo que había anochecido. Todo estaba

preparado para acogerles. Manolo quedaría en manos de unos militantes de la CNT, que le dieron la mejor de las bienvenidas: una buena cena y una cama hecha sobre un colchón de paja sin púas y vestida con sábanas recién lavadas. Por su parte, a Toñón lo llevaron con los de la UGT. Antes de separarse, Toñón abrazó a Manolo y él, a pesar de estar casi asfixiado entre los brazos de ese coloso, se dio cuenta de lo que significaba la libertad.

Manolo pensó, ya acostado en la cama, que eso debía de ser el comienzo del comunismo libertario. Aunque le costó dormir, porque hacerlo en esas circunstancias le parecía tirar a la basura tiempo de libertad, finalmente acabó cediendo al cansancio.

—Esto es nada más por el primer día, pero ya te toca ser como los demás —le despertó una voz bronca marcada por la cazalla. Los compañeros libertarios de Sama eran gente realmente expeditiva. A Manolo ni siquiera le preguntaron su opinión sobre el destino que le reservaban—. Tú eres de un tamaño medio, adecuado para hacer de picador. Te vamos a meter en una mina fácil para que aprendas el oficio y luego ya veremos. Necesitamos gente como tú para lo que viene, Galleguín.

Su fama le precedía, era evidente. Como era evidente que tendría que ganarse la vida en la mina. Aunque nadie le había preguntado, si no quería caer de nuevo en manos de Avelino o del alférez Arjona, más le valía decir que sí a lo que le habían preparado.

Su decisión, que era mansa por falta de alternativas, habría sido incluso entusiasta de conocer el ambiente que había dejado en la cárcel detrás de él. Avelino se había tomado la fuga de Manolo, su profesor de letras y de números, como una cuestión personal. Se sentía como un amo burlado, lo que le hizo proferir a los cuatro vientos su maldición.

—¡Te mataré, Galleguín! ¡Te encontraré y te mataré haciendo que te duela!

Viniendo de Avelino, la pública amenaza no había que echarla en saco roto.

Ahora ambos estaban parejos, se habían jurado acabar con la vida del otro.

Por medio de sus artimañas, Avelino hizo que el gobernador civil metiera en prisión sin juicio a un desgraciado que había estudiado lo suficiente como para hacerle de maestro, y también logró que se pusiera precio a la cabeza de Manolo: quien informara de su paradero sería recompensado con dos mil pesetas.

Aunque la participación de las dos viudas, Veneranda y Aída, había sido obvia, nadie pudo demostrarla, por lo que el director de la prisión tuvo que conformarse con asestar un bofetón de categoría a cada una.

Manolo pasó a la clandestinidad. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que

confundiéndose con los vecinos? A los pocos días recibió las enseñanzas adecuadas para ser picador en el pozo La Manolita, una mina de montaña situada muy cerca de Sama, propiedad de la familia Rato, que probablemente producía el carbón de peor calidad de la zona, aunque se vendía a empresas del Estado como si fuera combustible de primera. Pero, debido a su tamaño, no llegó a estrenarse. El jefe del tajo quería hombres más pequeños, que pudieran meterse en los rincones para sacar las rebanadas de carbón de las paredes. Así que le propusieron que se encargara del par de mulas que transportaban el carbón extraído de la mina hasta el tren de lavado, donde las mujeres se dejaban las manos seleccionando piedras.

Su trabajo era duro: cargar y descargar los depósitos de los que iban provistas las bestias y evitar que estas perdieran su carácter obediente. De alguna manera, Manolo descubrió que lo suyo con las mulas era casi igual que lo de los patronos con los trabajadores.

Su entusiasmo por el descubrimiento no fue compartido por sus compañeros, que no lo consideraron muy novedoso.

—Nos tratan como si fuéramos mulas —decía Manolo.

—¿Ahora te enteras, Galleguín? —le contestaban.

Manolo salía todos los días de la mina, después de pasar doce horas trabajando, tiznado como un picador, y llevaba a las bestias a un corral, donde les daba el forraje con el que se alimentaban, y una vez a la semana las cepillaba. Cada pocos meses, los encargados de las acémilas tenían que sustituir a alguno de los bichos, que se iban envenenando con el hollín como si fuesen mineros. En realidad lo eran.

Se imaginaba que sus pulmones se volvían oscuros y a menudo soñaba con que moría ahogado en carbón. Le pagaban un buen sueldo, pero no dejaba de preguntarse cómo sería trabajar en una mina bajo el comunismo libertario.

De vez en cuando, alguna pareja de la Guardia Civil se personaba en el pozo y preguntaba por él, pero nadie afirmaba conocerle. El propio Manolo fue inquirido una vez por él mismo, y el tizne del carbón tapó sus rubores al decir, con excesivo énfasis, que no le conocía.

Estuvo muchos meses sin tener noticias de Yolanda. Él solo le envió una escueta nota, a modo de telegrama, que no admitía respuesta: «Fugado de cárcel. No puedo dar dirección. No envíes más dinero. No te fíes de nadie. No te fíes».

Así pensaba Manolo que tenía que comportarse.

Mientras, a su alrededor, toda la cuenca minera hervía de revolución. Manolo, enganchado a sus amigos libertarios, pasó a formar parte de una escuadra de

acción, de las que tendrían que vérselas con los guardias civiles cuando llegara el momento. Los domingos, la escuadra, formada por unos veinte individuos, hacía ejercicios militares en algún *prau*, bajo la supervisión de un tal Pepín, que había sobrevivido a las carnicerías africanas de Abd el-Krim hacía una década, y ayudados por la maña de Tinucu, un carpintero de La Pola que había construido una maqueta a tamaño real de un máuser alemán de finales de siglo. Con ella aprendían a manejar el fusil que algún día estaría en sus manos para tomar el poder.

También hacían prácticas de puntería con cartuchos sin carga y, en una ocasión, con cartuchos de verdad. Pusieron vigilancia por los cuatro costados y dispararon contra un montón de piedras. A Manolo todavía le temblaban las piernas al recordar cuando le tocó el turno de volar un túmulo de piedra que él imaginó que era el alférez Arjona.

Manolo, como todos sus compañeros, admiraba con silenciosa y oculta envidia las evoluciones marciales de las Juventudes Socialistas, que desfilaban vestidos con camisas rojas cantando himnos revolucionarios y coreando contundentes consignas anticapitalistas.

Ellos, los libertarios, no hacían desfiles militares, que consideraban rituales propios de burgueses. Pero a muchos les habría gustado hacerlos. Porque daban ánimos.

Yolanda ya había visto desfilar por Madrid a los jóvenes socialistas, que marchaban en organizadas formaciones y llevaban fusiles de madera. Se llamaban a sí mismos los «chíviris» y venían desde la Casa de Campo, donde jugaban a ser soldados del pueblo aptos para combatir a la reacción. Luego, ya en la ciudad, se disolvían en paz, pero con un resto de insolencia en el rostro que tardaba en quitarse.

A Yolanda no le disgustaba ver esos desfiles, sobre todo porque le horrorizaban los que hacían los «señoritos» de la CEDA, con sus ademanes chulescos. Pero su toma de partido por Azaña y por la República flaqueaba en ocasiones por cosas como la muerte a manos de las fuerzas del orden de una veintena de campesinos en Casas Viejas. Fue a principios de 1933 y la derecha, a través de su prensa, como el *ABC*, se cebó con su ídolo político, el jefe de los republicanos, Manuel Azaña. La campaña que hizo la derecha contra la izquierda republicana fue tan potente que las convicciones de Yolanda se resintieron.

Por lo demás, su vida fluía en un continuo movimiento ensimismado. Claro que se acordaba de Manolo, pero la noticia de su fuga la había tranquilizado, por muchos elementos de incertidumbre que tuviera, porque imaginarle libre era ya una gran noticia, aunque también fuera uno de los «delincuentes» más buscados en el territorio de la República.

A decir verdad, a Yolanda no le importaba en exceso que Manolo estuviera pasando algunos apuros, siempre que no estuviera comprometida su vida o su libertad. La razón, la imaginable: vivía una época dorada, enredada con un domador de fieras casado con una de las coristas de las que animaban los descansos entre número y número en cada función. Él era holandés y se llamaba Frederick, y ella, de Ortigosa, un pueblo de Segovia, y se llamaba Bárbara. Se habían conocido en el Congo cuando él buscaba leones para otro circo en el que trabajó un tiempo y ella era misionera seglar de una compañía de religiosas belgas. Allí se enamoraron y siguieron juntos y en armonía durante más de diez años. Hasta que Frederick perdió la cabeza por Yolanda.

Todo empezó como cabía esperar, es decir, con una lesión muscular que a Fredy, como le llamaba todo el mundo en el circo, le impedía manejar el látigo con soltura.

Yolanda se aplicó, como siempre, para hacer su trabajo lo mejor posible. Y tan bien lo hizo que Fredy volvió a usar su látigo en las mejores condiciones al cabo de dos meses. Cuando le declaró a Yolanda su encaprichamiento, ella le pagó con la misma moneda: estaba dispuesta a todo menos a mantener una historia de amor, porque se sentía de otro hombre. Fredy no le pidió ninguna explicación porque el arreglo le venía de perlas: una amante que no pedía nada, que se ganaba la vida por sí misma y no deseaba competir con la señora de verdad. Yolanda era la mujer perfecta para entablar una relación extramatrimonial.

Ella se entregó al asunto como si se tratase de una práctica higiénica, porque pensaba que una mujer de su edad no podía tener una vida plena sin que su sexualidad lo fuese. También es cierto que el cuerpo, sin tener que escuchar argumentos tan poderosos y razonables, se lo pedía.

Con el domador holandés Yolanda aprendió a valorar el físico que la naturaleza le había dado. Se echaba en sus brazos con todo su ser y era capaz de alcanzar una inacabable serie de climas como nunca antes había sentido. Eso la convertía en una mujer casi feliz. Solo casi porque Manolo seguía instalado en su corazón y en su memoria, y no había hueco para nadie más.

Aunque eso no le impedía disfrutar una etapa de sexo furioso que la mantenía apartada casi por completo de la realidad. Por desgracia, un día esta se le

apareció bruscamente vestida de Bárbara, la mujer legal de Fredy, poseedora de un cuerpo capaz de competir con una apisonadora. La segoviana se limitó a sacudirle dos guantazos que hicieron que Yolanda recorriera la pista central del circo, afortunadamente vacío en ese momento, sin ayuda de sus piernas. Luego miró con un deje de desprecio a la afectada y se dio la vuelta.

Fredy no volvió a mirarla a la cara y ella tampoco le buscó. Estaba todo dicho. Yolanda salió con bien de la prueba, es decir, con algunos moretones por el cuerpo y la cara hinchada, pero nada que el tiempo y unos fomentos balsámicos no pudieran curar.

Tampoco sufrió mucho su espíritu, y la humillación ante los compañeros fue llevadera, porque nadie hizo del incidente ninguna copla pegadiza. Bárbara, una vez recuperado su hombre, hizo gala de una normalidad extrema. Hablaba con Yolanda con naturalidad, como si no hubiera pasado nada. Yolanda incluso llegó a pensar que así era.

Olvidó pronto su pasión por Fredy. Hombres no le faltaban, aunque fueran menos habilidosos que el holandés. De Manolo solo sabía cuando él deseaba contactar con ella y, aunque pensara mucho en él, su frenética actividad no se detenía. Pronto se echó un amante nuevo, esta vez un funambulista ruso llamado Sergei que, como casi todos los rusos, apenas hablaba castellano y mugía cuando llegaba al orgasmo. No era el amante ideal, pero al menos no tenía una pareja que pudiera poner en peligro la integridad de Yolanda.

Sergei era, a su particular manera, muy cortés con Yolanda y muy bueno en eso de andar por el alambre. Era alto y rubio, tenía la piel rosada y unos ojos azules algo acuosos. Sobre la delicadísima superficie del cable se volvía un ser angelical, etéreo, que conseguía que ella le mirara con arrobos y se olvidara de que se jugaba la vida cada vez que se subía ahí arriba armado únicamente con una pértiga.

En alguna ocasión Sergei le hizo confidencias sobre su vida, y sobre París, donde pretendía volver a alcanzar el éxito artístico que una vez tuvo y que se esfumó por razones que dejaba envueltas en un misterio. A menudo se sentía invadido por la ternura, sobre todo cuando terminaban de hacer el amor. Después de dar algunos mugidos, le susurraba al oído palabras en ruso que ella no entendía, pero cuya sonoridad le gustaba.

Había quien pensaba que el funambulista era un ruso «blanco», o sea, un partidario del zar depuesto y fusilado durante la Revolución de Octubre. Nada más lejos de la verdad, porque Sergei era un revolucionario, aunque radicalmente opuesto a Stalin. En realidad, era partidario de León Trotsky, un

hombre tan perseguido por los estalinistas en Rusia y el resto del mundo como por los fascistas que crecían sin parar en toda Europa.

A Yolanda el interés por la política se le había reducido a algunas manifestaciones públicas de apoyo a Azaña. No sabía si era feliz o no, aunque tampoco parecía preocuparle demasiado.

Manolo, desde luego, tenía claro que no lo era. Apenas veía la luz del día, porque su jornada empezaba antes del alba, cuando recogía a las mulas y las aparejaba para comenzar a cargar lo que él llamaba «el escombros»; y acababa después del anochecer, cuando se iba a la cama con la piel cubierta de sudor y hollín. Las bestias descansaban más tiempo que él y, además, tenían quien las cuidara.

Ni siquiera le quedaba tiempo para pensar sobre los vaivenes de la política. Sus pensamientos eran sombríos, a pesar de que todo apuntaba a que el momento de la lucha definitiva por la emancipación del pueblo se aproximaba. Al contrario que muchos de sus compañeros, Manolo no tenía claro cuál sería el resultado de esa confrontación. Pese a su juventud, su juicio no se nublaba fácilmente.

España entera estaba sacudida por enormes turbulencias. No había disciplina en los cuarteles ni en las fábricas, ni se respetaba la ley en las calles. Y se empezaban a corear consignas de muerte por doquier. Hubo unas elecciones, y las ganó la derecha. Esto supuso un revulsivo para Manolo, que se dio cuenta de que no podía seguir viviendo como si el mundo no existiera. Las reacciones de sus compañeros ante los resultados de los comicios provocaron en él una honda impresión.

Una mañana vio caer muerto a un compañero de la CNT que se había puesto farruco al confrontar su opinión con la de un grupo de picadores de la UGT. Arrojaron el cadáver a un pozo y a Manolo le exigieron que mantuviera la boca cerrada. «Hemos perdido por vuestra culpa». La acusación de los socialistas tenía fundamento, porque los libertarios habían llamado a la abstención por considerarles un partido burgués más. Y Manolo decidió obedecer, aunque más por miedo a ser descubierto por Avelino que porque esos salvajes le intimidaran.

También Yolanda sufrió los efectos de esas elecciones. Por primera vez se había permitido el sufragio femenino, y más de seis millones de mujeres acudieron a

las urnas. Sin embargo, pese a lo que muchos pronosticaban, había ganado la derecha, y Yolanda, como otras muchas mujeres, se sentía culpable del desastre. Habían conseguido ser iguales que los hombres a la hora de votar y eso se había traducido en una victoria de los que bajo ningún concepto querían la igualdad.

Junto a Bárbara, su antigua enemiga, Yolanda participó de la causa repartiendo pasquines entre el público que cada tarde acudía a ver el espectáculo circense. La dirección les llamó la atención por ello, aunque en un primer momento no se tomaron represalias. Pero la cosa se complicó cuando el Gobierno de Lerroux aprobó la amnistía a Sanjurjo y adoptó una postura más reaccionaria. Bárbara y Yolanda se quedaron sin empleo, y también Sergei, que desde las alturas había tirado panfletos sobre el público, haciendo gala de una habilidad casi sobrenatural. Incluso Jeannette reprobó a Yolanda.

—Así que estás a favor del desorden y de la revolución en el campo —le soltó la caballista—. Claro, las relaciones con el ruso. No se puede esperar nada bueno de esos... ¡jenízaros!

A Jeannette no se le ocurrió ningún insulto peor que ese.

Eduardina no quiso hacer sangre cuando supo que Yolanda, por quien sentía un afecto sincero, había perdido su empleo.

—Podías haber sido más discreta... —le reprochó.

—Pero era por una causa justa —respondió Yolanda.

—Quizá, pero echar panfletos desde el alambre a mí me ha parecido exagerar.

Yolanda, que siempre había sido tan modosa, se estaba volviendo una radical, al menos en las formas. A decir verdad, toda España estaba así.

Desde luego, la cuenca minera estaba muy soliviantada. Que la derecha pudiera formar gobierno significaba el hambre para gran parte de la población en el campo y un endurecimiento de las leyes que regían el orden público.

Tras varias semanas escondido, esperando que se apaciguara el revuelo causado por su fuga, Toñón había ido a buscar a Manolo, preocupado por la nueva situación. Ambos reconocieron el peligro que se cernía sobre ellos.

—Vendrá a por nosotros —dijo Toñón.

—Sí, yo también lo creo.

No hacía falta mencionar su nombre. Los dos sabían que Avelino estaba esperando el momento adecuado para vengarse, y el momento político era propicio para los siniestros planes del rey de la cárcel.

LA VENGANZA DE AVELINO

Los deseos de venganza de Avelino debían encontrar una manera de hacerse realidad. Para el rey de la cárcel se trataba de una cuestión de prestigio, ante sí mismo y ante su gente, y ni la duda ni la piedad cabían en sus planes. Pero él, que era todopoderoso en la cárcel, estaba limitado para actuar en el exterior. Una cosa era burlar o comprar a los funcionarios para conseguir algunas prebendas de fuera y otra buscar a un individuo para hacerle pagar sus faltas. ¡El mundo era muy grande fuera de la prisión! Daba vértigo. Razón de más para no salir.

Avelino abrió un capítulo de cacería mayor, en el que no habría cuartel, como si se tratara de capturar un jabalí adulto y fogueado que no permite errar el primer tiro. Reunió a lo más granado de su banda de asesinos y les dio una escueta orden.

—Quiero que me traigáis la cabeza del Galleguín.

El presidente Dollfuss hacía algo parecido en Viena con el partido socialdemócrata. Avelino interpretó, como muchos políticos españoles, el golpe sangriento y autoritario del político austriaco como el principio de una nueva época, en la que el orden establecido por una autoridad a la que algún día legitimaría el pueblo se impondría sobre todo lo demás, incluida la ley. Porque ¿qué ley era esa que pretendía ser superior a la divina?, pensaban los reaccionarios de *ABC*.

Avelino estaba convencido de que Dollfuss, Sanjurjo y él mismo eran seres escogidos para domesticar al mundo y convertirlo en un lugar en el que todos llevasen una vida recta. A él le tocaba convertir la cárcel gijonesa en un buen ejemplo de ello. ¿Quién le había elegido para tan difícil misión? Pues él mismo, porque los grandes líderes emergían de la masa sin que el populacho los eligiera. Ellos eran los únicos que sabían ver más allá. Ni Sanjurjo ni Dollfuss habían esperado a ser votados. Sencillamente, habían dado el paso. Como él.

El grupo de hombres que escuchaba su discurso estaba formado mayoritariamente por parricidas y pederastas. El jefe del operativo sería el

desdentado Florín, apoyado por otros dos de parecida catadura: el primero, un santanderino conocido como «Tinucu el de la *cuestina*», que había estrangulado en la cama a sus padres, paralíticos ambos, «por error», según aseguraba con vehemencia cuando le preguntaban. El segundo, que atendía por Marcial, era reo de un crimen más vulgar: había matado a un cura por celos, al parecer justificados, y había intentado eludir a la justicia poniendo el cuerpo del muerto a hervir en una solución de vinagre y especias para hacer un escabeche. Al parecer, le salió bien el apaño, pero se le olvidó trocear el cadáver y alguien lo encontró y lo reconoció. Por supuesto, el apodo con que se le conocería a partir de entonces fue el de Escabecheru.

Los tres comprometidos para el escarmiento tenían instrucciones muy sencillas: la de Toñón no importaba tanto, pero la muerte de Manolo debía ser lenta. Después regresarían a la cárcel, donde los demás presos asegurarían que nunca la abandonaron. De ese modo tendrían una coartada perfecta.

Los conjurados salieron de la prisión sin hacer grandes alharacas. No llevaban armas encima, ni nada que pudiera delatar su destino. Y sabían dónde tenían que ir, porque Toñón había tenido un desliz que no pasó inadvertido a la Guardia Civil de Sama: le contó a su hijo de seis años los detalles de su meritoria fuga, y el pequeño lo comentó en la iglesia. La información corrió de boca en boca y llegó a oídos del alférez Arjona, que decidió dejar la venganza en manos de Avelino.

La compañía asesina llegó a Sama un lluvioso día, por supuesto, dado el lugar y la fecha, de mediados de mayo. Cada uno llevaba encima sus armas favoritas, un hacha, una hoz y un machete, aunque las disimulaban debajo de los impermeables de tela encerada con que se cubrían.

Primero se dirigieron a la sede de UGT, que, pese a la orden gubernativa, se mantenía abierta por la desafiante actitud de los mineros socialistas. Allí preguntaron por Toñón, aduciendo que eran unos compañeros de Llanes que le traían información confidencial. Les dijeron que fueran a un chigre cercano, al de Tavo, y que esperaran allí a recibir noticias.

Toñón fue puesto sobre aviso y pudo identificar de lejos a dos de aquellos hombres.

—El más delgado es Florín, y el más alto, Tinucu. Son mala gente, todos *vasallus* de Avelinu. Vienen a por mí y a por Manolo el Galleguín. Vienen a matarnos.

A los pocos minutos se montó un comité para recibir a los comisionados como merecían. A Manolo lo fue a buscar un guaje de otra mina. Los vigilantes

estaban ya *acojonados*, y no ponían trabas a los designios sindicales por miedo a represalias. Un miedo más que fundado por aquellas fechas, ya que los mineros estaban soliviantados y la mayoría deseaba implantar cuanto antes el comunismo libertario.

Las cosas sucedieron, poco más o menos, así:

Un guaje completamente embadurnado de hollín acudió al chigre de Tavo, donde los tres enviados de Avelino finiquitaban la sexta botella de una estupenda sidra de Nava, que ese año estaba algo más ácida, según Florín, quien presumía no solo de saberlo todo de la sidra sino también de tirar los *culetes* como nadie. El vaso que se turnaban los tres hombres estaba tan cubierto de mierda como el guaje que había ido en su busca, aunque la causa no era el hollín, sino las babas de los incontables usuarios anteriores.

El guaje les dijo que Toñón y Manolo estarían juntos a la puerta de la mina Matilde a partir de las siete de la tarde.

—Pues de un avío dos *mandaos* —dijo Tinucu, acariciando el mango de la hoz, encantado de encontrar la ocasión adecuada para soltar la expresión aprendida de un andaluz al que había conocido en Marruecos pocos días antes de que un oficial incompetente les metiera en un sitio llamado Annual.

—Que dos por el precio de uno —se vio obligado a aclararle a Florín, que hacía gestos de no entenderle.

A las siete en punto, cuando la noche ya caía sobre la entrada de la mina, también de montaña, los tres hombres se encontraron con Toñón. Florín, aunque no tenía dientes, hizo de portavoz.

—Traemos un recado de Avelino. Que volváis, que tiene un encargo muy importante que haceros.

—Y para *esu* tan fácil hacíais falta tres...

No le dio tiempo a decir más. Manolo, que estaba emboscado en la bocamina vio cómo Florín le clavaba a su amigo la hoz en la espalda, casi en el cuello, haciendo que brotara un gran chorro de sangre. Los otros dos sacaron de debajo de sus impermeables su machete y su hacha, y se ensañaron también con la víctima.

Manolo intentó ayudar a su amigo, y consiguió retrasar el ataque del Escabecheru sujetando sus ropas. Fue un movimiento crucial, porque disminuyó la ventaja de los asaltantes.

El coloso se revolvió contra los agresores y de un manotazo mandó al Escabecheru contra el muro. Cayó al suelo exánime, resbalando poco a poco por su superficie abrupta mientras su espalda se iba lacerando al rozar las piedras de

carbón, que parecían navajas. Luego llegó el turno de los otros dos. Toñón les agarró a cada uno del pescuezo y los agitó hasta que dejaron de dar señales de vida.

Después, Toñón dejó caer a los muertos y miró a Manolo. Esbozó una leve sonrisa antes de desplomarse sobre un gran charco formado por su propia sangre.

En un momento se habían juntado allí, a los pies de Manolo, cuatro cadáveres que echaban sangre como cerdos en matanza. Hasta ahora, la muerte se le había presentado siempre con mansedumbre. Y, de pronto, se encontraba con cuatro muertos y ninguna explicación.

Enseguida se congregaron en la bocamina una docena de mineros, armados con escopetas de dos cañones, un arma tremendamente eficaz en el interior de una mina. Pero llegaban tarde para salvar a Toñón.

El responsable de la UGT de la zona se hizo cargo de la situación. Sabía quién era Avelino, y con eso sabía la mitad de la historia.

—Toñón ha muerto por accidente. Yo me encargo de hablar con el médico. Mañana le enterramos como se hace con un trabajador socialista. —Y siguió dando instrucciones—. De los otros tres, no sabemos nada. Nunca han estado aquí. ¿Está claro? Te encargas tú, Justino —le dijo a un hombre mayor, con la experiencia marcada en la cara, que asintió a su orden. Hizo una pausa antes de dirigirse a Manolo—. Tú te vienes conmigo, ahora.

Manolo obedeció sin rechistar, y cuando el responsable de la UGT percibió que nadie más escuchaba, le dijo:

—Hoy hemos perdido a un compañero único. Toñón era un ejemplo de honradez socialista. Es evidente que te apreciaba, él sabría por qué. Pero a lo que estamos: aquí se está preparando una guerra y tú estás en nuestro lado. La alianza entre los libertarios y los socialistas es un hecho en Asturias. En cuanto tengamos las armas, que va a ser pronto, y nos llegue la orden de Prieto, vamos a ir a por todas. —Manolo seguía la exposición del líder sin perder ni una coma. Sabía que algo importante estaba a punto de suceder. Y no se equivocaba—. Toñón tenía una misión que quizá solo tú puedas realizar ahora. —Manolo sentía que le hormigueaba todo el cuerpo—. Mañana mismo, después del entierro de Toñón, voy a hablar con el responsable militar de la CNT para que te integres en la escuadra de acción que va a tomar el cuartel de la Guardia Civil que protege El Coto. Luego tendréis que haceros con la cárcel. Eso será fácil cuando hayáis eliminado a los guardias... ¿Aceptas?

La oportunidad era única: el canalla de Avelino pagaría por sus crímenes, empezando por el de Toñón.

—Por Toñón lo haré. ¿Tendremos armas?

—Las tendréis en su momento.

—Pero ¿de las de verdad, como las que tiene el enemigo?

—No puedo decirte más. Solo que las tendremos.

El sindicalista cortó así la conversación. Manolo no sabía a qué atenerse, pero era consciente de que se había enrolado definitivamente. Ahora sí, se había convertido en un soldado de la revolución.

Al día siguiente, al caer la tarde, tuvo lugar el entierro de Toñón. No se siguió ninguna formalidad, ni en los plazos, porque no se hizo la autopsia que la ley exigía, ni en el terreno espiritual, porque no se dio a ningún cura ninguna vela. El poder de los mineros sindicados excedía en muchos terrenos al del Estado y al de la Iglesia.

El médico de Sama firmó un certificado de defunción fechado unas horas antes para que el entierro fuera posible al día siguiente. Sobre la causa de la muerte no fue necesario mentir, porque se había producido por parada cardiorrespiratoria. Solo tuvo que pasar por alto algunos detalles relativos a las heridas. En suma, el fallecimiento se debía a una apoplejía, un término vago que abarcaba casi cualquier cosa.

El que todo se hiciera con tanta prisa se debía a que el día siguiente era domingo, y por la mañana tanto la UGT como la CNT tenían previsto realizar ejercicios militares. Aun así, cientos de obreros, cubiertos con sombreros de ala o con sus boinas proletarias, acudieron al entierro de Toñón y, de manera disciplinada y a pesar de una lluvia persistente, marcharon desde el centro de Sama hasta el cementerio municipal, a poca distancia del pueblo, colapsando la carretera y los caminos que confluían en ella. De cuando en cuando el viento limpiaba las nubes y un sol algo asustadizo dejaba ver sus últimos destellos antes de enterrarse en el horizonte. Más de un centenar de trabajadores provenientes de toda la cuenca minera asturiana se movilizaron en un tiempo récord, portando sus pancartas. Las Juventudes Socialistas, por ejemplo, lucían sus camisas rojas recién lavadas y planchadas, aunque esta vez la orden era que nadie fuese armado al entierro del compañero asesinado.

La Guardia Civil, informada de lo que se preparaba por algún miembro de su extensa red de soplones, se mantenía vigilante pero a distancia para evitar roces inesperados. Las órdenes eran tajantes: no se debía intervenir a no ser que se produjesen graves alteraciones del orden público. Las bocas de los fusiles brillaban reflejando los últimos rayos del sol en la distancia, pero su presencia era más un recordatorio que una amenaza. La verdad era que los mineros estaban

tan organizados que habían perdido el miedo a los guardias.

A la hora del crepúsculo, algunos miembros de la comitiva encendieron hachones para guiar a los que portaban el féretro, improvisado con maderas de las que se usaban para entibar las pequeñas galerías subsidiarias de las principales. El cortejo se detuvo al lado de la puerta principal del cementerio, y se hizo un silencio atronador. Un hombre se destacó del resto y se quitó la gorra proletaria con la que se cubría la cabeza. Tendría algo más de cuarenta años y era de estatura mediana y fornido, como casi todos sus compañeros de oficio. Una voz al lado de Manolo le identificó.

—Es Belarmino.

Manolo había oído hablar de él. Belarmino era el secretario general del SOMA, el Sindicato Obrero de la Minería Asturiana, filial de la UGT, que preparaba una insurrección armada si la ultraderecha llegaba al Gobierno.

El hombre hizo un corto e improvisado discurso que acabó con un compromiso firme, a juzgar por el énfasis que puso en ello.

—... Muy pronto, será muy pronto —dijo con emoción—. Te lo prometo hoy ante tantos testigos, cuando los compañeros que están aquí y otros que se preparan conquisten el poder e instauren la nueva sociedad por la que luchaste, compañero Toñón.

—El comunismo libertario... —susurró Manolo sin que nadie le oyera.

El discurso del líder de la UGT terminó entre los aplausos de los asistentes. Y alguien entonó la canción:

—«¡Arriba, parias de la Tierra...!».

Manolo no se sabía la letra, pero sintió la necesidad de unirse a los socialistas en su dolor. Un amigo leal que, además, le había salvado la vida, había muerto injustamente. De modo que fingió, con el puño izquierdo levantado, que entonaba el himno socialista junto a cientos de compañeros de lucha.

Ya de regreso en el pueblo, la comitiva se fue desperdigando. Los chigres abrieron sus puertas y muchos compañeros de Toñón decidieron despedir al amigo muerto brindando con unos *culettes* de sidra, cuyo aroma empapó las calles del pueblo.

Manolo no le dio más vueltas. Toñón ya era el pasado. Esa noche tenía que resolver asuntos muy serios, como el de localizar el lugar donde tenía que planear con sus nuevos compañeros de escuadra el asalto a la cárcel.

La lluvia se volvió feroz, y de los chigres y las casas comenzó a brotar un espeso silencio. Los anarquistas no cantaron nada ese día. Era su forma de demostrar respeto hacia un luchador y revolucionario, aunque fuera militante del

sindicato rival.

Aunque se había acostumbrado a vivir sin Manolo, Yolanda se había acordado de él el día de su dieciocho cumpleaños, el 30 de abril de 1934. Madrid amaneció con uno de esos esplendorosos días en los que la sierra parece estar al alcance de la mano y el cielo vuelca sobre las gentes sencillas un azul transparente para que su vida sea algo más alegre.

Yolanda seguía concentrada en conocerse a sí misma. Una vez por semana, los sábados, acudía a la Casa de Campo para practicar el desnudismo predicado por la Maymón. No le importaba que las doctrinas del higienismo estuvieran directamente ligadas a la CNT. Ella pensaba que no había ninguna contradicción entre esa práctica y el republicanismo de izquierdas del que hacía gala en cuanto se le presentaba la ocasión. Ahora echaba en falta no haber estudiado para ser maestra y enseñar la doctrina que podría cambiar a los seres humanos definitivamente volviéndolos sanos, libres y solidarios.

Siguiendo esa línea, también decidió estudiar esperanto, la lengua común a toda la humanidad. Así como mecanografía y taquigrafía, que ella pensaba que la convertirían en una mujer nueva, de las que pueden cambiar el mundo.

Yolanda no había vuelto a tener noticias de Manolo, más allá de la escueta nota sobre su fuga. Quizá esta falta de contacto la llevara a aceptar una oferta singular. Porque Sergei le iba a pedir que fuera con él... ¡a París! Varios compañeros del domador ruso y sus tres hermanos habían montado allí una atracción nueva con la intención de recorrer todas las capitales de Europa. Para Sergei era importante que Yolanda formara parte del proyecto, pues sus dotes como masajista y experta en curar lesiones musculares podían resultar de gran ayuda. Yolanda, por supuesto, aceptó. ¡La vida volvía a sonreírle!

En la cárcel de El Coto, Avelino seguía esperando noticias de sus tres enviados. No sabía todavía que Florín, el Escabecheru y Tinicu habían muerto a manos de Toñón, y que Manolo seguía con vida. Pero Avelino era un hombre de recursos y, aprovechando sus contactos con el exterior, decidió acudir a la Guardia Civil, institución con la que mantenía excelentes relaciones. Fue el propio alférez Arjona, que acababa de ser nombrado jefe del Servicio de Información de las Cuencas Mineras, quien le confirmó que los tres hombres habían muerto. Avelino pagó su enfado con el Querubo, a quien esa noche dejó magullado entre

maldiciones.

Y, mientras tanto, en La Coruña, a solas con la Apache en la mejor habitación de su burdel, don Manuel meditaba sobre la desigual marcha de los acontecimientos. Lo que más le preocupaba era haberle perdido la pista a su sobrino, porque ni siquiera su madre sabía dónde encontrarle. Aunque en el lado positivo de las cosas estaba el nombramiento de Arjona, en quien sabía que podía confiar llegado el caso.

—Apache, ¿te acuerdas de mi ahijado, ese que te traje hace unos años para que le hicieras un hombre? —preguntó el cacique, medio tumbado en un sofá, tras dar una profunda calada a su habano.

—Cómo no me voy a acordar. Se acabó todo el champán de La Coruña...

Don Manuel hizo una pausa teatral mientras volvía a fumar, dejando que la Apache se moviera libremente dentro de su bragueta. Echó el humo y, mirando al techo, dijo:

—Pues le hiciste demasiado hombre.

La Apache sabía lo que venía a continuación y se preparó mansamente para recibir el castigo. Don Manuel se quitó el cinturón y la emprendió a correazos con la chica, empezando por las nalgas. Al cacique le gustaba oír sus gritos de dolor mientras le pegaba, así que no se reprimió.

En ese momento la Apache deseó matarle, aunque, obviamente, no dijo nada. Tan solo se imaginó causándole un dolor semejante al que en ese momento estaba sintiendo ella en todo su cuerpo.

Se dijo que no tendría piedad de él. Como se decía mucha gente cuando pensaba en el cacique.

LA CUENCA SE ARMA

La cuenca minera y, por extensión, toda Asturias, hervían en aquellos días de finales de mayo. Todo el mundo sabía que algo muy grave estaba a punto de suceder. Desde Indalecio Prieto, que había amenazado con la insurrección de la clase obrera si la ultraderecha entraba en el Gobierno, hasta el último de los *rampleros* que recogía el carbón que a los demás se les escapaba.

Manolo seguía en Sama, trabajando con las mulas en la mina de montaña y deseando tener noticias de Yolanda. La quiso imaginar en la habitación de la pensión de Dina, pero sus rasgos se le desdibujaban, y no tenía ni una foto de ella para recordarlos.

Las lecturas de las novelas galantes de Artemio Precioso, y otros inteligentes hombres de letras como él, conocedores del alma humana, que había acumulado durante su estancia en el hospital de Sant Pau le habían ayudado a ponerle nombre a las cosas y, por tanto, a conocerlas mejor. Manolo sabía que amaba a Yolanda de una forma nada accidental, sino cada vez más ligada a su propia evolución personal. Se había separado de ella por circunstancias que ahora le parecían absurdas, y al recordar aquellos días en que comenzaron a distanciarse, Manolo llegó a maldecirse a sí mismo. Quizá la había perdido para siempre.

Pero, por fortuna para su estabilidad mental, Manolo no tenía tiempo para pensar demasiado en su vida sentimental. La escuadra a la que pertenecía había recibido instrucciones directas de Belarmino Tomás de reforzar su formación. El jefe del grupo, Gonzalo García, o Gonzalón, que era como casi todos le llamaban, gustaba de presentarse como amigo del líder y nadie se atrevía a ponerle en cuestión, no fuera a ser que tuviera razón. Y, además, la relación resultaba verosímil, puesto que ambos habían trabajado en el pozo Fondón, uno de los más emblemáticos de la cuenca del río Nalón. Tenía dos castilletes para sustentar los ascensores y era propiedad de una de las empresas más importantes de Gijón y de la cuenca, la Duro-Felguera. En él trabajaban varios cientos de

obreros, a una profundidad de más de cuatrocientos metros. Se decía que Manuel Llana, el fundador del SOMA, conoció allí a Belarmino Tomás, que poco tiempo después se convirtió en su delfín.

Manolo no lograba entender el lío que se había organizado entre los diferentes sindicatos y partidos que peleaban por la hegemonía entre los mineros. Los anarquistas no aceptaban a los socialistas, y menos aún a los comunistas, pero a él le molestaba tener que insultar a algún compañero de la UGT. En realidad, a Manolo le bastaba con saber que la Alianza Obrera marchaba bien, y, en efecto, eso parecía.

Un día tuvo que bajar al pozo Fondón para ayudar en un transporte clandestino de dinamita. Allí supo de verdad lo que era una mina. Estar a cuatrocientos metros de profundidad hacía que cualquier cuita de la superficie pareciera nimia. Había un tren que transportaba el carbón al lavadero, y el humo de sus calderas contribuía a que se respirara mal allí abajo. Manolo cumplió con lo que se esperaba de él, pero, una vez terminado el trabajo, se dirigió al jefe de su escuadra y le dijo:

—Gonzalón, yo haré lo que me mandes, pero no quiero volver tan abajo.

El otro asintió en silencio mientras le daba una chupada a su escualido pitillo.

La preparación diaria de combate era en realidad muy sencilla, porque muchos de los líderes de la insurrección no confiaban en que las armas largas, los fusiles, llegaran a tiempo. Los combatientes tenían que aprender a manejar con soltura el arma de los mineros, la dinamita, que abundaba en los pozos y que los más comprometidos iban distraendo discretamente de las santabárbaras para engrosar los polvorines de la futura rebelión.

Manolo, junto a los veinte miembros de su escuadra, se ejercitaba en tirar guijarros de un tamaño parecido al de los cartuchos, para colarlos en espacios similares a ventanas, porque se trataba de emular el asalto a los cuarteles de la Guardia Civil.

Los de Mieres les llevaban ventaja. Habían montado su propia fábrica de fusiles a base de piezas en desuso recicladas. A pesar del mito dinamitero, el fusil era lo que todo revolucionario quería tener entre sus manos cuando llegara el momento.

Pero ¿cuándo se produciría la insurrección? Manolo, como todos sus compañeros, se sentía ansioso ante la inminente revuelta. Se convirtió en fiel parroquiano de un chigre donde, en su escaso tiempo libre, bebía litros de sidra que después eliminaba en los *praus*. Le gustaba la sidra, porque tenía la gran virtud de tardar mucho en nublar la cabeza y poco en soltar las timideces para

cantar en coro.

Aunque Manolo no tenía buena voz, las reuniones de canto en torno a las botellas de sidra le ayudaban a no pensar en Yolanda. Eso le aligeraba la vida, pero, al mismo tiempo, la privaba de contenido. Así que seguía buscando lecturas allá donde las hubiera y dedicaba bastante tiempo a algunos poetas, como el asturiano Ramón de Campoamor, que había sido monárquico, pero también anticlerical. También por la lectura descubrió en su alma nuevas aptitudes relacionadas con el amor, que le hacían preguntarse a menudo qué clase de sentimiento le unía a Yolanda.

Manolo llegó a tener alguna intimidad con otro joven, natural de Navia, como era Campoamor, llamado Eutimio. Aunque lo más lejos que el pudor de la hombría les había permitido llegar a ambos era para hablar de mascotas. Un tema casi inexistente para Manolo en el terreno afectivo. El otro, que se llamaba Eutimio por alguna razón de calendario, echaba de menos en la mina a su perra, que se llamaba así, o sea, Perra. Manolo tuvo que fingir, porque en su casa le habían enseñado que los perros servían para lo que servían, pero nunca para tener depositado en ellos nada de cariño.

—Yo nunca he tenido una buena perra —fue lo más íntimo que Manolo compartió con Timín.

Y nunca llegó a mencionarle su amor por Yolanda.

Por lo demás, el naviense era un excelente compañero. No era fornido, pero su condición de hombre delgado escondía una musculatura notable que le sirvió, por ejemplo, para sacar a Manolo de algún apuro provocado por su pareja de acémilas, que tenían también episodios ocasionales de rebeldía.

Y, desde el punto de vista político, Timín era de absoluta confianza. Aunque militara en la UGT, el comunismo libertario le parecía un buen fin.

La cuita de Manolo, en todo caso, era difícil de solucionar aunque fácil de expresar: ¿había tirado por la ventana el amor de su vida? Fue algo que nunca llegó a comentarle a Timín. Otra respuesta relacionada con su perra le habría sacado de quicio.

En las cuencas, los acontecimientos se precipitaban. La actividad conspirativa era febril y todos esperaban inquietos la orden de Prieto.

En el mes de julio hubo un aviso. La prensa de derechas publicó que el líder socialista había esgrimido su pistola para «solucionar» un incidente parlamentario y muchos creyeron que había llegado el momento. Sin embargo, Prieto prefería esperar a que hubiera armas bastantes para la rebelión.

El siguiente aviso lo dio en el mes de septiembre José María Gil-Robles, que

convocó a sus partidarios en el lugar donde presuntamente comenzó a existir la nación española, es decir, en Covadonga. «¡Jefe, jefe, jefe!». Con esa consigna, al modo de los nazis alemanes o de los fascistas italianos, se desfogaban miles de afiliados de la CEDA cuando Gil-Robles accedió a la tribuna de los oradores para repetir su mensaje de la España unida y devota del cristianismo.

En Sama, como en todos los pueblos de las cuencas mineras, los hombres recordaban las consignas. Muchos —entre ellos Manolo— tiraban pinchos de acero al paso de las comitivas de los derechistas que volvían eufóricos de Covadonga para reventarles los neumáticos. Entre los compañeros de armas de Manolo estaba un tal Angelón, que era quien más lejos y con más tino llegaba arrojando los pinchos. Por alguna razón que Manolo desconocía, el mozo le había tomado mucha devoción y él, naturalmente, se sentía muy seguro al lado de una compañía así. Angelón era también uno de los líderes de una actividad muy asturiana, los *cagamentos*, consistente en imaginar y decir las mayores barbaridades imaginables para mostrar asombro, ira o incluso afecto desbordado. De los *cagamentos* no se libraba nadie. «Me cago en mi madre» era uno de los más comunes. Pero todo el santoral y la nómina de vírgenes estaban incluidos en el extenso catálogo.

Un día, Angelón se sinceró sobre el origen de su admiración por Manolo.

—Dicen que tú sabes cómo enseñar a escribir y leer.

Y se emplazaron para cuando la revolución acabara.

Las cabezas de los mineros olían a revolución y a pólvora en los chigres. Al menos, sus conversaciones giraban siempre alrededor del mismo tema: la orden que todos esperaban para hacer que Asturias ardiera en llamas. Habían recibido los ansiados fusiles de manos del mismísimo Belarmino, y con ellos los mineros se sentían vencedores de la lucha que se avecinaba.

18

PARÍS

Yolanda llegó a París un 26 de mayo. Como todas las capitales del mundo, estaba especialmente bella en primavera, incluso más que las demás.

Sergei la condujo por la ciudad a matacaballo, y a matapersonas, porque la guio en un largo paseo desde la estación de Lyon hasta el corazón del Marais, el barrio judío de la capital.

Francia estaba en esos momentos, como España, envuelta en mil conflictos, pero Yolanda, que iba allí a trabajar, podía pasar por encima de los acontecimientos y no inmutarse porque alguien hubiera convocado una huelga general u otras pequeñeces semejantes. Aun así, París robó su corazón de inmediato. Ya iba preparada para sentir un gran arrebató por la ciudad, pero pisar sus calles fue una experiencia única.

Consiguió que Sergei la dejara tomar aliento al llegar a la explanada de Notre Dame. Le rogó que lo hiciera después de haber logrado que pararan unos minutos en uno de los puentes que permitían ir a la orilla derecha del Sena.

Era un gran río y corría caudaloso, rebosante de las abundantes aguas del invierno, que ofrecían un cauce anegado de una orilla a la otra. Había muchos barcos alargados como zapatillas, sin apenas elementos verticales, para evitar chocar con los bajos de los puentes, y que cargaban mercancías cubiertas con lonas para impedir que se mojaran con la lluvia. Las lonas dejaban mucho lugar a la imaginación en torno al material que transportaban. Pero las tripulaciones de los barcos, con ropas tiznadas bajo las telas impermeables con que se cubrían, hacían que el margen para la imaginación se redujera mucho: eran carboneros.

Tras la caminata, llegaron a la dura realidad del solar en el Marais. El barrio vivía una gran actividad con el montaje para reparar las instalaciones portátiles de los hermanos Raskólnikov, que así se hacían llamar profesionalmente Sergei y sus allegados. Un nombre inequívocamente ruso, popularizado por un gran escritor como Dostoyevski, al que no hacía falta haber leído para conocer el nombre de sus personajes.

Los vecinos habían acudido en masa para ayudarles, y su socorro era enormemente útil, porque se trataba de un barrio habitado por una burguesía potente, pero también por menestrales. Había, sobre todo, carpinteros, y ebanistas a los que no se les caían los anillos por bajar un escalón profesional y trabajar la madera, aunque el uso de barnices y el cuidado por los acabados perfectos no fueran exactamente los mismos.

Yolanda tuvo trabajo en lo suyo nada más llegar. Había que tratar al hermano mayor, Alexandr, de una tendinitis en un hombro que se había hecho al trasladar un peso excesivo. Se puso manos a la obra, con naturalidad, y pronto demostró sus grandes dotes como fisioterapeuta.

Rodeada de los hermanos Raskólnikov, Yolanda exprimía con placer su nueva vida, haciendo un esfuerzo especial en aprender idiomas, aunque fuera por locuciones sueltas. Ella pensaba que ese método, que ligaba las frases con las situaciones, era más eficaz que el tradicional, que obligaba primero a aprenderse los tiempos de los verbos y luego todo lo demás.

No hizo un trabajo sistemático con el uso de la lengua francesa, pero sí el suficiente como para que llegaran a sonarle familiares muchas expresiones. Y lo mismo con el ruso o el inglés. El universo de sonidos en el que se desenvolvía la vida de Yolanda crecía un día tras otro, aunque no su conocimiento real de esos idiomas.

Sergei se comportó con ella como un auténtico caballero, y aceptaba con gusto acompañarla en sus largos paseos por la ciudad. El único precio que le ponía era tomarse un buen desayuno, a base de tostadas y quesos combinados con embutidos, todo engullido con un vino llamado Beaujolais, que les animaba a emprender la caminata con brío.

Un día Sergei la llevó en el metro hasta la Torre Eiffel, donde se empeñó en subir hasta lo más alto. El tiempo les acompañaba, después de que la lluvia se hubiera enseñoreado de París durante muchos días. El aire estaba transparente en esa jornada primaveral, que además era templada, y avisaba de la llegada del verano. Desde lo más alto de la torre se podían contemplar decenas de kilómetros de bosques rodeando la ciudad, y más cerca, los barrios de amplias avenidas construidas así para mayor gloria de los reyes, así como, según le explicó Sergei, para ametrallar mejor a los trabajadores cuando se encespaban demasiado.

Yolanda se acordó, con esta evocación, de Manolo y sus lecturas de Balzac y Victor Hugo. Imaginaba columnas de *miserables* marchando en filas apretadas por los Campos Elíseos. Pero la idea no le gustó del todo. Se parecía demasiado

a las fotografías que llenaban las revistas ilustradas con instantáneas de los nazis alemanes. Manolo las odiaba, pero a su pesar sentía una cierta fascinación, detectable para un espíritu avisado como el de Yolanda, por ellas.

Durante varias semanas, Yolanda vivió feliz. Su vida trascurría como en un sueño en el que todas sus ilusiones se iban cumpliendo. Visitó bien acompañada todos los lugares de París que deseaba conocer y muchos otros cuya existencia desconocía. Porque ella no sabía que el Louvre era un museo de artes plásticas. Se sintió mareada cuando Sergei la condujo por sus salas en una visita breve para no abrumarla en exceso. Ella quiso contemplar uno de los pocos cuadros que su casi nula cultura pictórica atesoraba: el de Delacroix en el que una masa enfebrecida sigue a una mujerona con un pecho al aire. Manolo le había casi obligado a amarlo, porque representaba el firme paso de la revolución por la historia. Cuando lo tuvo delante, le dedicó un largo recuerdo al hombre que seguía ocupando su corazón.

Y la acompañó a Notre Dame, donde pudo comprender por qué esa construcción soberbia era la catedral de una ciudad tan magnífica como no podía haber otra.

Yolanda no tenía ninguna prisa por volver a una ciudad tan gris como Madrid. Gracias a la generosidad de Sergei, su estancia en París era relajada, y sus sentimientos hacia Manolo tenían más que ver con la nostalgia que con una realidad definible. Creía seguir amándole, pero ese amor amenazaba con convertirse en algo así como un animal disecado, incapaz de moverse y de ofrecer una existencia autónoma. No sabía si Manolo seguía en Asturias. ¡Ni siquiera sabía si estaba vivo!

Y así llegó el verano. Los días eran largos y calurosos, y la humedad del Sena hacía que el ambiente en ocasiones resultara incluso pesado y bochornoso. Sin embargo, la ribera del río era su lugar favorito para pasear al atardecer, presentándole una ciudad hermosa y animada.

Aunque se respiraban aires de libertad y de fiesta continuada, ya se cernían sobre la ciudad los siniestros nubarrones de la confrontación de clases y del nacionalismo. La presencia del fascismo no era un monopolio de Italia, Alemania o España. Francia vivía también una época convulsa, con el desempleo en niveles insostenibles y una burguesía atemorizada, con bastantes razones, por una clase obrera que deseaba, aunque de forma minoritaria, imitar la Revolución rusa de 1917.

Desde Rusia llegaban los ecos de fusilamientos, de deportaciones masivas, de torturas... Nada que viniera de la llamada Unión Soviética era tranquilizador. Y

el capitalismo amenazaba con derrumbarse. Yolanda, como tantos millones de europeos, vivía la situación con una mezcla de fatalismo y de fascinación, aunque no llegaba a darse cuenta del origen de los cambios drásticos que se estaban produciendo.

Y eso que Francia tenía una larga experiencia en revoluciones. El 14 de julio en París era una fiesta que recordaba el aniversario de un hecho capital, aunque a Yolanda eso último le sonaba como una broma siniestra atendiendo a la cantidad de cabezas que rodaron después de ese día.

Yolanda estaba tan absorta en ella misma y en la necesidad de aprovechar hasta el fondo su experiencia parisina que no había advertido en la Bastille la presencia de algunos *Camelots du roi*. Los extremistas monárquicos hacían lo posible por pasar desapercibidos; todo lo contrario que ella, que se hacía notar con su presencia desenfadada. Había oído hablar de ellos, y no entendía cómo podía haber gente que albergara tanto odio de manera gratuita.

De vuelta a casa tras los festejos, Yolanda se tropezó con un *Camelot* de apenas quince años que, tras mirarla de arriba abajo, la increpó:

—Dice mi jefe, y lo dice muy en serio, que te vayas de mi país, extranjera de mierda... Bueno, eso lo dice él. Yo no tengo nada contra usted, señora... Yo...

Yolanda se recuperó del primer susto cuando comprobó que quien le hablaba era solo un niño, a quien respondió con determinación.

—Dile a tus jefes que si me voy de París será porque me dé la gana. No hace falta que me asusten.

—¿La he asustado, señora? —preguntó el aprendiz.

—No mucho, la verdad. Pero tus compañeros son unos salvajes —respondió Yolanda. Miró fijamente al chaval durante unos segundos y, enternecida por su juventud, prosiguió—. ¿Por qué no lo dejas antes de cometer alguna barbaridad?

—Bueno, señora..., en realidad... —balbuceó al tiempo que sus mejillas se ruborizaban—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Pues la verdad es que sí —respondió ella.

Los Raskólnikov tenían planeado abandonar París en los próximos días para iniciar su gira europea, y Yolanda se iba a ver pronto sin trabajo y sin amigos. La ciudad le resultaba fascinante, pero no dejaba de sentirse una extraña. Su método de aprendizaje de nuevos idiomas no había resultado tan eficaz como esperaba y su economía no le permitía vivir como una turista despreocupada.

Así que Yolanda comenzó a fabricar un plan para salir de París, y vio en François, que así se llamaba el muchacho de los *Camelots*, un conveniente aliado. Le hizo acompañarla hasta su casa en el Marais y allí empaquetó sus

cosas. Con la promesa de unas monedas, el chico cargó gustoso con su maleta. Era evidente que se había enamorado de Yolanda a primera vista.

De allí se dirigieron al apartamento de Sergei, quien con gusto le pagó a Yolanda lo que le debía por sus servicios, más un extra que le permitiera comprar el billete de tren de vuelta a Madrid, y se despidió de ella con un cálido abrazo. Se había comportado como un auténtico amigo, y ambos prometieron reencontrarse en Madrid.

Aunque podría haber partido de inmediato, Yolanda decidió prolongar su estancia en París durante algunas semanas más. Allí no le quedaba nada ni nadie, pero quería disfrutar de los paseos veraniegos por la ciudad y, sobre todo, del encanto de sus noches. Así que decidió alquilar una pequeña buhardilla en la misma rue de Seine.

Su joven ayudante resultó ser una compañía estupenda, porque su corta edad le hacía prácticamente inofensivo, pero también porque conocía con detalle las pinturas y esculturas que atesoraban los museos franceses. Fascinado por Yolanda, se esforzaba constantemente por impresionarla, narrándole los secretos de obras maestras como *La Gioconda*. Se sabía de memoria cada una de las pinceladas que había dado Leonardo da Vinci para retratar a esa señora.

Combatían el calor visitando los enormes parques de París, como el Bois de Boulogne, o la catedral. François le regaló un ejemplar en francés de *Notre Dame de París*, y le traducía a Yolanda los pasos del protagonista inventado por Victor Hugo por los espacios de la monumental iglesia. A François, que era apuesto y simpático, le gustaba a veces coquetear con la idea de que eran ellos los protagonistas de la historia. Yolanda le despachaba sin rodeos, haciéndole bromas en español que luego tenía que traducir con un enorme esfuerzo de imaginación en algunas ocasiones.

—¡Quita de ahí, Quasimodo! No me das pena.

Después de ese tipo de burlas, le tocaba hacer unos cuantos mimos inocentes, como de madre, al jovencito, que ronroneaba sin pudor al recibirlos.

El París que vio con François fue magnífico. Era la ciudad del chico, y se esforzaba por llevarla a tabernas baratas pero siempre con una frasca de buen vino a mano, cuestión sobre la que ambos compartían la ignorancia más absoluta y habían de dejar en las manos inciertas de quien les atendiera. Era siempre, eso sí, un vino volcado de una barrica, que acompañaban con sabrosos quesos y embutidos.

Una noche de septiembre, embriagada de vino, e inspirada por la atmósfera parisina, Yolanda hizo subir a François los casi cien escalones que había hasta su

buhardilla, y le obligó a sentarse sobre la cama, que había hecho ese día con sábanas limpias. Luego, se atrevió a hablarle en francés.

—*Allors Alors, regardez bien, et n'oubliez pas jamais ça que je vais vous montrer.*

Y empezó a desnudarse despacio, como nunca lo había hecho antes para ningún hombre.

Cuando terminó su danza sin música, se abrazó al atónito chaval, que sabía mucho menos que ella de los lances del lecho, y le hizo dos veces el amor. La primera, para que se desfagara, y la segunda, para que se enterara.

Fue su forma de despedirse de París.

Pocos días después, François la acompañó hasta la estación, sin dejar de suplicarle que prolongara su estancia con él. Pero a Yolanda se le había acabado el dinero y la curiosidad por la ciudad. Hacía ya demasiado tiempo que no sabía nada de Manolo y sentía una imperiosa necesidad de regresar a España, aunque no supiera dónde encontrarle.

Tras regalarle un último beso al desconsolado muchacho, a las diez y dieciséis minutos de la noche Yolanda estaba a bordo del tren rápido con destino Portbou. Allí cogería otro tren que la llevaría a la estación de Francia, donde llegaría teóricamente a las siete cincuenta y tres de la mañana. Viajó hasta Barcelona en un compartimento con cama para ella sola y pudo comer en el vagón restaurante, desde donde no dejó de contemplar el paisaje del campo francés, plagado de bosques, de plantaciones de cereales, de granjas de aves y ganado.

Yolanda observaba fascinada el desfile de las imágenes que el trayecto le regalaba, y admiraba el prodigio de las ordenadas y limpias parcelas rodeadas de infinitos bosques. Mecida por el traqueteo del tren, y enumerando en su imaginación las distintas maravillas parisinas que había visitado, cayó en un plácido sueño.

A las siete cincuenta y tres de la mañana del 6 de octubre, el tren hacía su entrada en la estación de Francia de Barcelona.

DE BARCELONA A LA CORUÑA

Yolanda no se sintió cómoda al llegar. Le parecía que Barcelona ya no era su ciudad. A decir verdad, tan solo Madrid y París significaban para ella algo verdaderamente propio.

Decidió ir al hospital Sant Pau en busca de su antigua confidente, la hermana Águeda, pero al instante se dio cuenta de que la monja no quería volver a verla. Salió de allí con los ojos llenos de lágrimas y una desoladora sensación de soledad en el alma. Ya no tenía a nadie en el mundo. ¡Si al menos supiera algo de Manolo!

No era consciente de que había dejado tras de sí el rastro que otros buscaban para saber dónde estaba el mismo hombre al que quería encontrar ella.

La joven estaba alojada en una modesta pensión junto a la Plaça del Pi. Pese al cansancio por el largo viaje, le costó conciliar el sueño, sobre todo porque una serie de explosiones que parecían cañonazos la despertó. La patrona de la pensión confirmó sus sospechas.

—¡Ay, madre de Dios, que están disparando contra el *president*!

Por la tarde la joven había visto un movimiento de mossos d'esquadra que le había parecido inusual, y por Mercè, que así se llamaba la patrona, se había enterado de que el señor Companys había proclamado ese mismo día la República catalana. Las dos mujeres decidieron ir juntas al Palau de la Generalitat y se encontraron por el camino con varios grupos de gente muy agitada. El ruido de fusilería continuaba viniendo desde la Plaça de la República y unos soldados con caras de pocos amigos les impidieron continuar.

—¡Viva la República! ¡Viva Azaña! —gritó Yolanda sin encomendarse a ningún santo.

Algunas caras con gestos hostiles se volvieron hacia ella. Y su compañera la hizo callar.

—Pero yo creí que eras republicana... —protestó Yolanda.

—Sí —repuso Mercè extrañamente tranquila—, pero de otra República.

Ella se dio cuenta de que gritos como los que había lanzado no la harían muy popular en el barrio, así que se contuvo el resto del tiempo. De regreso a la pensión, Mercè la instruyó brevemente sobre el significado del catalanismo.

A la mañana siguiente, las dos mujeres volvieron a salir juntas. Los semblantes de la gente ahora eran taciturnos. Por unos y otros supieron que los soldados que mandaba un general llamado Domingo Batet habían asaltado el Palau de la Generalitat y habían cogido presos al *president* y a varios de sus colaboradores. Durante la refriega habían caído varios hombres muertos y otros heridos.

Yolanda, que se sentía ajena a todo aquello, pensó que su paso por Barcelona se había terminado, y sintió un repentino deseo de llegar cuanto antes a Madrid. Lo más parecido que tenía a una familia era Eduardina, y lo más parecido a un hogar, su cuarto en la pensión de la calle del Olivar.

Pero Yolanda no contaba con la asombrosa eficacia de un pequeño aparato. ¡Qué invento, el teléfono!

El doctor Pujol se había puesto en contacto de inmediato con don Manuel para comunicarle que la chica había aparecido por Barcelona y había ido al hospital de Sant Pau a ver a alguna de sus antiguas compañeras.

Don Manuel no había perdonado al doctor, por la sencilla razón de que era un hombre que no sabía perdonar. Pujol seguía pagando a don Manuel una indemnización por la estafa que había organizado con Manolo y Yolanda, pero, además, se había convertido en un leal, ahora sí, servidor del cacique.

Unos meses antes, cuando el gallego destapó el fraude en torno a su ahijado, el director del hospital de Sant Pau no habría dado ni un duro por su propio pellejo. Sin embargo, don Manuel le ofreció la posibilidad de la redención, y él la aceptó. El doctor Pujol, como es natural, le tenía al padrino de Manolo más miedo que respeto.

Desde La Coruña, confortablemente instalado en la mejor de las estancias de la Apache, el cacique saboreaba un buen puro y su venganza contra su sobrino.

—Yolanda me va a llevar a ti —dijo, rompiendo el silencio interior de sus pensamientos.

—¿A mí? —preguntó la Apache.

—No, primor, a ti no. Tú ven a hacer lo que sabes hacer.

La muchacha comenzó a manosear la entrepierna de don Manuel, pero este no se concentraba. De un manotazo la apartó y siguió meditando en voz alta.

—Yolanda, tú ayudaste a Manolo a irse de mi lado, y tú serás quien me lo devuelva.

La Apacha supo al instante que había llegado el momento de salir de la habitación. A gatas, comenzó a dirigirse hacia la puerta, pero la voz de don Manuel la detuvo.

—Ponme una conferencia con Matías, en la Comisaría Central de Barcelona.

El trabajo de poner conferencias para don Manuel era de los que más le gustaban a la Apacha. Tenía un toque de modernidad casi sobrenatural que le encantaba.

«Ayer, cuando hablaba con Barcelona...», le gustaba decir.

La Apacha dejó a Matías esperando al otro lado de la bocina y se marchó. Antes de cerrar la puerta oyó decir a don Manuel:

—¡Qué invento, el teléfono! ¿Matías? Escucha. ¿Te acuerdas de mi ahijado?...

LA INSURRECCIÓN

El 5 de octubre de 1934 se formó «la mundial», como habría dicho un asturiano. Comenzó la revolución en Asturias. Y un día después, pero de otra manera, en Cataluña.

La Alianza Obrera, que aunaba a los sindicatos de clase, UGT y CNT, con el gran partido obrero, el PSOE, y otros partidos minoritarios pero partidarios de la revolución, como el PCE estalinista o el POUM trotskista, solo se había formado en Asturias. En el resto del país, las negociaciones entre las formaciones políticas y los sindicatos obreros habían fracasado.

Manolo recibió instrucciones terminantes. Tenía que estar a las seis de la tarde con su escuadra al final de la calle Primero de Mayo, a escasos metros de la casa cuartel de la Guardia Civil de Sama. Lo de El Coto dependería del éxito que consiguieran los hombres de Belarmino Tomás.

Lo tenían todo minuciosamente estudiado. El cuartel de la Benemérita era muy fácil de rodear. Tenía dos fachadas y el resto era obra vecina con otros bloques de viviendas, que ofrecían una dura resistencia a posibles intentos de forzar los muros para ampliar el perímetro defensivo del cuartel, o para realizar una fuga inesperada.

A la una de la madrugada del día 5 las camisas rojas de los socialistas daban color a la casa del pueblo. Esperaban órdenes de Madrid. De La Felguera habían llegado malas noticias: los anarquistas no se iban a sumar a la insurrección.

Manolo continuaba con la compañía de los socialistas, pese a que se consideraba un libertario de la cabeza hasta los pies. Estaba convencido de que cualquier movimiento contra el capitalismo tenía que ser seguido por los obreros, y ya habría tiempo, cuando la revolución triunfara, de aclarar a los marxistas que la libertad era innegociable.

Hubo un gran abucheo de los presentes cuando se conoció la decisión del comité de La Felguera. Manolo enrojeció de vergüenza con los gritos que acusaban a los libertarios de todo, especialmente de cobardía, pero pensó que ya

llegaría la hora de demostrar cuánto valor podía derrochar un corazón libertario.

Poco después se recibió, por fin, la orden de Madrid. Los asistentes se dispersaron, cada uno a su puesto. A las tres en punto, Sama pareció reventar por el fragor de dos gigantescas explosiones. La dinamita, manejada por las expertas manos de los perforistas, hizo explosión junto al cuartel de la Guardia Civil. No causó muchos daños, pero sirvió de anuncio a toda la cuenca del río Aller de que la insurrección había comenzado.

Dentro del cuartel, el capitán José Alonso Nart se encargaba de organizar la defensa. Quizá en el Ministerio de la Gobernación ignoraran que la revolución estaba dando comienzo, pero todos los guardias civiles de Asturias sí lo sabían. Era imposible no enterarse.

Manolo tenía la misión de mantener «ocupados» a los guardias de la fachada principal. El fuego que hacían con las escopetas de caza y los pocos fusiles con que iban equipados no era muy eficaz, pero a ellos se lo parecía. El ruido que metían los disparos en una y otra dirección les hacía pensar que estaban en una guerra. Sobre todo cuando vieron el primer muerto. Se trataba de un minero al que Manolo conocía de vista. Debía de llevar algún «chispazo» de años más de lo debido en el cuerpo, porque se expuso sin necesidad al fuego de los guardias civiles mientras cantaba una canción sobre *praus* y *vaques*. Le acertó una ráfaga de ametralladora que le dejó hecho un colador.

Había casi un centenar de guardias en el cuartel, a los que sumar algunos guardias de asalto y unos pocos paisanos decididos a jugarse el bigote para intentar contener la insurrección.

Fuera, varios millares de sindicalistas de UGT y CNT. Los de La Felguera, que era el centro industrial más importante de Asturias, finalmente se habían decidido a participar.

Las diferencias entre anarquistas y socialistas eran muy profundas. Sin embargo, para Manolo las cosas estaban tan claras que se podían resumir en una frase que había escuchado en alguna parte: «Dictaduras, ni la del proletariado». Y ahí estaba él, con un fusil que apenas sabía manejar, navegando entre dos lealtades, la libertaria y la socialista.

En Sama se había proclamado la dictadura del proletariado, mientras que en La Felguera los vecinos podían ya disfrutar del comunismo libertario. Los de Sama estaban dirigidos por Belarmino Tomás, desde el teatro Manuel Llana, donde el primer teniente de alcalde de Langreo había instalado la jefatura de la rebelión. Belarmino había decretado la confiscación de todo el dinero que se encontrara en los bancos, pero no había ido muy lejos con la tarea de acabar con

la propiedad privada.

En La Felguera habían abolido el dinero, que de un minuto a otro dejó de tener valor. Sin embargo, en Sama lo guardaban, para bien administrarlo los directores de la dictadura del proletariado. Por ejemplo, los depósitos en metálico de la familia Duro habían sido confiscados y quemados en La Felguera, mientras que en Sama se pusieron a buen recaudo. Distintos miembros de la familia que habían sido apresados se encontraban ahora o bajo la vigilancia de los inflexibles representantes de la dictadura del proletariado o de los voluntariosos líderes del anarquismo.

Un puente... Bastaba con cruzar el puente que unía, o separaba, sobre el río Nalón, las dos localidades para encontrarse en un universo distinto. En los dos pueblos se requisó la comida, pero en Sama a los tenderos se les daba un vale del ayuntamiento, mientras que en La Felguera los comerciantes recibían la noticia de que la propiedad privada había sido abolida. Y los sacos de patatas eran propiedad privada.

La rivalidad alcanzó la máxima tensión cuando en Sama se supo que en La Felguera se había quemado la iglesia.

—¿*Col cura dentru?*

Y resultó que no. Algunos mineros de Sama querían abandonar sus puestos para seguir el ejemplo de sus paisanos, pero el grupo encabezado por Manolo logró convencerles de que se quedaran con el infalible argumento de que en la casa cuartel había un centenar de guardias todavía vivos que, además, tenían en su poder decenas de fusiles y las dos ametralladoras que tanto necesitaban los parias de la Tierra.

Manolo gozaba de una situación de privilegio como combatiente de primera línea: tan solo tenía que ocuparse de mantener a raya a los guardias de la casa cuartel, y para hacerlo no necesitaba odiarlos. Durante un rato disparó al aire sin ton ni son, hasta que le llegó la noticia de que en el interior de una camioneta enviada desde Oviedo para sofocar la rebelión había viajado un tal alférez Arjona. Manolo comenzó entonces a disparar con saña, sobre todo cuando Arjona se delató a sí mismo asomándose a una de las ventanas del cuartel protegida hasta entonces con un colchón.

—¡Si alguno de vosotros tiene cojones, que venga y pregunte por el alférez Arjona!

El suboficial demostró saber mucho de tiros, porque se quitó de en medio antes de que un montón de balas perforara el marco de la ventana sin que ninguna le acertara.

—Y por si alguno de vosotros tiene el buen juicio de rendirse —continuó—, aquí está conmigo Avelino, el rey de El Coto. Viene dispuesto a escucharos y a poner el culo como un colador.

Al escuchar aquello, Manolo empezó a racionar la munición, que, por otra parte, no le sobraba. El destino, el azar o la revolución misma le estaban ofreciendo a Arjona y Avelino en un dos por uno. Una circunstancia magnífica que no podía desaprovechar.

Pero pasaron varias horas antes de que la casa cuartel cayese derribada por la dinamita y el empuje de los mineros. El jefe de los guardias civiles, el capitán Alonso, intentó una salida lanzando una de las granadas que llevaba consigo. Muchos hombres cayeron, algunos muertos y otros seriamente mutilados.

Lo peor fue lo del bar Miramar, que había servido de refugio primero a los guardias de asalto que habían acudido a socorrer a los sitiados y después a los hombres que llegaron de La Felguera. Allí dentro también se guardaba gran parte de la dinamita con la que los mineros pretendían volar el cuartel. El capitán Alonso lanzó la segunda granada al interior del bar y la mala suerte hizo que fuera a caer junto a una de las cajas de explosivos. Muchos hombres murieron, pero ni el capitán ni los guardias civiles que le seguían pudieron avanzar más. A mediodía ya había al menos dos mil hombres armados dispuestos a acabar con ellos.

A Manolo las acciones del capitán de los guardias le parecieron admirables, pese a que sentía cada vez un mayor encono contra él, porque había sido testigo de sus letales acciones. Finalmente, y a base de echarle coraje, los guardias consiguieron salir del edificio que estaba prácticamente en ruinas por efecto de la dinamita.

Muchos de los guardias civiles que sobrevivieron a las explosiones de la casa cuartel se echaron al monte. Y allí empezó la cacería. Manolo llevaba su fusil al hombro, con dos balas reservadas para sus enemigos. Atravesó varios *praus* recién segados, saltó algunas vallas de piedra y esquivó los numerosos *escayus* y reses que iban de un lado a otro asustadas por los disparos y las explosiones.

A lo lejos le pareció distinguir al alférez Arjona, que llevaba su guerrera de uniforme, iba cojeando y se apoyaba en un paisano, que pensó que sería Avelino. Los dos hombres llegaron a un seto de avellanos, al pie de un bosquecillo de castaños, y se dejaron caer para darse un respiro tras la dura ascensión por los *praus*. Manolo aprovechó la circunstancia para darles alcance, y comprobó que, en efecto, eran ellos. Los hombres a los que más odiaba estaban allí juntos, derrengados y respirando con dificultad. Era una ocasión de oro.

Manolo les apuntó con su fusil y se dio el placer de identificarse.

—No os mováis. Soy Manolo Olmos Martínez. ¿Os acordáis de mí?

Por el gesto de sus rostros, Manolo supo que sí, aunque también se dio cuenta de que en el alma de aquellos dos canallas no cabía el miedo.

El alférez le apuntó con su pistola y Manolo apretó el gatillo de su fusil... Pero no ocurrió nada. El arma se había encasquillado.

Avelino echó al aire una sonora carcajada, pero no le dio tiempo a más. Un paisano armado con una escopeta de caza le dio a cada uno un tiro en la cara. Manolo vio con una insólita claridad cómo sus rostros volaban hechos pedazos.

La voz de Angelón, que era quien le acababa de salvar la vida, sonó a su espalda.

—Estas no fallan nunca.

Y dio unos cariñosos cachetes a su escopeta de dos cañones, de la que ya se había servido en otras jornadas de caza mayor. Corzos y jabalíes sin graduación.

Angelón le había quitado el placer de la venganza, pero Manolo no sabía si habría disfrutado matando a sus enemigos. En todo caso, se dijo a sí mismo que podría vivir tranquilo sin saberlo.

A lo lejos seguían sonando las descargas de los fusiles. La cacería no había terminado, y el ruido de los disparos se disputaba el protagonismo con el llanto de quienes habían perdido a un ser querido en la lucha.

Y no eran pocos.

EL COMUNISMO LIBERTARIO

Manolo estaba a tan solo unos metros de su soñado comunismo libertario... y cruzó el puente que le conducía hasta él. El pueblo se fue quedando atrás, envuelto por el humo de los restos del cuartel y por el penetrante olor de la pólvora gastada en su rendición.

Sus compañeros socialistas de Sama no se tomaron bien su marcha, que algunos incluso calificaron de deserción. Sin embargo, Manolo había demostrado con creces su entusiasmo revolucionario al ayudar a dar caza al alférez Arjona y al canalla de Avelino, azote de los revolucionarios desde el interior de la cárcel de Gijón, por lo que al final la mayoría de los compañeros socialistas lo dejaron marchar en paz.

Pero Manolo se había quedado sin saber lo que era matar a otro hombre. Angelón González se lo había impedido, aunque gracias a él seguía vivo. El asturiano era, pese a su eficacia demostrada como homicida, un buen tipo, un cuarentón soltero, de tamaño descomunal y mejillas coloradas por el sol y por la sidra. Era fabero, es decir, cultivaba fabes, como casi todos los que provenían de Pola de Siero. También era cazador, en ocasiones furtivo, y vivía con una tía soltera, como él, que le cocinaba todos los días el mismo plato de fabes con morcilla y le mantenía limpia la ropa del fin de semana.

Angelón practicaba la caza mayor, que era muy abundante en la zona sur, camino del Paso de Tarna. Además de la escopeta, poseía un rifle heredado de su padre, de un solo tiro, con el que se había cobrado las mejores piezas: algún jabalí de más de ochenta kilos y varios corzos que aseguraban para él y su tía las proteínas que hacían falta. Muchos días se levantaba horas antes del alba para acechar, casi siempre cerca de algún abrevadero, a sus víctimas.

Su tía se encargaba de preparar la carne para que aguantara el paso del tiempo sin pudrirse, y recogía del suelo, en los meses de noviembre y diciembre, las castañas que completaban su dieta.

Era revolucionario porque detestaba la autoridad. Y había cogido mucha ley a

Manolo porque le estaba enseñando a leer y porque, como le decía a menudo a su amigo:

—Tú sabes adónde vas. Y yo voy contigo por eso, Galleguín.

Manolo se dejaba querer, pero había un problema a la hora de trabar una relación más profunda: el asturiano era socialista y partidario de la dictadura del proletariado, aunque tampoco supiera por qué. Los argumentos de Manolo explicándole el carácter autoritario de la organización presidida por Belarmino no hacían ninguna mella en su fe.

Cuando Manolo le anunció su intención de cruzar el puente, Angelón le dio un abrazo y le dejó ir sin decir nada. Para alivio de Manolo, había roto la promesa de seguirle adonde él fuera. La fidelidad al proyecto de la dictadura del proletariado era más fuerte que su compromiso con el Galleguín.

Manolo dejó en Sama el fusil que le habían dado por orden de Belarmino y llegó a La Felguera con un somero hatillo en el que guardaba sus escasas pertenencias, el libro de Julio Verne y poco más.

Cuando llegó, hizo una presentación algo exagerada que tenía bien ensayada desde hacía tiempo.

—Vengo hastiado de tanta dictadura. Allí en Sama hay que obedecer todo el rato la voluntad de Belarmino. No se puede ni opinar.

Sabía que semejante declaración sería acogida con simpatía. Sin embargo, los miembros del comité local de la CNT-FAI no pensaron que el recién llegado sirviera para mucho, porque al poco le pusieron a hacer vales. Al menos, de letras y números sí sabía.

Era necesario proveer a la población con dos tipos de vales: los que servían para cubrir las necesidades colectivas, con cargo al comité provincial, y los necesarios para el sustento de las familias. Pero los locales de abastecimiento se colapsaron enseguida. No había mercancías almacenadas para tanta necesidad. Se empezó a hablar de sabotaje, y una nube de sospechas se cernió sobre todos los comerciantes, hasta el punto de que los tenderos pasaron a ser considerados enemigos de clase. No había dinero en circulación y, si lo había, era bajo cuerda. Cientos de personas se amontonaban frente a la mesa en la que trabajaba Manolo y muchos desconfiaban del sistema de vales. ¿Cómo eran de fiables? ¿Y por qué productos podrían cambiarse?

—Yo he pedido harina y *ofrécenme* perdigones para hacer cartuchos. Pero yo quiero hacer *tortus* —se lamentaba una mujer que todos los días se plantaba frente a la mesa de Manolo para protestar.

—Ten paciencia, compañera, que el sistema tiene que perfeccionarse —

respondía él.

—Pero yo quiero hacer *tortus*...

Los problemas de implantación del sistema no mejoraron con las amenazas de fusilar a los dueños de las tiendas. Sus existencias bajaban de forma muy rápida y algunos ofrecieron al comité las llaves de sus locales sin pedir nada a cambio.

Por el contrario, las actividades de defensa en los talleres metalúrgicos sí marchaban bien. En pocos días, las antiguas instalaciones de Duro habían logrado producir cinco coches blindados para apoyar la revolución en Oviedo y Gijón, y también en Nava, en Infiesto o en la reaccionaria Noreña, donde los revolucionarios consiguieron también liquidar la resistencia de los guardias civiles atrincherados en su casa cuartel.

Manolo no se sentía satisfecho con su cometido y una mañana pidió hablar con los miembros del comité local.

—No sé qué hacer para que esto funcione... Puedo ir a luchar si me dais un fusil.

—Nos hace falta gente que sepa hacer los vales. Y tú con el fusil no eres bueno.

Manolo no quería entrar en discusiones inútiles sobre sus capacidades bélicas y prefirió insistir en la funcionalidad de su tarea.

—Yo sé cómo hacerlos, pero no sé cómo pueden servir para algo...

—Eso ya lo veremos. De momento, que ninguna familia del pueblo se quede sin sus vales. Esa es tu responsabilidad, compañero.

Así que siguió haciendo unos vales que le parecían inútiles. En apenas dos días de comunismo libertario se acabaron los abastos. Y la situación no fue mejor en las zonas donde había triunfado la dictadura del proletariado, como Manolo pudo averiguar por boca de los muchos que cruzaban el puente hasta La Felguera.

—El capitalismo lleva funcionando miles y miles de años —le decía a Manolo un miembro del comité local de la CNT—. No lo podemos sustituir en dos días.

Pero no hubo tiempo. El Gobierno de Madrid estaba actuando con mucha rapidez y, en contra de lo que esperaban los revolucionarios, la revuelta no estalló en ninguna otra región del país. Unos días después, el ejército, un total de veinte mil hombres bien armados, entraba en Asturias por los cuatro costados.

Manolo, como casi todos los partidarios de la revolución, empezó a sumirse en un estado de gran pesimismo existencial. Ahora que, por fin, parecía haber llegado el momento tan esperado de la instauración del comunismo libertario, las tropas del Gobierno burgués lo iban a eliminar. Pero esto, que estaba fuera de

toda duda, era algo que no se podía decir, a no ser que se estuviese dispuesto a ser tachado de derrotista, un pecado solo superado por el de la traición.

Manolo dormía todos los días aferrado a un montón de telas procedentes de algún derribo; se lavaba, como los conejos, en una escombrera próxima que tenía, por algún milagro de origen desconocido, un reguero de agua clara, y se cambiaba alguna vez de ropa gracias a las bondades de una mujer, Antonia, que había regalado sus propiedades a la revolución.

Sentía que participar en la revolución le había servido para hacerse más hombre y estaba convencido de que ahora sería más capaz de cuidar de alguien a quien amara. No se enorgullecía de la forma en que había resuelto su relación con Yolanda, pero se justificaba diciéndose que era apenas un crío.

A su alrededor no había más que penuria, escasez, frío y hambre. Manolo se esforzaba por mantener la moral alta, aunque a veces perdía los nervios por nimiedades, como tener que aguantar el discurso imposible de la paisana que se empeñaba en hacer los *tortus* de maíz que los vales no le garantizaban.

—¿*Tengu derechu a la farina o no?*

Eso preguntaba una y otra vez la mujer. Y la respuesta de Manolo era invariable.

—*Tien derechu.*

Pero la realidad era que no había harina para los *tortus*.

Una noche le despertó un reguero de agua procedente del techo del galpón donde dormía. Maldijo a todo lo que se movía y salió a la intemperie. Hacía una noche casi imposible de contar. La lluvia caía a chorros y, de cuando en cuando, era relevada por cortinas de un granizo del tamaño de huevos de codorniz.

Manolo tuvo un presentimiento: a la revolución le quedaba poco.

A decir verdad, esa era la conclusión lógica de cualquier análisis desapasionado de la realidad.

LA HUIDA

Angelón volvió a cruzarse en su camino. Manolo agradeció verle aparecer por La Felguera, porque eran momentos de muchas tribulaciones, que es cuando los amigos no sobran.

El hombrón no se anduvo por las ramas, porque no era su estilo.

—Vienen los *morus*. Y *nosotrus* ya hemos *perdidu* la guerra. Yo me *marchu pa* León, que allí no nos buscará nadie, y conozco gente que nos esconderá. ¿Vienes?

Y Manolo dijo que sí, que iba, con un leve pero soportable sentimiento de traición en su alma. Ya había empezado la desbandada. Muchos se iban al monte de forma alocada, convencidos de que, de lo contrario, los moros les harían todo tipo de barbaridades. Llegaban rumores sobre las salvajadas cometidas por las tropas africanas en las plazas tomadas que los mandos de los desembarcados no se molestaban en desmentir, porque el miedo le venía bien a sus propósitos de conquista.

Manolo no perdió mucho tiempo en los preparativos de marcha. Eso sí, le dio a una *viejina* algunos vales suplementarios, por si «la situación mejoraba».

Otra mujer que les vio marchar les increpó.

—Me *fusilastis al maridu* y me *quitastis la tiendina*. ¿A quién tengo que reclamar?

—¡Calla, capitalista de mierda! —exclamó Angelón, que solía resolver las cosas de una manera expeditiva—. ¡Algo habría *fechu el tu maríu!*

Nadie más se interpuso en su camino. Los revolucionarios habían interpretado la decisión de Belarmino Tomás de reunirse en Mieres con los jefes militares como una señal inequívoca de que la aventura revolucionaria había llegado a su fin.

Angelón y Manolo habían optado por irse al monte porque la muerte del alférez Arjona y de Avelino les había hecho muy populares, y el ejército los apresaría si se quedaban en Sama o La Felguera.

Belarmino había pactado la entrega de todas las armas, pero eso no incluía escopetas de caza, como las de Angelón, que envolvió cuidadosamente entre varias telas para protegerlas de la lluvia. No eran armas de guerra, aunque pudieran servir para volar cabezas.

Sin más, echaron a andar, camino de León, donde, según Angelón, nadie les buscaría.

—Yo te saco de aquí, pero tú me enseñas a leer y a escribir.

A Manolo le pareció un buen trato. Era la segunda vez en su vida que saber leer, y estar dispuesto a enseñar, le sacaba de un apuro. El camino desde Sama hasta el puerto de Tarna podía hacerse en dos días, quizá menos, si las condiciones eran buenas.

Pero no era el caso. Llovía de forma desmesurada. Cada paso sobre el suelo empapado significaba una lucha para mantener el equilibrio. Era otoño y nadie podía extrañarse de la severidad con que el clima castigaba a Asturias. «Cuando llueve, llueve», decían cargados de razón los lugareños.

Manolo cargaba, junto a un mendrugo de pan duro y una lata de sardinas, con su manoseado ejemplar de Julio Verne, que iba perdiendo a marchas forzadas la brillantez de sus ilustraciones. Casi todos los días Manolo buscaba en él esos lugares que tan solo conocía por las ilustraciones. Angelón le miraba encandilado cuando veía a su amigo escrutar con pasión las páginas de lo que entre sus manos parecía un tesoro maravilloso.

—Si quieres tanto a un libro, te será difícil querer a una *muyer* —se atrevió a decirle en cierta ocasión.

Manolo, enfrascado en la relectura de algún párrafo que a él le pareciera memorable, le había despachado con unas pocas palabras.

—No tiene nada que ver una cosa con otra —le contestó.

Angelón tuvo el buen juicio de insistirle a Manolo para que se hiciese con un buen calzado antes de emprender la marcha hacia Tarna, y le ofreció tres pares de botas de números distintos en bastante buen estado.

—Son de guardias muertos. Usaban buen género. Los calcetines son nuevos, a estrenar, porque me daba a mí que no te haría gracia llevar los de un muerto. Me han costado tres vales de garbanzos de Castilla.

Manolo se puso los calcetines de lana y se probó las botas, y al momento supo que gracias a ellas el viaje sería mucho más llevadero. Angelón también le entregó un capote, que le cubría de la cabeza a los pies, y aunque no llegó a preguntar, el Galleguín pensó que debía tener la misma procedencia que las botas. Tras vencer la aprensión lógica que le producía calzar las botas de un

muerto, agradeció en silencio que Angelón le hubiera buscado unos calcetines de lana sin estrenar.

Con los pies y las espaldas bien protegidos, Manolo se sintió preparado para alcanzar cualquier objetivo que su guía y alumno le señalara.

Salieron de Sama el día 18 de octubre, al poco de despuntar el alba. Para cubrirse la cabeza, Manolo había imitado a Angelón, y se había calado una boina al estilo vasco, bien extendida por todos los lados para que el agua no chorrease a la cabeza y no cayera en la cara.

—*Estu non ye una boina, llámase txapela, ¿entendiste?*

Orbayaba, pero eso no engañaba a alguien como Manolo, poco experto en las lluvias cantábricas, pero muy acostumbrado a soportar calabobos locales como ese en su tierra, aunque en Galicia se llamara *orballo*. Manolo se sentía seguro en compañía de Angelón. Estaba claro que conocía el terreno y sabía perfectamente qué camino debían seguir cuando llegaran a León.

Su plan era sencillo. Consistía en caminar siempre que pudieran por la calzada romana, bordeando el río Nalón, y abandonar la senda principal al menor atisbo de otra presencia humana. Su experiencia persiguiendo jabalíes o corzos era impagable, aunque de la historia de la que más presumía era la de la osa parda y sus dos crías a las que había perdonado la vida después de una semana siguiendo su rastro. Por lo visto, los osos le despertaban más sentimientos de piedad que algunas personas.

Cuando abandonaron el camino principal, Angelón dejó de hablar. La lluvia caía con fuerza, formando gruesas cortinas de las que era imposible escapar. Manolo intentó guarecerse debajo de las ramas de un tupido castaño, pero al instante escuchó la voz profunda de Angelón.

—A ver si *entéraste*, ahí delante nos esperan los *morus* y los guardias. Si llegamos *prontu*, es posible que salvemos el *pelleyu*. A mí me importa mucho el mío.

Manolo, a quien también le importaba el suyo, se mantuvo callado durante un buen rato, concentrado en seguir las pisadas de su compañero.

San Martín del Rey Aurelio tenía un nombre buscado para impresionar, pero en nada se distinguía de los demás pueblos asturianos, que compartían una cualidad que a Manolo le llamaba la atención: todos estaban muy limpios, como si a los asturianos les gustara más su tierra que a los gallegos la suya.

Un poco más arriba del pueblo, el río todavía llevaba las aguas claras que atestiguaban su nacimiento en la montaña.

—Cuando hayamos ganado algún día a esos cabrones, te voy a enseñar a

pescar truchas con la mano —dijo Angelón.

Pero la estrategia del guía era alejarse del río cuanto pudieran y dirigirse a León, donde pensaba que ningún minero habría buscado refugio y, por tanto, estaría libre de las inspecciones de la Guardia Civil.

La lluvia no cesaba, azuzada por un viento frío que, más que anunciar la llegada del invierno, parecía decir que ya estaba allí. Los pies no se sujetaban al suelo, porque las hojas que el viento arrancaba de los castaños, los robles y los abedules formaban una capa que impedía que las suelas de las botas se agarraran al terreno. Manolo quiso hacer un alto en San Martín. Los calcetines le rozaban y debían de estar creando ampollas en sus pies. Angelón accedió solo a una breve parada, suficiente para dar un buche de agua del pellejo que llevaba y echar un vistazo al estado de los pies de su compañero. Sacudió la cabeza a modo de reproche.

—Los calcetines hay que ponérselos bien.

Secó con inesperada delicadeza los pies de Manolo y escupió saliva en las llagas, que, por suerte, aún eran solo unas marcas rosadas, tras lo cual, imitando de forma burlona a un prestidigitador, puso ante sus ojos un nuevo par de calcetines secos. Manolo, sorprendido, dejó que su guía se los pusiera, algo que hizo evitando que las costuras rozaran los pliegues más delicados. Se sentía abrumado por la maestría que se desprendía de cada gesto del guía.

Cuando terminó, Angelón reprimió con un gesto las nonatas manifestaciones de agradecimiento de Manolo. Y le obligó a que prestara atención a un ruido de marcha que se acercaba. El Galleguín se temió lo peor durante unos segundos, al igual que Angelón. Pero un mugido prolongado alivió su temor. Unas vacas de ubres bien cargadas venían hacia ellos. Formaban un trío que se acercaba como si fueran perrillos pidiendo algo de comer.

—Hay que ordeñarlas o revientan.

Angelón no dijo más y se puso a la tarea con la primera vaca, dejando que la leche cayera al suelo.

—¿Vamos a dejar aquí toda esa leche? —preguntó Manolo.

—Si la quieres, bébetela. Pero no sé cómo te las vas a arreglar para tragar todo esto...

Angelón tardó un buen rato en acabar con las urgencias de las otras dos dóciles vacas y luego las espantó con una vara de avellano. La blandió ante Manolo antes de continuar.

—Con suerte, encontrarán a su dueño o a alguien que sepa descargarlas. Si no, van a tener una mala muerte... —Manolo se ató los cordones de las botas

mientras miraba fijamente a las vacas. Su compañero le ahorró las dudas—. Es mejor no saber más y dejar que la naturaleza haga su trabajo. A ti, *eses vaques* no te importan. Pero es raro que anden *sueltes*.

Pronto descubrieron la causa. A la puerta de una caseta de labranza había un cuerpo tirado cubierto por una capa móvil de moscas de color verde. El cercado estaba abierto, y por allí debían de haberse marchado los animales. En el interior de la caseta aún quedaban otras cuatro vacas, acompañadas por el cadáver de un *xatín* que ya no aliviaría a su madre y asustadas por un perrillo de lanas que a buen seguro no sabría ordeñarlas.

Los restos de una hoguera, ya convertidos en cenizas, se consumían a la puerta de la cabaña. La leña estaba seca. Seguramente procedía de la que tenía guardada el vaquero, porque no echaba humo blanco al quemarse.

Angelón y Manolo le dieron la vuelta al cadáver del hombre. A Manolo le pareció que conservaba un gesto de sorpresa en el rostro. Tenía dos orificios en el pecho por los que ya no sangraba. Lo que hubiera pasado habría sucedido seguramente la noche anterior, cuando el vaquero se disponía a ordeñar su ganado. El autor de los disparos no debía de tener prisa, porque estaba claro que la escena no había sido alterada en todo ese tiempo. Lo más seguro era que Manolo y Angelón hubieran llegado a la cabaña cuando el asesino aún andaba cerca.

—¿Qué hacemos ahora?

—¡Irnos antes de que vuelvan los que se lo han cargado. ¡Vamos! ¡Rápido!

De inmediato, Manolo comenzó a escuchar un siseo repetido y a ver cómo saltaban pequeños fragmentos de hierba a su alrededor. Se oyeron unos disparos que no podían venir de muy lejos. Pero no era momento de averiguar su procedencia, así que echaron a correr en zigzag para esquivar las balas. El compañero parecía un profesional, aunque solo fuera por saber qué dirección era la buena para hacerlo. Y Manolo le seguía a duras penas.

Pasado el *prau* y superado un murete de piedra, encontraron refugio en un bosque muy tupido de *carbayones* que aún no habían perdido la hoja. Un manto de color naranja rabioso, aunque ya declinante, evitaba que el enemigo pudiese verlos.

—Son los moros —dijo Angelón, asomándose entre dos árboles gruesos.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira tú mismo.

No había ninguna duda. Iban vestidos con sus pantalones anchos, y alguno llevaba puesto el gorro característico de los regulares. Para alivio de los

fugitivos, los moros se aplicaron a la tarea de despiezar al *xatín* para comérselo, que era la opción más razonable si querían disfrutar de una carne blanda, por más que la carne recién muerta no esté en su mejor punto. Desde luego, ese no era el mejor momento para explicárselo.

Angelón, llevándose un dedo a los labios, le pidió a Manolo que guardara silencio. Se internaron en el bosque sin intercambiar palabra. De pronto, Angelón dijo:

—Sí que se han *dao* prisa. Esta tarde, si quieren, estarán en Sama. Hemos hecho bien en irnos tan pronto del pueblo.

—Pero pueden buscarnos —dijo Manolo con la voz temblorosa por la carrera y el miedo.

—¿Para qué? No saben que tenemos armas y no somos ningún peligro para ellos.

—¿Tú crees que conocen el camino?

—No. Pero no es difícil. Hasta tú podrías llegar sin perderte.

Manolo intentó que la humillante frase le resbalara sobre la *txapela* y se diluyera en las aguas del río, que corrían furiosas gracias a las generosas lluvias de los últimos días.

—Pero ahora vienen los que saben de esto —susurró Angelón—. No hagas ruido.

Los que «sabían» eran guardias civiles que formaban parte de una tropa muy numerosa. En primera línea avanzaban ellos y, detrás, desplegados como si temieran sufrir una emboscada en cualquier momento, los hombres del tercio. Llevaban largos capotes para protegerse de la lluvia, pero la gorrilla legionaria asomaba, seguramente para provocar el pánico en las filas de los rebeldes. Manolo se estremeció. La presencia de todos esos uniformados quería decir que lo que habían vivido había sido una guerra de verdad. Y un ramalazo de orgullo le sacudió.

Dejaron que la larga comitiva pasara. Quienes encabezaban la marcha formaban solo un contingente de tropas africanas cuyo objetivo era provocar el miedo a los revoltosos. Y luego, los de siempre.

La idea era buena, funcionaba. Y Manolo sintió una punzada de remordimiento. Por un momento pensó que su puesto estaba con su escuadra, esperando la llegada del enemigo.

¿O quizá no?

El camino hacia Tarna estaba casi libre de obstáculos. *Casi* libre. Solo había que superar decenas de cuestas casi imposibles y todos los bosques de *carbayos*,

acebos y abedules que Angelón consideró necesario atravesar para hacerse invisible a un enemigo que estaba, o parecía estar, por todas partes.

Rodearon también Campo de Caso, extrañamente silencioso. No era pueblo minero, sino agrícola y ganadero, pero los orgullosos vencedores habían dejado algunos cadáveres como recuerdo de su paso.

Hicieron noche sin fuego ya muy cerca del final del trayecto, en una pequeña casina que había servido hacía tiempo a alguien que ni siquiera se había molestado en salir afuera para hacer sus necesidades. Las heces estaban, por fortuna, secas y no guardaban restos de olor, lo que indicaba que las tropas ni habían pasado ni iban a pasar por allí.

Durmieron después de comerse la lata de sardinas y los mendrugos que llevaba Manolo, y unos trozos de bacalao desalado y mal cocido que Angelón se había procurado en Sama y al que el Galleguín, pese a que su estómago le pedía algo con qué llenarlo, prefirió renunciar. Durmieron muy juntos, apretados el uno contra el otro. El frío es el mejor enemigo del pudor.

Al día siguiente, los ojos maravillados de Manolo descubrieron que habían dormido al lado de Tarna. La niebla se abrió un momento para ellos y pudieron ver un horizonte despejado, con decenas de pastos y algunos bosquecillos.

Angelón le miró emocionado. Había cumplido su misión. Iba a abrazar a su compañero cuando sonó un disparo y su frente se abrió en dos. Cayó a un metro de Manolo, que echó a correr al momento. Sin duda, el disparo certero en la cabeza de Angelón significaba que había sido obra de un profesional, de alguien que sabía bien lo que hacía y que quería que él siguiera vivo.

El profesional se llamaba Matías y había hecho un buen trabajo, muy paciente, del que ahora recogía los frutos. Daría caza al muchacho en el campo de León y lo llevaría de vuelta a Galicia, donde don Manuel decidiría qué hacer con él. Sin duda, el cacique estaría satisfecho.

MADRID DE NUEVO

Ya de regreso en Madrid, Yolanda se había reencontrado con Dina. Desde la estación de Atocha fue directamente a la pensión, a tan solo una parada de metro. Le apeteció hacer el trayecto en el subterráneo y saludar a las entrañas de la ciudad. La plaza de Antón Martín estaba, como siempre, llena de gente, a pesar del tiempo desabrido. Los hombres se cubrían la cabeza con sombreros de ala ancha o con gorrillas chulescas, y las mujeres se protegían con pañuelos anudados al cuello. Cuando aparecía la lluvia, las puntas de los paraguas animaban el movimiento de las calles.

La ciudad apenas había cambiado. Comparada con París, Madrid parecía una pequeña capital de provincias, y eso que, cuando la pisó por primera vez, Yolanda había pensado que era una ciudad grande y cosmopolita. Pero ya no. Salvo la Gran Vía, Madrid era un poblachón. Quizá eso explicaba que tuviera ese aire amable, incluso cariñoso, pero acentuaba el carácter paleta de la gente de los barrios.

Pese a todo, pronto se dio cuenta de que había mucha más tensión en las calles, vigiladas por decenas de guardias en actitud de alerta. No era para menos, con la que se había montado en Asturias y Cataluña... Eduardina le contó que en Madrid también había habido tiros, aunque poca cosa si se comparaba con lo de los mineros.

Por la patrona también supo que unos hombres de aspecto funerario se habían interesado por Manolo y por ella hacía muy pocos días. Aunque más por él. Exhibieron unos billetes nuevos de cien pesetas que «estaban deseando cambiar de dueño» si había alguna información que condujera a que un «muy buen amigo» de Manolo pudiera dar con él. Yolanda se inquietó al saber que les estaban buscando. Los dos hombres, que estaban muy bien aleccionados para dar un toque cordial a su búsqueda, no podían evitar, según Dina, aparecer como unos matones. Le dieron una tarjeta con un número de teléfono de Barcelona y el nombre de un tal Matías escrito en el reverso. Según le explicaron, recibiría

«encantado» cualquier información que pudiera conducir hasta Manolo. Para cerrar su relato, Dina escenificó con gran entusiasmo el aleteo de los billetes nuevos de cien pesetas delante de sus narices.

Descargado ya su arsenal de secretos en la cocina, su lugar favorito para las confidencias, Dina condujo a Yolanda a su antigua habitación, la más luminosa de la casa, que estaba ahora vacía. Antes de cerrar la puerta tras de sí, no pudo reprimirse y le lanzó una pregunta indiscreta a Yolanda.

—... Pero Manolo y tú no habéis roto para siempre, ¿verdad?

—Espero que no —respondió Yolanda.

Aunque no sabía por dónde empezar a buscarle. Ni tampoco sabía si era una buena idea instalarse en la pensión. Temía que aquellos hombres vinieran a por ella en cualquier momento, pero ¿adónde podía ir? Se dio cuenta de que lo más urgente era encontrar un trabajo. Así que le preguntó a Dina:

—¿Crees que podría volver a hablar con Jeannette?

—Depende de lo que quieras, porque ahora tiene una relación estable con una bailarina de cabaré.

A Yolanda le pareció que en el tono aparentemente casual de Dina se escondía una dosis considerable de despecho, pero no quiso entrar en el asunto. Explicó que lo único que buscaba era su anterior empleo. Dina sintió cierto alivio y le dio un beso en la mejilla a su amiga que resonó en el pasillo de la pensión.

A la mañana siguiente, Yolanda se puso un vestido de Dina y un pañuelo a juego comprado en París que se anudó al cuello con bastante gracia.

—Estás muy *chic* —la elogió su amiga.

Y ella se fue tan ufana a intentar recobrar su empleo.

Jeannette la recibió de inmediato y, después de deslizar una mirada lúbrica por todo su cuerpo, le dio a Yolanda la mejor de las noticias.

—Tu puesto no ha vuelto a ocuparse, y el circo lo ha notado. Por suerte, el público no, y seguimos yendo bien, pero... la plantilla necesita algunas reparaciones. Por ejemplo, yo...

En pocas palabras, Jeannette tenía la espalda hecha un asco. Sin hacer ninguna exhibición de falso pudor, se quitó toda la ropa que abrigaba su espléndido torso y dejó a Yolanda el campo libre. Ella se aplicó de inmediato con la espalda de Jeannette, que se recostó a medias sobre la mesa de trabajo, apoyada en los brazos de la masajista.

—Sigues teniendo unas manos únicas, Yoli. Mañana a las ocho empiezas. Y empiezas por mí.

Decidió pasar por alto lo de «Yoli», porque no quería que nada alterara el

rumbo de las cosas. Y se fue caminando hasta la pensión, donde la esperaba una Eduardina sonriente con un sobre en la mano.

—Tienes carta.

Era de Manolo. Le arrebató el sobre a Dina y se fue a su cuarto para leer a solas.

Mi querida Yolanda:

Solo te envió unas líneas para que sepas que estoy bien, espero que tú también.

Lo del comunismo libertario marcha, aunque no sé si en Sama habrá primero dictadura del proletariado. Ya te contaré. Si algo se consolida, te haré la proposición de que te vengas a compartirlo conmigo.

Quiero que sepas que pienso mucho en ti y que te soy fiel aunque no me lo hayas pedido. Veo mucho (y leo) el libro que me regalaste.

Tengo que parar de escribirte, porque un compañero va a llevar esta carta a Nava. A ver si te llega.

Y firmaba «Manolo», después de un ridículo «tuyo» que enterneció tanto como divirtió a Yolanda, que, por divertida o por enternecida, el caso es que acabó llorando.

LEÓN, QUÉ LEJOS

Manolo echó a correr, dejando atrás las escopetas y el escaso equipaje que le acompañaba desde que salió de Sama. Eso sí, como si estuviera pegado a su piel, en ningún momento se separó del libro ilustrado de Julio Verne. Era como llevar a Yolanda con él.

El miedo y la adrenalina segregada en grandes cantidades pueden provocar milagros en el cuerpo. Él, que era tan proclive a los remordimientos, no se sintió mal por haber dejado a Angelón para que sirviera de pasto para las alimañas. «Él habría hecho lo mismo», se dijo.

Por delante, Manolo tenía cientos de kilómetros de color pardo. La bendición del verde eterno se había acabado en el paso de Tarna. Sabía que se encontraba en León y que allí comenzaba otra forma de vida, donde el agua era un bien escaso por el que las gentes llegaban a pelearse.

Sudaba bajo el capote y la *txapela* estaba empapada. Una vez más recordó a Angelón y vio a su amigo entregándole las botas que le había quitado al cadáver del guardia civil. Probablemente estaba vivo gracias a ellas.

Jadeando como un animal desbocado, buscó cobijo en un pequeño bosque de pinos piñoneros que ahora no tenían nada que ofrecerle salvo protección visual. Se agazapó tras unas rocas y miró hacia atrás. Nadie seguía sus pasos. El hijoputa que había matado a Angelón parecía que se había conformado con eso.

No tenía nada que comer. Tampoco disponía de utensilios para cazar o pescar, pues las escopetas se habían quedado junto al cadáver de su amigo. Y, pese a que iba bien abrigado, sus piernas registraban ya el efecto de las bajas temperaturas.

Manolo no creía en milagros, pero sabía que seguía vivo «de milagro», y eso le daba fuerzas para seguir adelante. No sabía adónde iba, tan solo tenía claro que debía ir hacia el sur y alejarse cuanto pudiera de Asturias y de los fusilamientos que seguramente ya se estaban produciendo. Manolo se dio cuenta de que nada de lo que había dejado atrás le importaba; tan solo Angelón, su amigo, que le había salvado la vida y a quien un asesino le había arrebatado la

suya. De pronto, mientras caminaba por aquel campo estremecido por el invierno anticipado, se echó a llorar.

El instinto de supervivencia y no la razón, embotada tras la larga marcha, le condujo sin vacilar hacia una cabaña de cuya chimenea emanaba una leve columna de humo. Manolo supuso que allí encontraría comida y abrigo.

Golpeó la puerta con los nudillos varias veces, hasta que una mirilla esculpida burdamente sobre la madera dejó ver unos ojos negros e inquisitivos. Una voz aflautada le interpeló:

—¿Qué se le ofrece?

—Cualquier cosa que tenga. Tengo frío...

—Pase y ayúdeme a avivar el fuego.

Aquel hombre no era especialmente amable, pero le abrió el paso a una estancia de ocho o diez metros cuadrados que tenía, en el lado contrario a la puerta, una chimenea rudimentaria sobre la que reposaban varios troncos apilados sin ningún tino y unas pequeñas astillas que estaban ahí colocadas con la imposible misión de prenderles fuego.

—No sabe usted mucho de hacer fuego —dijo Manolo, sorprendido ante su propia grosería.

HAY QUE INTERVENIR

Don Manuel había perdido la poca paciencia que le quedaba y su furia iba creciendo según pasaban los días. Manolo había abusado de su confianza, le había traicionado. La fuga del hospital de Sant Pau le resultaba especialmente dolorosa, sobre todo porque había recibido ayuda... ¡de una novicia! Ahora se arrepentía de haber intentado hacer un hombre de su sobrino Manolito.

Manolo se llamaba así, sin el diminutivo, gracias a él, porque a él le había dado la gana. Y se había vuelto contra la mano que les había dado de comer a su madre y a él durante tantos años.

Fue por eso por lo que decidió recurrir a Matías, una de las pocas personas decentes, y con poder, que el cambio político había dejado en Barcelona.

—¡Matías! —le gritó por el teléfono que había en la habitación de la Apache—. ¡Hay que pasar a la acción ya! Y quiero que te impliqués tú directamente. Manolo se nos ha ido de las manos. Ese Avelino parece de fiar, pero no sé si con su ayuda bastará. ¡Necesito resultados! Llámame en cuanto tengas algo.

Y colgó.

Matías, que trabajaba como policía en la comisaría de Barcelona, no le había contado que no sabía nada de Avelino desde que había ido a Sama en busca de Manolo. Así que decidió ir él personalmente tras el muchacho y demostrarle a don Manuel que sabía hacer su trabajo.

Este presumía, y con razón, de saber rodearse de gente eficiente para todo. Ya fuera una puta, un contable, o un policía, debía ser el o la mejor en el oficio. La Apache lo era, y Matías, como ella, sabía interpretar los deseos del cacique a la perfección.

El comisario decidió que primero iría a Gijón en busca de Avelino, y después le seguiría el rastro a Manolo. El asunto de Madrid lo podrían solucionar sus dos sabuesos, porque estaba convencido de que la chica era caza menor.

Matías era un cincuentón delgado como un alambre, pero muy fuerte. Tenía los ojos negros, con una mirada que infundía miedo a quien se la cruzaba. Su

padre había sido pastor en algún paraje de Extremadura, pero él había decidido cambiarse el vulgar apellido del extremeño por uno que sonara a catalán: Bofarull.

Tampoco le gustaba recordar cómo había sido su carrera para llegar a comisario. Había perdido la cuenta de los brazos y las piernas de anarcosindicalistas que había roto mientras sus propietarios se agitaban inútilmente, atados a alguna silla o a la cañería de algún desagüe de una fábrica. En efecto, los libertarios eran su especialidad. Y Manolo lo era.

Cuando llegó a su casa, le dio cien duros a su mujer para que se las arreglara hasta su vuelta, tras lo cual le ordenó:

—Hazme un equipaje ligero, que me marchó unos días.

Ella sabía que no debía preguntar ni por cuánto tiempo ni adónde iba. Y también que no tendría que justificar ninguno de los gastos que hiciera mientras él estuviera fuera. Matías era un hombre muy especial, pero generoso. Todos los domingos por la mañana la requería y se vaciaba en ella. Luego se levantaba y le arrojaba un fajo de billetes.

—Te lo has *ganao*, leona. Toma, *pa* la compra.

Y se marchaba a echar una partida al julepe.

Tres días después de la emotiva despedida, Matías estaba en Gijón, provisto de los prismáticos que siempre llevaba consigo cuando salía de Barcelona, aunque solo fuera a Montjuïc o Mataró.

Gijón estaba soliviantada, como otras muchas ciudades del país. Al parecer, el imbécil de Avelino se había marchado de la cárcel para reunirse con un alférez de la Guardia Civil, Pedro Arjona, y ayudar a un capitán sitiado en el cuartel de Sama.

Matías se presentó en el centro del pueblo minero y por poco dinero pudo saber que Avelino y el alférez habían caído reventados por los cartuchos de algún cazador furtivo. Vio sus cadáveres y de inmediato reconoció a Avelino, porque le faltaba el dedo pulgar de la mano derecha. El otro llevaba la estrella de alférez cosida en la guerrera. Seis puntas era toda la gloria que había conseguido después de una abnegada vida dedicada a la tortura y los malos tratos.

Según pudo averiguar, Manolo se había enemistado con Arjona y con Avelino antes de llegar a la tierra de la rebelión. Y era de conocimiento general en las dos orillas del Nalón que la providencia había logrado que «el chico de los vales» se encontrara con sus dos enemigos al mismo tiempo y que Angelón llevara ese día la escopeta más adecuada para matar a corta distancia.

Informado de su reciente marcha, Matías no tuvo más que coger algunos

enseres, los prismáticos entre ellos, y distraer un fusil en buen estado, cuyo dueño —un guardia civil— estuvo dispuesto a venderlo por un precio casi simbólico, sabedor de que el dinero burgués volvía a ser el que de verdad tenía valor.

En un primer momento, Matías las pasó canutas para no perder el rastro de los dos fugitivos. Dejaban unas señales muy claras de su paso, pero la lluvia complicaba la persecución. Además, hubo de eliminar a una inesperada competencia que supuso una dificultad añadida, aunque resuelta con destreza. Atacó al moro por la espalda y lo degolló sin ningún problema de conciencia.

Luego pasó la noche en campo abierto, acurrucado bajo su capote y pegado a las bostas de una recua de ganado para calentarse. Agradeció como nunca la llegada del amanecer. Y revivió cuando vio a los fugitivos meando con aire apacible, dándose la espalda el uno al otro.

Estaban mirando hacia el sur. La luz era en ese momento favorable para hacer puntería. Se calentó las manos con sus propios orines para que dejaran de temblar y, justo cuando los dos hombres estaban perdiendo el sentido de estar en peligro, apuntó a la cabeza del más corpulento, volándosela de un disparo.

Lo demás fue coser y cantar.

El truco de la cabaña abandonada casi le pareció un juego de niños. Reunió a toda prisa un amasijo de material combustible y le prendió fuego con ayuda del chisquero que llevaba siempre encima, como buen fumador que era. Sopló hasta quedar exhausto, pero en cuanto las finas ramas comenzaron a arder supo que Manolo se dirigiría hasta allí al ver el humo saliendo por la chimenea.

Y, efectivamente, Manolo apareció unos minutos después.

—No sabe usted mucho de hacer fuego...

Ofendido por el comentario, Matías le demostró su mala disposición llamándole de tú, que es lo que siempre había hecho con los criminales o con los sospechosos de serlo.

—Tampoco sabes tú mucho de otras cosas, como, por ejemplo, de salir del embrollo en el que estás metido.

Manolo levantó la cara y echó un vistazo al cuarto en el que se encontraba. Vio entonces el fusil, que estaba apoyado contra un taburete, y enseguida estableció la conexión.

—Fuiste tú... el que disparó a Angelón —dijo Manolo.

—Sí, fui yo. Y fue un buen tiro, ¿a que sí?

Manolo se abalanzó sobre él con más rabia que tino y Matías le recibió con la habilidad necesaria para neutralizar el primer empujón, que ya tenía previsto. El

chico era de naturaleza fuerte, pero casi un juguete en manos de alguien tan avezado como el policía en la lucha callejera. Aun así, tuvo que emplearse a fondo para reducirle.

Después de forcejear y de que Matías lo inmovilizara con una llave de lucha libre, Manolo habló entre jadeos.

—¿Qué quiere de mí?

Había vuelto a llamarle de usted, lo que indicaba sumisión. Buena señal.

—Lo cierto es que no lo sé... Tengo que llevarte a La Coruña para que tengas una entrevista con alguien muy importante que, no sé por qué, está muy interesado en verte.

Matías percibió el estremecimiento del muchacho.

—Mi padrino...

—¿Se te ocurre algo mejor que hacer que visitar a tu padrino?

—No le va a ser tan fácil como supone llevarme hasta él.

—Me va a ser más fácil de lo que imaginas. Tengo muy buenos argumentos...

—Ya pueden serlo, porque llevarme muerto no le serviría de nada.

Entonces Matías soltó una sonora carcajada.

—Manolito, quiero que sepas que no solo vas a llegar vivo a ver a tu padrino, sino que, además, lo vas a hacer de buen grado, para evitar que sufra más gente.

¿A quién se refería con eso de «más gente»? Su madre, Casilda, no podía ser, porque don Manuel le tenía demasiado respeto y cariño como para hacerle daño.

—¿De quién habla usted? —preguntó.

—Pues de esa Yolanda, que ahora mismo está viajando hacia La Coruña.

Manolo se derrumbó. Y supo que sería todo lo dócil que su captor quisiera.

—Yolanda... —suspiró.

DOS HOMBRES MALOS

Yolanda no tenía entre sus planes volver a hacer un viaje a ninguna parte, pero las ideas siempre se pueden cambiar. Y más si hay razones de fuerza.

Los dos hombres que la estaban esperando a la puerta de la pensión se podían calificar como tales.

El más alto era de una delgadez extrema que se acentuaba por la nariz aguileña, la boca sin apenas labios y el severo traje negro que vestía. Llevaba, además, una camisa blanca algo desgastada por el uso y lavada por lo menos hacía tres puestas. Una mancha que seguramente era de huevo se hacía notar en mitad de la vulgar botonadura. Una corbata de lazo mal ceñida completaba el espectáculo, que se remataba por abajo con unos zapatos marrones de cordón que invitaban a avisar a su dueño por si se los había puesto por descuido.

El otro era de estatura más bien corta. Las costuras de la chaqueta estaban a punto de reventarse y de su cara no llamaba la atención nada, salvo la cara en sí, como de torta, redonda y aplastada. Vestía de negro, como su colega, aunque la camisa estaba más limpia y los botones, más bajos, luchaban por contener una barriga enorme. Comía sin parar pipas tostadas de girasol, que iba cogiendo de un cucurucho hecho con papel de periódico. Las cáscaras vacías las tiraba al suelo. De hecho, el portal de la pensión parecía un bebedero de patos.

Tuvieron el buen detalle de presentarse. Habló el más bajo de los dos.

—Yo soy Nicanor, y este es José. Sabemos que usted se llama Yolanda... Está bien que nos presentemos porque tenemos un viaje muy largo por delante.

Yolanda no hizo ningún ademán que les llevara a pensar que les plantaría cara. Se mostró mansa como un corderillo, aceptando su condición de prisionera como si se tratara de un hecho natural en su biografía. La muchacha enseguida supo que los dos hombres venían enviados por el padrino de Manolo, y estaba convencida de que querían que sirviera de anzuelo para que este se entregara a su tío. ¡Había deseado tanto encontrar la manera de dar con Manolo, y ahora era ella la que iba a servir para que lo encontraran otros!

La pareja de sicarios la acompañó a recoger sus pertenencias. Eduardina, como era su costumbre, le preguntó si volvería muy tarde, y Yolanda dilató el tiempo de la respuesta todo lo que pudo.

—Dile a Jeannette que no me espere pasado mañana —dijo al fin—. En cuanto sepa la fecha de mi vuelta, serás la primera en saberlo. Quizá vea a Manolo...

Al decir la última frase, Yolanda miró al que se llamaba Nicanor con gesto inquisitivo, pero este ni se inmutó. Se limitó a dar una escueta orden dirigida a su compañero y a ella.

—¡En marcha!

Yolanda apenas tuvo tiempo para darle a Eduardina un par de besos en las mejillas, dejando que el segundo quedara en la comisura de los labios de la patrona. A Dina ese gesto le supo a despedida. El beso y los ojos llorosos de Yolanda.

El coche en el que subieron era un Renault de seis plazas, un Vivastella PG 7. Estaba aparcado en la misma calle del Olivar, rodeado de un montón de chavales que admiraban cada uno de sus detalles.

Nicanor les espantó agitando su sombrero de ala, como se dispersa a un montón de gallinas, y se sentó en el asiento del conductor. Yolanda pasó a la amplia parte de atrás con Pepe. Antes de ponerse en marcha, su compañero de asiento le señaló una bolsa grasienta cargada de bocadillos de panceta, chorizo y otras delicadezas.

—Tenemos un largo viaje hasta La Coruña —dijo, y dio unos golpes en el asiento delantero para indicar que ya podían ponerse en marcha.

En cuanto Yolanda se marchó con los dos hombres, Eduardina llamó a Jeannette y acordaron que lo mejor era acudir a la policía y contar lo sucedido. Desde el balcón que daba a la calle del Olivar, Dina había logrado tomar los datos del coche, un Renault negro con matrícula de Barcelona. Las dos mujeres estaban seguras de que a Yolanda la habían secuestrado. Ella también lo sabía, aunque se daba cuenta de que los dos sicarios no habían llegado a usar la fuerza. Esto la intranquilizó y su autoestima comenzó a desplomarse.

—Si no les hubiera obedecido, ¿qué habrían hecho? —le preguntó al que iba junto a ella en el asiento de atrás.

Yolanda mantenía el tipo como podía, porque estaba muy asustada, aunque poco a poco iba recuperando su aplomo habitual.

—Partirle primero un brazo y después el otro. No teníamos autorización para más.

—Ni yo más brazos.

El otro no acusó recibo del toque de humor negro que Yolanda acababa de mostrar en su respuesta. Se limitó a enseñarle el revólver que llevaba en una funda sobaquera, un Smith & Wesson del calibre 38 muy valorado en el mercado negro.

—Por si se acercaba alguien a socorrerla —dijo—. Es potente como para tirar una pared. Pero el jefe nos ha ordenado que llegue viva. Si acaso, lesionada de los brazos.

—No está mal, teniendo en cuenta que vivo de ellos —replicó ella, tras lo que se atrevió a preguntar—: ¿Y quién es su jefe?

—No le conoce.

—¿Y usted qué sabe?

—Lo sé. Y si no, me lo imagino —respondió para dar por zanjada la conversación.

El coche debía de ser propiedad de alguien con posibles, porque tenía de todo. Incluso había un cajetín a modo de mueble bar como los que salían en el cine y varias almohadas de viaje. Yolanda pidió una y anunció su intención de dormir si es que el viaje iba a ser largo.

—Un montón de horas, aunque pararemos a repostar... el coche y nosotros —contestó Nicanor. Y los dos hombres se echaron a reír—. Ya se lo ha dicho mi compañero, vamos a La Coruña.

Yolanda pensaba que sus captores habían exagerado el destino para que no les molestara. Pero tuvo que conformarse con la situación y decidió no preguntar más por el momento.

A lo lejos, cuando llevaban nada más que una decena de kilómetros recorridos, se divisaba la sierra de Madrid con las cumbres nevadas. Era un día claro casi de invierno y el viento soplaba helado sobre la ciudad.

EL PACTO DE LA CABAÑA VACÍA

Matías, armado con el fusil con el que había volado la cabeza a Angelón, se felicitó por la buena estrategia que había puesto en marcha para capturar a Manolo.

Ya tenía la mayor parte del camino hecho. Y el chico estaba vivo. Si le hubiera capturado antes, lo más probable era que los dos estuvieran muertos. La paciencia es una virtud que da siempre buenos dividendos a quien invierte en ella.

El chico había reaccionado como su tío había previsto: al saber que Yolanda estaba en manos de sus hombres, se había vuelto manso como un corderillo. Sin embargo, el sicario tuvo que vencer una pequeña resistencia.

—¿Y cómo sé yo que es verdad que Yolanda está en sus manos? —preguntó Manolo. Matías le dio los datos de la pensión de Eduardina y eso pareció convencerle—. ¿Y qué quiere de mí? —volvió a inquirir el muchacho.

—Que te vengas conmigo hasta encontrarnos con don Manuel, y que vengas sin complicarme la vida. Necesito descansar y quiero saber que no me la vas a jugar.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

—Pues perderé un dineral por no hacer bien mi trabajo. Pero tú perderás la vida y a tu mujercita. Y todo por una cabezonería. —Matías se regodeaba con la situación—. ¿Puedes imaginar lo que llegaría a sufrir una chica joven y guapa antes de morir a manos de unos tipos sin escrúpulos como los que la tienen retenida?

A Manolo, efectivamente, la idea se le hacía insoportable. Así que llegaron a un acuerdo. Manolo le aseguró que no intentaría fugarse y el otro le dijo que, a cambio, a Yolanda no le ocurriría nada. Después, los dos, exhaustos, se echaron a dormir delante del fuego.

El hambre les despertó cuando la noche había caído hacía muchas horas y el viento parecía traer todo el hielo acumulado en el noreste. Entre los dos fueron

capaces de hacer acopio de leña suficiente para pasar una noche que, por despejada, amenazaba con matar de frío a los pocos pájaros que se aventuraran a salir a la intemperie.

—¿No tenías nada previsto? —ironizó Manolo.

—Si me hubieras dejado un mensaje diciendo adónde te dirigías con tu amigo...

La mención a Angelón le dejó desarmado de nuevo, sin fuerzas.

—¿Y sabes a dónde iremos mañana?

—La verdad es que no —respondió Matías—. Creo que lo mejor será buscar algún lugar habitado y conseguir comida. Hay muchos sitios como este, pero todos vacíos. Para encontrar un lugar habitado tendremos que ir hacia el sur, a León. Allí están los obreros construyendo la carretera.

—Supongo que tienes dinero...

—¡Pues claro! Pero con los tiempos que corren, prefiero robar la comida antes que pagarla, ¿no crees? Sale más barato. —Y se echó a reír de su propia ocurrencia. Ante el silencio de Manolo, el sicario continuó—: Veo que no estás de humor. Pero te va a dar igual, porque yo digo lo que quiero y cuando quiero.

El tipo estaba haciendo gala de sus mejores habilidades para las relaciones humanas. Manolo empezó a odiarle, con esa capacidad que se había descubierto a sí mismo a través de Arjona y Avelino. Quizá ese odio le ayudara a sobrevivir a tanta adversidad. Se le vino entonces a la mente una frase que había escuchado o leído en alguna parte: «Que Dios no te envíe todas las calamidades que puedas resistir». Sabía que le esperaban muchos sufrimientos, como el castigo cruel e implacable por parte de su padrino, pero dudaba si podría soportarlos. ¿Le bastaría con odiar a Matías y a su padrino para mantenerse entero?

Por el momento, lo mejor era esperar y tomarse algo de tiempo para valorar las propias fuerzas y reaccionar después. Por eso decidió que respetaría el pacto al que había llegado con el policía.

De Yolanda no se podía ocupar. Quiso imaginar que su actitud pacífica la mantendría a salvo. Era lo mejor que podía hacer por ella, pero también por sí mismo. Manolo empezaba a sentirse casi un sabio pese a su corta edad cuando meditaba sobre estas cosas.

Unas fiebres atacaron al chaval la primera noche que pasó en la cabaña. Matías llegó a temer por su vida, pero, a golpe de billetes nuevos de cien pesetas, consiguió llegar a una pensión cuyas habitaciones contaban con agua caliente. Los baños alternos de agua fría y caliente hicieron que la fiebre bajara, tras lo cual decidió informar a don Manuel.

—Don Manuel, el chico está en mis manos y ya se encuentra mejorcito.

—¿Qué coño quiere decir eso de mejorcito? —bramó don Manuel, que inmediatamente hizo llamar a un médico para que acudiera a ver a Manolito.

Mientras tanto, este deliraba con los mineros de Sama enzarzados en una pelea con los de La Felguera, con los moros y los legionarios riéndose al contemplar el espectáculo. Un combate originado por él mismo al no haber entregado unos vales a tiempo.

Matías pasó varias horas acompañando al enfermo, que gritaba, gemía y se agitaba por las sacudidas violentas de la fiebre. En cuanto llegó, el médico ordenó suspender los baños de calor. La dueña de la pensión estaba convencida de que el mejor remedio para la fiebre eran los baños alternos, lo que estuvo a punto de costarle la vida al Galleguín. Por suerte, el médico enviado por don Manuel sabía lo que hacía.

El agua fría hizo que la temperatura le bajara y que recuperara la cordura desatada por la fiebre.

—No hay nada mejor que los baños de agua fría y agua caliente —insistía la mujer—. Pero, como decía mi padre, «donde hay patrón, no manda marinero».

El médico, que se llamaba don Agamenón, sacudía la cabeza y se rendía en silencio ante tanta y tan orgullosa muestra de ignorancia.

BONNIE & CLYDE

Yolanda se escapó de sus secuestradores unos minutos antes de que la policía consiguiera un éxito espectacular. Dina y Jeannette informaron de todo lo que sabían sobre lo sucedido en la pensión y la extraña desaparición de la muchacha. El comisario Sánchez, encargado de la investigación, encontró excitante eso de buscar un coche en movimiento, usando además el teléfono para pasar los datos a los colegas que podían vigilar carreteras. Sus métodos eran el colmo de la modernidad y ahora estaba ante el caso perfecto para ponerlos a prueba.

Sánchez era natural de un pueblo de Palencia, Aguilar de Campoo, famoso por sus galletas, donde había nacido cincuenta años antes. Tenía una arquitectura ósea muy poderosa, y un cuello para el que no era fácil encontrar camisas. Y eso que no era demasiado alto: medía un metro sesenta y cinco «en canal», como disfrutaba diciendo para confundir a quien le escuchara.

Era un profesional con una larga trayectoria de lucha contra el crimen. En su despacho tenía un mapa de España de gran tamaño apoyado sobre un corcho hecho a medida que permitía clavar chinchetas o banderolas a voluntad. Además de las provincias y sus capitales, en el mapa aparecían ríos, cordilleras y, lo más importante, las carreteras principales y secundarias, que tejían una extensa red de comunicaciones que Sánchez controlaba mediante el teléfono, un recurso tecnológico que dominaba a la perfección.

Sánchez usaba con gran eficacia el sistema de banderitas, cuyo significado conocía solo él. Decía que la época en que los bandoleros se escapaban por las carreteras secundarias se había acabado.

—A mí Bonnie y Clyde me habrían durado un par de días.

Sánchez sintió que se le aparecía la Virgen cuando le comunicaron lo del Renault de gran cilindrada, la chica aparentemente secuestrada y el rumbo a Galicia de la comitiva. Para redondear la jugada, estaba con él en comisaría Miguel Castillo, un reportero de *ABC* que trabajaba recopilando datos de un caso anterior. La cabeza de Sánchez comenzó a construir una trama de esas que tanto

habrían gustado a su antiguo jefe, el general Emilio Mola, quien, por cierto, acababa de ser amnistiado tras ser expulsado del ejército por golpista. Sánchez mandó buscar al reportero.

—Miguel, ¿quieres una exclusiva de las buenas?

—Pues claro —dijo el otro.

—Tienes veinte minutos para conseguir un fotógrafo. Y piensa que no hay hora de regreso. Esto puede ser largo.

—¡Por fin! ¿Como Bonnie y Clyde?

—Sí —respondió el comisario—, pero con más sangre.

El jefe de sucesos de *ABC* accedió a las peticiones del reportero y le envió al mejor fotógrafo del periódico, José Cubedo, junto con cincuenta duros en billetes de cinco pesetas para cubrir gastos. No era momento para andar con racanerías. Ante la competencia feroz del diario *Ahora*, que se dedicaba a publicar decenas de fotografías de la guerra de Ifni, la exclusiva sobre este asunto podía hacerle ganar lectores.

El fotógrafo llegó puntual con una enorme bolsa que contenía sus cámaras y un buen número de rollos de película virgen.

—Cubedo, esta es la nuestra —dijo Castillo, sin saber que acababa de acuñar una frase que se haría legendaria en el periodismo español.

El grupo de hombres subió a uno de los coches de la brigada. Además del chófer, que iba bien armado, también iba un policía taciturno que llevaba dos pistolas en sendas sobaqueras y un subfusil Thompson a tambores, fabricado en 1928 y recién traído, ilegalmente, de Estados Unidos. El arma favorita de los gánsteres durante la Prohibición. El tambor cargaba hasta cincuenta balas, y había que estar fuerte para usarlo.

—¡En marcha, Peláez! ¡Hacia La Coruña! —ordenó el comisario.

Sánchez disponía de una red de teléfonos desde los que podía llamar a la central en Madrid y coordinar la acción con enorme comodidad. Los prófugos les llevaban una hora de ventaja, pero el comisario estaba convencido de que el Ford de ocho cilindros en el que viajaban terminaría alcanzando al Renault en el que iban los otros y, seguramente, les daría tiempo a tenderles una trampa.

Desde el Alto del León, que marcaba la frontera entre Madrid y Segovia, la central recibió la primera información sustancial: el coche de los perseguidos había pasado a las 13:10 horas y, como sospechaban, iba ocupado por tres personas. Sánchez hizo sus cálculos, a los que sumó sus conocimientos de antropología, y concluyó:

—Seguro que comen en Olmedo —dijo. Así que desde los Ángeles de San

Rafael dio instrucciones al equipo que tenía en Valladolid para que estuvieran alerta—. Cuando paren a comer, pinchad dos ruedas del coche. Y hacedle llegar una nota a la mujer para que nada más salir del restorán se tire al suelo fingiendo un desmayo... ¿Que cómo haces para darle la nota? Pues dásela cuando vaya al baño... ¿Que cómo haces para entrar en el baño de señoras? Pues disfrazate... ¿Que llevas bigote? Pues te lo afeitas. Haz lo que sea, ¡pero hazlo!

Sánchez aleccionaba al reportero, que empezó a soñar con un espléndido reportaje, que titularía «Operación Bonnie». Mientras tanto, Cubedo aprovechaba para dar una cabezada en el asiento trasero del coche americano. Tenía muy claro cómo hacer su trabajo.

Cuando llegaron a Olmedo y vieron el Renault aparcado junto a un mesón de carretera y con las ruedas pinchadas, Sánchez supo que había llegado la hora de la verdad. Desplegó a Peláez y su revólver, al tipo de la metralleta y a Cubedo formando una especie de «V», cuyo vértice más cercano al coche de los fugados ocuparía él.

Casi enseguida vio salir del establecimiento a una joven acompañada por un hombre alto, y otro detrás más bajo y robusto. Por el aspecto de los tres, el comisario dedujo de inmediato que eran los dos hombres y la mujer que buscaban.

Todo parecía ir como estaba planeado, hasta que un grupo de niños se interpuso situándose junto a los dos coches.

—¡Yo me pido este! —dijo uno señalando el Ford.

—¡Pues yo este! —exclamó otro.

De pronto, la chica, tal y como Sánchez esperaba, se dejó caer al suelo fingiendo un desmayo.

El hombre más alto sospechó que algo iba mal y a toda velocidad abrió la puerta del coche.

—¡Vámonos, Pepe, esto es una trampa!

—¡Fuego! —ordenó Sánchez.

Todos los hombres vaciaron los cargadores de sus armas y la operación se resolvió en muy pocos segundos. Dos niños cayeron heridos en el tiroteo, aunque por su aspecto parecía que lograrían salvar la vida. Junto a los dos cadáveres, que estaban en medio de un gran charco de sangre, se colocó Cubedo, el fotógrafo de *ABC*, que siguió haciendo fotografías sin parar de la truculenta escena del tiroteo.

—Ha sido una operación muy limpia —sentenció Sánchez. Y, dirigiéndose a Cubedo y a Castillo, añadió—. No os entretengáis mucho con los pobres niños...

—Finalmente, mirando al cielo, concluyó—: En realidad, Bonny y Clyde a mí me habrían durado tan solo unos minutos...

Los periodistas supieron de inmediato cuál debía ser el titular de la noticia que aparecería al día siguiente en el periódico. Regresaban a Madrid con las alforjas bien llenas, con un reportaje que podría suponer su despegue definitivo. Y, en efecto, después de aquello, Miguel del Castillo conseguiría un considerable aumento de sueldo y un trato preferente en la comisaría central de Madrid.

Por su parte, Sánchez, que logró una gran notoriedad entre todos sus compañeros, recibió una inquietante llamada al día siguiente de la oficina de policía de Barcelona. Era el ayudante de Matías, que se dirigió a él sin ningún respeto.

—Has matado a dos de mis hombres, imbécil. Estábamos haciendo un trabajo para don Manuel. —La simple mención del cacique hizo que a Sánchez se le cayera el mundo encima—. Al menos tendrás a la chica...

La chica, la chica... ¡La chica! La imagen de la gloria debida al éxito de la operación le había ofuscado la mente de tal manera que se había olvidado de la víctima del secuestro.

—¿Dónde se habrá metido esa mala puta? —se dijo para sí el comisario Sánchez, sabiendo que ahora sí que se encontraba en apuros.

Y es que Yolanda, que al principio se había quedado paralizada, tomó rápidamente conciencia de que toda esa sangre que había a su alrededor era una oportunidad de escapar de allí sin que nadie se diese cuenta. Los hombres que la habían liberado eran policías, pero la chica sabía lo que se jugaba si caía en sus manos. No habían tenido ningún reparo en abrir fuego estando aquellos niños delante, dos de los cuales seguían heridos en el suelo.

En el alboroto del tiroteo, Yolanda había logrado zafarse de sus supuestos salvadores y tomar un autobús con destino a Valladolid, donde pensó que no la buscarían. Nadie se fijó en ella al subir a bordo, y mucho menos cuando el conductor se detuvo para contemplar la escena y saciar su curiosidad y la de sus pasajeros.

Ya bien entrada la noche, Yolanda consiguió que la admitieran a crédito en una pensión situada junto a la catedral, desde donde hizo una llamada a cobro revertido a su amiga Dina en Madrid, a quien informó de lo sucedido. No había duda de que no podía volver a la capital y las dos estuvieron de acuerdo en que lo mejor era que permaneciera en Valladolid hasta que Dina pudiera ir a

ayudarla. Finalmente, cuando cayó dormida, Yolanda soñó con el tiroteo y volvió a ver la imagen de los dos niños heridos en el suelo en medio de un charco de sangre.

Los periódicos se ocuparon al día siguiente de la «matanza de Olmedo». El *ABC* tenía las fotos en exclusiva, mientras que el diario *Ahora*, fiel a su trayectoria de azote del Gobierno, hacía hincapié en los dos pequeños y en la irresponsabilidad de los policías al abrir fuego sin tener en cuenta a las posibles víctimas inocentes. El comisario Sánchez estaba exultante por el titular de *ABC*, pero sabía que don Manuel estaba muy enfadado y que solo calmaría su ira encontrando a la chica.

Ella, por su parte, seguía sin noticias de Manolo. Pensaba incluso que podría haber muerto en la revolución de Asturias, donde los caídos se contaban por cientos. Las crónicas sobre la revuelta, firmadas por Manuel Chaves Nogales en *Ahora*, hablaban de la crueldad y del carácter sangriento de la represión desatada por el Gobierno una vez sofocados los disturbios. Al periodista le ocurría lo mismo que a ella; ninguno lograba comprender el porqué de tanta violencia en nombre de esa idea de la que tanto hablaba Manolo: el comunismo libertario.

HACIENDO NEGOCIOS

Don Manuel estaba que trinaba. Nadie ha descrito nunca, al menos que se sepa en el mundo de los humanos, cómo es el canto de un pájaro cabreado. Pero si alguien pudiera diferenciar ese trino del que emiten las aves en condiciones normales, habría dicho que el del cacique era el de una especialmente iracunda.

Dos de sus más eficaces pistoleros habían muerto acibillados en un pueblo de Castilla. Y les había matado un grupo de policías cuyo jefe estaba en su nómina. Sin duda, el responsable del desastre era Matías, a quien desde hacía tiempo encargaba sus asuntos más delicados. El policía de Barcelona no había avisado al comisario Sánchez de lo que estaba en juego, incumpliendo así una norma básica que todos los ejércitos del mundo respetan: no se puede entrar en un territorio en el que hay amigos sin avisarles.

Aunque oficialmente seguía manteniendo su despacho en la Ciudad Vieja, don Manuel pasaba cada vez más tiempo en casa de la Apacha, desde donde se divisaba una parte importante de la ciudad y el mar, y donde, desde hacía varios meses, llevaba sus negocios en una enorme sala que su empleada había dispuesto para él.

Nada más llegar de León, Matías entró en la habitación acompañado por el médico y, ¡por fin!, por su ahijado Manolo, que estaba demacrado, sudoroso y temblaba de frío. La sala «echaba bombas», como le gustaba decir a su propietaria.

—¿Estamos todos? —preguntó el cacique sin tomarse la molestia siquiera de saludar a los recién llegados.

—Bueno, no todos —balbuceó Matías, intentando mantener la compostura—. Falta la chica...

—¿Y por qué falta? —El cacique hizo la pregunta en un tono que dejaba claro que conocía la respuesta, y mejor que nadie.

Matías agachó la cabeza en señal de aceptación, con la esperanza de que aquel gesto fuera suficiente para calmar a don Manuel. Tras unos segundos de silencio

incómodo, el policía se atrevió a hablar.

—Yolanda se ha escapado porque cometí el imperdonable error de invadir el territorio del comisario Sánchez sin avisarle, lo que ha supuesto, además, la pérdida de dos importantes elementos de nuestra red de ejecutores en Barcelona.

—Ese reconocimiento es un buen comienzo. Pero ya sabes que no te vas a librar tan fácilmente. Se te exige algo más.

—Encontrar a la chica —murmuró Matías.

En ese momento, Manolo reaccionó de un modo que incluso a él le sorprendió.

—Hijos de puta —dijo.

Al cacique le impresionó el tono que usó su sobrino para hacerse notar y lo atribuyó a la progresiva madurez del muchacho.

—Es como yo —dijo con orgullo—. Pero por mucha sangre mía que lleves en tus venas, no te vas a librar del castigo, que va a ser ejemplar.

Don Manuel hizo una pausa teatral que Manolo aprovechó para volver a intervenir.

—Hijo de puta...

El cacique le hizo un gesto a la Apacha, que lo entendió a la primera y le hizo buscar una fusta de cuero. Don Manuel la probó con suavidad un par de veces en la palma de su mano, pero al momento, con una rapidez propia de una serpiente, golpeó con ella la cara de su ahijado.

Primero, el golpe dejó un rastro pálido, después se hizo visible un camino carmesí y, por último, un reguero de sangre brotó de la herida recién abierta. Manolo apenas sintió el dolor, que llegó más tarde. La sorpresa fue la mayor de las sensaciones.

—Te odio —dijo el muchacho cuando logró reponerse de su estupor.

—Y me odiarás mucho más cuando tenga en mi poder a esa tal Yolanda. Te lo aseguro.

Manolo dejó de sentir miedo por sí mismo. Sabía que su padrino era capaz de cualquier cosa, pero lo que más temía era que el rencor de su tío no se agotara con la mera captura de Yolanda. Y, en efecto, don Manuel ya había ideado una manera de que su ahijado purgara sus pecados.

—Puesto que Avelino ya no está entre nosotros, mis planes han tenido que tomar una nueva dirección. Tanto Matías como tú tendréis el castigo que merecéis. —Dejó de hablar durante unos segundos que aprovechó para mirar a su sobrino de arriba abajo. Y continuó—: Los dos iréis a la aldea de la que nunca deberías haber salido. Tú, Matías, te harás cargo de que este no abandone el

sótano en el que vivirá a partir de ahora. Si quieres, llévate a tu familia contigo... Y tú, Manolo, a partir de ahora vivirás a oscuras, sin un rayo de luz que te permita leer o escribir. —Y agitando el libro de Julio Verne, añadió—: Las lecturas te han hecho mucho daño...

—Suena bíblico —dijo el médico, que había permanecido en silencio todo el tiempo que había durado la audiencia, aunque se había puesto a curar la herida en la cara de Manolo, que sangraba profusamente.

—Si me lo permite, don Manuel, ¿cuánto tiempo durará la condena? —preguntó Matías, pensando ya maneras para explicarle a su mujer el cambio de vida que se les venía encima.

—Hasta que a mí me dé la gana. Pero haceos a la idea. Como poco, serán diez años.

La Apacha se dejó arrastrar por la admiración que sentía por don Manuel.

—¡Qué *magnánimo*!

Añadía una «ge» a la palabra para darle más empaque. Ella sabía que eso le gustaba a don Manuel.

El médico, al que ni le iba ni venía nada de lo que allí se decidía, aplaudió por si acaso.

Manolo empezó a hacer planes de fuga de inmediato, porque los últimos meses le habían curtido mucho.

Matías estaba hundido.

Y don Manuel se sentía orgulloso de sí mismo, aunque quiso despejar una duda.

—Apacha, dime la verdad: he estado *manánimo* pero no blando, ¿no?

Como buen gallego, don Manuel pronunció la palabra sin las «ges». Aunque eso no fue suficiente para cortar el entusiasmo de la aludida.

—¡Nooo!

SEGUNDA PARTE

ENCERRADO

Casilda imploraba con frecuencia a su hermano para que liberase o hiciera más liviano el castigo a su hijo. A Manolo ni siquiera le dejaban ver a su madre, salvo una hora una vez a la semana, y siempre en presencia de Montserrat, la mujer de Matías, quien de mala gana se había resignado a su nuevo destino. Había tenido que aceptar la orden de incorporarse a esa aldea miserable de Galicia, de cambiar las Ramblas por un arroyo de mierda y la catedral por esa iglesia minúscula y sin gracia. «Fuera de Cataluña, todo es cutre y los españoles huelen», le había dicho a su marido hace años. Pero no había alternativa si quería que este siguiera con vida. Y, además, don Manuel les pagaba lo suficiente como para poder viajar a Barcelona una vez al mes para ver a su madre.

Al cacique nunca le había temblado el pulso cuando había tenido que decidir sobre el destino de una persona. Sin embargo, esta vez se había dejado llevar por la clemencia y esperaba no tener que arrepentirse. Tenía que mantener su reputación, pues nadie entendería que matara a Matías y a la vez perdonara la vida a su sobrino. Ser justo formaba parte de su prestigio y no estaba dispuesto a que nadie dudara de su capacidad para actuar con lo que él llamaba «ecuanimidad».

Manolo, al fin y al cabo, era su familia, y, por más que algunos rumores dijeran lo contrario, la única persona que quizá algún día podría hacer que el apellido Martínez perdurara. A pesar de los rumores que le atribuían varios zagales repartidos por la geografía gallega, el cacique tenía en su poder varios informes que confirmaban su esterilidad a causa de un accidente de caza que sufrió cuando era adolescente. Y bastante agradecido podía estar de que su capacidad de mantener relaciones sexuales hubiera quedado intacta.

Por eso, para Manolo tenía pensado un gran proyecto, aunque la traición del muchacho lo hubiera retrasado. Mientras llegaba el momento adecuado, la orden que había recibido Matías consistía en que Manolo viviera como una bestia. Al policía aquello le parecía una salvajada, pero su mujer le convenció de que en

ningún caso debía cuestionar la voluntad del cacique.

—Si don Manuel te ha dicho que como una bestia, pues así ha de ser.

—Pero ¿qué bestia?

—Pues yo qué sé, hombre, como un cerdo, por ejemplo. —Y tras pensar unos segundos, continuó—: Podemos dejar que se lave cuando vaya a ver a su madre.

Matías nunca había tenido un cerdo, así que tuvo que preguntar.

—¿Todo el cuerpo?

—No, hombre, que se lave algo. Y también le podemos dar unos cubiertos.

—Cuchillo no.

—Tienes razón. Cuchara y tenedor.

Matías vio que Montse conocía lo que se traía entre manos y decidió seguir su consejo. Así que Manolo pasaba las horas en un cuchitril en el que tiempo atrás habían vivido los cerdos que todos los años terminaban protagonizando la tradicional matanza.

Matías le fijó al tobillo el extremo de una cadena que acababa por el otro lado en una gran piedra de granito. Había una ranura en la puerta por la que, tal y como le informó Montserrat, le harían llegar la bandeja con la comida y él sacaría el cubo con sus excrementos. Por ese agujero Manolo se aventuró a preguntar la fecha en la que estaban, y Montse, tras dudar unos segundos sobre si dar esa información que quebraba el estricto régimen al que debía someterle, se lo dijo:

—Es 10 de noviembre de 1934 —dijo un poco a ojo, algo insegura de la fecha—, y el tiempo es malo, como de invierno ya entrado.

—Noviembre es un mes triste —murmuró Manolo, sin ser capaz de recordar qué libro de los que había leído empezaba así. Y a continuación se puso a labrar la fecha en la piedra sin enfoscar que formaba las paredes de su celda utilizando el mango del tenedor que le habían dado.

Aunque apesadumbrado por su situación y por no tener noticias de Yolanda, Manolo trataba de mantenerse positivo. Así que desde el primer momento pensó en el mejor modo de escapar. Su amor por la libertad se había vuelto obsesivo y, de hecho, se incrementó cuando algunas semanas después pudo escuchar una voz de bajo parroquial declamando unos versos:

—«¡Ay, mísero de mí! / ¡Ay, infelice! / Apurar, cielos, pretendo, / ya que me tratáis así...».

Tras varios minutos de lamentos, el hombre de la voz grave se retiró y Manolo tan solo pudo escuchar los pasos de Montse, que se acercaba con la bandeja de la comida.

—¿Quién era ese hombre de la voz profunda? —preguntó el chaval.

—No lo sé, pero seguramente es alguien de Madrid, porque leía de seguido con ese acento tan seco que tienen los de la capital. Se llama, por lo que pone en los papeles, Pedro Calderón, y habla de un señor, que se llama Segismundo, al que han condenado a pasar un montón de años en una celda. Al parecer, lo envía don Manuel y dice que volverá.

Y, efectivamente, volvió. Dos jueves al mes el tal Pedro le visitaba y soltaba su perorata sobre el desdichado Segismundo, que Manolo empezó a saberse de memoria. Mientras tanto, no dejaba de intentar romper uno de los eslabones de su cadena frotándolo con energía contra una de las piedras de la pared.

En una ocasión, pudo escuchar una corta pero intensa sesión carnal que se inició con una frase poco equívoca del excomisario Bofarull:

—Mucha ropa llevas hoy, Montserrat.

Y siguió un rumor desbocado que indicaba claramente que ese exceso de ropa estaba siendo reparado. Luego, unos jadeos, un mugido satisfecho y, tras una breve pausa, dos buenas palmadas que por su sonoridad debían haber sido propinadas por unas manos poderosas sobre unas nalgas bien nutridas.

Matías se asomó al agujero. Ese día estaba mucho más comunicativo que de costumbre.

—¿Qué tal vas con la cadena? El día que acabes el trabajo, entraré en tu pocilga, te daré la mayor paliza que te hayan pegado en toda tu vida y cambiaré el eslabón roto por uno nuevo.

—*Fill de puta!*

Manolo gastó en una sola exclamación todo su conocimiento del catalán y provocó con ello una sonora carcajada al otro lado de la rendija.

Dormía sobre un montón de paja, siempre con el libro de Julio Verne a su lado, y aunque, como le dijeron, allí dentro no había suficiente luz para leer, el mero hecho de tenerlo cerca y acariciar sus páginas le producía cierto consuelo. El chaval se dijo que no podrían con él, que algún día escaparía y que encontraría la forma de reunirse con Yolanda y reconstruir su vida juntos. Aunque para ello tuviera que matar a su padrino. Otra vez matar. Qué cantinela siniestra.

Pronto se dio cuenta de que la mejor solución para su situación pasaba por ablandar a Montse. El rencor de Matías era más que evidente y Manolo sabía que este jamás se apiadaría de él.

YOLANDA, EN LA CLANDESTINIDAD

Eduardina no tuvo demasiadas dificultades para encontrar a Yolanda en Valladolid. Dar con la pensión donde la joven se escondía fue coser y cantar, pero ésta se encontraba en estado de shock cuando Dina subió a su habitación. La asturiana comprendió de inmediato los motivos de su nerviosismo cuando conoció los detalles de la fuga y del tiroteo en Olmedo, por lo que decidió pedir ayuda a Jeannette, quien rápidamente ideó una estrategia para que sus dos amigas salieran de la ciudad castellana.

—Debéis estar preparadas en cuatro horas e ir a la puerta de San Gregorio. Yo me encargo de conseguir un coche que vaya a buscaros. Pero tenéis que ser muy discretas.

Ya muy caída la tarde, Yolanda y Dina subieron a una camioneta que era cualquier cosa menos discreta, porque formaba parte de la flota de vehículos destinada al transporte de las fieras. En la carrocería podía leerse el siguiente texto: «Una tarde rodeada de fieras en el circo Price. Sea valiente y aproveche la ausencia de su marido». Jeannette, que se encontraba en el interior del vehículo, les explicó que un medio de transporte tan llamativo no levantaría las sospechas de la policía.

La camioneta llevaba, como es natural, la jaula de las fieras vacía, y allí fue donde las tres mujeres hicieron el viaje de vuelta a Madrid.

Yolanda, como era de esperar, tuvo que pasar a la clandestinidad. El circo era un buen lugar para ello, y Jeannette la puso a limpiar a los animales vestida como un hombre y con la cabeza afeitada.

—Pareces un ucraniano —le dijo Eduardina cuando la vio de esa guisa, demostrando que su idea sobre la raza del Oriente europeo era bastante particular.

La precaución de Jeannette se mostró enseguida oportuna, porque los subordinados del comisario Sánchez dieron señales de vida muy pronto. A las llamadas insistentes que el policía recibía de don Manuel desde La Coruña había

que sumar una petición directa de don Emilio Mola.

—No es una orden oficial, mi querido Sánchez, sino un ruego —le había dicho el general—. Debes encontrar a esa chica y entrégasela a don Manuel. Ya sabes que es como un hermano para mí.

Los hombres de Sánchez seguían a Eduardina a todas partes y husmeaban por el circo, sin llegar a imaginar que el chico calvo que se encargaba de las jirafas era, en realidad, la mujer a la que buscaban. Incluso en un par de ocasiones hubo de fingir que era un ucraniano, según interpretaba ella que era eso, y simular que no entendía las preguntas de los policías.

—¡Maldita sea! Tiene que estar en alguna parte —repetía Sánchez cuando sus hombres le decían que en el circo nadie sabía nada de la chica. Tenía el puño derecho dolorido de tanto golpear su mesa.

Y es que allí se acababan todas las pistas. A las puertas del circo.

Sin saberlo ninguno de los dos, Manolo y Yolanda compartían un destino semejante: a él lo trataban como a las bestias y ella vivía cuidando de ellas. Aunque de una manera un tanto peculiar, sus vidas seguían conectadas.

DON MANUEL CONSPIRA

Don Manuel era, tal y como decía su hermana Casilda con admiración, un culo inquieto. Sus padres habían muerto jóvenes, desde luego antes de lo que les tocaba, por la picadura de una garrapata que llevaría encima alguna enfermedad mortal. Así que le tocó criar a su hermano pequeño cuando se quedaron huérfanos, siendo poco más que unas criaturas de nueve y siete años.

Con tan solo catorce años Manuel se fue a vivir del contrabando, y pocos años después había amasado suficiente fortuna como para intentar convencer a su hermana de que fuera a vivir a La Coruña, en un piso bueno, con servicio y vistas al mar. Como decían sus escasos amigos, don Manuel solo quería de verdad a una persona en el mundo, y esa persona era su Casilda.

Pero ella se negó en redondo. No quería abandonar la casa familiar en la aldea donde había vivido toda su vida y donde poco después criaría al pequeño Manolín. El padre del niño, que era un buscavidas, se había esfumado, no sin antes intentar robar el dinero que don Manuel enviaba a su hermana y que esta guardaba debajo de un colchón. La mujer, armada con un cuchillo jamonero, lo impidió. Cuando Olmos, que así se apellidaba el sujeto, murió en una pelea en la cárcel, se dijo, aunque nunca se supo con certeza, que don Manuel había pagado al preso que le clavó un puñal cerca del corazón.

El cacique, casi siempre a distancia, había seguido las vicisitudes del crecimiento de Manolito y las había amparado. Tenía un proyecto crucial en su vida para el que necesitaba a su sobrino. Por eso Manolo seguía con vida, aunque le hubiera traicionado.

El plan que había ideado era bastante sencillo. Puesto que él no podía tener hijos, su mayor deseo era que Manolo engendrara un hijo o una hija a quien irían a parar tanto su fortuna como el orgullo de apellidarse Martínez. Pero para llevar a cabo su plan era necesario encontrar una mujer sana que fuera de fiar.

Y así fue como apareció Carmen. El hallazgo fue de Casilda, que pensó en la muchacha precisamente por su falta de voluntad. Con tan solo catorce años, un

accidente doméstico en el que un cascote le golpeó en la cabeza durante una tormenta le había causado una especie de tara intelectual que se manifestaba en una total incapacidad para tomar decisiones. Esa carencia de facultades en ningún caso podría ser heredada por su descendencia y, además, Carmen seguía siendo una de las jóvenes más hermosas de La Coruña. Y, por supuesto, pura.

Faltaba conseguir que Carmen y Manolo hicieran lo necesario para concebir un hijo. Casilda se encargaría de criar a la criatura cuando naciera y la madre podría seguir viviendo con ella o bien en un asilo que el cacique se ofrecía a pagar. De ese modo don Manuel tendría un heredero al que legar su fortuna.

Había que convencer a Manolo, pero sin que llegase a sospechar las intenciones de su tío. Lo mejor sería que se entregara a la lujuria, sin más. El cacique contó sus planes a Matías, que fue el primero en sondear al chaval.

—Tendrás ganas, ¿eh?

—¿Ganas de qué? —preguntó Manolo.

—De follarte a alguna.

—Vete a la mierda, *fill de puta*.

Ya formaba parte de la costumbre que Manolo le dedicara el impropio.

Pero Matías no conseguía ningún avance importante. Así que pensó que quizá el acercamiento podría hacerlo mejor Montse. Ella se preparó a conciencia para cumplir con el encargo, porque tenía la esperanza de que el pétreo corazón de don Manuel se fuera ablandando y dejara que ella y Matías pudieran volver pronto a Cataluña.

El cacique, de todas formas, no solo gastaba sus energías en mirar por sus intereses. España estaba en el centro de sus preocupaciones, y por eso viajaba a menudo a Madrid, donde se reunía con otros hombres con quienes compartía la inquietud por el estado de la patria y la convicción de que hacía falta un buen cirujano que extirpase los tumores malignos que invadían su sagrado cuerpo. Un cirujano que fuera de hierro de verdad, no como el general Primo de Rivera, que había dejado las cosas peor de como las había encontrado cuando llegó.

Comenzó a frecuentar a altos cargos del ejército, entre ellos a varios generales de los que habían servido en África, no de los que se habían ablandado. Al principio les unía poco más que un enérgico impulso de protesta, pero progresivamente se fueron concentrando en un plan que iba mucho más allá de la mera negación de la República tal como estaba planteada. Había que dotar a la patria de un proyecto de futuro. La monarquía no había sido capaz de dar estabilidad al país, y de la República, ¿qué decir? Las mujeres se sentían cada vez más libres, y el imperio de la ley se derrumbaba como en la Alemania de

Weimar, cuyo rumbo solo había conseguido enmendar el nuevo canciller, Adolf Hitler, cuando el Estado ya se hallaba al borde del abismo.

Don Manuel y algunos otros creían que quien mejor encarnaba su proyecto eran los jóvenes falangistas del Movimiento y de José Antonio Primo de Rivera. Se parecían mucho a los fascistas de Mussolini y a los nazis de Hitler, y eso les gustaba.

Había otros militares que querían que Alfonso XIII recuperara su corona, y otros que pretendían dársela a la dinastía carlista. Según la opinión de don Manuel, un embrollo que auguraba una guerra civil.

Su amigo el general Mola no terminaba de decantarse por una opción y su fidelidad al general Sanjurjo le situaba más en la corriente defendida por los carlistas. Fuera la que fuese la decisión final, lo importante era crear un régimen autoritario que cortara las alas al bolchevismo e hiciera que los españoles regresaran a las iglesias o, al menos, a las tabernas. Porque don Manuel no estaba dispuesto a permitir que los lugares tradicionales de expansión de los hombres cerraran sus puertas. ¡Solo faltaba eso! Un país corroído por el nihilismo que además prohibiera las tabernas.

Desde la primavera de 1935, el cacique adoptó la costumbre de ir a Madrid una o dos veces al mes para ver a «mis» generales, que era como se refería a militares como Goded, Fanjul, Franco o el mismo Emilio Mola. Sus reuniones eran clandestinas, pero nadie parecía estar especialmente preocupado por que les descubriesen.

Le gustaba al cacique eso de las conspiraciones.

UN TAL AMÓS ACERO

En Madrid, Yolanda se sentía cada vez más acorralada. Los hombres de Sánchez iban a diario al circo preguntando por ella, porque el comisario estaba convencido de que la chica se escondía allí y su olfato no solía traicionarle. Sus agentes interrogaban con frecuencia al chaval ucraniano que se encargaba de limpiar a las fieras, e incluso llegaron a ofrecerle mil pesetas si les daba alguna pista sobre su paradero. Pero el chavalín calvo no parecía entender nada.

Jeannette, que era una mujer con experiencia, comenzó a inquietarse. Organizó una reunión con Yolanda, Eduardina y Raimundo, el encargado de las fieras, natural de Vallecas y responsable de Yolanda en el circo. Raymond, como le llamaban todos allí, expuso con claridad su punto de vista.

—Yo no puedo garantizar el comportamiento de todos los que están a mis órdenes. Si empieza a correr el dinero, lo mejor es buscar otra solución.

Sin duda, a Yolanda la buscaba gente muy importante, y don Manuel corría con los gastos de la policía. Había que reaccionar enseguida.

—Creo que hay una salida —dijo Raymond con un tono algo misterioso—. La situación, como sabéis, es muy mala desde octubre. Pero en mi pueblo queda buena gente. Como en todos los sitios donde hubo apoyo a la revolución, se ha liquidado al alcalde democrático, pero el nuestro, Amós Acero, resiste en la clandestinidad. Yo puedo hablar para que a Yolanda la acojan en Vallecas.

A las tres mujeres el plan de Raimundo les pareció una buena opción, así que le pidieron que comenzara a negociar cuanto antes con el exalcalde vallecano.

Amós Acero era un hombre de mediana edad, delgado, con las mejillas hundidas y el cráneo sorprendentemente grande, lo que había llevado a pensar a muchos que se trataba de alguien más inteligente de lo normal. Y la verdad es que no iban desencaminados.

Era natural de un pueblo toledano, Villaseca de la Sagra, situado en medio de la paramera castellano-manchega y, como su nombre indicaba, poco favorecido por la presencia del agua. El lugar de nacimiento le había dado el acento que

siempre le acompañaría, una peculiar forma de hablar caracterizada por el juego de las «eses» convertidas en «ges».

El exalcalde, que tenía la resistencia moral incluida en su apellido, no presumía de ser inflexible, sino todo lo contrario. De hecho, era más un émulo de los pastores evangélicos, dispuestos a ayudar al prójimo en cualquier circunstancia. Y lo demostró una vez más con Yolanda.

La negociación fue sencilla una vez que Raymond se hizo cargo del asunto. Los términos del acuerdo los resumió el encargado de las fieras con insólita precisión, que llamó la atención de su jefa, quien hasta entonces mostraba una injusta valoración de sus méritos.

—El ayuntamiento de Vallecas —explicó Raymond— se hará responsable de preservar la identidad real de Yolanda y de buscar los mecanismos para que se pueda ganar la vida en las circunstancias tan adversas en las que vivimos. —Empujado por su verbo, que se hacía más florido según avanzaba en su discurso, Raymond no tuvo más remedio que hacer un carraspeo algo pedante antes de continuar—: A cambio, Jeannette Parish hará, sin ningún coste para el ayuntamiento, una exhibición ecuestre en exclusiva para los habitantes de la villa de Vallecas. —Y concluyó con un enfático—: ¿Estamos?

Todos estuvieron de acuerdo con la propuesta y se despidieron con un contundente apretón de manos.

Así fue como Yolanda, con la cabeza afeitada y aspecto de muchacho, volvió a despedirse del circo. Un coche, esta vez sin ninguna cartelería, la llevó hasta la calle principal del pueblo de Vallecas, la avenida de la Albufera, y luego giró hasta la casa del pueblo, en la calle de la Concordia, número 6, a unos cientos metros del ayuntamiento, para guardar la imprescindible discreción.

En la casa del pueblo, recién construida por militantes de UGT del sector de la construcción, tenían su sede el PSOE y el sindicato. Enfrente, en la misma calle, estaba la de la CNT. A pesar de convivir en la calle Concordia, los habituales de ambas sedes no se hablaban ni para insultarse, algo extraño teniendo en cuenta que los dos sindicatos contaban con una escuela en sus locales respectivos. En realidad, los ánimos únicamente se aplacaban cuando la derecha hacía acto de presencia. Entonces sí, la concordia recuperaba su vigencia.

—Aquí hay pocas tuberías, pero muchas pizarras —le dijo Amós Acero a Yolanda—. Las dos son necesarias, pero yo trabajo sobre todo para que se multipliquen las segundas.

En el pueblo se habían comenzado varios trabajos de alcantarillado, pero, sobre todo, destacaban las escuelas nuevas que se estaban construyendo para sus

sesenta mil habitantes. Yolanda lo observaba todo con curiosidad y pronto se dio cuenta de que el inmenso pueblo de Vallecas era un desaguisado. La construcción de las casas era muy deficiente y todas las paredes estaban desconchadas. Los niños jugaban con sus balones de trapo en las calles y apenas había autos aparcados, porque había que ser un inconsciente para dejarlos a la vista de gamberros y chatarreros.

El alcantarillado apenas existía fuera de la vía principal y de algunas de las que formaban el teórico centro de la villa. Un reguero de origen inequívoco corría por las calles, a cuyos lados había un sinfín de casuchas miserables con una tela de saco como puerta. Olía a orines y a excrementos humanos.

El arroyo Abroñigal marcaba el comienzo del barrio, la separación de Madrid ciudad, que se superaba mediante el puente de Vallecas y era el anuncio de mil arroyos pestilentes más. Vallecas era un vaciadero de gente que intentaba dar el salto a la ciudad desde el mundo rural, donde no había más trabajo que el que repartían caprichosamente los señoritos latifundistas. Los hombres trabajaban en la construcción, o lo intentaban. Las mujeres, a veces, encontraban empleo, muy mal pagado, en el servicio doméstico o en talleres de costura.

Amós Acero no se cansaba de contarle a Yolanda las miserias del pueblo. Pero también sus maravillas: las escuelas proliferaban gracias al empuje de los obreros socialistas y anarquistas, así que ella podría ganarse la vida enseñando su oficio, el de kinoterapeuta, a otras jóvenes. Además de tratando las machacadas espaldas de los trabajadores.

Yolanda había visto mucha miseria en su vida, pero nada comparable a lo que pudo contemplar en aquella primera visita vespertina al pueblo de Vallecas. Aunque el empeño y la fe de Amós Acero, que parecían inquebrantables, también superaban con creces a los de cualquier persona que hubiera conocido antes.

A la joven le bastó una tarde para que sus ideas políticas se radicalizaran. En ningún momento dejaría de admirar a Manuel Azaña, pero aquel día se volvió «un poco más» revolucionaria. Seguía pensando que el ideal republicano, lleno de escritores y gente moderna, era lo que necesitaba España; pero empezó a creer que «un poquito más de nervio» no le vendría mal a la política.

Cuando ya caía la noche, Amós la llevó a su casa, donde Yolanda residiría temporalmente hasta que le encontraran un lugar más adecuado y «decente» para una señorita que sería profesora en la escuela de la casa del pueblo. Compartió la cama con la hija pequeña del alcalde. La mujer de Amós Acero, Dolores, insistió en ello, y Yolanda no puso reparos. No estaban las cosas para andarse con

remilgos.

A pesar de todos los inconvenientes, Yolanda estaba muy excitada ante la nueva vida que se le abría. Ejercer su profesión ya era algo revolucionario, pero, además, ayudar a que más mujeres se formaran en las técnicas de la kinesiterapia le parecía el no va más de la modernidad. La joven pensaba que solo lo moderno podía aspirar a ser eterno.

Se tapó muy bien para aprovechar el calor de la cama. Y evocó a Manolo como hacía tiempo que no lo hacía. Mientras le llegaba el sueño inventó una historia en la que por fin se encontraban y, resguardados bajo un árbol en medio de la calle, compartían un beso apasionado.

LA VIRTUD DE LA PACIENCIA

En su nueva vida como bestia, Manolo empezó a desarrollar una faceta de su personalidad que sería decisiva para su futuro: la paciencia. A decir verdad, no tenía muchas más opciones. Cuando su madre le veía, intentaba subirle la moral, pero los días pasaban sin que don Manuel ablandara el castigo.

El chico empezó, poco a poco, a identificarse con Segismundo, algo que coincidía con los deseos de su tío. Ya se sabía de memoria los pocos versos que esa voz grave recitaba, pero ignoraba cómo seguía la historia. A menudo fabulaba con personajes de carne y hueso para mantenerse cuerdo, para rellenar de alguna forma una vida vacía.

Hasta que un día su paciencia se vio recompensada gracias al descuido de Montse y del dueño de la voz profunda. Aprovechando la agudeza de sus sentidos, que, al vivir rodeado de oscuridad, se había incrementado, Manolo descubrió que la mujer de Matías y el hombre desconocido tenían una aventura. Pudo escuchar los muelles de la cama y los bufidos de él, que ni mucho menos eran los sonidos que emitiría un contratenedor como Matías.

Los había escuchado ya en seis ocasiones distintas cuando, una tarde en la que Montse fue a recoger los recipientes con sus excrementos, Manolo encontró el valor para abordarla:

—Señora Montse, conozco su secreto.

La otra reaccionó ofendida.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo te atreves? —repuso ella.

—Sé lo que le gusta hacer con ese hombre.

—Pero ¿de qué hombre hablas?

Manolo detectó que su voz alarmada contenía una dosis de alivio, pero tenía más datos para incriminarla.

—Ese que recita lo de Segismundo...

—¡Ay, Virgen mía! ¿Y tú cómo lo sabes? Eres un mentiroso.

Manolo, que durante su tiempo de encierro se había vuelto muy ordenado y

metódico, supo decirle las fechas de los días en los que les había escuchado. Y ella perdió el control al saberse atrapada, rendida finalmente a la evidencia.

—¿Qué quieres de mí? Te puedo dar casi todo, menos la libertad... ¿Quieres mi cuerpo?

Pero él no quería el cuerpo de Montse, sino el de una mujer a la que de verdad le apeteciera abrazar.

—Quiero hacer el amor con una mujer a la que desee y que me desee a mí. Y quiero hacerlo después de darme un buen baño.

—Ahí es nada con los deseos del niño —murmuró ella.

DON MANUEL Y DON EMILIO

El cacique probaba y probaba, incapaz de ponerse freno, su capacidad para apostar cambiando la realidad que le envolvía. Era un reaccionario completamente consecuente, dispuesto a hacer cualquier cosa para que todo llegara a ser más injusto, más desigual, más autoritario y más integrista católico. Era una auténtica enfermedad la que padecía. Gastaba energías y dinero en abrazar las peores causas, siempre que el objetivo fuera hacer más pobres a los miserables, más sumisas a las mujeres o más devotos a los condenados a muerte. Era, por ejemplo, un admirador confeso de Leopoldo II, el disparatado monarca belga, homicida y torturador, que dejó cojos o mancos a una buena parte de los diez millones de congoleños que lograron sobrevivir al exterminio de los otros diez millones.

Don Manuel se conocía al dedillo los detalles de la vida de Leopoldo y era capaz, incluso, de recitar de memoria fragmentos de algunos de sus cínicos discursos en contra de la esclavitud. En francés, cómo no. De dónde los había sacado era un misterio.

Se sentía muy próximo a la figura de ese hombre, que no había cedido jamás a debilidades humanas como la piedad, y cuya obligación era hacer una Bélgica rica y poderosa. Sentía que Dios le había elegido para esa misión, y no era quién para negarse. ¿Y acaso él, don Manuel, no tenía el derecho, e incluso la obligación, de hacer que los suyos tuvieran el porvenir despejado? Sus actos se justificaban por un fin legítimo.

Pero para que su construcción tuviera sentido, primero debía tener una familia, y eso pasaba por que Manolo dejara preñada a Carmen. Él había diseñado el plan y no estaba dispuesto a que nada ni nadie se lo trastocara. Ni siquiera los asuntos de la política, porque... ¿en qué clase de país iba a vivir su familia? A los designios criminales de las masas informes debía oponerse la voluntad de los grandes hombres. Como don Emilio Mola.

Don Manuel había conocido al entonces capitán bastantes años antes, en 1912,

con motivo de la grave herida que había sufrido en una de las muchas guerras africanas que España libró contra uno de los ejércitos más aguerridos del planeta, el de los rifeños. Don Manuel le hizo un torniquete en la pierna que probablemente salvó la vida a Mola, y ese gesto le sirvió tanto para construir una amistad de por vida como para permanecer a salvo en la retaguardia acompañando al herido.

La amistad entre los dos personajes se fue haciendo más fuerte con el paso de los años. A don Manuel le interesaban mucho los temas militares y, como es obvio, estos también preocupaban al general, que tenía un alma más de policía que de militar y una vocación que se decantaba más por tirar Gobiernos que por salvarlos.

Un día, estando juntos en Madrid, tras una copiosa comida e inspirado por el licor, don Emilio arrojó una pregunta al aire:

—¿Para tomar el poder habría que asaltar Madrid o bastaría con hacerse con el resto de España?

Se hizo un denso silencio en el salón en el que se encontraban. Hasta que don Manuel, tras una calada a su puro cubano, respondió:

—Madrid, como dijo Napoleón, lo es todo.

—¿Y un golpe, para triunfar, debe irradiar desde Madrid o debe ir hacia Madrid? —volvió a preguntar Mola.

—El golpe bueno, mi querido general, debe ser centrípeto.

Era el mes de noviembre de 1935. Don Manuel se convirtió ese día en el asesor principal de Mola. Aunque no fuera más que un civil, a lo largo de su vida había demostrado con creces ser un gran estratega.

CARMEN, MÁRTIR

A Carmen siempre le añadían al nombre lo de «la pobre» quienes más la querían. Y había una buena explicación: su destino habría podido ser el de una reina de la belleza o una actriz de cine y, sin embargo, un accidente la había dejado sin entendederas. Incluso sus padres, antes de que la casa familiar se derrumbara, confiaban en salir airosos de la modestia económica en que vivían gracias a la belleza de la chica. A los trece años ya tenía un representante, que se llamaba Tomás, era de La Coruña, y solía decir eso de «esta joya no tiene límites». Los padres estaban tan complacidos con los halagos del representante que nunca le preguntaron por las actividades que pensaba realizar con la niña, pero confiaban en que llegaría «a lo más alto».

Cuando Carmen ya se había convertido en «la pobre» Carmen, comenzó a mostrar una alarmante falta de capacidad para contrariar los deseos de quien fuera que tuviera enfrente, circunstancia que sus padres descubrieron el día en que la encontraron debajo de Tomás, que estaba a punto de consumir la desfloración de la niña.

Don Manuel tomó cartas en el asunto y se ofreció a darle una buena paliza al agente, así como a proveer a la familia de lo necesario para vivir. La única misión de los padres de la chica sería mantenerla alejada de otros hombres hasta que Manolo la hiciera «suya». Y, por supuesto, hasta que diera a luz a quien heredaría su poder y su fortuna.

Carmen era totalmente ajena a los proyectos de su, en teoría, protector. Vivía, con un cuerpo de mujer de dieciséis años, un mundo de «quieros», con rabietas escandalosas pero sin efectos importantes. Podía ser feliz abrazada a un perro de peluche y terriblemente desgraciada si tenía que tomarse un plato de sopa.

Don Manuel fingía estar dolido por la situación que vivía la niña eterna que se había vuelto Carmen, pero en el fondo estaba satisfecho, porque ninguna otra mujer le podía garantizar como ella la pureza de su cuerpo y la imposibilidad de un fraude. Y los médicos consultados, que habían sido muchos, le aseguraban

que las lesiones provocadas por accidentes no eran hereditarias.

Entonces, ¿a qué esperar?

En primer lugar, a que la naturaleza provocara que Carmen llegara a la fertilidad.

Pero, además, había que hacerlo para estar seguro de que a Manolo le viniera «la gana». Eso lo tenía que diagnosticar Montse, que era quien estaba más cerca de la bestia.

Cuando, pese al encierro y al trato que recibía, Manolo dio signos inequívocos de sentir deseos por el sexo contrario, Montse llamó de inmediato a la puerta de don Manuel en La Coruña. No quiso tener que confiar en telegramas, ni en cartas, ni en el teléfono. Si ella había tenido que apechugar con el chico, debía ser ella quien le diera en persona la noticia al jefe.

Fue directa al grano:

—Don Manuel, que el chico quiere follar. Con la que sea, siempre que le guste y sea recíproco.

El cacique se quedó como alelado durante unos segundos. Finalmente, sin decir palabra, se fue al interior de la casa y, cuando volvió al cabo de pocos minutos, unas lágrimas de emoción surcaban sus mejillas. Le dio mil duros y un par de cachetitos en las mejillas.

—Dios te lo pague, Montse —le dijo—. Cuando Carmen quede preñada, Matías y tú podréis volver a Cataluña, si eso es lo que queréis.

Matías no estaba en casa cuando volvió, y ella estaba tan contenta que quebrantó las normas de alimentación de Manolo, dándole unas chokolatinas que había comprado en una buena pastelería de La Coruña. Chocolate belga, para los cerdos.

Manolo recibió con alborozo el regalo, aunque tuvo el pasajero temor de que eso significara que le iban a sacrificar.

Montse le dio entonces la buena nueva.

—A partir de ahora, serás un campeón en la cama. Vas a follar, Manolo.

—Pero me tiene que gustar —replicó él.

—Te gustará mucho, bandido.

A partir de ese momento, Manolo y Montse se hicieron cómplices. Él guardaría silencio sobre su infidelidad y ella le proporcionaría lo que le pidiera para preparar su fuga. Pero solo cuando hubiera «cumplido» con Carmen, por supuesto.

YOLANDA, DE MANUAL

Los saberes de Yolanda no se podían encontrar en ningún manual. La razón era muy sencilla: no lo había. Quizá lo hubiera en Alemania, pero no en Vallecas.

Yolanda no lo sabía, pero estaba en la vanguardia mundial del arte de estirar músculos y tendones, una habilidad que habría entusiasmado a Hipócrates y a Galeno. Al poco tiempo comenzaron a agolparse a las puertas de la escuela un sinnúmero de mujeres con la espalda destrozada por las tareas domésticas. Los veteranos de África, los supervivientes de Annual y de otras carnicerías también tenían su espacio en el tratamiento masivo que Yolanda inauguró en Vallecas, aunque no eran, ni mucho menos, los protagonistas de la terapia.

Las cosas, todas las cosas, tienen su orden, insistía Yolanda, y ella quería imponérselo a las chicas que acudían a aprender sus técnicas. Estas seguían un principio básico: «Todo a favor y nada en contra». Todo a favor del movimiento natural, y nada que lo obstaculizara o lo impidiera. Parecía lógico y, además, funcionaba.

—No creo que en Alemania lo hagan mejor —le dijo eufórico Amós Acero una mañana que fue a ver los progresos de la chica.

Yolanda, con el apoyo del ayuntamiento, preparó un manual con todas las técnicas que conocía o que había comenzado a desarrollar. Jeannette y Eduardina estaban orgullosas de su protegida, aunque temían que su enorme éxito pudiera llegar a oídos de Sánchez y sus sicarios.

—¡Cómo va a suponer Sánchez que algo así funcione en Vallecas! —replicaba ella.

El razonamiento era impecable, pero le faltaba una pieza importante: la Iglesia.

Don Diego, que así se llamaba el párroco, poseía una voz grave y potente, un auténtico don del Señor. La usaba para acusar a los pecadores, pero también a los que podían pecar. Y estaba dispuesto a hacer todo lo posible, no se sabe si con ayuda de Dios o del diablo, para que Yolanda, que corrompía a las jóvenes

vallecanas mostrándoles el funcionamiento de cuerpos humanos desnudos, no pudiera seguir con sus funestos propósitos.

La parroquia era una iglesia situada muy cerca de la avenida de la Albufera. Recoleta y sin tesoros artísticos destacables con los que admirar a los visitantes, tenía una sonoridad prodigiosa, y la voz de quien se explayara desde el púlpito se volvía una majestuosa tormenta a poco que su poseedor tuviera unas buenas facultades naturales, como era el caso de don Diego.

Ya puestos a entrar en el pecado por la puerta principal, don Diego siempre se imaginaba lo peor, y lo peor estaba en la lujuria. El manual que había hecho Yolanda de sus técnicas contaba con varios dibujos del cuerpo humano que habían hecho, con notable destreza, los chavales de la escuela. Según pensaba don Diego, si una mano ya podía ser pecaminosa, una mano dibujada, junto con otras obscenas ilustraciones, eran una llamada directa a la fantasía. Y, por supuesto, la fantasía era la salsa que aderezaba los actos impuros.

Don Diego lo sabía por experiencia propia. Sus carnes se estremecían cada vez que imaginaba la mano, inocente en apariencia, de un niño resbalando sobre su sotana hasta encontrar el insalvable obstáculo de su erección. Conocía bien ese pecado, así que prefería evitar que los jóvenes tuvieran acceso a la tentación con las impúdicas ilustraciones del manual de Yolanda.

De modo que el cura se puso manos a la obra. Desde el púlpito lanzaba su voz atronadora dispuesta a atacar a los más débiles del mejor modo que conocía, señalando a los padres.

—¡Ay de las que entre vuestras hijas se dejen arrastrar por el pecado disimulado tras el atractivo de la formación! ¿Para qué puede querer eso una mujer, que ha sido creada por Dios para traer hijos al mundo que sirvan para hacer felices a los hombres y para cantar las excelencias del Señor?

Yolanda era un blanco perfecto para sus diatribas, porque, con la mayor de las desvergüenzas, la joven se dedicaba a cuidar y a palpar cuerpos desnudos. Era una mujer sin principios, que se acercaba cada vez más, con su pretendida sabiduría científica, a las enfermas teorías que se hacían llamar higienistas y no eran otra cosa que emponzoñadoras de almas. Yolanda se convirtió así en el objetivo favorito de los ataques de don Diego, que en la campaña electoral de las elecciones de 1936 alcanzarían su momento álgido.

—Te adoro, sagrada hostia... —comenzaba su discurso con una voz que parecía salir de las entrañas de la Tierra.

No dejaba títere con cabeza ni castigo del infierno sin mencionar. Y eran tales sus maneras y tan incendiarias sus prédicas que el mismísimo alcalde, Amós

Acero, tuvo que emplearse a fondo, al menos en dos ocasiones, para evitar que la iglesia de don Diego fuera pasto de las llamas.

El *Manual de Kinesiterapia* de Yolanda, con prólogo del alcalde de Vallecas, se había publicado en el otoño de 1935 y había tenido un lanzamiento espectacular en el pueblo. Suponía un breve respiro a las constantes discusiones sobre política que circulaban por toda España. Y ante todo era, según Acero, el mejor testimonio del triunfo de la razón sobre la superstición, del estudio de las ciencias sobre las sinrazones de la Iglesia.

El manual estaba maquetado por un conocido artista de la zona al que todos llamaban Roquito el Bien Hecho. El mejor pendolista de Vallecas, Felipe Hernández, había compuesto el título. Y el alcalde escribió un prólogo emocionado.

Para celebrar su lanzamiento, Jeannette Parish organizó un imponente desfile por la avenida de la Albufera, que culminó con la ejecución en la plaza del ayuntamiento de varios números circenses que arrebataron al público justo en las horas en que, de forma insistente, las campanas de la iglesia de don Diego llamaban a misa.

Amós Acero estaba superado por la emoción.

—Hoy Vallecas se ha puesto a la cabeza del mundo. Y ha sido gracias a ti, Yolanda —le dijo casi con lágrimas en los ojos.

Esa noche Yolanda durmió abrazada al libro. No podía imaginar que su intento de hacer más feliz a la humanidad implicaría la condena, impuesta por don Diego, a penar durante siglos en el infierno.

El párroco, que era de naturaleza ruin, enemigo de la dádiva y el gasto suntuario, se hizo con uno de los ejemplares gracias a uno de sus monaguillos. Lo estudió a fondo, alimentando la misma fantasía que quería conjurar. Cuanto más tentado se sentía, más odiaba a Yolanda y a Amós Acero. Asociaba su demoniaca obra con aquellos que querían destruir su iglesia.

Mientras tanto, la chica estaba segura de que Manolo se sentiría orgulloso de ella si algún día se topaba con el libro. Su pelo moreno y rizado había vuelto a crecerle sobre el cuero cabelludo y ya no parecía un limpiador ucraniano. Volvía a ser la Yolanda de siempre, aunque algo crecida por la fama, eso sí. En pocos meses había pasado de ser un falso muchacho, limpiador de excrementos de jirafa, a ser uno de los personajes más populares del barrio, donde, como por arte de magia, decenas de miles de personas sin ninguna instrucción habían aprendido a decir la palabra «kinesiterapia» de seguido.

DIEZ MINUTOS DE CARMEN

La madre de Carmen tenía una gran devoción por santa Lucía. Nadie sabía, ni ella misma, por qué. Esa devoción fue la que la condujo a buscar que todo encajara para que Carmen se quedara preñada un 13 de diciembre, el de 1935, porque ese era el día marcado en el santoral católico para celebrar a la santa, cuyo mayor mérito consistió en ofrecer sus ojos a los verdugos que pretendían vanamente que abjurase de su fe.

Montse recibió el encargo de hacer que Manolo, al que algunos se referían como «la bestia», estuviera limpio como una patena el día elegido, y para ello tuvo que pedir la colaboración de Matías. Había que empezar por un buen baldeo y un uso exhaustivo de jabón casero aplicado con un cepillo de raíces. Y después seguir por el pelo, que llevaba sin lavarse y cortarse lo mismo que Manolo encerrado. El chico llevó mal el procedimiento desde el principio, en especial porque Matías no veía la necesidad de calentar el agua de los baldes para lavar a una bestia.

Al final, para evitarse dificultades, Matías optó por raparle al cero. «Total, para diez minutos...», se dijo. Además, pensó que eran otras partes de su cuerpo las que tendrían que llamar la atención de Carmen cuando llegara el momento.

Lo de las uñas fue otro cantar. A decir verdad, aquello fue un calvario para todos, sobre todo por las tijeras de pescado que Matías usó para ello. Mientras llevaba a cabo su carnicería, le decía palabras de consuelo a su víctima.

—Te vas a follar a una que no te mereces. Y, *a més a més*, está nueva, que decimos los catalanes.

De nuevo, hizo falta otra concienzuda jabonada. El cuerpo de Manolo adquirió un color rojo severo, que palideció algo, pero no mucho, cuando recibió una larga serie de baldes de agua fría para enjugarlo. Y finalmente vino el afeitado, que corrió a cargo de Montse y fue la parte más fácil.

—Estás hecho un san Luis —le dijo Montse al acabar, mirándole de arriba abajo—. ¡Un San Luis, parece un San Luis! —repitió.

Preparar a la chica fue mucho más sencillo, y justo después de que ella estuviera lista, los chicos tuvieron una sesión de sexo que Manolo vivió como una liberación y Carmen como un castigo. Por suerte para ella, solo fueron diez minutos.

Manolo revivió después aquella experiencia con una indefinida sensación de vergüenza. En el tiempo que usó para entrar y salir de Carmen no hubo ninguna acción que tuviera que ver ni con la seducción ni con algo más sencillo como la cortesía. El abuso de la chica no solo le dejó aliviado, sino que le obligó a plantearse cosas que había olvidado tras tantos meses en la cochiguera con la única compañía, y a medias, de Montse y la periódica aparición de la voz grave de Segismundo.

En realidad, Manolo dejó de ser una bestia cuando llegó a lo más bajo y se dio cuenta de que no había nada que justificara su comportamiento. No había remiendos para un descosido tan grande. ¡Menuda manera de recuperar su vida! Por mucho que la chica hubiera sido conducida a sus brazos con zalamerías y por mucho que él no hubiera empleado la fuerza en el empeño, a Manolo aquello le seguía pareciendo una violación.

Así que don Manuel se había salido con la suya...

Montse rebajó por su cuenta, y sin pedir permiso a don Manuel, el régimen estabulario a Manolo. Sus lavados se hicieron más frecuentes y le permitió estirar los músculos de vez en cuando en el exterior, aunque con la argolla puesta y atada al pie para que no tuviera la tentación de fugarse. Su vida, claro, cambió radicalmente.

Carmen vivió aquellos diez minutos como un episodio más de la larga serie de acciones que hacían de su vida algo ajeno a ella. Y de ese modo comenzó a incubar al heredero de don Manuel.

MADRID, EL OBJETIVO

Don Manuel había encontrado el término preciso. Eso no se lo podía quitar nadie.

El movimiento para dar un golpe de Estado debía ser «centrípeto» y tener a Madrid como objetivo central, sin cuya conquista nada se conseguiría. A partir de estas dos ideas fundamentales, don Manuel fue preparando un largo listado de guarniciones que deberían unirse al golpe, colocadas de mayor a menor según el grado de compromiso de sus mandos.

—Napoleón y yo pensamos... —Y se ponía en segundo lugar, dejando clara su reverencia al gran genio de la guerra, que tenía como único defecto, aunque importante, el de ser francés.

Las cuentas le salían a Mola, sobre todo por lo que se refería a África. Allí, en Tetuán, en Larache o en Melilla, los comandantes, tenientes coroneles y coroneles, es decir, todos los oficiales y jefes con mando directo sobre tropas de combate, estaban dispuestos a jugársela en un envite que pintaba solvente. Aunque algunos estaban escarmentados tras el intento de golpe de Sanjurjo, Mola confiaba en sus dotes para convencerles. Los generales como él le preocupaban mucho menos. Ya tenía suficiente apoyo con Franco y algunos otros, que eran muy populares entre las asociaciones de oficiales y la población civil.

—De todo esto que te cuento que quede copia, Manuel —le decía su amigo Mola—, porque si no sale bien, cosa que dudo, será mejor que lo que se cuente sea la verdad.

Los golpes de Estado tienen que funcionar con agilidad para triunfar. Su ejecución ha de ser rápida, a diferencia de su preparación, que es lenta y minuciosa.

El general lo sabía, y por eso no quiso participar, con la opinión favorable de don Manuel, en la preparación de otro golpe militar encabezado por el general Ángel Rodríguez del Barrio y el coronel José Enrique Varela en marzo de 1936.

—Esos son unos aficionadillos —decía con desprecio evidente don Emilio—. Con ellos no se puede ir ni a la vuelta de la esquina. Madrid, mi querido Manuel, tiene que ser el objetivo principal de un golpe. Cualquier otra estrategia conducirá a una guerra civil con un resultado incierto, porque el enemigo es fuerte y está bien organizado. Solo yo puedo garantizar el éxito de la operación. Los demás solo saben pelear en las trincheras. Y escucha una cosa con atención porque no me la vas a oír nunca más: no te fíes de Franco.

Don Manuel estaba casi fuera de sí, superado por la euforia. Olía la sangre, y eso le ponía en un estado cercano al éxtasis.

—Tendremos que cargarnos a unos cuantos, ¿eh, don Emilio?

—Yo calculo que con unos cuarenta o cincuenta mil será suficiente.

A don Manuel le pareció una cifra bastante razonable, más si se tenía en cuenta que no paraba de ver manifestaciones de sindicatos o de partidos de izquierda por todas partes. Pero si Mola lo decía, seguro que era porque había hecho un estudio serio del asunto. Se quedó con la cifra en la cabeza, y cada vez que veía un rojo por la calle, le imaginaba tirado en una cuneta con los sesos desparramados. Entonces decía en voz baja:

—Ya solo quedan cuarenta y nueve mil novecientos noventa y nueve...

Muy poco después de la reunión de Madrid, el 10 de marzo, recién incorporado a su despacho, don Manuel recibió la noticia que más esperaba. Carmen, la madre de la chica descerebrada, fue a verle a su despacho y se lo comunicó en persona.

—La niña está preñada, don Manuel. ¡Ya somos parientes!

Y le estampó dos besos en las mejillas que le cogieron desprevenido.

Montse y Matías recibieron también la noticia, que celebraron con unos tazones de un vino ácido y desabrido que le compraron a un paisano. La pareja ya se veía de nuevo paseando por la Rambla de las Flores o en una barca de remos en el lago de Banyoles.

Lo único que le dolía a Montse era que su marido tuviera que «dar pasaporte» a Manolo, pues así lo había ordenado don Manuel.

—En cuanto la niña haya tenido un parto natural y libre de problemas —dijo el cacique—, y tengamos la seguridad de que la criatura está sana, Manolo recibirá dos tiros, uno en el corazón y otro de gracia en la nuca. A partir de ese momento consideraré que vuestra deuda conmigo está saldada. —Y tras una breve pausa concluyó—: Los tiros se los darás tú, Matías.

Montse tuvo una sensación contradictoria. Por fin podría regresar a Barcelona, lejos de tanto español cateto. Pero también se sentía en deuda con Manolo por

guardar silencio acerca de sus encuentros con el hombre de la voz cavernosa. El arreglo de don Manuel tenía tantas ventajas como inconvenientes.

VALLECAS EN EBULLICIÓN

El mayor trabajo se lo dieron a Amós Acero los suyos cuando el Frente Popular ganó las elecciones de febrero de 1936. Obtener la victoria en Vallecas no había tenido mucho mérito, según el alcalde, pero que lo hicieran los socialistas, acosados por la izquierda por el partido comunista y por la CNT, sí lo tenía, porque el campo estaba abonado para la violencia. Por la derecha, los republicanos también ejercían presión y en ellos se apoyaba el repuesto alcalde para intentar mantener las calles de su pueblo limpias de sangre.

Pero era de su partido, el PSOE, de donde venían los mensajes más inflamados, que le obligaban a salir a la calle cada dos por tres a apagar los incendios, y no solo dialécticos, que las declaraciones de Francisco Largo Caballero provocaban.

El dirigente socialista parecía más un bolchevique que otra cosa. Llamaba a la revolución tal y como se había hecho en Rusia, con palabras que hablaban de exterminio y de la violencia que habría que usar para conseguirlo.

Amós Acero intentaba que sus salvajes consignas se quedaran en mera retórica vacía, al menos en su pueblo. Desde que la victoria del Frente Popular le repusiera en el cargo, su trabajo se había multiplicado. Los pistoleros de la Falange aparecían de cuando en cuando, pero no eran su mayor problema, porque casi siempre venían de fuera, del centro de la ciudad, y eso les convertía en gente identificable. Más temibles eran los pistoleros de su partido y los anarquistas violentos, a los que nadie podía parar porque no aceptaban órdenes ni de la CNT.

Yolanda se convirtió en su amiga y confidente. El alcalde veía en ella la encarnación del espíritu republicano que le llevaba a rechazar la lucha de clases, al menos en su forma violenta, y a aceptar lo que Manuel Azaña pedía en sus discursos radiofónicos: comprensión para el enemigo. Amós, como alcalde, entendía muy bien ese mensaje y lo compartía. ¿Cómo podría reprochar él su fe a los muchos conciudadanos católicos que iban a misa todos los domingos?

Amós estaba radicalmente en contra de que se quemaran iglesias, aunque los titulares de las parroquias fueran tan detestables como don Diego.

Por su parte, Yolanda trabajaba como una mula enseñando su oficio a varias decenas de chicas de Vallecas. A menudo, cuando acababa la jornada, Acero iba a buscarla a la escuela y la acompañaba a casa dando un paseo que le venía bien a él para ordenar las ideas y a ella para tenerlas, porque se sentía embrutecida después de tantas horas enderezando cuerpos. Aunque jamás hubo nada entre ellos que ni el más pervertido de los moralistas hubiera podido criticar, algunas habladurías llegaron a Lola, la mujer de Amós, por lo que decidieron de mutuo acuerdo dejar de dar esos paseos que tanto bien les hacían.

Para colmo, el espíritu del socialista recibió un rejonazo del que tardaría un tiempo en reponerse. Las elecciones de 1936 acababan de tener lugar y la victoria del Frente Popular había soliviantado los ánimos de muchos. El párroco de Vallecas, el intransigente don Diego, optó por hacer las maletas y marcharse una mañana, nadie sabía a dónde. Amós Acero no lo sintió por el cura, sino, sobre todo, por los cientos de convecinos que de la mañana a la noche se habían quedado sin misa que escuchar los domingos.

De hecho, muchos culparon al alcalde del suceso, y el asunto se complicó aún más cuando unos días más tarde la iglesia comenzó a arder por los cuatro costados.

Con la iglesia se había quemado también la convivencia en el barrio. Amós Acero dejó de ser el alcalde de todos los vallecanos, porque un alto porcentaje quiso que así fuera y optó por el enfrentamiento. Tuvo incluso que pedir ayuda a Yolanda para apaciguar los ánimos, que se encendían como las teas que prendían las iglesias.

LA GUERRA REVIENTA EN LA CORUÑA

Carmen dio a luz oficialmente el 18 de julio, mismo día del alzamiento. El cacique tenía por fin un sucesor, un heredero, un rollizo bebé que se llamó Manuel, como su ahijado traidor y como él mismo.

Pero ahora, sobre todo, tenía por delante una tarea hercúlea, la de ahogar en sangre todos los estropicios causados por el Gobierno del Frente Popular. Había que matar, matar y matar...

Incluido Manolo. Él y sus captores no se enteraron de que la Guerra Civil había estallado hasta que llegó la enfática orden de don Manuel.

—Matías, liquida a Manolo como te dije.

La instrucción le llegó a Bofarull a través de un chico vestido de falangista y armado con un mosquetón del ejército.

Para Matías no había sido una buena semana. Y, ahora, el policía recibía un encargo que no era de su gusto. Porque con el tiempo él y su mujer se habían encariñado con Manolo, y la idea de matarle les resultaba difícil de asumir. Ya no le veían como una bestia y, aunque no hubiera dejado de llevar una cadena atada el pie, se había ganado su confianza. Era lo más parecido a un hijo que habían tenido.

Pero don Manuel no albergaba ni un ápice de piedad dentro de sí. Estaba sediento de sangre, más si cabe desde la victoria del Frente Popular, que había provocado que todos los izquierdistas de la región se volvieran contra él.

—Se van a enterar de con quién se están jugando los cuartos —repetía enfurruñado por los pasillos de la casa de la Apache.

Cuando le ordenó a Matías que liquidara a su ahijado, en realidad el cacique se estaba vengando de todos esos malnacidos que habían puesto el país patas arriba. No, no tendría compasión de Manolo. Le había traicionado y no estaba dispuesto a perdonarle la vida.

Pero Matías y Montse idearon un plan para que el chico pudiera escapar. Y fue la primera vez que Manolo fue sustituido por alguien para morir. Un cura, quién

lo iba a decir, ocuparía su sitio en cualquier lugar donde decidieran tirar su cuerpo los falangistas enviados por el cacique, después de que Matías se lo entregara.

Manolo no fue a su entierro. Y su presunto cuerpo siguió durante décadas en la cuneta donde lo arrojaron aquellos milicianos del orden. Por su parte, Matías y Montse abandonarían Galicia sin decirle nada a don Manuel. En teoría, habían obedecido sus órdenes y creían que eran libres de marcharse sin que les exigiera nada más.

—Ya me parecía a mí que eran de la cáscara amarga —dijo don Manuel, a quien no le preocupó que la pareja desapareciera.

Por supuesto, no podía imaginar que Manolo les acompañaba.

Por fin se había liberado de sus cadenas, justo cuando los rebeldes se alzaban contra la República. Pero no tendría tiempo de pensar en ello, puesto que ahora se trataba de huir y de llegar a Madrid.

Primero, debía abandonar Galicia. Matías, aprovechando que los falangistas enviados por don Manuel tenían estrictas instrucciones de obedecerle en todo, condujo el coche, un Ford anticuado pero a prueba de averías, y guiado por uno de los milicianos de la camisa azul, hasta la frontera en Tuy. Llegaron allí a media tarde, cuando todavía quedaban algunas horas de luz.

Los compañeros ideológicos de su guía estaban eufóricos, después de haber causado una auténtica carnicería que se había extendido por todo el pueblo. Había allí una estremecedora exposición de cadáveres, que se presentaban en todas las posturas y en todos los lugares para cumplir uno de los objetivos de Mola, que, inspirado por la fértil imaginación de don Manuel, consistía en «sembrar el terror». A Manolo, que desconocía el alto grado de responsabilidad de su tío en lo que veía, la táctica de Mola le había podido, por el momento al menos: estaba absolutamente aterrado. Y eso que era un veterano de la revolución de Asturias, donde creía, erróneamente, que lo «había visto todo».

Habitualmente, los falangistas cuidaban mucho su aspecto, y solían llevar bien planchados los pantalones y relucientes las botas. Pero ese día la uniformidad había cambiado, y las botas y las perneras de los pantalones lucían enormes manchurroneos de sangre que no tendrían una limpieza fácil.

Los espantados funcionarios portugueses les permitieron el paso cuando los falangistas se lo pidieron. Matías, Montse y Manolo se quedaron sin la escolta antes de cruzar el puente para entrar en Valença do Minho. Un estruendo marcial de tacones chocando y de animosos gritos de «¡Arriba España!» acompañó su marcha.

Matías, eso sí, se quedó temporalmente sin pistola, que entregó con docilidad al sargento de la Guardia de Finanzas que mandaba el retén de la guardia fronteriza y les había reclamado con una gran exhibición de cortesía el armamento que llevaran.

Matías arregló los «trámites» en un aparte con el sargento, que pasó en pocos segundos de llevar un pantalón ajustado a lucir un gran bulto cuadrangular en la pernera derecha.

El sargento se encargó de abrirles el camino, hasta que ya no hubo más guardias y, entonces, en perfecto español, les explicó en qué consistía la operación:

—Váyanse de prisa y manténganse lejos de la frontera. Les llevará muchas horas llegar a Badajoz. Háganlo por Elvás, y allí, en el puesto, pregunten por el sargento Guterres. Yo habré hablado ya con él. No hará falta que le den nada más. Su parte ya está aquí.

Y se dio unos golpecitos cariñosos en el bulto. Para acabar su amistosa charla, le devolvió a Matías el pistolón, que era el mismo que le había servido para acabar con el cura.

—Ahora, de prisa. *Sempre direito!*

—*Adéu, moltes gràcies.* Si va a Barcelona, *truqui sense vergonya!*

Montse no pudo acabar el discurso con el que le quería agradecer al guardia sus esfuerzos para sacarles de allí. Matías aceleró, siguiendo el consejo del sargento, y no dio ocasión a que su mujer declarara su amor por Portugal, que era lo que venía después del sincero agradecimiento.

El dinero lo puede casi todo. Matías lo demostró consiguiendo llenar el depósito de gasolina del Ford y un suplemento de cuarenta litros distribuidos en cuatro envases metálicos.

Pararon una vez solamente en una tierra que seguramente formaba parte de la serra da Estrela. Una encantadora mujer de edad indefinida les dio acceso a dos enormes cuartos. Además de varios bocadillos con carne de cabra guisada. Cabra vieja, manjar casi imposible de masticar, de dignos y pobres campesinos portugueses. Manolo sabía que los campesinos pobres comen cabra vieja porque no pueden darse el lujo de comer cordero lechal. Pero Montse y Matías pensaban que era una cuestión cultural.

Matías y Montse, que parecían reconciliados entre ellos después del viaje, se dirigieron a la señora todo el tiempo en catalán, que ella se esforzaba por entender, no siempre con el mejor éxito.

Miraban a Manolo con una cierta superioridad cuando lo conseguían.

—El catalán es más antiguo que el castellano —se complacían en decir, aunque no viniera a cuento.

Algunas horas después llegaron a Elvás. Allí no perdieron tiempo en tonterías como comer, sino que se acercaron directamente a las instalaciones fronterizas.

El sargento Guterres fue tan eficiente como había pronosticado su colega de Valença do Minho. La cola en la frontera se producía, en todo caso, en la dirección contraria, como era lógico. Muchos paisanos buscaban en Portugal refugio ante una situación que se preveía cuanto menos incierta.

Hacia España iba poca gente, ellos tres y algunos fotógrafos de prensa. Poco más.

Los que entraban en Portugal iban, por lo general, bien vestidos, y algunos llevaban maletas de cuero con etiquetas de hoteles de todo el mundo. No parecían tener mucha prisa una vez traspuesta la frontera, y se detenían a narrar para quien lo quisiera escuchar los horrores que se estaban produciendo en Extremadura.

—En Quintana de la Serena han matado a dos, y han quemado el archivo municipal.

Sumadas las experiencias, eran muchos los cadáveres y las iglesias quemadas. La situación que pintaban los fugitivos era cualquier cosa menos tranquilizadora. Muertos y fuego por todas partes. Y detrás, Manolo y sus acompañantes habían dejado un paisaje muy similar.

España entera debía de estar ardiendo.

Matías, después de hablar en voz baja con Montse, le propuso a Manolo un pequeño cambio de planes.

—En cuanto crucemos la frontera, hemos de ir solos, ¿eh? A conseguir contactar con Barcelona. Nos habrás de esperar en el mismo puesto fronterizo, ¿de acuerdo? Será cosa de dos horas como máximo.

Manolo estaba algo más que mosqueado con sus acompañantes, pero no podía hacer otra cosa que aceptar lo que le pedía Matías, que tuvo el buen detalle de dejarle algún dinero enrollado antes de permitir a Montse que hiciera una última intervención.

—En España todo lo resolvéis matando gente. Tengo unas ganas de volver a Cataluña...

Manolo les vio marchar sin mucho pesar y sabiendo que no volverían a recogerle. No les deseó lo mejor, pero tampoco lo peor. Al fin y al cabo, le habían sacado de los tentáculos de don Manuel, del que con suerte no volvería a saber nada.

Cuando dejó atrás la frontera, anduvo un tramo del camino, que se le hizo largo porque estaba muy expuesto al sol justiciero de julio. Una patrulla de hombres tocados con sombreros de agricultor, de paja y con alas generosas para combatir el sol, y calzados todos ellos con abarcas campesinas, le paró y le pidió sus papeles, que no tenía.

—Compañeros, vengo huyendo de Galicia, cruzando Portugal —explicó—. Mis papeles los tienen los fascistas. Se quedaron con ellos, los muy...

La patrulla de campesinos, armados con escopetas de caza, no tenía muchas ganas de participar en el que parecía ser el deporte favorito de los españoles, o sea, matar, así que se sentaron en una especie de círculo y prendieron unos cigarrillos que hicieron con picadura y papel de arroz.

—¿Y adónde piensas ir, chaval? —le preguntó el que debía de ser el jefe.

—Donde encuentre gente de mi cuerda —dijo Manolo con sensación de vértigo.

—O sea, que tienes cuerda...

—A ver si va a ser bastante para ahorcarte —dijo otro, que provocó con su ocurrencia la risa general en la patrulla.

—Soy libertario —dijo Manolo, intentando que su voz tuviera un tinte de orgullo.

—Pues por aquí hay pocos de eso. En Andalucía hay muchos en el campo. Pero aquí...

Los patrulleros eran socialistas, y le recomendaron no pregonar mucho su ideología, en especial si se topaba con comunistas. Acabaron sus cigarrillos, los apagaron a conciencia, y se pusieron de nuevo en marcha. El jefe volvió a dirigirse a él.

—Sobre todo, no vayas solo.

Y se marcharon, con el paso aparentemente cansino de los campesinos, en una dirección desconocida para Manolo.

Ya en Badajoz, pudo hacerse con una vieja manta cuartelera que tendría más guerras que ningún general español vivo. Bien enrollada al cuerpo, le serviría para llevar junto a su cuerpo el libro de Verne, que sentía cerca, muy pegado a su corazón.

Cenó una especie de sopa llena de tropezones que repartía una joven miliciana de UGT a una cola formada por voluntarios de todas las ideologías.

—¿Y tú de qué eres?

—Yo soy libertario, pero no lo digas en alto.

La chica se echó a reír y le sirvió un par de cacillos del potaje en una lata que

sacó de un montón que tenía a su lado para poder atender a los que, como Manolo, no tenían ni plato ni vaso.

—Pues más te vale buscar una escopeta, porque los que vienen no se ríen de nadie. Los fusilan después de cortarles las orejas y los cataplínes.

Y se puso a servir al siguiente en la cola.

Era el 12 de agosto, y las estrellas colmaban el cielo de la ciudad anunciando otro día más de calor. La luna nueva daba todo el protagonismo de la noche a las Perseidas, que inauguran siempre el día de San Lorenzo, y se dejaban caer generosamente sobre quien tuviera, como Manolo desde que era niño, la paciencia de esperarlas. Su madre le había enseñado a hacerlo. Todas las luces de la ciudad se habían tenido que apagar por orden gubernativa, aunque no fuera precisamente para facilitar la visión de la lluvia de estrellas. Manolo vio esa noche cómo caían cientos de ellas sobre su cabeza. Y no le pareció un buen augurio.

Había música, además. De ello se encargaban miles de grillos escondidos entre los guijarros, de los que poco antes había brotado la mies.

Fuera de las murallas de la ciudad acampaban unos cientos de hombres curtidos en las guerras africanas y, por tanto, conocedores de cómo se siente alguien después de matar. Sobre los parapetos de la muralla, los milicianos mal armados con escopetas de caza esperaban la acometida de los legionarios y los moros que mandaba el teniente coronel Juan Yagüe, el mismo hombre que había participado en la liquidación de la revuelta minera dos años antes. Y con los mismos soldados que no habían mostrado ninguna compasión al liquidar la rebelión en las cuencas.

Entre los defensores de la plaza cundía un descabellado optimismo. Porque no sabían lo que tenían enfrente y porque una información levantaba los ánimos sin que hubiera un motivo suficiente.

—El coronel Puigdollas está con nosotros.

La corta experiencia revolucionaria de Manolo le bastaba para saber que con eso no era suficiente.

Durmió al raso, en la noche tibia y estrellada, resignado a vivir un nuevo capítulo de violencia y dolor. Apoyó la cabeza en la dura almohada que se había hecho con el libro de Verne, y se obligó a que sus pensamientos dejaran por un momento la penosa situación militar de los eufóricos e ignorantes milicianos, y volaran hasta algún lugar de Madrid que no conocía, donde podría reunirse muy pronto con la mujer de la que, ahora estaba seguro, seguía enamorado y de la que nunca volvería a separarse cuando la reencontrara.

Yolanda ocupó sus sueños esa noche, compitiendo con las estrellas que se desplomaban sobre su cabeza.

BADAJOS

Al amanecer sonó una corneta anunciando el asalto de la tropa legionaria, con toques dirigidos a enardecer a los combatientes, pero también a provocar el miedo en las filas del enemigo.

Hubo una descarga cerrada que cortó el primer avance, algo chulesco, de los hombres de la tropa colonial, que se habían lanzado a cuerpo descubierto al asalto. Varios de los atacantes mordieron la tierra seca, que se bebió su sangre con avidez.

Manolo pudo escuchar algunos efímeros gritos de victoria sobre las murallas. Pero algo le decía en su interior que aquellas exclamaciones de júbilo presagiaban el final de muchos sueños.

Luego sonaron los estruendos que acompañaban a los impactos de la artillería para abrir una brecha en la frágil muralla de adobe y ladrillo. Las explosiones, unidas a las de las bombas arrojadas por la aviación alemana que apoyaba sin remilgos a los rebeldes, siguieron durante horas sin que hubiera una respuesta similar desde las defensas de la ciudad.

Desde que la tropa africana iniciara el asalto a la muralla, Manolo no paró de correr de forma alocada, sin saber hacia dónde dirigirse, buscando algún refugio para evitar lo que venía detrás, que no era sino la muerte.

Cientos de personas, quizá miles, le precedían y le seguían en el intento de salvar el pellejo, de escapar de aquellos que buscaban un botín infinito de vidas. Pero los que huían lo hacían sin ningún tino, sin ningún destino prefijado, como pollos sin cabeza.

La cola para cruzar la frontera era, esta vez, de desharrapados, de mujeres que llevaban bultos informes sobre la cabeza y niños que intentaban mamar con gestos desesperados, colgando de sus ubres vacías.

Había también hombres de mirada perdida que pretendían pasar inadvertidos en aquella fila de miseria y dolor, observando su alrededor como disculpándose por estar vivos y buscar la salvación. Eran hombres como Manolo, que se habían

quitado a sí mismos del deber de luchar. Los guardias de fronteras portugueses les dedicaban su tiempo y, asesorados por falangistas, escogían a los que podían pasar. Los que tenían algún moretón en el hombro, que era señal segura de haber disparado, tenían que volver a España. Una comitiva les esperaba para llevarlos a la plaza.

El sargento Guterres reconoció de inmediato a Manolo y le hizo pasar después de darle un innecesario, a juicio de Manolo, pescozón:

—*Sempre direito, sempre direito* —le urgió, animándole a continuar hacia la salvación, que era Portugal.

Y Manolo se encontró, de golpe, formando parte de la magra concentración de los amnistiados. Entre ellos había algunos que se permitían insultar a los rechazados.

—Ahora vais a probar lo que es bueno.

Manolo lo sabía. Y se agazapó cuanto pudo, hurtándose en lo posible de la mirada acusadora, penetrante aunque por fortuna cada vez más lejana, de los que no habían superado la criba de la inocencia política.

Esa misma noche, sin darse un respiro, Manolo pasó a integrar la larga caravana que formaban los que volvían a España con la esperanza de poder hacer frente con éxito a los africanos. Eran hombres casi todos avergonzados de no haber caído luchando en la defensa de la ciudad, que se unían a los que llegaban de nuevas a la batalla, tanto los que provenían de Madrid como los que surgían de las localidades a las que se acercaban, siguiendo la carretera de Portugal, los invasores.

Los que resistían en cada pueblo eran una mezcla de hombres salidos del rencor, de siglos de hambre y analfabetismo; y los que venían de la capital eran, sobre todo, de las filas de los partidos y sindicatos de izquierda, muy seguros de sus ideas y de su antifascismo, y muy crecidos después de haber aplastado de forma inmisericorde la rebelión en el Cuartel de la Montaña.

Manolo consiguió hacerse con un fusil y una dotación de cartuchos. Tropezó, además, con un destacamento confederal que le admitió gustoso en sus filas. Volvía, después de mucho tiempo, a ser un hombre integrado. Desde la experiencia de Asturias no había vuelto a saber lo que se sentía al marchar al lado de otro hombre al que podía llamar compañero.

Pero la práctica de ese combate no fue muy satisfactoria para los defensores de la República. El esquema se repetía en cada sitio: de un lado, los que querían parar al ejército se parapetaban en sus pueblos y disparaban con sus escopetas de caza. Del otro, los moros y los legionarios, que hacían algunas salvas con sus

cañones del 75 para demoler las defensas, y después maniobraban para esquivar el foco central del fuego defensivo y envolvían por la retaguardia a los ignorantes en el arte de la guerra que se les oponían.

Siempre había un grito que anunciaba el desastre. Y siempre decía lo mismo:

—¡Que nos copan!

Huían todos, valientes y cobardes. Los africanos iban acabando sistemáticamente con lo mejor de quienes les hacían frente. Los más preparados, los más combativos entre los milicianos, iban cayendo víctimas de la impericia, del desconocimiento de cómo había que hacer aquello que ya era una guerra.

Una noche, cerca de Talavera, donde había participado en nuevos combates y en nuevas retiradas, Manolo se dejó caer en un pajar arropado por su andrajosa manta cuartelera. Estaba herido levemente en la mano izquierda e intentaba vendársela con la derecha con ayuda de los dientes.

Una miliciana apartó sus dedos inexpertos y se encargó de todo, sin preguntarle. Después de limpiar la herida con el agua que llevaba en una cantimplora, le vendó, apretando en exceso los vendajes.

—¡Yolanda, cuidado! —exclamó él.

Ella apartó las manos, como tocada por un resorte, y le preguntó:

—¿Cómo sabes mi nombre?

Entre sollozos, Manolo le explicó que esperaba encontrar en Madrid, cuando acabaran con los fascistas, a otra Yolanda. Se contaron luego muchas más cosas. Manolo lamentó después haberle preguntado a ella muy pocas.

No volvieron a verse, aunque pasaron la noche abrazados con la misma fuerza con la que ella había querido venderle.

Manolo había perdido en la batalla su libro, que pensaba que le acompañaría el resto de su vida.

¿Qué haría sin el libro de Verne? ¿De qué se iba a servir para alimentar su necesidad de fantasía?

Tener un libro se había convertido para Manolo en una necesidad que llegaba a lo físico. La posesión del ejemplar de la novela del escritor francés le había ayudado a esquivar la locura en la cochiguera, y su lectura, a saltos y a trompicones, le había servido para viajar a lugares que no sabía que existían.

A falta de tener amigos, en el libro había encontrado el afecto del compañero y el aliento del camarada que ayuda a hacer un viaje.

EL TREN DE LA MUERTE

Las noticias de lo que sucedía en Madrid llegaban a Vallecas siempre un poco tarde, y lo hacían siempre en forma de rumor. La radio solía dar los primeros datos y la información se iba viciando al correr de un oído a otro, cuyos dueños casi siempre tenían algo que añadir a lo que habían escuchado. La versión de los acontecimientos cambiaba drásticamente cuando una noticia había sufrido la tercera o la cuarta interpretación a cargo de los bienintencionados de turno.

El aplastamiento de la rebelión en el Cuartel de la Montaña había llegado a Vallecas como la práctica liquidación del levantamiento. En realidad, la victoria del Gobierno en Madrid no había sido pequeña, y las fuerzas de orden público, sobre todo la Guardia de Asalto y algo la Guardia Civil, habían jugado un papel importante en el descabezamiento de la rebelión. El general Joaquín Fanjul había sido capturado en el asalto al cuartel. Sería juzgado y fusilado un mes después de haberse levantado en armas contra el Gobierno.

En el asalto habían participado algunos vecinos del pueblo de Vallecas, que fueron recibidos con honores, como se merecían. Allí se ganaron un buen nombre los militantes comunistas del 5º regimiento. Muchos de ellos habían aprendido algunos rudimentos de lucha callejera en la Academia Frunze, cerca de Moscú, donde Stalin mandaba formar a la que debía ser la élite de la revolución mundial. Eso tendría importantes repercusiones en el Vallecas de Amós Acero y Yolanda.

El cuartel había caído y no hubo misericordia para quienes se rindieron a los asaltantes. Los miembros del 5º regimiento, que luego habrían de ser los protagonistas de la resistencia de Madrid, no tuvieron reparos en hacer uso de la pistola para repartir tiros de gracia. La realidad, en todo caso, se obstinaba en alterar las noticias que llegaban y todas las que llegaron con posterioridad fueron sistemáticamente alteradas, dando la rebelión militar por descabezada sin fundamento suficiente.

—Se creen que somos idiotas —dijo Amós Acero la enésima vez que le

anunciaban que el alcázar de Toledo, donde el coronel Moscardó se había hecho fuerte desde julio con trescientos hombres, había caído en manos de los asaltantes republicanos. El sitio, de hecho, fue levantado por Franco, que liberó a los encerrados—. Han ganado una batalla, otra más... pero hay que decir la verdad al pueblo —se lamentaba el alcalde—. Solo con la verdad será capaz la República de aplastar a la bestia.

El 12 de agosto, mientras Manolo, tras huir de Galicia, admiraba por la noche la lluvia de las Perseidas, Yolanda asistió, junto a Amós, a una de las peores matanzas de aquellos días tan pródigos en ellas, cuando una turba ciega de dos mil vecinos y milicianos arrolló al alcalde y a quienes le acompañaban mientras trataban de evitar la salvajada. Solo lograrían salvar del linchamiento a unos cincuenta prisioneros de entre los varios cientos que, por una desgraciada ironía, habían sido enviados a Madrid para evitar que su cárcel, que era la Catedral de Jaén, fuera asaltada por paisanos fanáticos e ignorantes, a los que mandaban, eso sí, hombres cargados de razón.

Yolanda, mientras contemplaba la matanza horrorizada, pensó que aquel era el tren de la muerte, e incluso que «los otros» tenían razón, aunque Amós le pidió que no sacara conclusiones precipitadas. Por mucho que aconsejara a su amiga un poco de calma a la hora de elaborar juicios, lo cierto es que Amós quiso desistir aquel día, pues se daba cuenta de que sus intentos para hacer un mundo mejor se evaporaban de golpe.

—Yolanda, dan ganas de dejarlo todo. La ignorancia y el fanatismo anidan en nuestro lado igual que en el otro.

Ella, deshecha por lo que acababa de presenciar, le preguntó entre sollozos:

—Entonces, ¿en qué nos diferenciamos de ellos?

—En que algunos queremos acabar con esa ignorancia y con el fanatismo criminal.

A Yolanda no se le escapó el «algunos» que Amós metió en medio de la frase. Pero se dijo que no era el momento de entrar en discusiones filosóficas. Yolanda suspiró un par de veces entre los brazos de Amós y se incorporó sin ganas a la vida. Vio que el alcalde también estaba llorando, aunque él no permitió que ella enjugara sus lágrimas y mantuvo el tono solemne que solía acompañar a sus declaraciones.

—¿Sabes lo peor de todo esto, Yolanda? —preguntó—. Que no tiene perdón. Los «otros» se confiesan y su dios les absuelve, pero para gente como nosotros no hay manera de borrar infamias como las que hemos visto hoy. Las pagaremos con nuestras vidas. Pero, hasta entonces, las imágenes de ese tren nos

acompañarán para siempre.

¿Cómo encontrar motivos para seguir después de tan terrible escena? Desde que había publicado su manual, menudeaban los contactos que solicitaban la entrada de Yolanda en las filas de distintos partidos políticos. Por supuesto, los republicanos, y en concreto, el de su admirado Manuel Azaña. Sin embargo, ella había ido evolucionando hacia posiciones más radicales que, de todas formas, no encontraban fácil acomodo en las filas socialistas o en las comunistas. Los primeros tenían, en parte, ese aire ilustrado que emanaba de los republicanos, pero lo perdían cuando se dejaban llevar por su alma sindicalista. Su visión de las cosas era, en todo caso, humanista, más cercana a la de Amós Acero, entregado siempre a la mejora y la superación de la gente. Su lucha por la educación, por la construcción de escuelas, a Yolanda le parecía ejemplar.

Los comunistas tenían el discurso más armado, el más potente, con su idea de las clases sociales y la historia. Pero eso casaba mal con la piedad, que Yolanda pensaba que debía estar siempre detrás de las acciones humanas.

Quedaban los libertarios, bien intencionados y de una inocencia prodigiosa en su discurso. Esa inocencia les convertía con gran facilidad en los más feroces exterminadores.

A todos les había visto participar en el despreciable y sanguinario circo del tren. A todos menos a los republicanos, a los socialistas de Amós, o a los confederales amantes de la naturaleza... Era cierto, muchos no habían participado, pero lo habían hecho demasiados, reventando cabezas, rajando vientres.

Y ella seguía. ¿Por qué? En el fondo, era muy sencillo: porque seguía a Amós. La conciencia de Yolanda se la había transferido Amós Acero, que hacía preguntas simples y las dejaba en el aire, como si las palabras pudieran flotar, para que ella fuera encontrando las respuestas:

—¿Los hijos de los asesinos se merecen aprender a leer y a escribir? ¿Tienen derecho a crecer en condiciones higiénicas adecuadas o no?

UN MÉDICO CANADIENSE

La llegada de las tropas fascistas a las afueras de Madrid tuvo un efecto positivo en Yolanda: eliminó de un golpe casi todos sus conflictos morales.

Apenas dos días después de que llegaran cientos de hombres despavoridos, huyendo de los africanos, sonaron los pasos firmes de las Brigadas Internacionales por la Gran Vía. Eran también unos pocos centenares, pero la gente salió a recibirles como si fueran millares y como si trajeran a Madrid todas las armas que la victoria precisaba. Como no les entendían cuando hablaban, porque cada uno lo hacía en un idioma distinto, la gente les adjudicó una nacionalidad arbitraria, aunque la más próxima en la propaganda.

—¡Vivan los rusos! —exclamaban.

Las mujeres madrileñas, o que vivían en Madrid por culpa de la guerra, habían hecho ya un importante trabajo para subir la moral de los defensores, muchos de los cuales se mostraban dispuestos a seguir huyendo, como había hecho el gobierno, que se había marchado a Valencia, encabezado por su presidente, Largo Caballero.

Yolanda se echó a la calle en esos días, acompañada por varias alumnas de su escuela municipal de kinesiterapia, detrás de un cartel escrito con tinta roja sobre una sábana que paseaban por la avenida de la Albufera y en el que podía leerse «No pasarán». No se andaban con chiquitas y escupían e insultaban a todos los hombres que les parecían dubitativos. Cobardes era lo menos que les llamaban.

El alcalde de Madrid formaba parte del extenso grupo de los huidos. Se quedó, sin embargo, un amigo de Amós, el también socialista Julián Besteiro.

Las mujeres pedían fusiles, y algunos hombres —pocos— se atrevían a ironizar sobre ello tarareando la música de un cuplé famoso unos años antes, el «batallón de modistillas». La cosa estaba para pocas bromas y los graciosos fueron, poco a poco, acallados por esas mujeres que reclamaban en vano las armas. Si no había fusiles bastantes para los hombres, ¿cómo se iban a distribuir a las mujeres? Lo cierto es que aquella ciudad era un disparate, pero su defensa

lo era aún más.

Los internacionales llegaron justo a tiempo para entrar en combate, y el mando les asignó los lugares más peligrosos. No eran hombres con experiencia militar, sino los más arrojados de los militantes comunistas y socialistas del mundo, sobre todo de Francia, Italia y Alemania. Venían a «chocar», o sea, a pelear en primera línea, lo que era casi lo mismo que encontrarse con la muerte.

Los más combativos de los socialistas y comunistas españoles yacían en las cunetas de la carretera de Portugal. Y en su lugar se improvisaban grupos de voluntarios que recibían el rimbombante título de batallones, como el de los toreros o el de los peluqueros, que cambió su nombre por el mucho más atractivo de «batallón de los fígaros».

En medio de todo ese barullo, el 3 de noviembre llegó un contingente extranjero desde Canadá, con parada de aprovisionamiento en París, capitaneado por un cirujano, Norman Bethune, un hombre de cuarenta y seis años, alto, de complexión deportiva y muy tranquilo en sus movimientos. No era guapo, pero la pasión que demostraba por lo que hacía le convertía en un hombre muy atractivo. Bethune y su equipo llevaban consigo dos ambulancias, un montón de instrumental quirúrgico y muchas bolsas esterilizadas. Un gran rótulo con letras llamativas explicaba su utilidad: «Equipo Canadiense de Transfusiones».

Yolanda, que estaba desde los primeros días de la defensa adscrita a los servicios sanitarios, les vio llegar y oyó cómo el jefe de los canadienses preguntaba a un médico español:

—*Nobody in Spain speaks English?*

Ella le tradujo al médico esa frase sencilla, acordándose de las lecciones de inglés que recibió de su amigo Sergei en París. Y quedó de inmediato nombrada ayudante de Bethune. Para aceptar, puso como condición que Amós Acero le diera su plácet.

—Nada me resulta menos agradable que prescindir de ti, pero seguramente haces más falta en el frente que aquí —le dijo.

El nivel de inglés de Yolanda era muy bajo. El español de Bethune era aún peor. Así que tuvieron que recurrir a la imaginación para entenderse, lo cual era mucho siendo dos personalidades tan fuertes. El canadiense recibió con euforia el manual de Yolanda, ya que en los combates se producían casi tantas lesiones traumáticas como heridas abiertas por bala o por metralla. Las descripciones de Yolanda y las ilustraciones anatómicas que incluía su manual resultaban de enorme utilidad para tratar las heridas antes de proceder a aplicar la técnica milagrosa de Bethune, que permitía hacer cirugías que hasta ese momento eran

imposibles en el frente. Yolanda había sido testigo de algunas transfusiones en el hospital de Sant Pau de Barcelona, y le parecieron cosa de magos.

La noche del 7 de noviembre se desató la furia sobre Madrid. Los africanos atacaron con un empuje que dejó a los defensores al borde del desastre. Pero la sangre generosa de los fígaros, los toreros y los camareros sirvió para detenerlos cuando estaban a pocos palmos de alcanzar sus objetivos; esa sangre y la que Bethune había recolectado en la sede de su equipo, requisada por la junta de defensa de Madrid, sita en una de las calles más burguesas de la capital, la de Príncipe de Vergara, que tenía la virtud de estar, por decisión de Franco como deferencia a sus múltiples partidarios en el barrio, libre de los bombardeos de la aviación rebelde.

Más de dos mil voluntarios habían acudido a donar sangre a petición de Bethune. Uno de los problemas mayores del canadiense era almacenarla en los escasos frigoríficos de que disponía su equipo, y Yolanda se vio metida en un complejo trabajo de extracción y clasificación de donantes.

Aun así, tuvo tiempo de enamorarse del médico canadiense, fascinada por sus métodos y su convicción. Yolanda no sentía que ese sentimiento fuera incompatible con el amor que seguía sintiendo por Manolo, y Bethune ayudaba, porque estaba volcado en su trabajo todas las horas en que permanecía despierto, que eran muchas, y no parecía tener demasiada inclinación al amor físico. Eso sí, mostraba una permanente actitud de cortesía hacia ella, como parte imprescindible de un trabajo bien hecho.

Uno de los ayudantes del canadiense, llamado Hazen, llevaba siempre consigo una cámara de fotos, una Leica como las que manejaban los buenos profesionales. Con ella en la mano, perdía todo el sentido del miedo. En los pocos ratos que los heridos le dejaban, se iba a un trote ligero a la primera línea del frente, y buscaba *moments*, como le gustaba decir. Para captar uno de esos *moments* había que ser capaz de ver en los acontecimientos que se iba a producir uno: la actitud quieta, solo en apariencia pasiva de un miliciano, por ejemplo, podía ser el prólogo a una temeraria salida para hacer un disparo o tirar una granada.

Pero también buscaba los *moments* en la vida cotidiana. Yolanda sabía que alguna vez Hazen la había «cazado» a ella de forma clandestina... Pero no le daba importancia. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

UNA NOCHE CON LOS FÍGAROS

—¿Tú sabes para qué sirve este aparato?

Manolo no se quería hacer el listo, porque podía salirle muy caro, pero no contestar a algo tan sencillo podía ser tomado como un desprecio, lo que le podría traer consecuencias aún peores. Así que respondió con toda la naturalidad posible:

—Es un peine, camarada sargento. Sirve para peinarse o para ayudar a cortar el pelo.

—Pues tú te vas con los fígaros —le dijo el sargento.

Manolo formaba parte de la masa informe de los que venían huyendo desde Badajoz. Al llegar a Madrid no había podido casi ni comer. Bueno, sí, le habían dado un chusco de un par de días antes y una lata de sardinas que dejó reluciente después de pasar la endurecida miga del pan por la superficie incontables veces.

Y se fue con los fígaros. Se dijo, para encontrar alguna ventaja a su destino, que por lo menos comería todos los días. También que, después de todo, ya estaba en Madrid. En cuanto tuviera oportunidad, iría en busca de Yolanda, aunque no sabía por dónde empezar a indagar.

Ya no tenía con quién compartir sus cuitas. Antes de perder el ejemplar del libro de Verne, Manolo se había sincerado con él, aunque siempre buscara la casi imposible soledad para evitar que sus camaradas de fuga le tomaran por loco.

—No sé cómo vamos a salir de esta, amigos. Al menos, no vamos solos al desastre. Quién sabe, a lo mejor no es un desastre...

El que había sido nombrado jefe del batallón había empezado a llamarles «amigos» en lugar de camaradas. Ni Manolo, que se sentía lejos de la disciplina militar, podía entender el nombramiento. Pero eran tiempos de caos, y ahí cabía todo.

Los fígaros sabían de disciplina militar y de explosiones lo mismo que el barbero de Rossini, o sea, nada. Pero llevaban con orgullo el nombre de batallón que se habían impuesto al constituirse en referencia luchadora para el gremio.

Un batallón que no llegaba a cubrir los números que exigía una compañía. Sobre pasaba por poco el centenar de voluntarios. Cuando se cruzaron con el aún más magro batallón de toreros, el dramatismo de la situación no impidió que surgiera de las filas de los peluqueros un rasgo de humor.

—¡A ver cómo lidiáis el bicho africano, toreros!

Inevitablemente, a la infantil provocación le siguió una frase de autoafirmación de origen anónimo.

—Los peluqueros somos la hostia.

Una afirmación que era tan vaga como incontestable en su carácter indudablemente elogioso para los miembros del gremio profesional.

Desfilaban hacia un destino que ignoraban braceando de manera caprichosa al ritmo que intentaba, sin conseguirlo, marcar un tipo que llevaba un tambor de misterioso origen. Pero sí ayudaba a combatir el frío. Algunos en la comitiva habían hecho la mili, e intentaban vanamente que aquello tuviera un aspecto marcial.

A su paso por la plaza de España, centenares de mujeres y niños les aclamaban.

—¡A por ellos! ¡No pasarán!

Y el braceo de todos se hizo aún más exagerado, ya sin ningún intento de sincronizarse con el ritmo del tambor.

Manolo se sintió implicado en la afirmación colectiva a la que todo conducía. Y supuso, con algún motivo, que su experiencia serviría de algo a los camaradas peluqueros.

Bajaron la Cuesta de la Vega y entraron en la Casa de Campo por la puerta principal, la que llamaban «del Rey».

—Ahora se llamará «del Presidente» —ironizó uno con poco éxito.

A mediodía descansaron y recibieron cada uno un chusco de pan y la casi obligada lata de sardinas. En media hora, fueron puestos en pie a voces. No les importó mucho, porque así se combatía mejor el frío. Un frío que era más intenso porque la humedad del estanque hacía que se evaporase la sequedad del aire madrileño, tan bondadosa para resistir los fenómenos meteorológicos adversos.

—A partir de este momento, tenéis que saber que el enemigo está muy próximo —les advirtió un sargento—, y que el que no obedezca las órdenes que se le den, será fusilado al instante. No habrá tiempo para escuchar excusas. La desobediencia y la cobardía tendrán el mismo tratamiento, la muerte. —La cosa debía ir en serio, porque uno intentó hacer una broma, y se llevó un sopapo del

sargento que le tiró al suelo. Ya todos escucharon con atención—. Vais a aprender ahora cómo se usa un fusil. No hay para todos. Por eso vais a colocaros de dos en dos en cada posición. Cuando caiga el de delante, el de atrás ya tendrá fusil. Y ahora, fijaos bien, porque os va la vida en ello, ¿entendido?

En unos minutos, que fueron de una gran intensidad, los fígaros recibieron las instrucciones necesarias para cargar, apuntar y disparar los mosquetones máuser alemanes que habían recibido en tan escaso número.

Lo peor era cargar. Los dedos ateridos impedían manejar los cartuchos con facilidad.

Luego, los mandos les distribuyeron para ocupar las posiciones defensivas en torno al lago del parque. A la izquierda de su despliegue, un contingente de internacionales, que hablaban una lengua desconocida, ocupó el espacio siguiente.

Eso, sin saber por qué, tranquilizó, por un lado, y llenó de orgullo, por otro, a la tropa de fígaros. Iban a combatir con los rusos, que era como los madrileños llamaban a todos los extranjeros a los que no entendían.

A Manolo no le había tocado tener un mosquetón, por lo que tuvo que colocarse detrás de un joven apuesto de ojos oscuros, abundante pelo negro y prominente nariz aguileña, para ayudarle a excavar su puesto en la tierra helada. Ninguno de los dos había tenido que ganarse la vida con un pico y una pala. Eso era evidente y ayudó a su comunicación.

—Espero que hoy no consigas fusil —dijo el chaval.

—No te preocupes, no tengo prisa.

El chico aceptó la galantería con buen humor, que ayudaba a contener los nervios que afectaban en distinto grado a toda la tropa de peluqueros.

Manolo lo decía en serio. Él seguía sin saber casi nada sobre cómo hacer la guerra, pero sabía mucho de cómo la gente moría en ella, de lo fácil que era que jóvenes como el que le precedía en el uso del mosquetón cayeran víctimas de la metralla o de las balas.

Y tuvo una sensación que le ayudó a superar el frío, que le calaba hasta los huesos. Se sentía parte de un colectivo. La presencia de esos hombres, tan desorientados y asustados como él, le hacía sentirse más fuerte, y se sorprendió al oírse decir en voz alta:

—¡Los peluqueros somos la hostia!

A la derecha del dispositivo estaba el batallón de camareros. Hubo algún tímido cruce de bromas a cuenta de las propinas, pero ahí se acabó el capítulo gracioso. El miedo se hacía sentir como si fuera algo que se pudiera tocar. El

miedo y el frío, tan poderosos ambos.

Y comenzó la espera. El sargento que hacía de jefe del batallón exigía silencio en la oscuridad creciente de la noche, que caía a gran velocidad sobre los árboles y sobre los hombres.

—Están derribando la valla por el Batán —oyó Manolo que el sargento le decía a uno de los pocos veteranos que le acompañaban—. Estarán aquí en menos de media hora. —Se pudo escuchar de manera cristalina la última instrucción del sargento en voz alta—. Al que dispare sin que yo haya dado la orden le cortaré yo mismo los *güevos*.

Los minutos pasaban convertidos en horas. Para medirlos de forma aproximada, Manolo empezó a rezar un padrenuestro tras otro con la intención de llegar hasta sesenta. Pero pronto perdió la cuenta. Pensó que sus dientes, al chocar, podían delatar su posición al enemigo y buscó un trozo de tela que morder para evitar el ruido.

Pero apenas tuvo tiempo, porque las tropas africanas llegaron puntuales a su cita. Los internacionales, a su izquierda, abrieron un fuego que, al principio, parecía ordenado. Recibieron una respuesta inmediata, mezclada con gritos en árabe y algún «viva España» exclamado a todo pulmón por un legionario.

Manolo no podía hacer nada en medio del fragor que lo cubrió todo de inmediato. Soltaba absurdos gritos de aliento a su compañero.

Hasta que se dio cuenta de que ya no los necesitaba, porque había caído fulminado. Él tomó el mosquetón con naturalidad de las manos de quien lo había dejado caer, y cargó y vació el arma una y otra vez. Sus dedos se habían calentado haciendo que las balas pasaran de las cartucheras al cargador. Parecía un experto, y disparaba a los bultos oscuros y a los chispazos de luz que veía enfrente.

Estuvo disparando de forma mecánica durante un tiempo imposible de medir. Hasta que alguien le sacudió los hombros tomándole por la espalda.

—Para ya, hombre, que se han ido.

Era verdad, ya no había ni sombras en movimiento ni chispazos. Se atrevió a preguntar al que le había sacudido por los hombros, que era el mismísimo sargento. Y le contestó con un tono que no escondía el orgullo:

—Apúntate bien la noche del 7 al 8 de noviembre, porque hoy es la primera vez que los fascistas han tenido que huir. Y hemos sido los peluqueros.

Cuando las tinieblas se levantaron, Manolo pudo ver un desolador espacio plagado de cadáveres y de heridos que, en el mejor de los casos, aún tenían fuerzas para llamar a su madre o para maldecir a todo lo que se moviera.

Los fígaros no sabían qué hacer, hasta que de una garganta del lado de los internacionales surgió el grito:

—¡Victoria!

Y todos, los internacionales, los toreros y los fígaros que habían quedado con vida secundaron la exclamación.

Su compañero yacía muerto. Tenía un impacto de bala en plena cara. Manolo registró los bolsillos del chico y encontró su cartera, en la que estaba la tarjeta de movilización. Era natural de Toledo, tenía veintiún años, se llamaba Gregorio Novales y vivía —bueno, ya no— en el número 15 de la calle Joaquín María López, en Madrid. No era peluquero, sino estudiante universitario. Y llevaba consigo un libro, como Manolo había llevado el de Julio Verne, atado a su cuerpo. Se titulaba *La guerra y la paz*, y en la contraportada se decía que el autor, un tal León Tolstói, era ruso y que el libro había sido impreso en Francia en 1927.

Se hizo el propósito de ir a ver a su familia en cuanto pudiera y entregar la cartera y el libro.

El sargento dio la orden de abrir una fosa para los hombres caídos. Manolo no sintió ninguna satisfacción al ver los muertos sufridos por los de enfrente, que también eran muchos. Moros y legionarios que algunos valientes, escasamente amparados por una bandera blanca, se afanaban en retirar. El sargento dio una orden:

—Que nadie les dispare.

Lo dijo a tiempo, porque había muchos hombres con el mosquetón echado a la cara, listos para abrir fuego.

Por si acaso, el sargento repitió la orden:

—Que nadie dispare, ¡coño!

Manolo consiguió unas horas de permiso para acercarse a la casa donde vivía, o al menos eso suponía él, la familia de Gregorio Novales, el hombre que había muerto para que él tuviera un fusil. Bueno, quizá no había muerto para eso, pero esa había sido la consecuencia inmediata.

El barrio no era proletario, y la casa tampoco. Era un edificio de estilo racionalista de los que abundaban en Madrid desde los años veinte, sobre todo en ese barrio, el de Universidad, tan atacado en esos momentos por la artillería y la aviación franquista.

Se veía a familias enteras peregrinar, detrás de un carrito cargado de colchones de lana y muebles pequeños, en busca de un lugar donde aposentarse. Sus casas corrían el peligro de recibir el impacto de algún obús o, lo que parecía aún peor,

aunque nadie explicara por qué, de una bomba procedente de un avión alemán o italiano.

Manolo llegó al portal de la casa en un momento de tregua. No sonaban las alarmas antiaéreas y la gente que había por la calle se dedicaba a las labores propias de los tiempos de guerra: buscar a parientes desaparecidos o buscar qué comer. Buscar, siempre buscar.

La casa tenía porteros. Una familia ocupaba el semisótano habilitado para quienes se encargaban de la tarea, tan necesaria en los tiempos de revolución que se vivían en Madrid, de controlar las vidas de los vecinos.

Gregorio Novales, a quien todos en su barrio conocían como Goyo, era un joven de clase media. Su familia seguramente tenía entre sus miembros a alguien bien colocado que pudiera pagar el alquiler de una casa que no era de lujo pero distaba mucho de ser modesta.

El portero, vestido de miliciano, con el mono azul y el pañuelo rojo anudado al cuello, fue muy amable con Manolo, que tenía todo el aspecto de venir del frente. De ese frente que eran los barrios de la ciudad.

—¿La casa de Gregorio Novales? ¿De Goyito? —preguntó el portero—. El cuarto izquierda. ¿Qué quieres? Arriba estará Angelines, y también la madre.

—Es un asunto particular —contestó Manolo en tono cortante, porque no estaba de humor para cotillear, que era lo que el portero pretendía.

—Pues sube, pero a lo mejor tenemos que hablar tú y yo después.

—De lo que quieras —contestó Manolo en un tono algo chulesco que le sorprendió a él mismo y que debía de ser fruto de una maduración urgente, provocada por haber visto ya, tan pronto, la muerte tan cerca y tantas veces. Manolo ya no era un chaval, sino un hombre muy baqueteado por la vida.

No cogió el ascensor. Prefirió subir andando para mejorar el mal humor que le había generado la corta charla con el portero y para ganar algo de tiempo y entereza antes de afrontar la terrible misión que se había impuesto.

Le abrió la puerta una joven que debía de tener una edad muy parecida a la de Manolo y que compuso de inmediato un gesto de alarma espantada.

—¿Es algo de Goyo? ¿Está herido? —preguntó.

—Sí. Yo estaba con él...

—¿Muy malherido?

—Mucho.

Una voz femenina surgió del fondo de la casa, y la chica le hizo un gesto a Manolo para que no siguiera hablando. Al momento dijo en voz alta:

—No es nada, mamá. Tengo que bajar un momento a la calle. Espérame

tranquila, que vuelvo enseguida.

La muchacha hizo que Manolo diera la vuelta para rehacer el camino al portal. Bajaron la escalera a toda prisa, esquivando a los vecinos, que se asomaban dominando a duras penas el miedo pero llevados por la curiosidad y por el olor indefinible de las malas noticias.

La chica no se molestó en saludar al portero al salir a la calle. Llevó a Manolo hasta la esquina de la calle Galileo.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano? —preguntó—. ¿Está muerto?

—Sí —dijo él.

Ella cayó en sus brazos y exhaló un gemido largo sobre su hombro. Luego se recompuso y cogió de las manos de Manolo la cartera con sus efectos personales y algo —muy poco— de dinero.

—¿Estabas con él cuando murió?

—Sí. Y dijo algo de Angelines, pero no le entendí bien, porque, bueno, porque ya se moría...

Manolo mintió, pero sabía que esa mentira iba a darle mucho consuelo a la chica.

—¿Y de mi madre no dijo nada?

—De las dos. Dijo algo así como «Mamá y Angelines. Os quiero». También llevaba esto.

Y le ofreció el libro a la muchacha. Pero ella lo rechazó.

—Quédatelo como recuerdo —le pidió amablemente—. Eras muy amigos, ¿no?

Angelines no quiso que él la acompañara de vuelta a su casa. Le obligó a quedarse allí plantado, en la esquina de la calle Galileo. Le dio como despedida un beso fresco en los labios y una palabra.

—Gracias.

Él no supo qué decir. El «de nada» se le quedó detenido en los labios. Cuando ella ya no podía oírle, compuso una frase sencilla y apenas audible.

—Me llamo Manolo...

Ella siguió andando hacia el portal, donde le esperaba, apostado como un ave carroñera de malas noticias, el portero. Pero Manolo vio cómo ella le esquivaba, aguantándose el llanto.

A Manolo le pareció que había demostrado más valor con esa visita que defendiendo la Casa de Campo con los fígaros.

LA SUERTE DE DON MANUEL

A don Manuel las cosas le iban saliendo a pedir de boca. En el terreno doméstico, había eliminado todos los obstáculos para que su fallida apuesta por el ahijado desviado se pudiera enmendar en la buena dirección. El nuevo Manuel Martínez sería tutelado por él mismo desde su nacimiento. Para eso, la selección de la madre había sido clave, un paso de una inteligencia insuperable. El chico tendría una progenitora guapa, sana y nada caprichosa. Carmen era una joya para don Manuel, con esa falta de voluntad que le había dejado el golpe en la cabeza.

El ajusticiamiento de Manolito —desde que había ordenado su muerte a los falangistas, el chico había recuperado el diminutivo en las oraciones, así como en los recuerdos y proyectos de don Manuel— había arreglado las cosas en este mundo: el legado del cacique no tendría ninguna disputa, y todo el mundo sabría en Galicia a quién le debía su posición en la sociedad, cuando no su empleo o la propiedad de unas tierras en disputa.

Pero también —y por fin— se había restaurado el orden social, gracias a la energía de don Emilio Mola y de sus camaradas de armas, aunque había que reconocer que la cosa no había salido del todo bien, siendo piadoso en la calificación, en muchas provincias. Especialmente en Madrid, donde la guarnición rebelde había sido incapaz de aguantar un sitio o, mejor dicho, de montar un sistema para sostenerlo, como había hecho el coronel Moscardó en Toledo. También había que reconocer que, según el plan de don Emilio, en Madrid y en Barcelona iban a ganar los bolcheviques —que así les llamaba don Manuel a todos, para simplificar—, y que lo que había salido mal era que la victoria se había producido lejos del centro. O sea, que lo de la maniobra centrípeta estaba bien, pero se había quedado a medias.

Lo mejor de todo, según el juicio de don Manuel y de muchos otros, era que el golpe había sido muy violento. Los responsables republicanos habían sido fusilados sin piedad, así como los militares que se habían mostrado vacilantes. No hubo dudas entre los alzados. Eso había provocado algún dolor, pero

reportaba una inmediata sensación de seguridad en todas las partes de España liberadas del yugo bolchevique.

Galicia tenía que ser un ejemplo para España y para todo el mundo. Al lado de la Torre de Hércules, en La Coruña, habían sido fusilados los más conspicuos republicanos. Y en otros muchos lugares había corrido con generosidad la sangre de los traidores a la patria. Las manos de los militares, de los falangistas locales y de los hombres de carácter, como don Manuel, no habían temblado a la hora de acabar con la iniquidad y vesania que anidaban en los corazones de algunos mal llamados compatriotas. El nuevo Manuel Martínez podría crecer en un país del todo cristiano y posiblemente próspero.

Don Manuel se sentía un hombre afortunado en este nuevo mundo. No experimentaba ninguna pena o amargura por la muerte de su sobrino. A decir verdad, nunca le había querido. Y tampoco entraba en sus planes querer al recién llegado. Tener un heredero no era una cuestión de amor, sino de genética, de cromosomas y de óvulos.

El nuevo ahijado de don Manuel, que ya sería el único, porque su padre yacía en alguna cuneta, no tendría la opción de elegir cómo vivir. Su madre carecía de voluntad y el padre estaba muerto. Todo esto llenaba de satisfacción al cacique, al que únicamente le dolía no haber podido atrapar a Santiago Casares Quiroga, el gran traidor y una mancha para Galicia.

Como homenaje a su amigo y liberador de España, don Manuel daría a su ahijado dos nombres que se deberían pronunciar siempre juntos: Manuel Emilio.

EL REENCUENTRO

Manolo y Yolanda se reencontraron por casualidad, bajo las hayas que cobijaban la caravana de Bethune, un 20 de noviembre.

Él, que ya no formaba parte de ningún batallón, acompañaba a un herido para que fuera atendido por el canadiense, que se había convertido para la retaguardia madrileña en una especie de hombre milagroso.

Yolanda le vio venir desde lejos. Sus andares eran inconfundibles a causa de la leve cojera que le había quedado de sus tiempos de Gijón. Se le removi6 todo el cuerpo y por un instante crey6 que no ser6 capaz de hablar ni de moverse. Pero logr6 rehacerse antes de que 6l llegara al puesto.

Manolo ven6 tan pendiente de su compa6ero que no se percat6 de que ella era la que recib6 y clasificaba a los heridos. Yolanda supo al instante que el herido necesitaba pocos cuidados y se permiti6 disfrutar de la situaci6n, tom6ndole el pelo a su adorado hombre.

—Creo que hay que cortar la nariz —dijo mientras analizaba junto a un cirujano amigo la profusa hemorragia nasal que sufr6 el joven.

—¿Y no habr6a otra soluci6n?

Manolo lo dijo con un tono tan angustiado que el cirujano se ech6 a re6r y se llev6 al chaval para cauterizarle la herida.

Yolanda, sin perder el tono burl6n, no quiso seguir por m6s tiempo el inocente juego.

—Qu6 mal se te da la enfermer6a.

6l la mir6 y, por fin, la reconoci6.

—¿Eres... Yolanda? —dijo temblando.

Ella quebr6 el di6logo, y se arroj6 a sus brazos. Los encontr6 c6ldos y envolventes, exactamente como los recordaba.

No midi6, por supuesto, el tiempo que estuvieron abrazados sin decir nada salvo sus nombres, que parec6an servirles para encontrar un refugio donde cobijarse de todo el horror que les rodeaba.

A los pocos segundos, Manolo empezó a sentirse transportado a los más confortables de sus momentos cerca de Yolanda. Envolviéndola con sus brazos se sentía como un bebé arropado por su madre, algo que le habría preocupado si no hubiera sido por el cosquilleo que le avisó de que su entrepierna no era ajena a la presencia de Yolanda, cosa en que los dos parecieron coincidir, porque ella, a pesar del frío que envolvía Madrid, empezó a sudar.

Y se desearon de forma inmediata, como en la primera época, con la intensidad de cuando se conocieron. Se besaron con tal afán que el segundo de Bethune, otro cirujano canadiense que hablaba un español casi perfecto, les llamó la atención mediante un discreto y educado carraspeo que detuvo sus efusiones. Yolanda se recompuso y se sacudió la ropa antes de pedir disculpas.

—Lo siento, Peter, yo... Este es Manolo, mi no... quiero decir, mi amigo... pero no hay ningún herido esperando...

—No, no es eso... Es que pensé que querrías saber que Durruti está a punto de morir. Le han disparado al lado del Clínico, y se lo han llevado de urgencias al hotel Ritz. Me lo acaba de contar un médico francés que le ha visto. No tiene salida posible. Morirá en pocas horas.

Manolo se sobresaltó. Buenaventura Durruti era un hombre al que todos los anarquistas adoraban. Había llegado a Madrid al frente de unos tres mil hombres vestidos con zamarras negras de cuero y mal armados con carabinas Winchester de fabricación mexicana, muy poco aptas para una guerra moderna, aunque fueran muy eficaces en las películas de Pancho Villa.

Sus hombres habían protagonizado ya alguna espantada famosa, como la de Moncloa, y se habían revelado como un grupo en el que la fanfarronería era más fuerte que la capacidad real de combate. Durruti había hablado con el coronel Casado, que era responsable del frente manchego, para establecer una alianza. Casado era republicano, pero nunca había sido partidario del Frente Popular. Su carácter anticomunista, que compartía con los anarcosindicalistas y algunos republicanos, era casi tan fuerte como su odio al fascismo.

El arrojo que demostraban los de Durruti en las manifestaciones a favor de defender Madrid era sincero, pero no era lo mismo en el frente de Aragón, donde la guerra se parecía más a una serie de reyertas encadenadas entre pueblos que a una guerra «de verdad», como la que había en la capital, con artillería y aviación. Y ellos habían aprendido a pelear en esa guerra primitiva.

Aun así, Manolo era inmune a las críticas al comportamiento de los hombres de Durruti. Se sentía cercano a ellos, y muy lejos, siempre, de los comunistas, aunque, a su pesar, tenía que reconocer que eran los que mejor se organizaban, al

menos en la defensa de la capital. Por eso había acabado alistándose en el sistema de las brigadas mixtas que el PCE sostenía, aunque lo hubiera puesto en marcha el mando militar que controlaba un general católico y republicano, Vicente Rojo.

Cuando Yolanda y Manolo fueron capaces de vencer los sofocos relacionados con su inesperado reencuentro, él se lo comunicó a la chica.

Ella se sorprendió, pero se tomó la noticia como si formara parte de un proceso completo de maduración de Manolo.

—Al menos, te alegrarás de saber que voy a estar en Vallecas —le dijo él para adornar la noticia.

—Me es igual, mi amor, yo voy a vivir itinerante —respondió la chica, señalando las camionetas que llevaban los letreros del Servicio Canadiense de Transfusiones.

Y se volvieron a besar bajo las hayas.

La muerte de Durruti tardó en anunciarse. Pasaron veinticuatro horas hasta que su corazón dejó de latir en el quirófano montado en la habitación 27 del lujoso hotel, habilitado como hospital de sangre.

Bethune creía que si hubiera ocurrido todo cerca de su camioneta, se habría salvado. Pero no insistió mucho, y no puso en duda la competencia de quienes habían participado en la operación. Era un hombre elegante.

Cuando vio a Manolo abrazando a Yolanda y comprendió la enorme importancia que aquella pérdida suponía para ellos, decidió poner su granito de arena para que la pareja pudiese sentirse mejor y tener unas horas de intimidad.

—Yolanda, necesito un estadillo con las existencias de sangre en Príncipe de Vergara —dijo—. Toma las llaves y mañana me lo traes, ¿de acuerdo? Y, de paso, si quieres puedes darte un baño... —Y le tiró el manojito de llaves, que ella cogió al vuelo mientras sonreía y se ruborizaba.

—Pero gastaré carbón para calentar el agua, mayor.

—Gasta todo lo que quieras —repuso el canadiense—. Aunque para cenar tendrás que conformarte con un par de latas de sardinas. Llévate el pan de aquí. Y no se me ocurre qué más podrías necesitar..., como no sea un buen novio.

Aquello parecía un guion malo de zarzuela. De esos que no tienen un final porque podrían tener diecisiete. Manolo y Yolanda, agradecidos y emocionados, se subieron a una camioneta que les llevó hasta la sede del servicio en la calle Príncipe de Vergara.

Calentar el caserón aquel fue imposible. Cuando llegaron, Yolanda se acordó del anuncio que le había hecho al mayor, y puso todo el combustible que

encontró, astillas y papel, para preparar la combustión más lenta pero más contundente del carbón. La cocina económica de la casa era de las buenas, y en pocos minutos alcanzó una temperatura adecuada para calentar agua, que Yolanda dispuso en grandes ollas colocadas sobre la superficie aprovechando cada milímetro cuadrado libre.

Había prometido al mayor que se bañaría, y lo iba a hacer.

La bañera principal de la casa era demasiado grande, y el baño de servicio simplemente no existía. Pero había una solución en la propia casa, una tina donde Yolanda podía caber. Seguramente su uso original era para niños, pero ella era menuda y se apañaría.

No había traído ropa limpia para cambiarse, así que rebuscó en los armarios de la casa, sin éxito. Sí encontró, en cambio, un juego de sábanas grande, a la medida de la enorme cama que estaba arrumbada contra una pared en la estancia que en su día fue el dormitorio principal.

Mientras el agua se calentaba, ella preparó el lecho, defendiéndose de las impacientes maniobras de Manolo, que no parecía comprender la importancia que, al menos para Yolanda, tenían todas las tácticas formales que estaba poniendo en marcha.

Harta de su acoso, se puso delante de él y le ordenó que la escuchara en posición de firmes antes de seguir.

—Soldado, escuche con atención. Voy a tomar un baño, para lo que necesitaré su ayuda trayendo baldes de agua caliente de la cocina y echándolos aquí según se lo pida. Se abstendrá usted de usar las manos para fines distintos a los que se le demanden. Luego, se desvestirá y se bañará como yo. Y si cumple con su deber a satisfacción del mando, tendrá una noche inolvidable.

La broma era evidente y, además, resultaba acentuada por el uso del «usted», desterrado del Ejército republicano desde que se había creado para sustituir al anterior y en parte a las milicias, hacía pocas semanas.

Manolo siguió la broma y cumplió lo que se le pedía.

A cambio, pasó, como Yolanda le había prometido, una noche inolvidable, de esas en que se puede olvidar todo lo demás, incluido Durruti.

Para él, la noche lo fue. Su última y única experiencia con Carmen no había sido nada grata. Y de antes, aparte de su relación con Yolanda, que se fue apagando poco a poco, no había nada que recordar. Abrazar su cuerpo desnudo y limpio no tenía precio.

Tuvieron tiempo para dormir algo, bien arrebujados en la ropa de cama, antes de volver al bosquecillo de hayas donde se habían abrazado al reencontrarse y

donde ahora les esperaba Bethune, que exageró algo el gesto al dirigirse a ella.

—¡Qué bien hueles, Yolanda!

A ella le parecía que olía a sexo, pero que eso no estaba mal, porque era a sexo fresco.

Bethune y todo su equipo apestaban a guerra. O sea, a sudor, a porquería reconcentrada, a ropa sin cambiar, a sangre seca... a todo lo malo que puede llegar a oler un ser humano. Yolanda se preguntaba si ella era alguien especial, con un sentido del olfato muy afilado, que quizá le hacía padecer más que otros la proximidad de personas que no podían lavarse y cambiarse de ropa. Pero supo pronto que no, porque todo el mundo sufría con la falta de higiene obligada por las circunstancias atroces que envolvían sus vidas.

El reconocimiento de sí misma como alguien que no era tan especial como en algún momento llegó a pensar le sirvió para estar mejor con el mundo. Y eso tenía mucho que ver con aceptar que gente a la que tenía mucho afecto, a la que incluso deseaba, como Manolo, podía llegar a apestar.

Yolanda le notó nervioso, aunque lo atribuyó a lo de Durruti. Sin embargo, la verdadera razón se hallaba en su destino incierto. Los dos sabían que después de aquella noche volverían a separarse: ella seguiría enrolada en el equipo de Bethune y él debía marchar de nuevo al frente.

El encuentro sexual no fue lo que ella había imaginado, quizá porque Manolo llevaba mucho tiempo sin hacer el amor. Al menos eso fue lo que le dijo para justificar su «falta de combustible». Manolo no era, desde luego, el mejor amante del mundo, pero sí era la persona que ella quería tener a su lado para siempre.

Y, sin embargo, el destino volvía a separarlos...

Las razones de verdad eran muy complicadas de vencer: Manolo la iba a abandonar de nuevo, porque tenía que partir con el rumbo siempre incierto de los héroes. Ella no pudo objetar mucho a su decisión, porque tenía firmado un compromiso ineludible, pero también porque su destino era imposible de prever, yendo como iba, enrolada en el equipo de Bethune.

—¡Pero ya basta de lamentos! —se dijo a sí misma, aunque en voz alta—. He vivido una noche inolvidable. Y si no, ¡pues a joderse!

En la camioneta, un joven se quejaba a gritos del dolor que le provocaba el doctor al abrirla la herida causada por la metralla para limpiársela. Manolo y Yolanda sentían otro tipo de dolor, que no era físico, pero igualmente insoportable.

Cada uno por su lado, y cada uno a su manera, tuvieron que afrontar separados

la noche del 21 de noviembre, cuando el frío de Madrid se convertía en húmedo y penetraba por todas las rendijas de una ciudad aterida. Era el frío que anunciaba la soledad. La de ellos dos, al menos.

PRIMERA BRIGADA MIXTA

A Enrique Líster le cupo el honor de ser el encargado de organizar y mandar la primera de las brigadas mixtas republicanas, que contaría con más de tres mil hombres. Para ello fue nombrado mayor de milicias, cargo equivalente al de comandante en el ejército convencional.

Líster, como Manolo, era gallego, y como Yolanda, tenía algún vínculo desconocido con Vallecas que le hizo escoger la localidad para que su brigada se preparara a entrar en fuego. A ella se iba a unir Manolo, que tenía todavía la edad que hacía que un hombre —y él lo era, visto su generoso currículum bélico— pudiera ser voluntario en lugar de ir obligado al frente. Dentro de unos límites, podía elegir.

Aunque había aún otros motivos, más relacionados con el desarrollo de la guerra. Hasta el momento, Manolo únicamente se había apuntado a listas efímeras en poder de sargentos de oportunidad o de cabos furrieles crecidos al margen de cualquier escalafón. Afiliarse a la 1ª brigada mixta suponía admitir la existencia de un orden, el republicano, y desistir de la idea de la revolución total que algunos de sus colegas predicaban. Pero al fascismo no se le podía vencer con lances filosóficos, y en ese sentido la razón estaba del lado de los comunistas.

Así que el 21 de noviembre tenía que incorporarse en Vallecas a su nueva unidad o sería declarado desertor. Así de agresivo se presentaba el mundo organizado. La deserción estaba penada con el deshonor y la muerte. Lo del deshonor no le importaba demasiado, pero lo de la muerte sí. Así que se presentó con algo de retraso, por mor de la despedida de Yolanda, pero se presentó. Se ganó una bronca por llegar tarde, pero nadie amenazó con fusilarle ni con pegarle dos hostias.

Noviembre, como casi siempre en Madrid, es un mes desabrido. Todos los fenómenos adversos concurren para recordar a los habitantes de la ciudad que la vida puede ser siempre peor de lo que es. Y las últimas semanas de 1936

sirvieron para anunciarles a los madrileños que a las grandes calamidades que vivían les seguirían otras mucho mayores.

Para Manolo, como para todos los soldados de la 1ª brigada mixta, el final de la batalla de Madrid había sido una gran victoria. Así se lo hicieron saber los dirigentes republicanos, pero así lo sintieron también ellos: habían dejado de retroceder ante el enemigo, lo que significaba que los soldados de la República eran capaces de vencer a los moros y a los legionarios.

El cambio de víctimas a vencedores se notaba en todo: los monos de trabajador habían sido sustituidos por vestimentas más profesionales, con pantalones que se podían subir y bajar o chupas con bolsillos laterales. Las gorras de los nuevos soldados, que ya no eran milicianos, iban ladeándose, tomando un aire chulesco según crecía la veteranía de quien las llevaba. La 1ª brigada mixta tenía el honor de encabezar ese nuevo talante del soldado que defendía a la República. Y el comunista Enrique Lister estaba al mando.

Noviembre pasó, y los meses siguieron su curso chapoteando en el barro y el hielo de los caminos. Manolo sobrevivió a algunas victorias más, como las habidas en torno al río Jarama y en Guadalajara.

En el Jarama luchó codo con codo con los voluntarios americanos del batallón Lincoln. Vio por primera vez a hombres negros derramar sangre, que era roja como la de los demás. Y vio a los americanos morir como chinches, despreciando de verdad la muerte, intentando llegar a la cima del Pingarrón bajo el fuego de las ametralladoras. Un día Manolo vio en acción el jefe de los americanos, un tal Merriman, según pudo saber, a quien sus subordinados llamaban Murderman, o sea, asesino, en un juego de palabras que describía bien la naturaleza a menudo casi suicida de sus órdenes.

Los ingleses habían tenido tantas bajas en los combates de su bautismo de fuego que los integraron al batallón americano. Y allí, luchando a su lado, asistió Manolo a uno de los espectáculos más insensatos que había visto en su ya larga experiencia guerrera.

Uno de los días en que el fuego de los fascistas atrincherados en lo alto del Pingarrón era más intenso, los voluntarios irlandeses se agazapaban detrás de sus parapetos y, como cualquier hijo de vecino, vacilaban para salir al asalto, como les ordenaban sus mandos con una aspereza creciente. Entonces, de entre los hombres agazapados, Manolo vio saltar a un tipo que llevaba por única arma una vara de mando, algo desconocido en el ejército español.

El hombre, olvidado de su seguridad, se dio la vuelta y se dirigió en inglés a los que, evidentemente, eran sus subordinados:

—*Ladies, please, come on...*

Los soldados, anonadados por tal exhibición de valor, saltaron la trinchera para cumplir su objetivo. Manolo y sus camaradas estuvieron a punto de secundarles, pero sus oficiales naturales se lo impidieron. No les tocaba.

Manolo supo después que el hombre que movía así a sus subordinados era un homosexual, o sea, un maricón. Por lo visto, en el contingente irlandés de las brigadas ya no se celebraban como ingeniosas las bromas sobre maricones.

—¡Qué tío! —era lo que decían de él los españoles de la 1ª brigada mixta.

Las balas respetaban siempre al oficial irlandés.

Pocos días después, también en la batalla del Jarama, vio una nueva carnicería, con la novedad de que una gran parte de los que cayeron eran extranjeros.

¿Qué les traía a España a luchar y, sobre todo, a morir en una tierra que, al parecer, la mayoría de ellos no sabía localizar en un mapa?

En Guadalajara supo de verdad, y por primera vez, cuál era el sabor de la victoria. Era muy parecido al de la derrota, pero más corto y acompañado de dosis notables de euforia. Manolo no sabía por qué la alegría invadía de semejante manera a los vencedores cuando habían perdido a tantos camaradas, y no conseguía entender por qué se celebraba de esa forma el hecho de hacer prisioneros.

¡Pobres italianos! ¡Eran tan parecidos a los campesinos españoles! Habían caído prisioneros por cientos, y decían, sin esperar a que nadie les preguntara, que habían ido a España obligados, que eran antifascistas en lo más hondo de su corazón. En eso insistían casi todos.

De todas formas, quienes más habían impresionado a Manolo eran los moros, de los que siempre se decía, y con razón, que luchaban hasta la extenuación antes de rendirse. A él le parecía que la causa de ese comportamiento residía en su falta de esperanza tras ser capturados, porque no debían de tener la menor expectativa de salir con vida de la aventura. Y tenían razón, porque nadie les apreciaba. Su destino como prisioneros era casi siempre el paredón. Bueno, como el de muchos combatientes extranjeros, porque los de las brigadas internacionales corrían la misma suerte si caían en manos de los legionarios.

También había vivido derrotas dolorosas como las de siempre. La estúpida maniobra de Garabitas, en la que el Campesino acrecentó su leyenda de valiente a costa de las vidas de tantos hombres, o los intentos repetidos y sangrientos sobre el cerro de los Ángeles... ¡Cuántos camaradas muertos en las trincheras a medio cavar, cuántos hombres mutilados para siempre!

La guerra, en la victoria o en la derrota, era siempre miserable, sucia, injusta y cruel. ¿Había alguien a quien le gustara? Puede que a los oficiales, porque después de cada victoria hacían balance de lo sucedido con el objetivo de enardecer a los hombres. Para Manolo, sin embargo, los combates eran una sucesión de momentos ciegos en los que su voluntad desaparecía, y se preguntaba si sus compañeros y él habían alcanzado de ese modo el estado reservado a los héroes: avanzar a cuerpo descubierto hacia el enemigo y obligarlo a retroceder despavorido.

En esas condiciones, Manolo vio morir a varios compañeros de armas y a algunos amigos que hizo en las trincheras. Por ejemplo, Federico, de quien solo se sabía su nombre de pila, y al que había visto cantando mientras les repartían el chusco de pan. Cayó muerto de un disparo en la cabeza justo a su lado, y ni siquiera le dio tiempo a acabar la estrofa del negro durmiente de *La tabernera del puerto*. O Piñeroba, de quien solo se sabía el apellido, al que una ráfaga de ametralladora de gran calibre había partido por la mitad.

Los amigos muertos no se podían compensar con los enemigos caídos. No había forma de establecer comparaciones, porque los muertos perdían todo su significado cuando alcanzaban ese estado.

La 1ª brigada mixta había participado en todas las batallas, y los soldados que la formaban, Manolo entre ellos, debían estar orgullosos: eran parte de una brigada de choque, lo que explicaba que sufrieran tantas bajas.

Manolo llegó al punto de no desear la amistad de nadie, porque coger cariño a un camarada y luego perderle en el combate suponía un desgaste emocional excesivo. Su carácter se volvió cada vez más huraño, y al tiempo que se iba haciendo un hombre capaz de resistir casi cualquier cosa que el destino le trajera, se daba cuenta de que cada día que pasaba odiaba un poco más la guerra.

También comenzó a desarrollar un gran rechazo hacia el mundo de los hombres, plagado de comentarios soeces y bromas de mal gusto. Los momentos en que el combate, o su inminencia, no ocupaba sus pensamientos, los dedicaba a evocar un baño con agua caliente, una comida abundante y una cama con sábanas limpias en las que dormir solo.

Manolo quería, ante todo, volver a ser Manolo, y después recuperar a Yolanda.

DE MÁLAGA A MOTRIL

Yolanda no fue ni a Málaga ni a Barcelona como parte del equipo del Servicio Canadiense de Trasfusiones. Su compromiso con Acero, pero sobre todo con la sanidad militar madrileña, se lo impidieron.

En enero de 1937, los cañones seguían sonando por la ciudad, pero el riesgo de que los fascistas entraran en la capital había disminuido sensiblemente. Por ello, el mayor Bethune consideró —y su juicio no se podía poner en duda— que ya no tenía nada más que enseñar a los médicos republicanos madrileños y optó por abandonar la capital y partir hacia Barcelona.

Yolanda pensó, seguramente con razón, que jamás conocería a alguien de la talla intelectual y moral de Norman Bethune. Sentía algo parecido al amor por el médico canadiense y, al despedirse, por un momento deseó abrazarle. Sin embargo, se contuvo y comenzó a pensar en las opciones que tenía para, una vez que el Servicio Canadiense de Transfusiones se hubiese marchado, volver a ser útil en Vallecas.

La joven vio marcharse a los canadienses. Se le saltaron las lágrimas en la despedida, y no pudo evitar un reproche, que fue rebatido enérgicamente por su adorado doctor:

— Aquí ya he enseñado todo lo que sabía —le dijo Bethune un día antes de partir—. En China me necesitan más. Allí casi no hay médicos...

Sin embargo, los planes del cirujano se truncaron en cuanto llegó a la Ciudad Condal, porque un par de días después supo que en Málaga estaba a punto de suceder una catástrofe humana sin precedentes en la historia reciente de Europa.

En la mañana del lunes 8 de febrero de 1937, ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños huyeron de Málaga en busca de refugio hacia Almería, a doscientos kilómetros de distancia. Sólo había un camino por el que avanzar, una carretera encajonada entre los picos de la Sierra Nevada y el mar, por lo que era irremediable pasar junto a precipicios de más de treinta metros.

Cuando Norman Bethune vio a la multitud que huía, esta llevaba ya tres

jornadas de marcha. No tenían alimentos, por lo que la imagen con la que se encontró el canadiense fue desoladora: cientos de mujeres, ancianos y niños harapientos intentaban abrirse paso por una carretera polvorienta mientras los fascistas los bombardeaban sin piedad desde sus aviones y los cañoneaban desde el mar. Los Heinkel alemanes y los Savoia italianos probaban su puntería contra una columna de civiles desarmados que solo podían ir por esa carretera, encajonados entre el mar y la sierra. La flota leal a Franco no se quiso perder la fiesta, y probó también su tino disparando su artillería contra la masa indefensa.

Bethune vio con sus ojos las últimas jornadas de esta salvajada y lo contó en unos pocos folios, escritos como si se tratara de una carta a unos amigos.

Yolanda leyó entre lágrimas la misiva, en la que no se ahorraba ninguna barbaridad de las que había visto.

Todo aquello le parecía imposible de entender. Y deseaba volver a encontrarse con Manolo para que le diera su punto de vista sincero en torno a esas cuestiones de la política que en Madrid, quizá por la cercanía del frente, no tenían tanta inquina.

Mientras no llegara ese momento, Yolanda consideró que debía poner sus conocimientos al servicio de quienes pudieran necesitarlos. Disponía de los salvoconductos necesarios para ello. El más importante se lo había dado Bethune: un documento en el que figuraba como miembro del Servicio Canadiense de Transfusiones.

LA MUERTE DE DON EMILIO

Para don Manuel, el 3 de junio de 1937 quedó marcado a fuego por la imposible tarea de matar al vuelo a una mosca perezosa y por el accidente de avión sufrido por el general Mola, que le costó la vida. Con su muerte, don Manuel perdía mucha capacidad de influencia en las zonas liberadas. Franco pasaba a ser el jefe único, lo que en sí mismo era bueno para la causa, aunque hiciera perder poder al cacique.

El hecho de haber perdido a un amigo tampoco le importaba demasiado. De ahí que, entre risotadas, usara el dicho popular de «A rey muerto, rey puesto», despreciando las «sensiblerías» que solo podían conducir a la perdición. Don Manuel entendía la amistad como una forma de interés, en ningún caso ligada al afecto, y la única persona, aparte de su hermana, por la que sentía algo de aprecio era su ahijado Manuel Emilio, quien se encargaría de prolongar el apellido Martínez.

Un par de días después de la muerte de Mola, el cacique comenzó a revisar el estado de sus relaciones con el poder local, y con gran satisfacción pudo comprobar que el nuevo poder militar tan solo deseaba que no le dieran la lata para poder hacer la guerra con tranquilidad. Don Manuel podía permitirlo, a cambio de que le dejaran a él continuar en paz con sus negocios.

Carmen, la madre del pequeño Manuel Emilio, seguía siendo la misma que cuando Manolo la dejó preñada. La chica era «tonta, pero sobrevenida, no sustancial», decía el cacique, que le prodigaba atenciones pese a las escaseces de la guerra. Lo que no se podía encontrar en los comercios lo conseguía él de los barcos que llegaban de Inglaterra o de América. A la madre de su nieto nunca le faltaría de nada, aseguraba.

Aunque el niño había venido al mundo en agosto, su abuelo decidió que apareciera como nacido el 18 de julio, día del glorioso alzamiento nacional. ¿Había un regalo mejor para el pequeño? Don Manuel también pensó en su ahijado muerto y enterrado en una cuneta, y se preguntó de qué modo la muerte

del general Mola podría afectar al devenir de la guerra. Al final concluyó que la providencia había intervenido para que tanto Franco como su ahijado tuvieran un horizonte despejado.

Don Manuel se las arreglaba muy bien para conseguir los suministros que el ejército necesitaba. Tenía el conocimiento que hacía falta para ello. Y tenía la fuerza que, si llegaba a ser necesario, había que usar para convertir a un productor cualquiera en un destacado patriota. Los voluntarios falangistas estaban dispuestos a lo que hiciera falta para asegurar, por orden de don Manuel, que así fuera.

Pero aquella mañana una mosca se había empeñado en obligarle a levantarse de la cama antes de lo acostumbrado. Intentó matarla, pero sus esfuerzos fueron vanos. La mosca iba desde su rostro hasta sus piernas, haciendo de vez en cuando una parada en su pecho peludo.

Don Manuel estaba a punto de perder la paciencia.

—¡Mosca de mierda! ¿Con quién te crees que estás jugando?

La mosca se posó durante unas décimas de segundo sobre su mejilla y, para acabar con ella, don Manuel se dio una sonora bofetada que le dejó el rostro enrojecido. No le pareció un precio excesivamente alto si a cambio conseguía acabar con la vida de alguien que se había atrevido a cuestionar su poder. Seguro que a la mosca le había dolido mucho más.

—¡Peor ha sido lo de don Emilio! —concluyó.

GERDA TARO

Para Yolanda, la batalla de Brunete fue Gerda Taro, una fotógrafa alemana a la que conoció por casualidad en la retaguardia madrileña.

Desde la marcha de Bethune, se sentía un poco huérfana, pero las urgencias del frente le hicieron olvidar rápidamente su ausencia. No le costó mucho hacer valer su experiencia como kinoterapeuta para llevar a cabo una tarea fundamental en cualquier frente: la reducción de fracturas.

Yolanda se dedicaba a recomponer lo que las balas y explosiones deshacían. Con el canadiense no solo había aprendido a hacer transfusiones de sangre, lo que era inútil si no se tenía un equipamiento adecuado; también había tenido que resolver muchos casos de cirugía sobre la marcha, en los que unos segundos marcaban la diferencia entre la vida y la muerte.

Se integró en los servicios sanitarios de la 1ª brigada mixta debido a la íntima relación entre Líster y el pueblo de Vallecas, que no solo se basaba en la proximidad casual favorecida por la guerra, sino en alguna razón que solo Líster y, quizá, Acero conocían, aunque el alcalde militaba en el PSOE y no era fácil que congeniara con un comunista tan de una pieza como parecía ser Enrique Líster.

A pesar de estar tan cerca y enrolados en la misma unidad, Manolo y Yolanda no pudieron verse hasta poco antes de salir con dirección a Brunete.

La operación en la que iban a participar —Manolo como suboficial de infantería y Yolanda como enfermera— se preveía de una gran envergadura, porque se trataba ni más ni menos que de montar un enfrentamiento en el centro de la península que obligara a Franco a abandonar la presión sobre el frente del norte. Líster y sus hombres partirían desde Vallecas para hacerse con algunos objetivos en los alrededores de la sierra de Madrid.

Unos días antes de que el plan secreto se pusiera en marcha, Yolanda, con paso cansino debido al implacable calor de julio en Madrid, se dirigía a su cuartel en la avenida de la Albufera cuando una bocina insistente la hizo

volverse. Estaba ya acostumbrada a esos toques de sonido impertinentes que los conductores de camión dedicaban a todas las chicas jóvenes con las que se cruzaban, pero esta vez la reiteración le pareció inusual.

—¡Yolanda! —oyó que alguien le gritaba.

Inmediatamente reconoció la voz de Manolo, que emergió del interior de un camión con toldo verde, uniformado y cubierto con una gorra cuartelera, haciendo grandes aspavientos con los brazos. Yolanda se emocionó y fue hacia él. Se abrazaron en medio de la calzada y por un instante sintieron que la guerra desaparecía. El conductor del camión volvió a tocar el claxon, interrumpiéndoles.

—Ya que el señor cabo tiene tiempo para otras cosas, podría dedicar algo a la guerra...

Un coro de risotadas provenientes de la parte de atrás del camión obligó a Manolo a desprenderse del abrazo de Yolanda. Apenas tuvieron tiempo de intercambiar un mensaje:

—Estoy en la 5ª compañía del 2º batallón de la 1ª brigada mixta. ¿Y tú?

—No lo sé todavía. Puede ser que con los ingleses.

Y se separaron apesadumbrados. Manolo se subió al camión de un salto, y su agilidad fue premiada por sus camaradas con un sonoro aplauso.

—No sé por qué has vuelto, teniendo ese guayabo —dijo el sargento que mandaba el pelotón, resumiendo a la perfección lo que todos, incluido Manolo, pensaban.

—Yo tampoco lo sé —respondió Manolo con voz temblorosa, disimulada por el brusco arranque del vehículo.

Ese mismo día, Yolanda conoció a Gerda Taro, que apareció rodeada de una discreción ejemplar. Pese a su juventud —tenía veintiséis años—, era ya una mujer en toda su plenitud: alta, sobre todo en comparación con las españolas, delgada y algo desgarbada de movimientos, aunque de rasgos finos y atractivos.

Trabajaba como fotógrafa de guerra para dos revistas francesas, *Vu* y *Regards*. Hablaba un español macarrónico pero suficiente, y enseguida conquistó a Yolanda con su modestia nada impostada.

—Soy fotógrafa de guerra porque hay guerra, pero podría ser fotógrafa de paz. Bueno... también sucede que las fotos de guerra se pagan mejor que las otras. Y si eres mujer, en los periódicos se vuelven locos por decir que tienen a una reportera jugándose la vida, en España o donde sea.

Gerda era su nombre «artístico», como ella misma decía. Llevaba años sin usar el verdadero, Gerta, y además tenía otro pseudónimo que compartía con su

compañero sentimental y también fotógrafo de guerra, un húngaro llamado Endre Friedmann. Firmaban indistintamente como Robert Capa.

—Gerda, yo creo que lo mejor es que vengas conmigo —le dijo Yolanda—. Los heridos nos dirán adónde tienes que ir para conseguir las mejores fotos.

La franqueza de Yolanda pareció complacer a la alemana, muy curtida en territorios broncos y alejados de la cortesía que suele darse incluso entre adversarios políticos. Gerda estaba acostumbrada a moverse en el mundo rudo y machista de los corresponsales de guerra, en el que se había tenido que ganar a pulso el respeto de sus compañeros de profesión. Había aprendido a disimular, a confundirse con ese paisaje, por muy hostil que fuera. La mejor prueba de su integración era que de vez en cuando se llevaba una sonora palmada en la espalda solo por hacer bien su trabajo.

Sin embargo, Gerda era muy habilidosa a la hora de utilizar las mal llamadas armas «femeninas» para conseguir que cualquier hombre se viera obligado a asistir a una dama en apuros. Empezando por su compañero, el que sería luego el gran y único Robert Capa, el mejor entre los mejores, el más valiente entre los valientes.

Gerda y Yolanda estaban felizmente condenadas a entenderse. Apenas unos minutos después de conocerse, las dos ya estaban perfectamente informadas de que la vida de la otra era un absoluto caos no gobernado, pero sí obstaculizado, y con bastante frecuencia, por la jerarquía militar. Las dos sabían que la mejor manera de sobrevivir era fingir obediencia a las normas y «buscarse la vida».

A Yolanda no le resultó incómodo el encargo de orientar a Gerda en el laberinto de las relaciones entre el Estado Mayor y la prensa, aunque no estaba muy claro qué quería decir eso. Los periodistas tenían que arreglárselas solos, algo que «los plumillas» dominaban a la perfección, a diferencia de los fotógrafos, cuyo trabajo era más directo e inmediato, más sincero... casi siempre.

Gerda ya sabía, por ejemplo, que la foto realizada por su compañero sentimental en el frente de Córdoba, en la que un miliciano caía muerto de un balazo, era en realidad un montaje. En cualquier caso, la firma de Robert Capa era garantía de arrojo, de honestidad profesional y de buen hacer, y aunque la relación de la pareja no estaba en su mejor momento, ella se sentía obligada a mantener esa imagen de calidad y de honestidad, algo que también necesitaba el Gobierno republicano. El dolor formaba parte de lo que había que vender en el extranjero. Y los rebeldes causaban mucho, provocando víctimas inocentes y muertes heroicas entre quienes defendían la República.

Así que Yolanda obtuvo el beneplácito del comisario político de la brigada para ayudar a Gerda a hacer un trabajo que podía resultar positivo para el Gobierno.

Muy pronto nació entre ellas una profunda amistad, incrementada además por las desventuras de sus historias sentimentales. En muchos sentidos se sentían cómplices, como si sus vidas hubiesen recorrido caminos paralelos. Lo principal: ninguna de las dos había nacido para ser dominada por un hombre.

BRUNETE

En julio de 1937, el jefe supremo del Ejército Popular republicano era el general Vicente Rojo. Tenía una costumbre, fruto quizá de realizar numerosos estudios teóricos sobre la guerra, que consistía en querer ganarla en cada batalla. Y la de Brunete no iba a ser una excepción.

A las diez de la noche del día 5, la brigada de Enrique Lister comenzó desde Vallecas la aproximación al pueblo de Brunete, situado a menos de treinta kilómetros de la capital.

La 1ª brigada mixta, en cuyo 2º batallón de infantería estaba enrolado el ya sargento Manuel Olmos Martínez, rodeaba por el oeste la localidad madrileña de Quijorna, muy cerca del objetivo. Los más de tres mil integrantes de la brigada habían necesitado casi todo el día para cubrir a pie la distancia que había desde Vallecas. Lo peor de la marcha fue la sed, de ahí que la llegada de la oscuridad y la bajada de las temperaturas fueran muy bienvenidas por la tropa, que en general se movía en un ambiente de optimismo.

«Tomar el siguiente objetivo es cosa del Campesino», se recordaban unos a otros los combatientes. Bastaba con mencionar el apodo de Valentín González para que todos mostraran una fe inquebrantable en la victoria. El Campesino no tenía, sin embargo, un historial que refrendara su fama de éxito. De sus poco doctas meninges de suboficial mal formado en Frunze —la escuela de las afueras de Moscú— salieron, por ejemplo, las órdenes que dieron lugar a la escabechina del cerro de Garabitas, donde varios cientos de hombres murieron ametrallados por los franquistas mientras subían las empinadas cuestas que conducían a la cima. El currículum bélico de Valentín González había ido creciendo con el avance de la guerra, pero siempre marcado por el gasto innecesario de vidas humanas. Y Manolo había visto morir a demasiados hombres como para sentir admiración por alguien que despreciaba la vida de los demás de esa manera.

Los hombres de la brigada tuvieron que cubrir con el máximo sigilo los siete kilómetros que les separaban de su objetivo. Manolo pensaba que si el enemigo

no se había despertado ya, el siseo de los suboficiales pidiendo silencio a los hombres lo haría. Sabía que la preparación de los soldados enemigos era superior. Legionarios, guardias civiles, falangistas... No eran más valientes ni más decididos, pero obedecían sin rechistar y sin cuestionar las órdenes, y eso les otorgaba una clara ventaja en el combate.

Aun así, Manolo mantenía cierto optimismo porque se daba cuenta de que el Ejército Popular era un ejército nuevo. Aun siendo los mismos hombres que formaban el ejército anterior, la dirección firme y disciplinada de los comunistas lo convertía en un instrumento de guerra mucho más eficaz.

Eran las seis de la mañana del 7 de julio cuando Manolo, al frente de su sección, llegó a las posiciones indicadas para dar el último salto y hacerse con la localidad. El calor aún no castigaba en exceso a los soldados, pero tanto Manolo como sus hombres pronto se dieron cuenta de que la resistencia de los franquistas, muy bien atrincherados, iba a ser feroz. No parecía preocuparles la escasez de munición y tiraban como demonios. Manolo vio caer a algunos de sus hombres, a los que él mismo enviaba a la muerte con sus órdenes. Cuando la intensidad del combate decreció, no pudo evitar preguntarse por la responsabilidad de todos esos generales en cuyas manos estaban las vidas de tantos soldados. Demasiado poder, se repetía a sí mismo.

Las maniobras realizadas por las fuerzas republicanas, que sumaban más de cincuenta mil combatientes, forzó finalmente a huir a las fuerzas franquistas, de modo que los soldados de Líster entraron en Brunete, consiguiendo un buen botín militar y haciendo pocos prisioneros. El enemigo prefería morir antes que rendirse.

Pero la toma de Brunete no era más que una pequeña parte del plan. Las órdenes decían que había que seguir avanzando, ahora hacia Sevilla la Nueva y Villaviciosa de Odón, otras dos pequeñas localidades sin, aparentemente, demasiado interés. En Villaviciosa, la 13ª división franquista les había preparado una nada amistosa bienvenida con una dura contraofensiva. No estaban dispuestos a permitir que los rojos controlaran el río Guadarrama.

Así que el día 7 de julio los hombres de Líster recibieron la orden de volver a Brunete para evitar una segura carnicería. Miaja, el jefe militar de la zona de Madrid, prefirió asegurar la posición allí antes de tomar los objetivos fijados por el alto mando.

Y Manolo volvió a sentir el viejo temor de otras veces, el miedo indefinido que anuncia la derrota. Algo en el aire se lo decía, porque los dos bandos peleaban por el mismo territorio, pero los franquistas no parecían hacerlo con la

misma desesperación. Su empuje se basaba en la confianza en la victoria, y resultaba más eficaz que el coraje ciego de los hombres que él comandaba.

Ese mismo día hizo aparición el peor de los enemigos: la sed. El sol de julio provocaba un calor extenuante y el polvo secaba las gargantas de los soldados. El ruido de los motores de los cazas Polikarpov I-15, más conocidos como «Chatos», era ensordecedor y se mezclaba con el sonido de las chicharras. El calor y la sed estaban allí para quedarse, para adueñarse de las mentes de los combatientes, hasta convertirse en una auténtica obsesión capaz de hacer enloquecer al más cuerdo de los soldados. Podía más la imagen de un vaso de agua fresca que la amenaza de la metralla, y eso ponía en riesgo la vida de muchos hombres.

Poco después, el día 9, el Campesino tomó Quijorna, un miserable puesto guardado por unas decenas de hombres, muy disciplinados, que entretuvo a muchos centenares de combatientes porque, en lugar de rodearlo y dejarlo de lado, se dedicaron a atacarlo frontalmente, sin realizar la maniobra envolvente que habría resultado decisiva.

Manolo se dio cuenta del error táctico, propio de un carnicero sin dos dedos de frente, pero se guardó mucho de decir lo que pensaba en voz alta por temor a ser tachado de fascista por algún comisario político. Solo se atrevía a hablar con el soldado Morales, un comunista «de los de antes», como él mismo decía, que había sido miliciano voluntario de primera hora y había rechazado los numerosos intentos de sus correligionarios para que aceptara un puesto de responsabilidad en el nuevo Ejército Popular.

Manolo calculaba que Morales rondaba la cuarentena, aunque no se atrevió a preguntárselo. Lo que estaba fuera de toda duda era que seguía siendo soldado porque le daba la gana.

—Cada cual debe saber dónde está su sitio, y el mío ahora está aquí, dando tiros. Espero tardar mucho en recibirlos...

Morales era lo más parecido a un amigo que Manolo pudo tener en aquellos días, en los que tampoco era conveniente encariñarse de más con nadie. El resto de su afecto quedaba para Yolanda, a la que imaginaba reparando piernas y trasvasando sangre para salvar las vidas que allí se perdían con tanta facilidad.

Villanueva del Pardillo fue el siguiente objetivo en el que Manolo tuvo que intervenir junto con su compañía. El cerco sobre el pueblo se fue cerrando poco a poco en los dos días sucesivos. Los republicanos mantuvieron la iniciativa y acabaron tomando la localidad. Esta vez sí, seiscientos fascistas fueron hechos prisioneros. A Manolo le impresionó verles desfilando ante sus captores, con los

rostros blancos de miedo. El que se atrevía a hablar lo hacía por necesidad.

—Agua, por favor.

Pero nadie les daba. No por falta de piedad, sino porque, sencillamente, sus cantimploras estaban vacías.

El 12 de julio, un sordo rumor que venía del cielo despertó a quienes habían conseguido conciliar el sueño tras las muchas horas seguidas de combate. El ruido provenía de los motores de docenas de aviones que competían por la propiedad del cielo. El combate aéreo que se entabló fue el mayor visto hasta la fecha, solo comparable a algunos momentos de la batalla del Jarama. Los hombres de ambos bandos dejaron de luchar durante unos minutos para contemplar el insólito espectáculo.

Manolo compartía su asombro con el «experto» Morales, que no daba una. Durante más de media hora observaron con euforia cómo los aviones de los fascistas caían incendiados. Luego, alguien les sacó del error y del sueño de la victoria. La mayoría de los aparatos derribados eran gubernamentales.

Por la noche, los bombarderos alemanes Heinkel 111 hicieron acto de presencia. Las bombas lanzadas alentaron el esperado contraataque rebelde, y la 12ª división del coronel Asensio, compuesta por unos diez mil hombres, se lanzó a retomar Villanueva del Pardillo y Villafranca del Castillo. Fueron repelidos, pero a cambio de un alto coste en vidas y heridos.

El 15 de julio, el frente había quedado casi estabilizado, y el único triunfante era el calor. Los treinta y nueve grados hacían estragos no solo en el físico, sino también en los ánimos de los combatientes. Manolo pudo ver a tres de su compañía liquidados por un francotirador enemigo que los fue cazando uno a uno después de que corrieran desesperados hacia un pozo del que nadie tenía la seguridad de que contuviera agua.

La ración del día para mitigar el hambre era un chusco de pan y una lata de sardinas.

—Lo más adecuado para combatir la sed —dijo Morales.

Fue una sus últimas bromas, porque poco después una granada se lo llevó por delante.

Manolo no sabía rezar a los muertos, y se conformó con enviarle sus mejores deseos, aunque en ningún momento levantó la cabeza, no fuera a ser que se la volaran también a él.

—Que te vaya lo mejor posible adonde quiera que te toque ir, camarada.

La esperada ofensiva rebelde llegó el día 16. Brunete volvió a ser sometido a un incesante fuego de artillería. Después de las bombas, llegaron los disparos y

el combate cuerpo a cuerpo, y el escenario fue especialmente cruento en el cementerio. Manolo, que se consideraba un soldado experimentado, nunca había visto nada semejante. Escondido tras unas lápidas, se quedó paralizado. Las bayonetas abrían en canal los abdómenes de los soldados mientras las bombas de mano, los proyectiles y los gritos llenaban los oídos de los contendientes.

Las oleadas de asaltantes iban sucediéndose y los hombres caídos eran reemplazados por otros una y otra vez. Las vanguardias de Líster se vieron obligadas a retroceder y los hombres del coronel Asensio tomaron el pueblo.

Los tanques rusos T-26 acudieron en ayuda de las tropas gubernamentales y expulsaron de Brunete a los regulares y legionarios. Hasta tres veces se reprodujo el toma y daca de ambos bandos. Y a la tercera fue la vencida. Finalmente, Brunete, completamente en ruinas, quedó en manos republicanas.

El día 17 se detuvieron los combates y los soldados aprovecharon para ayudar a los compañeros heridos, entre ellos al sargento Manuel Martínez, que apareció sin conocimiento tras una lápida del cementerio de la localidad. Cuando volvió en sí, no lograba recordar cómo un soldado enemigo le clavó la bayoneta en el muslo derecho ni tampoco quién le hizo el torniquete que le salvó la vida.

Fue evacuado a El Escorial, y de allí, tras recibir las primeras curas y sufrir una intervención quirúrgica urgente para limpiar la zona afectada, fue derivado al hotel Palace, en Madrid.

La guerra siguió su curso, mientras Manolo abandonaba el frente para emprender un inacabable periplo que le conduciría desde las instalaciones quirúrgicas de uno de los otrora hoteles más lujosos de la capital hasta las terrazas frente al Mediterráneo de L'Ametlla de Mar. Como tantas veces en su nada larga vida, Manolo no conocía el proceso que seguía su destino, puesto que la alta fiebre provocada por la infección de la herida le hizo caer en largos periodos de inconsciencia.

Todavía en el hotel Palace de Madrid, la casualidad permitió que un médico anarquista, un capitán apellidado Puig, veterano de Asturias, le reconociera.

—Este es el de los vales —dijo.

Y le salvó la vida.

Mientras tanto, la ofensiva de los franquistas se reanudó el día 18 con los bombardeos de la aviación, a los que, cuarenta minutos después, sucedió el castigo de la artillería. La infantería fascista comenzó el avance por el río Perales y la sangre de atacantes y atacados volvió a correr en abundancia.

Había que mantener a raya a los rebeldes y, para conseguirlo, el coste en vidas iba ascendiendo exponencialmente. El 20 de julio la situación del ejército

republicano era crítica. Las unidades iban perdiendo cada vez más posiciones y más terreno, y el cansancio y las bajas de la 11ª división obligaron al general Miaja a relevarla por divisiones más frescas provenientes de la reserva y del frente de Guadalajara.

Los hombres de Líster buscaron refugio, junto a los de la 14ª división, en un bosque situado a dos kilómetros de Brunete. Y Gerda Taro estaba allí para presenciar los últimos momentos de los de Líster en Villanueva de la Cañada, después de haber conseguido hacer las «mejores fotos de mi vida».

Un tanque T-26, de fabricación rusa pero conducido por un bisoño piloto español, Aníbal González, hizo trizas los proyectos de la fotógrafa. Se había subido al estribo del coche de uno de los jefes de los voluntarios extranjeros para conseguir más instantáneas. El tanque dio marcha atrás de manera imprevista y, en medio del caos provocado por el ejército en retirada, arrolló al coche del brigadista, llevándose por delante a Gerda.

La fotógrafa quedó aplastada debajo del carro de combate, de donde la sacaron con muchas dificultades. Antes de llegar al hospital de El Escorial, tuvo tiempo de decirle a un compañero de oficio que sus mejores fotos estaban en sus bolsillos, sin saber que habían corrido la misma suerte que ella.

Yolanda no pudo ver su cadáver. Se enteró de la muerte de su amiga algunas horas después. Y, para colmo, su recién recuperado Manolo había desaparecido de nuevo.

L'AMETLLA

—No es muy frecuente toparse con heridas de arma blanca producidas en un combate cuerpo a cuerpo. Los españoles, por mucho que la leyenda diga lo contrario, tenemos un miedo atávico a las navajas o sus variantes, como la bayoneta. Esto te lo ha debido de hacer un moro bastante enfadado. —El hombre que hablaba a Manolo de manera tan peculiar rondaba los cincuenta años y había estado como soldado de cuota en las campañas africanas de los años veinte—. Te recomendó el doctor Puig —añadió—. Un veterano de Asturias, militante confederal, que estaba en el comité encargado de la selección de los heridos en el hotel Palace. «Amigos, hasta en el infierno», como reza el dicho popular. —Se quedó pensativo unos segundos y añadió—: Pero ten cuidado, que no estás completamente a salvo. Venir enchufado por un militante confederal te puede costar la vida, incluso aquí, donde la gente que trabaja viene, en teoría, a salvártela. La mayoría de los hombres que ocupan las camas de este hospital son de filiación comunista. No hables muy alto, y no lo hagas con cualquiera.

En aquel hospitalillo de la costa barcelonesa dedicado a la recuperación de combatientes heridos apenas le hicieron perrerías al soldado Martínez, aparte de limpiar sus heridas para evitar la gangrena y bajarle la fiebre con baños fríos. Cuando recuperó la lucidez, Manolo descubrió que a su lado seguía el ejemplar de *La guerra y la paz*, de León Tolstói, que la hermana de Goyo le había cedido con tanta elegancia. De modo que se lanzó a leerlo con el mismo ímpetu con el que había devorado los viajes ficticios de Verne.

El autor ruso hablaba de familias de terratenientes y de nobles que iban a la guerra. Pese a lo distante que le resultaba aquel mundo de herencias, de deudas de juego y de bailes majestuosos, Manolo seguía con excitación las peripecias de los protagonistas, sus alambicadas historias de amor y su exaltación de la amistad. El libro le daba no solo la oportunidad de acceder a un mundo lejano y armónico, al menos en apariencia, sino la gran posibilidad de dejarse llevar muy lejos de la dureza de lo que acababa de vivir en el frente.

Asomado a la terraza del hospital al que la diosa Fortuna —eso creía él— le había llevado, podía percibir el penetrante olor del mar. Una silla de cañas entrelazadas y un vaso de agua fresca eran las únicas necesidades que Tolstói le pedía que colmara antes de adentrarse en un nuevo capítulo, que leía con voracidad hasta que el cuerpo le demandaba una siesta. Solo le costaban algo más los episodios en los que los protagonistas se veían inmersos en combates, porque el miedo y la angustia que le provocaban se parecían demasiado a lo que había sentido en las trincheras.

Matías se presentó en el hospitalillo a finales de agosto, un día en que el mar estaba embravecido. Por supuesto, Manolo no esperaba volver a verle, y aun menos con el aire amistoso que el policía mostró al llegar.

A Manolo la sorpresa le dejó boquiabierto, incapaz de articular palabra, por lo que fue el otro quien comenzó a hablar.

—No sabes lo mal que lo pasamos hasta llegar a Barcelona. —Matías era del tipo de hombre que siempre tenía que quedar por encima, en el dolor, en el placer o en el conteo de los kilómetros recorridos en una maratón—. Montse se mareó más de una vez.

—¿Qué quieres? —se impacientó Manolo.

—¿Yo? Saber cómo estás...

—Déjate de majaderías. ¿Qué quieres? ¿Cómo me has encontrado?

Matías se dio cuenta de que no iba a ninguna parte alargando la conversación y entró en materia.

—Lo de encontrarte forma parte de las rutinas de mi oficio. Pero lo importante es que yo te salvé la vida, ¿te acuerdas?

—Bueno, digamos que no me mataste cuando te dijeron que lo hicieras. Y que mataste a otro en mi lugar porque eso te convenía.

Matías se encogió de hombros. No valía la pena entrar en las razones que le asistieron para matar al cura y entregarles el cadáver a los carroñeros falangistas para que lo echaran en una cuneta.

—Como quieras, pero el asunto es que estás vivo, y que fui yo el que decidió no dispararte. ¿De acuerdo hasta ahí? —No esperó la respuesta de Manolo, que le hizo un gesto para que continuara—. Pues agárrate, que vienen curvas.

Matías se relamió de placer antes de ir desgranando las palabras que seguramente había ido reuniendo una a una para soltárselas a su víctima.

—Bueno, lo primero es una gran noticia, y es que has sido padre de un chaval que se llama Manuel Emilio y que habrá sido rebautizado en la catedral de Compostela el día 25 de julio, con algún retraso, un año más o menos, en

presencia de su madre y de su padrino, don Manuel Martínez. Su padre fue dado por desaparecido hace casi un año.

Sí que había que agarrarse. La información tenía más peso de lo que Manolo esperaba y tardó unos instantes en reaccionar.

—¿Y el niño y la madre están bien?

—Imagino que sí... —dijo Matías—. La madre, tonta, y el hijo, millonario nada más nacer. Nació el 18 de julio, ahí es nada.

—Pero te falta soltar lo que quieres proponerme, ¿no es cierto?

—Sí, más o menos. Pero tardaré unos días y, si no te importa, vendré con Montse. De momento, te dejo con muchas cosas en las que pensar...

De golpe, la vida de Manolo había dado un giro espectacular. ¿Cómo hacer frente a la realidad que acababa de conocer? Desde luego, no sentía ninguna vocación paternal, pero sí albergaba en su pecho virtudes como, por ejemplo, la compasión, que le empujaban a desear ayudar a aquel niño. Sobre todo, comenzó a preocuparle cómo intervenir para que la criatura indefensa pudiera esquivar los siniestros planes de su padrino.

—¡Ah, se me olvidaba! —volvió a sonar con fuerza la voz de Matías desde la puerta—. Don Manuel sabe que estás vivo.

BAUTISMO EN LA CATEDRAL

El 25 de julio, día del santo patrón de España, los compostelanos se enteraron de que un año antes, el 18 de julio de 1936, había nacido un varón, un sobrino nieto de don Manuel Martínez, que había sido recibido en esta tierra pecadora con todos los parabienes y promesas, que no solían ser vanas, del cacique. Un día especial.

No se enteraron, sin embargo, de la auténtica fecha de nacimiento de la criatura, un espléndido ejemplar ochomesino nacido en agosto. La gente tampoco sabía cuándo había sido concebido, pero nadie se atrevía a preguntar por el padre. Ni sobre ninguna otra circunstancia.

Todas las miradas se dirigían hacia el cochecito de fabricación alemana en el que se agitaba inquieto el niño, al que nadie podía acercarse por orden expresa de su padrino.

Don Manuel siguió la ceremonia del bautismo del pequeño con una proximidad que a muchos les pareció excesiva. Fue él quien sostuvo al infante entre sus manos y quien ofreció su cabecita al obispo para que este le derramara el agua que certificaba que a partir de ese momento ya formaba parte de la gran comunidad católica, representada especialmente en la ciudad por su patrón, Santiago Matamoros.

Un año antes, el niño había recibido un bautismo de urgencia que, dadas las circunstancias, era lo más que se podía pedir. Pero don Manuel quería que tuviera un mejor recibimiento en la milenaria institución, por lo que escogió el día grande de Santiago para la ceremonia y aprovechó las galas del primer aniversario del alzamiento para, con un coste económico reducido, tener la mejor de las ceremonias.

Ese día no faltó de nada en la catedral. El botafumeiro recorrió de un lado a otro la nave, porque la fiesta del aniversario lo merecía y porque no todos los días una catedral podía tener el privilegio de que se celebrara allí un golpe de Estado y, al mismo tiempo, que en su pila se bautizara a un Martínez. Eso al

menos pensaba don Manuel.

El padrino le había dado a la madre hierbas recetadas por curanderos para que se mantuviera tranquila y silenciosa en un rincón, pero no habían cumplido su función. Se pasó toda la ceremonia dando ayes sin que ni siquiera su madre, que llevaba sus mejores galas para la ocasión, fuera capaz de contenerla.

La salida del cortejo bautismal fue apoteósica. Los falangistas, económicamente sostenidos por don Manuel y alejados del frente por «imperiosas necesidades del servicio», se encargaron de que la despedida estuviera envuelta en vítores y confeti. Un éxito para el que el cacique tan solo había necesitado de la complicidad del obispo, que fingió, a cambio de una jugosa cantidad de dinero, que bautizaba a un recién nacido en lugar de a un niño que ya casi sabía andar solo.

Don Manuel no pensaba regatear ni un céntimo en cualquier cosa que sirviera para hacerle la vida mejor al que, antes de nacer, ya había sido designado como su ahijado. Por encima de todo, su vida habría de ser un ejemplo para las almas de Galicia, y todos los apoyos del obispo serían pocos para tal fin. Manuel Emilio sería, en lo que de él dependiera, un santo.

Aunque eso no tendría que estar enfrentado con obtener los favores de la Apacha que su padrino le buscara, con la más habilidosa y la más sumisa de las putas. Porque el padrino pensaba que una libido bien dirigida aseguraba el camino de la virtud mucho más que una obediencia sin criterio a hombres que, como muchos curas, predicaban con la palabra pero no con el ejemplo.

LA OFERTA DE MONTSE

Montse, había que reconocerlo, tenía muchas virtudes, y una de ellas era la de la claridad y el orden en la exposición de los asuntos que le importaban.

En este caso, consiguió de inmediato el interés de Manolo, porque a sus capacidades naturales para captar la atención de cualquier interlocutor añadió un argumento de gran peso: a Manolo se lo querían cargar los comunistas, porque era un militante confederal, pero, sobre todo, se lo quería cargar don Manuel. Sobre su cabeza pendían dos amenazas directas que Montse supo utilizar para conseguir algo que andaba tiempo buscando: mantener callado a Manolo. Y la mejor manera era sacarlo del país.

—Pero antes —le dijo— tienes que firmar estos papeles.

—¿Por qué? ¿Qué dicen? —indagó el muchacho.

—Nos eximen de responsabilidad a Matías y a mí de cualquier acto que tenga que ver con tu muerte. Así, cuando ganen la guerra los de tu padrino, nadie podrá culparnos de nada. —Y continuó—: A cambio, tú adoptarás una nueva identidad, la del cura que Matías mató en tu lugar.

—Pero... ¿Y si la guerra no la ganan los fascistas?

—¡Ja! Otro iluso como Negrín...

En los papeles, tanto Matías como Montse eran descritos como dos seres bondadosos siempre dispuestos a jugarse la vida con tal de ayudar a cualquiera que fuera un buen patriota y un buen cristiano.

—Pero aquí dice que sois unos buenos patriotas —dijo Manolo, escandalizado.

—Y lo somos —dijo Montse—, aunque sea de una patria distinta. Pero no hay duda de una cosa: jamás aceptaremos una patria comunista. Cataluña será católica o no será.

—Pero entonces, si ganan los de mi padrino, ¿qué tengo que hacer? —Manolo no acababa de entender lo que le proponían.

—Pues seguir dando por muerto a Manuel Martínez y llevar contigo la

documentación del cura, al que habrán salvado, según su propio testimonio, Montserrat Marc y Matías Bofarull.

Montse suspiró antes de seguir. Aquella mujer era una máquina de inventar conspiraciones. Manolo estaba confuso, pero la oferta no parecía tan mala: tenía que hacerse el muerto para seguir con vida. Así que, tras pensarlo unos minutos, aceptó y estampó su firma en el documento que tenía ante sus ojos.

El acuerdo contenía algunas cláusulas secretas, como la de que la pareja organizaría un plan de fuga a través de los Pirineos para que Manolo pudiese llegar a un puerto desde donde salieran barcos hacia América. Algo que se ejecutó con suma rapidez.

Esa misma noche se presentaron dos hombres de aspecto funerario que le sacaron casi en volandas por una de las puertas traseras del hospital.

—Sí que tienen prisa los comunistas... —le dijo uno de ellos. Y añadió—: Debes de ser un pez gordo, chico.

—Más bien soy un cadáver —replicó Manolo, mientras seguía su paso cojeando y con gran docilidad.

En la puerta principal del hospital había aparcado un coche de color negro del que uno de sus acompañantes no dudó en señalar su procedencia.

—Son rusos. Tú dirás lo que quieras, chaval, pero debes de ser un pez gordo.

Rápidamente subieron a un coche destartado y, sin encender el motor, dejaron que se deslizara unos metros cuesta abajo. Después recorrieron un par de kilómetros con las luces apagadas y tomaron un camino secundario. Cuando, unos minutos después, detuvieron el coche en el arcén, el que conducía se volvió hacia Manolo.

—¿Conoces los Pirineos? —No esperó su respuesta para continuar—. Esta noche vas a cruzarlos. Y si todo va bien, mañana serás libre.

Un coche les adelantó y esperaron a que sus luces se perdieran en la oscuridad. Unos segundos después volvieron a ponerse en marcha. Manolo pensó en su pierna herida y en la dura prueba que le esperaba. Aunque sintió algo de alivio al saber que no estaba en manos de los comunistas. El fuerte acento catalán de sus escoltas indicaba sin resquicio de duda que eran agentes nacionalistas.

A pesar del balanceo del coche y de los baches de la carretera Manolo encontró la manera de envolverse en una ensoñación que le devolvió por un tiempo corto a su mundo, que ya no tenía nada que ver con Casilda y su tierra natal en Galicia, sino que se encontraba en algún lugar donde un recién nacido estaría pidiendo a berridos su comida. Yolanda, que durante mucho tiempo había

sido la principal protagonista de sus sueños, se iba desdibujando para ser sustituida por ese niño desconocido. Ahora solo él y Tolstói ocupaban su imaginación.

Casi tres horas después, el coche se detuvo.

—Hemos llegado ya al lado de Figueres. Espero que seas un buen andarín — le dijo el hombre que iba en el asiento del copiloto.

Del maletero del coche cogieron unas botas de montaña y unas cazadoras y se las pusieron.

—*Endavant!*

El camino tenía una pendiente muy acusada, y eso que solo era el aperitivo de lo que estaba por llegar. El suelo estaba tapizado con arena, hojas secas y agujas de pino que había que acostumbrarse a pisar para no resbalar. Por suerte, Manolo llevaba unas *espardenyas* con las que podía apañarse.

—Vamos hacia el coll de Banyuls. Hay que subir un poco. Pero, sobre todo, es necesario ir con sigilo, porque es territorio de contrabandistas y, ahora, de protectores de *amagats*, escondidos, a los que sacan el dinero de su familia para no denunciarles a las autoridades, que buscan «voluntarios» como sea.

—Por eso —dijo el otro— no sobran ni estas —y se dio un golpe en la pistola que llevaba colgando del cinturón—, ni el dinero.

Desde un pueblo diminuto llamado Espolla, un camino les condujo hasta Banyuls. El día ya se estaba abriendo y Manolo pudo ver el mar al fondo, brillando bajo los tonos rojizos del amanecer y con varios barcos, probablemente requisados por las autoridades, que recogían las artes de pesca.

Un par de horas después, cuando su pierna ya comenzaba a resentirse, escuchó la ansiada noticia.

—*Ja som a França!*

Manolo lamentó no saber nada de la geografía del lugar, aunque sus compañeros tuvieron la cortesía de señalarle dos picos, el Eres y el Forques. Abajo, muy cerca, estaba Banyuls.

Atrás dejaba la violencia y la intolerancia, y muchos jirones del alma. Manolo sintió que se despedía de España y supo que tardaría en regresar. No quería volver a pisar una tierra donde había tanta gente que deseaba matarle. Unos por ideología, como los comunistas; y otros, por despecho, como su padrino. Eso, sin contar a los partidarios de Franco. De ellos llevaba en el cuerpo algunos recuerdos imborrables.

Uno de los policías que le habían acompañado le dio un morral en cuyo interior había unos bocadillos y un sobre.

—Por supuesto que eres un pez gordo... Tanto dinero y tanto esfuerzo no se gastan en un don nadie.

El sobre parecía darle la razón: estaba lleno de billetes franceses y, además, contenía un pasaporte sin falsificar, seguramente procedente de alguien de su misma edad, con el pelo negro y rizado, que ocuparía un lugar en alguna cuneta. También había un billete de ida para viajar hasta Orán en un buque de nombre sugestivo: *L'Étoile de la Méditerranée*.

Manolo les dio las gracias a los dos catalanes y se despidió con un apretón de manos. Después fue hasta Banyuls, con el paso ligero de los redimidos y sembrando su marcha con las hojas sueltas del destripado libro de León Tolstói, cuyo estado era pésimo. Tan solo se conservaba la cubierta, que guardó en el morralito junto a los bocadillos. Algo quería que quedara en sus manos del que había sido tan buen compañero.

La guerra se había acabado para Manolo. Pero solo la de España. De momento le pareció suficiente, y ni siquiera tuvo la tentación de permitir que una lágrima se le escapara.

—¡Maldito país! —exclamó para despedirse.

TERCERA PARTE

LA SOLEDAD DE YOLANDA

Yolanda era de las pocas personas leales al Gobierno en Madrid que no compartía el optimismo que parecía embargar a los republicanos tras la batalla de Brunete. La prensa adicta presentaba como un éxito haber distraído a las fuerzas fascistas del frente del norte. Y todavía en agosto no se veía como inminente el desastre que se cernía sobre los republicanos en el País Vasco, Santander y Asturias.

Las noticias del frente norte volvían a hablar de resistencias heroicas y de acciones individuales fuera de lo común. Yolanda sabía que tanta insistencia en el heroísmo solo podía deberse a que sobre el terreno era el enemigo el que llevaba la iniciativa. También sabía que Brunete había sido un fiasco, aunque se intentara vender como un empate estratégico y una victoria moral.

Sustituir a los que caían en combate era cada vez más difícil. Yolanda se había dado perfecta cuenta de que los mandos republicanos extremaban el celo a la hora de recuperar a los hombres heridos, y cada vez se ejercía una presión mayor para que los responsables de la sanidad republicana dieran el alta a hombres que pudieran sostener un arma, mientras que los criterios para seguir de baja se endurecían.

No quería que la consideraran una derrotista, por lo que solía mantenerse callada cuando se producía alguna discusión a su alrededor. Tenía claro que el silencio era lo mejor para mantener su integridad.

Mientras, su trabajo diario se empezó a parecer cada vez más a una rutina, cuando tan solo unos meses antes le había parecido que enseñar a mujeres las técnicas de la kinesiterapia era una parte importante de la entrada del mundo en una nueva época en la que la fraternidad tendría un lugar preferente.

Pero al margen de los grandes conceptos, de las grandes palabras que se iban derrumbando a su alrededor, Yolanda tenía un problema muy serio: estaba sola. Había perdido a Manolo, a Gerda, al doctor Bethune... Y no sabía si le quedaría Amós. Lo que sí le quedaba era el hambre, el frío y el terror. A grandes dosis.

Yolanda no quiso marcharse de Vallecas cuando la guerra acabó, y siguió ocupándose de los cientos de enfermos que aquella había dejado. El 26 de marzo de 1939, unos días antes del fin de la contienda, Amós Acero le propuso que le acompañara a Alicante, donde cogerían un barco que les llevaría a Orán. Ella no aceptó porque pensaba que los heridos y enfermos la echarían en falta. Amós la besó en la frente y Yolanda supo que sería la última vez que le vería.

Dos días después, el 28 de marzo, al amanecer, las tropas franquistas motorizadas entraron en Vallecas por la avenida de la Albufera. Y el 1 de abril, día de la rendición de las tropas republicanas, el pueblo se llenó de camisetas azules y de banderas monárquicas. Yolanda no sabía de dónde salían tantas, pero vio cómo exhibían su victoria con un desparpajo que quebraba el ánimo de los, al parecer, pocos republicanos que esperaban atónitos su cruel destino. Ya lo recalcan los vencedores en sus comunicados: la rendición era sin condiciones.

Julián Besteiro y el coronel Casado ordenaron el cese del fuego por la radio, y unas horas después varios hombres con camiseta azul fueron a buscar a Yolanda. La condujeron a empellones hasta un local de la calle Picos de Europa que muchos años antes había sido un cuartel de la Legión y allí, en el sitio llamado Molinuevo, que pasó a ser cuartel de la Guardia Civil, le dieron la primera paliza. Le pegaron hasta romperle varias costillas y la dejaron parcialmente desdentada. No la acusaron de nada ni le preguntaron nada. Simplemente, le pegaron.

Eso no fue más que el principio de su calvario. No se libró del más humillante de los castigos, que consistía en ser rapada al cero y después recorrer un largo tramo de calle tras haber tomado un buen buche de aceite de ricino, que de inmediato provoca una diarrea incontrolable. A juzgar por las reacciones del público, compuesto sobre todo de mujeres y niños, el espectáculo era muy cómico.

Yolanda deseó morir en varias ocasiones, e incluso se lo pidió al Señor, aunque tan solo recordara fragmentos de algunas oraciones. Después de ser rapada y exhibida por la calle, la interrogaron sobre su presunta participación en la matanza del Cuartel de la Montaña y en la de la estación de Jaén. Negó todas las acusaciones, pero no le sirvió de nada. A cada negativa le seguía una serie de golpes, mientras un hombre sentado en una silla de ruedas animaba a los torturadores y de vez en cuando se dirigía a ella.

—Putas, bolleras, mentirosas.

Y eso significaba que todo iba a comenzar de nuevo.

Yolanda quedó tan desfigurada que no fue capaz de reconocerse ante un trozo

de espejo que algún sádico le acercó. Hasta que un día, el hombre de la silla de ruedas sentenció:

—Ya está todo claro. A Ventas.

Antes pasó por un tribunal militar. La obligaron a firmar algunos papeles que ni siquiera le dejaron leer y la llevaron a la cárcel de Ventas, situada al lado de la plaza de toros, que había sido inaugurada durante la República. El diseño, que supervisó Victoria Kent en persona, estaba pensado para que albergara a unas quinientas presas, pero cuando Yolanda llegó había casi tres mil. Vivían hacinadas, en condiciones higiénicas lamentables, hambrientas, separadas de sus seres queridos y la mayoría esperando a que se cumpliera la terrible sentencia de muerte a la que un tribunal de excepción, que eran los normales en la época, las había condenado.

Un par de carceleras la lavaron con agua fría y ella encontró fuerzas para atreverse a preguntar la fecha. La grabó a fuego en su mente: 17 de junio de 1939.

¡Cómo pasaba el tiempo! Y no tenía forma de averiguar qué había sido de Manolo ni de Amós, las dos personas que más le importaban en el mundo.

Yolanda pasó a formar parte de la galería de las condenadas a la máxima pena. Su inexperto abogado defensor le había dicho que, teniendo en cuenta la debilidad de las pruebas presentadas contra ella, lo más probable era que su recurso se admitiera. Ella se aferraba a esa posibilidad con uñas y dientes, aunque sentía que la invadía la cólera cuando pensaba en la tremenda injusticia que había motivado la condena. De hecho, muchas compañeras de prisión ni siquiera la creían. ¿Qué hacía allí una mujer, seguidora de Azaña, en un lugar repleto de comunistas?

La mayor parte de las chicas condenadas a muerte, casi todas muy jóvenes, aceptaban su destino con resignación. ¿Qué más podía pasarles? Todo lo más, recibir algún correctivo de parte de Zapatones, la más agresiva de las funcionarias, que podía pegar con rencor evidente y con una no menos evidente falta de profesionalidad. Daba miedo por sus gritos y pisadas feroces. Aunque no tanto como el que suscitaban los guardias civiles que las habían detenido, que aplicaban métodos mucho más profesionales y efectivos.

EL SESO DE DON MANUEL

Desde que nació, el 18 de julio de 1936, más o menos un mes antes de nacer de verdad, el pequeño Manuel Emilio no se separaba del cacique ni un momento. Únicamente podían acercarse a él las dos amas de cría que se encargaban de que al niño no le faltara de nada.

Carmen producía leche suficiente para su hijo, pero don Manuel deseaba que el bebé tuviera de todo en exceso. Tanta abundancia hizo que Manuel Emilio mostrara poca prisa por engancharse a una alimentación acorde con su crecimiento. Don Manuel lo tenía claro.

—Eso, hijo, tú come..., que no hay nada mejor para el desarrollo de un hombre que la leche de mujer.

El niño, cada vez que sentía hambre, se arrojaba sobre su madre o el ama de cría de turno y buscaba las ubres plenas de leche. El obligado cambio de las amas hacía que el pequeño no siempre las distinguiera, de modo que podía arrojarse sobre cualquier mujer, a la que desabotonaba la blusa y metía mano con total desparpajo.

Entonces don Manuel hacía público su orgullo.

—Así es el chaval y así será.

No le importaba en absoluto que la dama agredida fuera de alta cuna o que estuviera casada con algún gerifalte del nuevo régimen. El niño tenía derecho a tomar lo que le diera la gana. Si no, ¿para qué había ganado don Manuel una guerra?

Manuel Emilio cumplió oficialmente tres años cuando España, o, al menos, la mitad, celebraba el tercer aniversario del levantamiento de los generales africanistas contra la República. A esa edad ya se movía con gran agilidad y arrastraba muebles y lo que fuera que se le pusiera por delante.

Empezó a desarrollar una agresividad notable hacia todo lo que se movía a su alrededor. No se alimentaba más que de leche de mujer, a su edad ni siquiera había probado la fruta y, por supuesto, no había comido ni una piltrafa de carne.

Y, sin embargo, tenía la agresividad de un carnívoro: los pájaros que estaban enjaulados amanecían desplumados, y los perros y gatos cambiaban sus itinerarios normales para no cruzarse con él.

Su padrino veía su comportamiento con complacencia y nunca aceptaba que nadie se quejara del pequeño. En una ocasión en que el marido de una mujer agredida protestó airado, unos desconocidos le dieron una paliza nocturna al grito de «¡Arriba España!».

Cada 9 de agosto, fecha del verdadero nacimiento de Manuel Emilio, el cacique se sentaba junto a su ahijado y bebían una copita de anís.

—¡Por el día que lo cambió todo! —exclamaba levantando la copa.

De ese modo festejaba don Manuel el tercer cumpleaños del niño, que nunca supo el motivo de la extraña devoción que su padrino sentía por esa fecha. Sentado en las rodillas de su padrino, la criatura mojaba sus labios en una liviana mezcla de anís de Las Cadenas, puesto que El Mono estaba prohibido en la casa por la confesa devoción darwinista de su fabricante.

En La Coruña se comentaba que don Manuel había perdido el seso por el niño, y algo de eso había. Era obvio que la marcha de España ya no le interesaba tanto como antes, pero se esmeraba en transmitir su visión del mundo al chico, que incluía su inquietud hacia el sistema implantado por los bolcheviques en Rusia, que había llevado al paredón a todos los militares del país, en un terrible destino compartido con los representantes de Dios en la Tierra.

Al cacique no le cabía duda de que en 1936 se había puesto en marcha una conspiración para implantar en España un régimen como el ruso. Y Manuel Emilio, aun con tres años recién cumplidos, debía formar parte de la vanguardia de la lucha contra ese sistema atroz. Así que don Manuel encargó a la Apache, reconvertida en sastra, que tomara medidas a su ahijado y le hiciera un uniforme completo de falangista, boina roja incluida, con la ventaja de que el complemento colorado característico de los carlistas se podía quitar o poner según las circunstancias.

Franco había permitido al fin —y sus razones tendría, pensaba el cacique— que el mundo conociera al fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, fusilado en la prisión de Alicante el 20 de noviembre de 1936, tras haber creado, con gran ingenio político, un movimiento a su medida al que había puesto un nombre bastante complicado: FET y de las JONS.

Así pues, en julio de 1939, el pequeño Manuel Emilio salió a desfilar por las calles de La Coruña con el uniforme completo de la Falange. El cacique lució su mejor traje de color gris marengo, con una camisa azul y corbata negra, para que

las mujeres de la ciudad pudieran comentar con razón lo distinguido de su porte, que Manuel Emilio había heredado.

No como su otro ahijado, Manolo, cuyos modales siempre fueron algo toscos. Su tío sabía que seguía con vida porque Matías y su mujer le habían desobedecido. Ya tendría tiempo de ocuparse de ellos... Y de Manolo, que había huido a América gracias a su intervención, después de pagar a los policías que le sacaron del hospital de L'Atmella y que le ayudaron a cruzar los Pirineos.

Don Manuel no estaba dispuesto a permitir que los comunistas se le adelantaran, como le había dicho Matías. Él mismo mataría a Manolo cuando llegara el momento.

YOLANDA, LA NÚMERO QUINCE

El 4 de agosto de 1939 trasladaron a Yolanda, a primera hora de la tarde, a una celda para que se preparara. Recibió la visita del cura, que se quedó sorprendido de que la chica estuviera dispuesta a hablar con él. Ni mucho menos se trataba de una confesión o de que Yolanda quisiera mostrar arrepentimiento por sus pecados. Tan solo deseaba un intercambio de opiniones.

El cura mostró su disgusto cuando se dio cuenta de que su visita había sido en balde.

—Tengo demasiadas almas que atender como para perder el tiempo en debates.

—Yo solo quería decirle que aquí hay un error.

El cura suspiró antes de darle su respuesta.

—Eso lo decís todas, hija mía.

—Es que yo no soy comunista. Ahí está el error.

—¿No crees en la propiedad pública de los medios de producción? —Yolanda no supo qué decir. Fue el mismo cura quien dio su particular diagnóstico—. La sola duda es ya una terrible acusación, hija. Y Dios te perdonará, pero después de que pases por el trance de la justicia terrenal. —El religioso paladeó sus frases finales antes de despachar a la chica y, tras consultar una chuleta arrugada que llevaba en uno de los bolsillos de la sotana, continuó—: Tú, Yolanda, eres comunista, aunque no lo sepas. Dios se encargará de que dejes de serlo, y yo te garantizo que haré todo lo posible, con mis oraciones, para que la condena que sufra tu alma sea lo más suave posible, para que las llamas del infierno no se entretengan demasiado en lamer los pechos de tu espíritu, en besar con deleite las curvas de tus nalgas...

El sacerdote entornó los ojos y un gesto inequívoco de lascivia asomó a su rostro. Yolanda no pudo contenerse.

—¡Pare ya, cerdo!

Él se dio la vuelta y llamó a la celadora. Antes de salir de la celda, dijo:

—Como si yo tuviera tiempo para discutir sobre la existencia de Dios con una marxista...

Unos minutos después los acontecimientos se precipitaron. Primero la llevaron a la galería de las condenadas, donde estaban las afiliadas a las Juventudes Socialistas Unificadas. Un juez militar, titular del consejo de guerra permanente número 9, las había condenado a muerte por, supuestamente, asesinar al comandante de la Guardia Civil Isaac Gabaldón en un atentado en el que habían participado también otros cuarenta y tres hombres, también de las JSU.

Demasiada gente condenada para un solo muerto... El juez militar debía de estar sediento de sangre. Todas las chicas habían llegado al tribunal con señales evidentes de haber sido torturadas. De paso, también las acusaron de haber participado en los hechos del Cuartel de la Montaña y de otros desaguisados propios de los días de revolución que siguieron al 18 de julio de 1936.

Las chicas de las JSU recibieron a Yolanda con cariño. ¿Qué hacía una azañista como ella compartiendo pena con comunistas tan fogueadas?

Ya avanzada la noche, las «ordenantas» de guardia pasaron lista y las llevaron a la capilla. A continuación apareció el cura que había «hablado» con Yolanda para hacer una última e infame oferta.

—Quien lo desee podrá escribir su última carta. He traído lapiceros y cuartillas para todas... —Las mujeres levantaron las manos, y el cura continuó —: Pero la que quiera escribir tendrá que confesarse antes. Su alma debe estar libre de todo pecado y dispuesta a encontrarse con Dios.

Hubo un rumor generalizado entre las mujeres. Tan solo Yolanda, que no sabía adónde tendría que enviar una carta a Manolo, y una de las más mayores, se negaron a aceptar el chantaje del cura. Las demás, algo avergonzadas, pero ansiosas, fueron cogiendo los útiles de escritura una tras otra.

El religioso se los ofrecía con una sonrisa beatífica, que se tornó en una encendida mirada que avisaba de las penas del infierno cuando se dirigió a las dos objetoras.

—Vosotras dos seréis las últimas, para que podáis ver a vuestras compañeras morir.

A las cuatro de la madrugada las metieron en una camioneta que las trasladaría al cementerio elegido para la ejecución. Las mujeres comenzaron a cantar canciones de revolución, mientras se daban calor unas a otras. Sus cuerpos solidarios estaban atados a un mismo destino.

Poco antes de llegar se escucharon unos disparos. Aquella madrugada Franco

y sus cómplices se estaban dando un festín: algo más de cuarenta militantes varones de las JSU estaban siendo fusilados en el mismo lugar donde poco después lo serían sus compañeras.

Cuando llegaron, aún había sangre en el suelo. Por mucha arena que la brigadilla echara desde el camión que iba repleto de ella, los pies chapoteaban, y las gotas de sangre manchaban las piernas de las mujeres que iban a alinearse dócilmente ante el paredón.

Allí les ordenaron que se colocaran una junto a otra. Primero irían diez, que era el número de miembros que tenía el pelotón de fusilamiento. Todos voluntarios. Y casi todos ellos familiares de asesinados en la retaguardia durante la guerra. Era gente que pensaba que su sed de venganza se calmaría así.

Les preguntaron si deseaban morir con los ojos vendados y todas aceptaron, aunque no hacía falta, porque las jóvenes recibían en plena cara, directamente en los ojos, la luz cegadora de los faros de los vehículos que habían servido para transportarlas y que ahora se utilizaban para iluminar la dramática escena.

El capitán del pelotón de voluntarios ordenó el «apunten» y enseguida exclamó la orden de «¡Fuego!». Después dio el tiro de gracia una por una y mandó levantar los cuerpos.

Aún quedaban cinco mujeres, Yolanda entre ellas.

—Vosotras dos no estáis en mi lista —dijo el jefe del pelotón dirigiéndose a Yolanda y a otra de las mujeres, llamada Carmen Lafuente. Las tres restantes se situaron en el paredón y fueron ejecutadas del mismo modo que las anteriores.

Las llamadas «Trece Rosas» fueron fusiladas a las seis y media de la madrugada del 5 de agosto de 1939. Poco después, a las dos supervivientes las volvieron a meter en la camioneta. Antes de ponerse en marcha, Yolanda pudo ver fugazmente cómo uno de los miembros del pelotón meaba contra la tapia del cementerio.

En la cárcel de Ventas las esperaba el cura.

—Se me olvidó deciros que el tribunal ha aceptado el aplazamiento de la sentencia pedido por vuestras defensas.

Yolanda se desmayó.

Ese día se acabó la guerra para ella. Pero aún le quedaban, para pagar sus culpas, seis años de pena que cumpliría en distintos penales.

Seis años repletos de hambre, de frío y de miedo.

EL DESEMBARCO

Manolo formaba parte del 16º regimiento de la 1ª división de infantería de los Estados Unidos, la llamada Gran Uno Rojo, que había sido designada para abrir camino en la Operación Overlord debido a su experiencia en desembarcos previos en tierras africanas y en Sicilia.

Era el 4 de junio de 1944, y ya quedaban lejos los días de entrenamiento en los centros de Dorset, en las playas de Saunton, al norte de Devon, y en las de Slapton Sands en la costa de Cornualles. Esas playas compuestas por guijarros y arena tenían un terreno muy similar al de la franja de costa plateada en forma de media luna de la playa de Omaha que les esperaba frente a los pueblos costeros de Vierville y Colleville.

Desde Land's End, el Finisterre de los británicos, hasta Portsmouth, barcos, convoyes, soldados y suministros llenaban cada puerto, ensenada o abrigo de la costa. Ni Manolo ni sus compañeros habían visto antes un despliegue como aquel. Con razón lo decían, porque nunca nadie había presenciado algo semejante.

Los barcos encontraron el primer escollo en una gran tormenta con fuertes vientos y olas de más de dos metros que les obligó a regresar a puerto y a retrasar el inicio de la operación.

El Día D sería el martes 6 de junio. Los desembarcos tenían que realizarse cuando la marea fuera lo suficientemente baja como para descubrir los obstáculos que había puesto Rommel en las playas. Y las previsiones decían que el día 6 reunía todos los requisitos.

Manolo, como todos los hombres de su compañía, volvió a su acuartelamiento, donde tendría que esperar un par de días a que el desembarco tuviera lugar. Un trámite más que enojoso, al menos para Manolo, porque a muchos les supo a gloria al garantizar que su vida sería algo más larga, al menos dos días. Él y su amigo Miguel Orlando Martínez, un uruguayo nacido en Canelones, coincidían en pensar que, ya puestos en faena, cuanto antes sucediera

todo, mejor.

La tensa espera hacía mella en el ánimo de los ciento setenta y cinco mil hombres que se revolvían a bordo de las embarcaciones intentando encontrar alguna postura que les hiciera más llevadera la que para muchos sería su última travesía. Algunos intentaban matar el tiempo jugando al póquer o a los dados, o se entretenían comprobando sus armas. Otros leían la Biblia y rezaban. Era difícil dormir debido a las continuas disputas provocadas por el aburrimiento y por la ansiedad previa a lo que bastantes consideraban una muerte casi segura.

Quienes estaban en barcos de guerra o en grandes transportes, en aeródromos o en las zonas de embarque, eran afortunados. Estaban hacinados, pero al menos estarían secos y calientes. Manolo y Miguel les maldecían, como es natural.

Porque ellos dos formaban parte de las tropas sitas en las barcasas de desembarco, ancladas fuera de los puertos desde hacía días. Algunos llevaban allí metidos más de una semana, y nunca olvidarían los tres olores que lo inundaban todo: gasoil, excrementos y vómitos.

Pese a su desconcierto, Manolo tenía la suficiente clarividencia como para darse cuenta de que iba a vivir la que posiblemente fuera la situación más difícil de su existencia, corta pero pródiga en hechos de extrema violencia. Empujado casi siempre por el alcohol, había alardeado de ello con los camaradas. Y más de uno, tres para ser exactos, le habían rogado que les permitiese ir a su lado durante el desembarco, porque creían que su suerte podía ser contagiosa.

Manolo, por su parte, pensaba que ir al lado de su amigo Miguel Orlando le traería buena fortuna, al menos para acabar la guerra y poder volver, algún día, a buscar a Yolanda, pero sobre todo para conocer a su hijo, a quien, según sus cuentas, le faltaba poco más de un mes para cumplir ocho años. No quería esperar mucho más tiempo para apartarlo de su padrino, del que no cabía esperar nada bueno.

Los capitanes de los barcos leyeron, a través del sistema de megafonía, el mensaje de Eisenhower a las tropas que iban a participar en la invasión.

—¡Soldados, marineros y aviadores de la Fuerza Expedicionaria Aliada! Estáis a punto de embarcaros en la gran cruzada en la que hemos estado trabajando durante muchos meses. Los ojos del mundo están fijos en vosotros. La esperanza y las oraciones de las personas amantes de la libertad en todo el mundo os acompañan. Junto con nuestros valientes aliados y hermanos en armas presentes en otros frentes, vais a llevar a cabo la destrucción de la máquina de guerra alemana, vais a conseguir la eliminación de la tiranía nazi sobre los pueblos oprimidos de Europa, y la seguridad para nosotros mismos en un mundo

libre.

No estaba mal para haber sido escrito por un militar, pensó Manolo. Aunque su amigo uruguayo comentó a media voz:

—Se nota que no estás en una lancha y no vas a mojarte el culo como nosotros.

Tenía razón.

Poco después de la una de la madrugada recibieron un generoso desayuno para subir los ánimos. Había chuletas de cerdo, pollo, salchichas, donuts, helado, dulces y café. Manolo coincidió con Manuel Orlando en comer solo lo que no hubiera pasado por ninguna cocina, para mantener sus tripas a salvo.

A las tres de la madrugada, los sargentos ordenaron a sus hombres reunir el equipo. Todos los soldados, hasta los más conformistas, maldecían los trajes mofeta, llamados así debido a su repulsivo olor, provocado por una sustancia química que los impregnaba y que era teóricamente eficaz contra los ataques con gas. Manolo suponía que también serviría para alejar al enemigo que, si era de la raza humana, no podría soportar el penetrante hedor.

Cada soldado de infantería llevaba consigo una pala y, en bandolera, una cartuchera con cargadores de ocho balas para el fusil M-1 Garand que transportaba en una bolsa impermeable negra. Debían evitar que los fusiles se llenaran de arena o se mojaran, por lo que algunos dotaron de una protección extra las bocas de las armas cubriéndolas con un preservativo, lo que dio lugar a numerosas bromas, tan malas como previsibles. En el pecho llevaban una funda con la máscara antigás, y completaban el equipo dos bolsas cargadas de municiones cruzadas sobre el torso. La panoplia entera llegaba a los treinta y tres kilos, un peso que resultaría fatal para muchos.

Acompañando a los buques y transportando también a los hombres de la 1ª división estaban las LCI (Landing Craft Infantry), unas embarcaciones con una eslora de unos cincuenta metros y una manga de casi veinticinco. Tenían el fondo plano para poder desembarcar en las orillas y las propulsaban ocho motores diésel. Cada una tenía capacidad para tres oficiales, veintiún marineros, y ciento ochenta y ocho soldados con su equipo. Iban armadas con cuatro montajes de cañón de 20 mm —uno en proa, dos en popa y otro en el centro del barco— y dos ametralladoras del calibre 50. Las LCI formaban flotillas que acompañaban a los barcos más grandes.

Adosadas a los barcos grandes, estaban también las lanchas de desembarco LCVP, que tenían unos once metros de eslora por tres metros de manga y un calado de entre medio metro y uno entero desde la proa a la popa. Tenían

capacidad para tres tripulantes y eran capaces de transportar a treinta y seis hombres con su equipo, o sea, una sección mandada por un teniente. También podían trasladar vehículos. En la proa estaba la rampa blindada que se bajaba cuando el bote llegaba a las orillas de destino.

Manolo y el uruguayo Miguel Orlando, los únicos soldados de la compañía que se expresaban en castellano, iban en una de esas. Habían llegado hasta allí después de bajar por una red desde uno de los grandes barcos de transporte. Un descenso lleno de incidentes que a más de uno le había supuesto abrirse la cabeza.

—Se jodió el tipo —fue el comentario del uruguayo cuando un tal Duggi cayó por la borda después de dar varios tumbos por la complicada arquitectura que debían salvar para llegar a la lancha.

A las cuatro y media de la madrugada los soldados recibieron la orden de subir a las lanchas. Muchos hincharon los chalecos salvavidas dentro de los barcos y no cabían por las escotillas. Los pesados equipos, que incluían desde radios a lanzallamas, dificultaban el descenso por las redes de acceso, a lo que había que sumar el estado del mar, que hacía que los botes golpearan contra los buques. Muchos soldados se fracturaban los tobillos o las piernas por errores de cálculo al saltar de la red o al quedar atrapados entre la borda de la lancha y el costado del barco.

Manolo había conseguido, gracias a su agilidad, completar indemne el trasvase y comprobó con alivio que su amigo uruguayo también lo había logrado. Por alguna razón que se le escapaba, Manolo pensaba que sus suertes en la batalla iban de la mano.

Los dragaminas hicieron su trabajo despejando el camino y, milagrosamente, no hubo bajas.

Cuando las primeras flotillas de lanchas de desembarco estuvieron en formación, los buques estadounidenses *Texas*, *Arkansas* y *Nevada* abrieron fuego pesado sobre las defensas alemanas de Normandía.

Las lanchas se dirigían cabeceando hacia las orillas de las playas, subiendo y bajando entre olas de más de metro y medio. Los soldados, empapados, comenzaron a vomitar sus desayunos, y Manolo agradeció su decisión de haber renunciado a las chuletas de cerdo. Cuando empezaron a ver la costa con más claridad, se inició la última fase del bombardeo con las naves lanzacohetes. Pero todas las salvas que se dispararon fallaron su objetivo y cayeron al mar. Aunque eso, por suerte para su moral, no lo sabía ninguno de los hombres embarcados en las lanchas.

El objetivo de la 1ª y de la 29ª divisiones de infantería norteamericana era la playa Omaha, un sector de costa alargado que describía una suave curva. Para los hombres como Manolo, que la veían desde el mar, la playa terminaba a la derecha en unos acantilados imponentes. A unos seis kilómetros más al oeste estaba el promontorio de la Pointe du Hoc, que era el objetivo que un batallón de Rangers tenía que escalar con el fin de eliminar una batería alemana. Para ello debían trepar por un acantilado desnudo. Los Rangers, al contrario que la infantería, llevaban un equipo ligero para facilitar el rápido acceso a su meta.

La principal franja de playa ascendía suavemente formando un banco de guijarros rematado por un rompeolas de poca altura. Detrás de este había una pequeña zona de prados pantanosos, y justo encima se elevaba un empinado montículo arenoso cubierto de hierba marina. Esos montículos, cuya altura oscilaba entre los quince y los treinta metros, dominaban toda la bahía. A lo largo de este pequeño declive había, de izquierda a derecha, tres pueblecitos: Colleville-sur-Mer, Saint-Laurent-sur-Mer y Vierville-sur-Mer. Las lomas eran accesibles a través de cinco empinados valles o «ramblas», que eran los únicos lugares por los que los vehículos podían ser sacados de la playa para dirigirse al interior. Y los accesos a esas salidas estaban cubiertos por fortines y baterías alemanas, lo que hacía que Omaha fuera una posición difícil de atacar.

El mariscal Rommel había ordenado la construcción del más temible sistema de obstáculos submarinos contra las lanchas de desembarco. La primera línea defensiva la componían postes minados y unas construcciones rectangulares llamadas puertas belgas. A continuación, a unos cien metros de la línea de pleamar, se habían colocado unos leños asentados sobre dos patas y destinados a perforar el casco de las lanchas. Y a sesenta metros de la marca de pleamar, aparecían los llamados erizos checos, hechos de raíles de acero y destinados a causar daños en las embarcaciones y evitar el paso de los tanques.

La hora H del Día D llegó a las seis y media, después de dos horas de travesía. En sus lanchas de desembarco, los integrantes de la primera oleada de tropas estaban profundamente impresionados por la artillería pesada de los acorazados. Uno de los cabos de la sección de la compañía de Manolo se dirigió a su pelotón.

—No quiero que nadie asome la cabeza por la borda —advirtió—. En cuanto nos localicen, nos dispararán. Si lo hacéis así, todo irá bien; de lo contrario, tenéis muchas probabilidades de morir. Ahora, vámonos.

La falta de fuego enemigo hasta ese momento hizo abrigar a los menos experimentados algunas esperanzas de que el trabajo de la Marina y de las Fuerzas Aéreas se hubiera completado tal y como se había planeado. Los

soldados de infantería iban tan apretados que apenas podían ver otra cosa que no fuera el casco del soldado que tenían delante y la rampa de desembarco situada al fondo.

Y empezaron a desembarcar, sin ni siquiera darse cuenta de que estaban rodeados de peces muertos. Unas cuantas barcas volaron por los aires al topar con alguna mina, y otras se inundaron debido al daño causado por las estructuras defensivas.

Poco después, los soldados comenzaron a escuchar el repiqueteo de las ametralladoras y el silbido de las balas y cayeron los primeros heridos sobre cubierta. Las rampas bajaron y los alemanes centraron su fuego sobre las desembocaduras de las lanchas, alcanzando a los soldados que se disponían a salir. Al estar bloqueadas las salidas, muchos hombres saltaron por el costado de la embarcación para dirigirse a la playa. El agua tenía una profundidad engañosa debido a que las lanchas habían tenido que parar más lejos de lo previsto.

Si un soldado se escurría debajo de la rampa de metal, podía morir aplastado por ella. Las lanchas brincaban entre las olas, y en algunos lugares, el agua cubría por completo a los hombres que saltaban de ellas. Muchos no sabían nadar. En su desesperación, la mayoría tiraban sus armas y se deshacían del equipo en su afán por sobrevivir.

Había cadáveres flotando en el agua.

Manolo pensó que no saldría vivo de allí. Pero Miguel le agarró y tiró de él con fuerza.

—¡Guacho, no te podés dejar!

Miguel Orlando poseía una serenidad admirable. A Manolo le asombraba la capacidad de su amigo para mantener el tipo en medio de un caos como aquel. Cuando pisaron tierra firme, la posibilidad de avanzar les pareció nula. La sola idea de echar a correr entre los bajíos, cargando un equipo tan pesado y con la ropa y las botas empapadas, se les antojaba una especie de pesadilla. Los brazos y las piernas estaban entumecidos, como si fueran de plomo, y se escuchaban los gritos de los heridos pidiendo auxilio.

El fuego de las ametralladoras iba de un extremo a otro de la playa.

Algunos seguían parapetados detrás de los obstáculos de la playa mientras las balas rebotaban a su alrededor, pero otros como Manolo y Miguel se dieron cuenta de que su única esperanza de salir vivos estaba en alcanzar el abrigo del rompeolas, y corrieron hasta llegar allí.

Mientras las ametralladoras alemanas convertían la playa y la orilla en un matadero, la artillería disparaba contra las lanchas de desembarco. Muchas

volaban por los aires, lanzando a sus ocupantes hasta a veinte metros de altura.

El fuego más intenso procedía de los acantilados y riscos situados a ambos extremos de la playa: la zona llamada Dog Green de la 29ª división, al oeste, y el sector Fox Green de la 1ª división al este. Ahí los alemanes habían concentrado sus defensas para proteger dos de las principales salidas que conducían a Vierville y Colleville.

Bajo aquel fuego intenso, los hombres de las unidades de demolición y combate de la Marina empezaron a realizar su tarea, colocando bolsas de explosivo plástico en diversos obstáculos, corriendo de uno a otro lado y conectando el grupo con primacord, un cable detonador de explosión instantánea. Despejaron así una brecha de unos treinta metros para que pudieran penetrar hasta allí las siguientes lanchas. Pero la subida de la marea los obligó a salir del agua, y aquella mañana solo se despejaron tres de las dieciséis brechas proyectadas en los planes. Aun así, eran tres más de las previstas por los alemanes. Un consuelo.

La marea ocultó de nuevo las trampas, por lo que las lanchas que llegaron después tuvieron un camino más complicado y avanzaron casi a ciegas. Los soldados que lograban recuperarse del recibimiento alemán se daban cuenta de que tenían que atravesar la playa, aunque solo fuera para seguir vivos. El terreno estaba lleno de hombres agonizantes o muertos y de vehículos y barcos en llamas. Muchos cadáveres estaban destrozados. Podían verse abundantes restos humanos mezclados con metralla.

También restos de metales y peces muertos cubrían el terreno. Los soldados mejor organizados corrían por pelotones en columna para minimizar la exposición al fuego de las ametralladoras. Muchos intentaban ayudar a sus heridos bajo la lluvia de balas y arena, arrastrando hombres a los que les faltaban extremidades o a los que las bombas y la artillería habían paralizado de terror. La mayor parte de los oficiales habían muerto y los soldados se encontraban sin mandos y esparcidos por lugares equivocados a lo largo de la línea de costa de Omaha.

La compañía de Manolo había dejado de existir como tal. Ni él ni Miguel, agazapados tras unos bloques de hormigón, lograban encontrar a ningún oficial de su unidad que pusiera algo de orden. Quizá por eso Manolo hizo una especie de plegaria dirigida a algún dios desconocido: sintió la necesidad de dar las gracias por tener junto a él a Miguel Orlando, que le había salvado la vida.

La llegada de oficiales de rango superior en la segunda oleada trajo algo de orden y autoridad al caos imperante. Había que seguir avanzando.

Los supervivientes que cruzaron la playa de Omaha hasta el pedregal se encontraron con alambradas de espino. Tras ellas había un espacio de tierra, entre las escarpaduras y la línea de piedras que remataba la playa, que estaba repleto de minas. Los soldados abrían hueco en las concertinas utilizando torpedos Bangalore, unos tubos extensibles con una carga explosiva en el extremo. Una vez abierto el hueco, y aún bajo el fuego enemigo, los hombres comenzaban su avance por el campo minado.

Manolo y Miguel Orlando estaban absolutamente aislados de sus compañeros, pero sabían que debían atravesar el campo de minas para dejar de ser un blanco fácil para los alemanes que manejaban con tanta pericia las ametralladoras MG-42.

Esas minas estaban camufladas en una especie de conglomerado de madera, por lo que los detectores no podían localizarlas. Pegados al suelo para evitar los disparos, los hombres de infantería fueron progresando hacia una colina en la que gozarían de una mejor situación táctica, o sea, que tendrían una mejor defensa natural contra el fuego enemigo y, además, podrían responder a él. Estaban amparados por la protección del humo que les ocultaba en campo abierto, hasta que se disipó y recibieron de nuevo el fuego de las ametralladoras.

Entonces, en el último campo de minas tendido por los defensores, Miguel Orlando pisó uno de los artefactos y un instante después saltó por los aires. Su cuerpo quedó partido por la mitad, con las piernas separadas del tronco. Manolo se acercó al cadáver y permaneció unos segundos junto a él. Estaba tan conmocionado que no tomó ninguna precaución. Se quedó de pie junto al cadáver de su amigo, pero una voz autoritaria en inglés le sacó de su estupor antes de que las balas le alcanzara.

—¡Deja de llorarle, ya lo hará su madre! ¡Coge su placa y sigue! ¡Mata alemanes! —escuchó que le decía alguien.

Manolo cogió la placa de identificación de su amigo y le colgó a él la suya. No sabía bien por qué lo había hecho. La decisión de cambiar de identidad la tomó sin pensar, pero, sea como fuere, a partir de ese momento, Manolo Olmos Martínez dejó de ser quien era y pasó a ser un joven uruguayo, nacido en la localidad de Canelones, llamado Miguel Orlando Martínez.

La situación de caos reinante en la playa y dentro del agua no había mejorado demasiado a las nueve y media de la mañana. Hombres muertos y cadáveres arrastrados por las olas, vehículos calcinados o aún en llamas, gritos de auxilio... Poco a poco, los soldados de infantería y los Rangers comenzaron a asediar los nidos de ametralladoras alemanes y a quemar los búnkeres con lanzallamas y

explosivos. Se despejaron varias trincheras y casas cercanas a la playa y se establecieron los primeros puntos de control. Antes de las doce horas, los jefes de la 1ª y la 29ª división estaban ya trabajando juntos para proseguir las operaciones.

Los estadounidenses habían descargado en Omaha a dieciocho mil setecientos setenta y dos hombres. Una compañía del 16º regimiento de infantería de la 1ª división, apoyada por hombres del 116º de infantería de la 29ª, empezó a atacar Colleville-sur-Mer. Lo hicieron sin Manolo, que seguía perdido, y sin muchos otros que yacían heridos o muertos, como Miguel Orlando Martínez, en cuyo cadáver aparecía el nombre de Manuel Olmos Martínez. En total, habían caído dos mil quinientos hombres en Omaha, pero se habían establecido las cabezas de playa.

El 18º regimiento de infantería de la 1ª división siguió avanzando, flanqueando Colleville, mientras proseguían los combates en esta localidad. El 115º de infantería de la 29ª división también había continuado hacia el interior y atacó Saint-Laurent. La playa de Omaha ya permitía el paso de tráfico rodado en la mayor parte de la zona situada por debajo de la marca de marea alta, que tendría lugar esa misma tarde a las cinco y veintiuna. Al finalizar el día, los hombres de la 1ª y 29ª divisiones se encontraban ya dos kilómetros tierra adentro.

Manolo acababa de comenzar su nueva vida. En su desconcertado avance hacia el interior se topó con un grupo de soldados alemanes agazapados a la entrada de un nido de ametralladoras. Levantaron las manos en señal de rendición sin que él tuviera que hacer ni siquiera un ademán de apuntarles con su fusil.

—Así me gusta, cabrones —dijo en español.

Alguien a su espalda adoptó un enfoque algo más radical. De pronto, un chorro de llamas envolvió a los alemanes, que murieron retorciéndose entre gritos de dolor.

—*Fuck you, fuck you!*

Un soldado raso, armado con un lanzallamas, se encargó de ejecutar al grupo de soldados nazis que acababa de rendirse. Manolo, conmocionado por la escena, intentó sacar a uno de ellos del refugio, pero se quemó las manos y no pudo concluir la acción.

Un par de horas después un sanitario le aplicaba los primeros auxilios. Cuando terminó, le pidió su filiación.

—Soldado Miguel Orlando Martínez, 16º regimiento de la 1ª división de

infantería —respondió el gallego con naturalidad.

Por la tarde embarcó en el *Dinard*, un buque adaptado con doscientas ocho camas hospitalarias dispuestas para trasladar a los heridos. Desembarcó en Southampton poco tiempo después.

Cruzar el canal ya no era un problema para los buques aliados. Alemania también estaba perdiendo la guerra submarina. Aunque Manolo no tuvo nada que ver con aquello.

NUEVA YORK

Le tenían que dar de comer como a los niños pequeños, como si no tuviera manos. Bueno, en realidad era como si no las tuviera, porque se las había quemado de verdad. Y no solo eso. Un enfermero le tenía que ayudar para hacer sus necesidades más íntimas. Pero iba camino de Nueva York, esta vez como un héroe americano, ya que el capitán médico que le había atendido al lado de Colleville le había atribuido la muerte «en combate» de los cuatro alemanes abrasados por el canalla del lanzallamas.

Manolo viajaba en el *John L. Clem*, un buque hospital que hacía su primer viaje a Estados Unidos desde Bristol. Él, que nunca había fumado, se volvió un adicto al tabaco. Como tantos otros que volvían de la guerra, la nicotina se convirtió en un alivio recurrente para su estrés. Aunque, en realidad, Manolo había comenzado a fumar solo para tener contacto con las enfermeras, que le acercaban el cigarrillo a los labios y lo apartaban después de que hubiera dado una calada.

La guerra había disparado la necesidad de auxiliares, y muchas mujeres con poca o ninguna preparación eran destinadas a tareas que parecían menores pero eran muy importantes, como dar de comer, limpiar culos o ayudar a fumar a los hombres que lo solicitaran. Manolo detestaba que le dieran de comer, y odiaba que le tuvieran que limpiar el culo, pero estaba encantado con que le ayudaran a fumar los Camel sin filtro que el ejército de los Estados Unidos le dejaba a tan buen precio.

La realidad era que se había quemado las manos a conciencia. Antes de partir hacia Estados Unidos, estando aún en Inglaterra, el médico que le trató se lo había dejado bien claro:

—Cualquier bruja pediría la baja antes que leerte las manos, soldado. Pero te podrás apañar con ellas siempre que no quieras ser joyero.

El tiempo que pasó en Inglaterra le sirvió para acostumbrarse a que le llamaran Miguel. Y a ser un héroe, aunque en la muerte de aquellos alemanes él

no hubiera tenido nada que ver. Según el relato del falso testigo presencial, el capitán médico Jesse O'Brian, los alemanes intentaron llevarse como rehenes a todos los componentes del puesto sanitario que él dirigía, y el soldado Miguel O. Martínez lo había impedido, poniendo su vida en riesgo, como lo atestiguaban las graves heridas sufridas en ambas manos. Para ello, había tenido que matar a un oficial y tres soldados enemigos. Según el relato del capitán, todo lo había hecho con desprecio de la propia vida.

Así que Manolo no solo tenía un nuevo nombre, sino también una historia. Los Estados Unidos necesitaban héroes para justificar el enorme esfuerzo que se les estaba pidiendo a los ciudadanos. Y Omaha Beach les había dado muchos.

Manolo lamentó que la medalla por su acción, que le fue impuesta en el barco en una solemne ceremonia por el coronel jefe de 116º regimiento en persona, no tuviera como protagonista a su auténtico yo, nacido en Galicia. Aunque algunas veces no sabía ya quién era quién en esa farsa monumental que se había ido construyendo sola en torno a él. Al menos podía estar tranquilo, porque la posibilidad de ser reconocido sería muy remota.

La llegada al puerto de Nueva York le emocionó. En los muelles se agrupaba una multitud de personas que daban la bienvenida a los recién llegados del frente europeo. La victoria estaba mucho más cerca, pero todos sabían que sería muy costosa en vidas humanas y que se contarían por miles los heridos y mutilados de guerra que deberían regresar a casa antes de que las ametralladoras alemanas dejaran por fin de sonar.

Manolo se sorprendió llorando de emoción cuando escuchó cantar el himno dedicado a John Brown: *Glory, glory, Hallelujah*. Se abrazó con mucha gente desconocida, incluido un hombre sin brazos y con una sola pierna al que tuvo que secar las lágrimas. El tipo se erguía en la silla de ruedas como si llevara en ella toda la vida y agitaba los muñones como si tuviera manos.

Un par de horas después le llevaron en una silla de ruedas hasta una ambulancia que le trasladó a un hospital de veteranos junto con un hombre que se había quedado ciego por la explosión de una granada.

De camino al hospital tuvo la oportunidad de volver a ver Nueva York. El Empire State, claro, pero también su edificio favorito, el Chrysler. Y la esquina de Broadway.

—¿Podrías pasar por Times Square? —pidió Manolo.

—¡Claro que sí! Lo que diga cualquier hombre que haya estado en Omaha Beach es ley para mí —respondió el conductor de la ambulancia.

Por la ventanilla, Manolo reconoció algunos de los garitos de jazz en los que

años atrás había escuchado al mismísimo Charlie Parker, envuelto en una espesa nube de humo y rodeado de chicas embelesadas por la música y por el alcohol. Algún día lo contaría, muy despacio, fumando un cigarrillo sin filtro, ante alguna audiencia asombrada, compuesta por mujeres en su mayoría, a las que diría que se llamaba Miguel.

De todo eso le arrancó Hitler y especialmente el bombardeo japonés de la base de Pearl Harbor. Ahora, unos años después de que ese tiempo se acabara, la nostalgia le aflojó los músculos.

Manolo había llegado a la ciudad en 1938, pero de la larga travesía tan solo guardaba algunos recuerdos confusos: Marsella, el paso por Argelia, un nuevo barco en La Rochelle y la noche en que llegó, al fin, al puerto de Nueva York.

El paso de la aduana fue relativamente sencillo, gracias a la participación de algunos estibadores izquierdistas simpatizantes de la República española, casi todos comunistas, pero encantados de ayudar a cualquier español que se reclamara como antifranquista, independientemente de su filiación política.

Poco tiempo después se alistó en el ejército norteamericano, junto con el uruguayo Miguel Orlando, quien le animó a entrar en filas para, a cambio, conseguir la nacionalidad norteamericana.

Había conocido a Miguel en un club lleno de humo y de poetas borrachos, y Manolo acabó viviendo en su casa, un destartalado apartamento situado en pleno Bronx, en Delavall Avenue. Era el lugar perfecto para pasar desapercibido, puesto que estaba lleno de inmigrantes procedentes de todas partes: Italia, Irlanda, Polonia, Rusia...

Sin embargo, Miguel Orlando llamaba bastante la atención: medía un metro noventa de altura y su tez pálida parecía más propia de un joven escandinavo que de un meridional. Pero conocía bien el barrio y a un montón de personas que podían ayudarles a vivir en la clandestinidad. Con la ayuda de unos y otros, Manolo pronto consiguió hablar un espantoso pero fluido inglés.

La experiencia de Manolo en la guerra de España era muy apreciada por el ejército aliado, y fue por eso por lo que, cuando Miguel y Manolo decidieron enrolarse a principios de 1942, poco después del ataque a Pearl Harbor, los dos amigos tuvieron un papel destacado en el adiestramiento para la contienda en Europa.

Primero recibieron una rápida instrucción en el parque de Catocin, en Maryland, un gigantesco campo de entrenamiento en el que Manolo demostró

que, en efecto, valor no le faltaba. Roosevelt todavía no había tomado la decisión sobre cuándo el ejército norteamericano iba a invadir la Europa continental, pero los hombres ya hacían simulacros de combate y desembarco.

En los tiempos muertos, cuando las normas no escritas de la camaradería y la cerveza le dejaban tiempo para él, Manolo acostumbraba a vagar por los solitarios senderos de los bosques de Maryland, algunos tapizados de amarillo por las recién brotadas flores de prado. Aunque todo era más grande en América, el paisaje le recordaba al de su Galicia natal y al de Asturias, y le invitaba a dejarse llevar por una extraña comunión con la naturaleza. En esos momentos evocaba a su antojo escenas, personajes y conversaciones de su vida anterior para componer paisajes de felicidad en los que, por supuesto, Yolanda adquiriría de inmediato un indiscutible protagonismo.

Manolo buscaba sensaciones, no resolución de situaciones que podían llevar a engaño si se las tomaba en serio. Por ejemplo, podía estar muchos minutos dejando que Yolanda le acariciara los pies, con maniobras placenteras que tenían que ver con su sabiduría sobre las cosas del cuerpo.

En los momentos más intensos de sus ensoñaciones se sentaba a un lado del camino o se tumbaba bajo la protección de algún árbol de hojas aún tiernas, para conseguir que su recreación de la escena fuera más intensa. Dejaba entonces que sus músculos se relajaran sobre la capa mullida de musgo y llenaba los pulmones del aire fresco y perfumado que la última lluvia había dejado tras de sí.

En ocasiones Manolo paseaba en compañía de su amigo Miguel Orlando, que no se inmiscuía jamás en sus meditaciones de andarín silencioso. Cuando Manolo daba señales de ir a zambullirse en sus recreaciones, Miguel le dejaba al borde del camino, y seguía andando solo, con su paso atlético y elegante. Después, cuando volvían a juntarse, el uruguayo tan solo le preguntaba:

—¿Acabaste, guacho?

Y no hacía falta que Manolo respondiera.

Desde Maryland, fueron enviados a Inglaterra; su unidad se libró de participar en los desembarcos del sur de Italia. Se hartaron de beber cerveza inglesa en los pubs de los pequeños pueblos cercanos a la costa, y de hollar con sus botas, primero relucientes y luego de colores apagados por la sal del mar, las playas británicas, poco antes de emprender el camino que, tierra adentro, les conduciría a la conquista de todo el territorio usurpado por el Tercer Reich.

Unos meses después, Miguel Orlando le había dejado su identidad, quizá para siempre. Y ese legado, junto con la falsa historia de su hazaña contra los alemanes, le iba a abrir definitivamente las puertas del país norteamericano.

Toda la primera etapa de Manolo en Nueva York había estado marcada por la clandestinidad, porque por nada del mundo quería ser deportado del país y tener que volver a una España donde, en el mejor de los casos, le esperaba la cárcel y, quizá, su padrino. Ahora eso no le iba a suponer una preocupación. Pero seguía sin tener noticias del niño, que ya rondaría los ocho años, ni de Yolanda, cuya última huella se había quedado en los muros del cementerio del Este.

—¿Cuántos alemanes te ha costado conseguir eso? —preguntó el conductor de la ambulancia señalándole la pechera de la chaqueta y sacándole de su ensoñación.

—Cuatro —contestó Manolo tras un instante de duda. Esa fue la primera vez que asumía su nueva identidad delante de alguien. Y continuó—: Me llamo Miguel, y soy uruguayo de nacimiento. Aunque me siento norteamericano.

—Yo me llamo Peter y soy polaco. Bueno, polaco-americano... —dijo el otro.

—O sea, que los dos somos católicos. Y nos entendemos bien porque somos extranjeros.

—Sí —dijo el polaco—, y porque los dos tenemos una larga tradición de matar luteranos.

Manolo no sabía a qué se refería Peter, pero rio con ganas la que supuso que era una broma. Pensó que se referiría a algún episodio remoto de la historia, y se propuso estudiarlo alguna vez. No le resultaba raro de todas maneras porque sí había oído en la escuela historias de Lutero, que debía de ser un tipo de mucho cuidado a juzgar por la fama que tenía entre los curas.

Cruzaron el puente de Brooklyn, camino del hospital, donde él y otros veteranos fueron recibidos con todos los honores.

Apenas llevaba unos días en el hospital de veteranos cuando Manolo recibió la visita de Peter, quien, al parecer, deseaba contarle algo importante.

—Tengo una idea que me va a hacer rico. Si quieres, puedes participar. — Manolo guardó silencio. El polaco le parecía un buen hombre y había despertado su curiosidad. Peter continuó—: Este país está repleto de tullidos, de heridos de guerra, a quienes tienen que atender como es debido.

Manolo se atrevió a interrumpir brevemente al polaco.

—Pero... ¿por qué me cuentas todo esto a mí?

—Pues porque no me fío de nadie más.

—¡Si no me conoces de nada! —exclamó Manolo, extrañado.

—Hay algo en ti que me produce confianza. Y necesito un socio.

La idea de Peter era sencilla en apariencia. Se trataba de fabricar pequeños artículos que complementaran los «grandes» desarrollos para mutilados, como

las sillas de ruedas. El plan consistía en aliarse con los grandes fabricantes para ofrecer artículos suplementarios, como unos cojines más cómodos o juegos de herramientas más fáciles de usar para montar y desmontar las sillas.

—Pero para eso se necesitará mucho dinero... —dijo Manolo.

—Estás en el país del dinero, chico. ¿Crees que algún banco le negará un préstamo a un héroe de guerra para empezar un negocio?

Manolo no supo qué contestar a la propuesta de Peter. Le pidió algo de tiempo para pensar en ello. El polaco parecía de fiar, y el plan tenía buena pinta.

Antes de dormir, una monja de más de sesenta años le ayudó a vaciar la vejiga en una bacinilla. Estuvo a punto de confesarle a la religiosa que, en una vida anterior, un amigo suyo español llamado Manolo se había fugado con una monja como ella, aunque algo más joven.

¿Qué sería de Yolanda?

Al evocar su figura se le encogió el corazón, porque se daba cuenta de que nunca había querido tanto a nadie como a ella.

LAS ROSAS PERDIDAS

Espoleada por el amor, la imaginación de Manolo halló una fórmula para averiguar algo sobre el devenir de Yolanda. Con ayuda de algunas de las monjas del hospital de veteranos había escrito una carta a Angelines, la hermana de Goyo, la joven que le regaló el libro de Tolstói del que aún guardaba las portadillas después de haberlo deshojado camino de Francia.

Tras algunos meses sin obtener noticias, por fin llegó la respuesta de Angelines. Por sus indagaciones, nadie podía decir con certeza si Yolanda García había sido fusilada junto a trece mujeres más la noche del 4 al 5 de agosto en cumplimiento de la sentencia firme que pesaba sobre ella por su participación en los hechos del 20 de julio de 1936 en el Cuartel de la Montaña de Madrid.

Las mujeres ejecutadas en las tapias del cementerio de la Almudena —que así se llamaba el cementerio del Este, una vez recuperado su carácter de camposanto y renombrado en honor a la patrona, o mejor dicho, matrona de Madrid— eran conocidas como las Trece Rosas. Así las había bautizado el PCE: trece mujeres entre las cuales no se encontraba ninguna llamada Yolanda.

Manolo olió varias veces la cuartilla en la que la hermana de Goyo había volcado el resultado de sus averiguaciones. La olfateaba como si en su aroma pudiera detectar que la mujer era sincera en su narración de los hechos. Quería descartar la compasión como motor de alguna mentira piadosa que le sirviera a su autora para no tener que ser la emisaria de una triste noticia.

Era el mes de agosto de 1945 y había otras noticias que los neoyorquinos recibían con entusiasmo. Especialmente las referidas al fin de la guerra, que tantas vidas americanas había costado. Hitler se había suicidado en su búnker berlinés, pero lo que ahora se celebraba era que el presidente Truman hubiera ordenado que las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki fueran borradas del mapa mediante la explosión de dos bombas nucleares el 6 y el 9 de agosto.

En España, don Manuel celebraba por esas fechas el noveno cumpleaños de Manuel Emilio, cuya vida había transcurrido por completo bajo la firme y

constante tutela de su padrino.

En 1946, Manolo, al que, por supuesto, todo el mundo llamaba Miguel, ya era un hombre bien situado en la sociedad neoyorquina. Trabajaba de sol a sol en el que empezó siendo un pequeño negocio montado con Peter, el exconductor de ambulancias de origen polaco que tuvo la idea de crear Gdansk Components and Accesories, empresa que suministraba todo tipo de complementos dirigidos a cubrir las necesidades de los minusválidos. Lo de Gdansk era un homenaje de Peter a la ciudad donde había nacido, un importante puerto del Báltico que los alemanes habían tomado a sangre y fuego en septiembre de 1939.

La idea de Peter era tan genial que no necesitaba apenas explicación y encontró un estupendo aliado en las energías inagotables de Miguel, que se reveló como un comercial de primera categoría.

Tal y como había vaticinado el polaco, los bancos no pusieron ningún reparo a la hora de financiar la idea, e incluso competían entre ellos para tener como cliente a un héroe de guerra americano, aunque de origen uruguayo, y a un socio de fuerte imaginación y personalidad.

Manolo apenas tenía tiempo para pensar en Yolanda, ocupado como estaba en su nuevo negocio. Aunque conservaba la carta de Angelines, y con ella la esperanza de reencontrarse algún día con la mujer de su vida.

También, y sin saber cómo, había asistido al crecimiento en su pecho de algo cuya naturaleza no sabía identificar, relacionado con el niño que no conocía pero que era su hijo, y que ya debía tener unos diez años. Una tarde, mientras daba un paseo por el Bronx, un chaval más o menos de esa edad tropezó con él mientras intentaba capturar una pelota de béisbol que caía del cielo. Manolo, algo molesto, iba a apartar al chico cuando, de pronto, se vio a sí mismo acariciando y revolviendo su pelo crespo y rizado. Miró al pequeño con ternura e imaginó por un momento que ese niño podría haber sido el suyo.

De modo que tenía en España, a miles de kilómetros de distancia de donde vivía, dos razones de esa naturaleza que suelen dar sentido a toda una existencia. Por casualidades del destino, Manolo había conseguido cumplir el sueño americano, y sus conocidos le llamaban Michael como una señal inequívoca de su perfecta integración en la sociedad norteamericana, o en esa pequeña parte de ella, al menos. Pero su imaginación estaba constantemente cruzando el charco, puesta en las dos personas que más le importaban.

Fue entonces cuando nació en él el firme propósito de regresar a España, ya como un norteamericano lleno de éxito, en busca de su hijo y de la mujer de su vida.

LA PROPIEDAD DE DON MANUEL

Don Manuel fue quien consiguió que el juez titular del consejo de guerra número 9 admitiera el recurso de Yolanda García para que su pena de muerte fuera retrasada. Eso equivalió a salvarle la vida. El destino se convirtió para ella en unos cuantos años dando tumbos de penal en penal, desdentada por las palizas y envejecida por las enfermedades.

Yolanda no quería seguir viviendo, pero un impulso incierto la mantenía con vida. Ya no esperaba nada de la existencia, su amor se había perdido en las brumas de las derrotas y ella formaba parte del inmenso ejército de personas que habían perdido la guerra y, con ella, a sus seres más cercanos.

Un día recordó la existencia de Eduardina y que había conseguido salir con bien de las purgas posteriores a la guerra. Se le ocurrió escribirle una carta desde la cárcel de Ventas, cuando ya llevaba tres años pagando una pena cuya duración real desconocía. Su amiga no podía hacer mucho por ella, pero de cuando en cuando le hacía llegar unas letras cariñosas que acompañaba con algún manjar, o así se lo parecía a Yolanda, que ella aportaba a la comuna que las presas tenían montada para redistribuir los pocos alimentos que les llegaban de un exterior tan depauperado como el de la España de la posguerra.

Nadie informaba de nada a la chica. Ni siquiera el desangelado alférez que había conseguido que su defensa de oficio tuviera unos efectos tan extraordinarios. Aunque el defensor intuía que algunos argumentos más fuertes que los suyos habían influido en el resultado del recurso.

Y es que don Manuel había decidido mantener a Yolanda con vida porque albergaba la esperanza de que Manolo algún día volviera para buscarla. El cacique recurrió a todas sus influencias para que la chica se quedara en el penal de Ventas, donde a su sobrino le resultaría más fácil localizarla. Y a don Manuel, localizarlo a él.

El 18 de julio de 1942, el pequeño Manuel Emilio cumplió seis años. Se criaba robusto y sano gracias al ambiente de la aldea y a los cuidados de su

abuela Casilda, a la que no habían abandonado aún las muchas fuerzas de las que siempre había hecho gala. El niño seguía un estricto programa educativo que supervisaba su padrino y aplicaba diariamente un exseminarista que había colgado los hábitos no por falta de fe, sino por un exceso de hormonas que le había conducido a protagonizar algún escándalo con varias señoras de la buena sociedad coruñesa.

Manuel Emilio estrenaba cada año un uniforme de Falange, siempre acompañado de la boina roja tradicionalista. Don Manuel pensaba que al general Mola le habría gustado contemplar su trabajo con el chico. A los seis años, se sabía un montón de himnos del ejército. Por supuesto, el *Cara al sol* de los falangistas, pero también el himno de infantería, y los de la caballería, artillería e ingenieros. Sin embargo, el cacique prohibió que su ahijado se aprendiera la letra del himno de las enfermeras de las guerras de África, aunque no era difícil concluir que alguna razón relacionada con la virilidad estuviera detrás de la prohibición.

—He dicho que no, Agapito —decía don Manuel, dirigiéndose al preceptor del niño, que se llamaba así, el pobre.

Agapito estaba obligado a enseñarle idiomas. Primero, el latín, que permitía al chaval tomar el pelo a los adultos realizando adaptaciones que habrían resultado muy llamativas en un entorno más cultivado, pero despertaban entusiasmo en el cacique, que babeaba literalmente con su ahijado.

—*Bonus dies, dominus* —decía el niño cuando se levantaba por las mañanas. Y ya había cumplido con el padrino para todo el día.

—Tengo un ahijado que es un gran políglota en lenguas vivas y muertas —argumentaba orgulloso don Manuel—. Todas las mañanas me da los buenos días en latín...

Si el público lo componían escuadristas formados para demostrar su marcialidad, no había respuesta inmediata. Si, por el contrario, había entre los presentes alguno de los pocos maestros que sobrevivieron a la llegada del nuevo régimen, el miedo les mantenía en silencio.

—El que calla otorga. —Eso se decía el cacique para encumbrar los avances de su ahijado, y aprovechaba para dejar claro a quien le escuchara que lo del niño y los idiomas era posiblemente genético—. Yo estoy de acuerdo con eso de que «*res, non verba*», o sea, que la vaca no habla.

Su pasión por el ahijado no llegaba, sin embargo, a superar sus exagerados deseos de venganza contra su sobrino. Cualquier otro canalla en su lugar habría aparcado ese sentimiento después de las muchas penalidades infligidas al que

fue su ojo derecho durante tantos años. Pero don Manuel ya no deseaba simplemente hacerle daño, sino directamente acabar él mismo con su vida.

A decir verdad, don Manuel lo tenía casi todo. Al menos, lo que deseaba en el terreno material y en el de los afectos. Yolanda era un juguete más, pero útil para asegurarse de que Manolo caería en sus redes cuando regresara a España. Era lo único que le quedaba por conseguir para completar su obra.

EL AÑO DEL HAMBRE

1947 fue conocido en España como «el año del hambre», por razones fácilmente imaginables. También podría haber sido bautizado como el año del tifus, o del frío, o del miedo, o de las plagas en general... Pero lo que nota primero el cuerpo en circunstancias tan adversas es el hambre. Un hambre que había conducido a muchas familias, incluso de clase media, a tener que pedir por las calles para poder llevarse algo a la boca.

Don Manuel aplaudió con vehemencia que el Gobierno impusiera multas de quinientas pesetas a quienes mendigaban.

—Ya podían dedicar el tiempo a buscar trabajo —decía—. Porque si uno quiere, trabajo hay...

Desde que Franco había dado la guerra por finalizada, el cacique había llevado al extremo su ya legendaria franqueza, esa que suelen usar los poderosos para comunicar sus opiniones o sus deseos al mundo.

Sin embargo, aquel día don Manuel tenía motivos para sentirse deprimido. Una ambulancia de la Cruz Roja Internacional iba a conducir directamente al cementerio parroquial los restos del que fuera su ahijado, que ya había sido enterrado una vez en Normandía. Y no lo había matado él, ni siquiera los comunistas, sino los alemanes que defendían Europa de la invasión yanqui. Estúpidos nazis, pensaba el cacique. No solo no habían sido capaces de parar a los americanos, sino que, además, le habían quitado una de sus principales razones para vivir: la venganza.

Y, para colmo, don Manuel tenía que estar agradecido al ejército americano por hacer que los restos de su sobrino estuvieran de vuelta en Galicia. El mismo ejército responsable de la derrota del gran Adolf Hitler, cuyo proyecto ya solo seguía Francisco Franco, y habría que ver hasta qué punto. ¡Cuánto le habría hecho sufrir la situación a don Emilio!

La llegada del coche fúnebre estaba anunciada para las cuatro de la tarde, estropeando la acostumbrada siesta del cacique. Incluso muerto, su sobrino

resultaba una molestia. Aun así, don Manuel había mandado llamar a todos los curas de la comarca y se había asegurado de su asistencia ofreciendo un ágape lleno de atractivas viandas, no solo para gentes subalimentadas como solían ser los párrocos, sino para caprichosos de cualquier clase social. *Xouvas*, percebes, navajas, pulpo, jamón... Todo regado con vino de albariño, o ribeiro en taza para los más tradicionales.

Don Manuel no quería que faltara de nada en la celebración de los funerales de su primer ahijado, y aunque todo el mundo sabía que las relaciones entre tío y sobrino habían sido una calamidad, debían enterarse de que un Martínez no se iba a la otra vida de cualquier manera.

Los vecinos del pueblo estaban también invitados a las exequias. La guerra y la acción posterior de la justicia habían servido para limpiar la lista de invitados que no serían bienvenidos. Ningún izquierdista y ningún republicano se esperaba esa tarde. Eso sí, don Manuel había invitado a Matías Bofarull y Montserrat Marc, que aunque sopesaron la posibilidad de disculpar su ausencia, tuvieron miedo de que se interpretara como un desaire.

El pequeño Manuel Emilio también asistiría. A fin de cuentas se trataba de un acto en honor de su padre. Y dos días después del entierro estaría en su nuevo colegio interno. El chaval, que ya tenía once años, había intentado negarse, pero la autoridad de don Manuel terminó por imponerse.

Y, por supuesto, el amigo de Manolo, ese misterioso uruguayo podrido de dinero que se había encargado de todo el papeleo sin que nadie se lo pidiera...

Había representantes de la Iglesia, del Movimiento, de la Sección Femenina... Incluso una asociación de *gaiteiros* que habían aprendido a tocar el *Yankee Doodle*. Sin duda, los norteamericanos que acudieran al sepelio se quedarían maravillados.

EL DESTINO DE MANUEL EMILIO

Evidentemente, Manolo no encontró ninguna contradicción entre el hambre y el dinero. Con la fortuna que le respaldaba supo comprar las voluntades que necesitaba para hacerse con los destinos de su hijo, al que consideraba, y no sin razón, secuestrado por don Manuel. Para emprender la aventura de rescatarle tuvo la complaciente connivencia de su socio, Peter, que se tomó el asunto como si fuera una novela de acción cuando Manolo se sinceró con él.

—Tenme al día de todo, por favor —le dijo, juntando las manos en un voluntariamente cómico ademán de petición.

El día de su propio entierro Manolo llegó al pueblo a bordo de un Cadillac sedán modelo de 1941, de color amarillo chillón, con motor de ocho cilindros y una capacidad infinita para engullir gasolina. El coche costaba algo más de mil trescientos dólares de Estados Unidos, y en España era casi imposible de conseguir, a no ser que lo comprara un torero de prestigio.

Manolo contrató a un chófer experimentado y a dos policías, que tiempo atrás ejercieron de pistoleros, para hacer el viaje hasta la comarca de Outes, donde se celebraría el entierro de Manuel Martínez, caído en combate en las playas de Normandía.

Se había dejado crecer la barba, que le salía espesa y rizada, y llevaba gafas oscuras y un sombrero de fieltro bien calado. Además, con algo de entrenamiento, había logrado imitar con notable acierto el acento uruguayo.

Cuando le presentaron a Casilda, su propia madre, esta no le reconoció. Tampoco lo hizo don Manuel, que le dio las gracias efusivamente por haber recuperado el cadáver de «Manuel Martínez, que fue un héroe de guerra, como tantos de sus antepasados». Inmediatamente después saludó al niño, Manuel Emilio Martínez, su hijo, a quien veía por primera vez en su vida. Manolo se conmovió al estrechar la mano del pequeño, y quiso imaginar que vivía sojuzgado por el padrino. Así no tendría ningún remordimiento si tenía que llevárselo por la fuerza.

El plan era muy simple y no contemplaba el uso de la violencia más que en unas dosis muy justas. Los dos policías armados con las Thompson tenían que limitarse a tomar al niño y fingir un secuestro armado, si es que alguien les veía. Si no, ni eso. Luego le introducirían en el coche y le sacarían del pueblo. Y nadie podría sospechar de Manolo, porque nadie le vería participar en la operación.

Aunque Manolo no contaba con la sorprendente intervención de Yolanda.

Don Manuel había decidido unos meses atrás que ya había llegado el momento de que la chica saliera del penal de Ventas. Pero, ¿dónde enviarla para que siguiera estando bajo su control? Tras sopesar distintas posibilidades, el cacique se dio cuenta de que la mejor opción era la Apacha, reconvertida ahora en doña Isabel y en dueña del negocio de confección más famoso de La Coruña. Todo el mundo sabía que el servicio no era solo ese, y que la expresión «voy a hacerme un traje donde doña Isabel» tenía dos significados bien distintos.

Al llegar a la casa de la Apacha, Yolanda supo que su trabajo consistiría en obedecer las órdenes de la dueña. Quedó entonces encargada de cambiar el agua de las palanganas y trajinar los orinales que se usaban allí para mayor placer y comodidad de los clientes. Agua corriente había, pero muchos hombres preferían ese servicio, que identificaban con el lujo.

Así que Yolanda era una palanganera. Como es natural, lo llevaba mal. Pero estar al servicio de la Apacha era mucho mejor que vivir en Ventas, rodeada de hacinamiento, de mugre, de enfermedades, de frío y de miedo.

Fue la dueña quien le contó que Manolo tenía un hijo. Le explicó que don Manuel la había sacado de la cárcel solo para que sirviera de cebo, pues estaba convencido de que su sobrino tarde o temprano iría en su busca.

Pero Manolo volvía ya cadáver. Y eso significaba que la vida de Yolanda había dejado de tener valor para el cacique.

La Apacha la avisó cuando se enteró de la noticia, pero ella decidió dejar de huir y, al fin, enfrentarse al hombre que había arruinado su vida. Se dijo que mataría a don Manuel con sus propias manos.

La ceremonia tuvo que ser discreta y corta, porque los enviados por el encargado de negocios americano tenían prisa por volver a Madrid. No querían hacer noche en la zona, pese a la invitación de don Manuel de ir al mejor hotel de La Coruña a su costa.

—Se va usted sin probar lo mejor del mar de septiembre —le dijo don Manuel a su sobrino Manolo.

Yolanda se encontraba a unos pocos metros de don Manuel cuando este descubrió el engaño. Manolo, tras dar de nuevo el pésame a su tío, a su madre y a su propio hijo, dijo que debía regresar a Madrid cuanto antes, esa misma noche. Fue entonces cuando el cacique le reconoció, y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Y Yolanda también. Ni la poblada barba ni el engolado acento del recién llegado podían confundirla.

Unos segundos después el cacique se dio la vuelta y se marchó en dirección a la casa de Casilda. Sabía que allí encontraría una escopeta de caza.

Yolanda le siguió y vio cómo don Manuel bajaba el arma de un altillo. Introdujo dos cartuchos en el cargador, amartilló la escopeta y se dispuso a salir por donde había venido.

Pero allí estaba ella, en la puerta de la casa, para impedirselo.

—¿Adónde se cree que va? —preguntó.

—A matar a un impostor —rugió el cacique.

Yolanda no esperó más tiempo y le hundió en los riñones el cuchillo de cocina más grande de los que había encontrado en el fregadero de la casa.

Don Manuel cayó al suelo, pero aún tuvo fuerzas para darle un empujón a la chica, que a punto estuvo de recibir un tiro en la cabeza. Una nueva puñalada lo impidió, esta vez propiciada por otras manos, también de mujer, que un segundo después se retiraron del cuerpo ensangrentado del cacique.

Carmen, la madre de Manuel Emilio, estaba en la casa en el momento de la trifulca. Y de manera instintiva, había apuñalado al que durante años había abusado de ella.

Yolanda agarró el cuchillo de la muchacha, que temblaba junto a la puerta, se agachó junto al cuerpo del cacique y remató la faena rebanándole el gáznate. Después cogió la escopeta de caza que estaba tirada en el suelo y, con voz temblorosa, entonó una frase de despedida dirigida a Manolo:

—Que seas feliz, mi amor...

Y se disparó en la boca.

Los asistentes al entierro escucharon la explosión y muchos fueron corriendo hasta la casa. Allí estaban los cadáveres de don Manuel y de Yolanda. Al de ella le faltaba media cabeza y al de él le rodeaba un charco de sangre cada vez más grande. Carmen, aún arrodillada junto al cadáver del primero, había seguido apuñalándolo con desgana durante varios segundos, hasta que los primeros vecinos entraron en la casa y le retiraron el cuchillo de las manos.

Manuel Emilio oyó el disparo cuando ya estaba a bordo del «haiga» de color amarillo al que se había subido con ese señor de acento raro que le había dicho

que era su padre.

La abuela Casilda le hizo un gesto de aprobación desde lejos, y Manolo, conmovido, se dio cuenta de que ella también le había reconocido.

La operación había salido mejor de lo previsto. Los dos hombres de las metralletas no habían tenido que intervenir.

Ya había rescatado a su hijo de las garras del cacique. Pero ¿y Yolanda? Se prometió que seguiría buscándola y que en cuanto llegaran a Estados Unidos le hablaría de ella a su hijo. Deseaba con todas sus fuerzas que el pequeño Manuel Emilio conociera la historia de su vida, que comprendiera lo que le había sucedido a su padre y por qué se vio obligado a renunciar al amor y a la felicidad junto a la persona a la que más había querido.

Manolo tomó del brazo al chaval, pero este se apartó. Sin embargo, al instante pareció pensárselo mejor y, volviéndose hacia Manolo, le preguntó:

—Pero no me vas a llevar a estudiar interno con los curas, ¿verdad?

Madrid-Ceceda-Bustarviejo, septiembre de 2018

AGRADECIMIENTOS

Este libro habría sido mucho más complicado de hacer y, sobre todo, menos placentero, sin el apoyo de mi hijo, Mario Martínez Zauner, que se echó a la espala todo el trabajo de corrección del original que a mí me habría costado mucho hacer por mis limitaciones físicas, causadas por un ictus.

Ignacio D'Olhaberriague se ocupó, creo que con mucho acierto, de la documentación. Todos los lugares que aparecen en el libro los conozco, pero en ellos han pasado cosas que no viví. Él ha tenido que buscar a fondo en mil sitios para que lo que sucede en esta novela sea de verdad.

Las editoras de Espasa, Miryam Galaz y Loida Díez, me han tocado las narices, unas veces, las más, con razón, y otras sin ella, pero siempre con buena intención, para mejorar el libro. Es su trabajo.

Pedro Arjona ha sido, una vez más, un estupendo camarada para terminar el trabajo. Sus ideas no solo han sido definitivas para hacer la portada. Han ido más allá.

Mercedes Fonseca me ayudó en momentos difíciles a encontrar salidas. Fue tras unas largas charlas con ella cuando apareció el título del libro, que tenía detrás el de una maravillosa canción de nuestro muy querido Amancio Prada. Cuando supo de la intención de llamar así a la novela, todo fueron facilidades.

Mi hermana Cristina y otra Cristina, Solares, me han hecho el imprescindible trabajo de lectura con respuesta inmediata y nada complaciente. Como Pilar Balseyro y Alfonso Corominas.

A todos ellos, muchas gracias.

Libre te quiero
Jorge M. Reverte

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jorge Martínez Reverte, 2019
© Ilustración de cubierta: © Pedro Arjona

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-670-5603-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



